

Elsa García

Y YO A NOSOTROS



Y yo a nosotros

Elsa García

*A todos los que os emocionasteis conmigo
cuando me visteis cumplir un sueño.
Compartirlo con vosotros es lo que lo hizo especial.*

*Temerle al amor es temerle a la vida,
y aquellos que le temen a la vida ya están casi muertos*

Bertrand Russell

ÍNDICE

-1- Jota

-2- Jota

-3- Gael

-4- Lucas

-5- Jota

-6- Jota

-7- Lucas

-8- Jota

-9- Lucas

-10- Jota

-11- Jota

-12- Lucas

-13- Jota

-14- Lucas

-15- Gael

-16- Jota

-17- Lucas

-18- Jota

-19- Gael

-20- Jota

-21- Jota. Aquel maldito febrero...

-22- Jota

-23- Lucas

-24- Jota

-25- Lucas

-26- Jota

-27- Jota

-28- Enzo

-29- Lucas

-30- Jota

-31- Lucas

Tres meses después

Epílogo. Seis años más tarde

Agradecimientos

Sobre la autora

-1-

Jota

¿Por qué narices voy disfrazada de abeja?

Espera, ¿ese que está apoyado en la barra es Gael? Pero si no me ha avisado de que venía. ¡Qué cabrón!

—¡Ga! ¿Qué haces aquí? ¡Qué alegría!

—Perdona... ¿nos conocemos?

—Gael, ¿estás imbécil? Soy Jota.

—Jota... Jota... me suena ese nombre, pero no consigo ubicarte. ¿Hace mucho que no nos vemos?

—Eh... sí, bueno. ¿Es eso? ¿Estás enfadado porque cancelé la última visita que iba a haceros? Ya te dije que estaba con una fiebre que no podía moverme de la cama y... ¿qué es ese ruido?

—¿Cuál?

—Esa especie de zumbido.

—Eres tú, querida. Eres una abeja. Es lo que hacéis.

—Oye, Ga, como broma ha estado bien, pero deja ya de hacer el idiota.

—Deberías cogerlo.

—¿Qué?

—Que deberías cogerlo.

Me despierto de golpe, algo angustiada ante la idea de que Ga se pueda llegar a olvidar de mí de verdad.

Miro a mi lado y veo a... espera, me sé su nombre. ¿John? ¿Josh?... ¡Joe!

Eso, el enfermero Joe que toma vodka con limón y odia bailar reggaetón (sosooooo).

Empiezan a venirme imágenes de la noche de ayer.

Puff... Tengo que dejar de mezclar chupitos. Ahora mismo tengo a todos los Umpa Lumpa que Willy Wonka ha domesticado en su vida bailando por mi cabeza.

De repente, consigo ubicar el maldito zumbido, que no es otra cosa que mi puñetero móvil.

Me levanto tratando de no hacer ruido para huir como una rata del piso de Joe y poder ahorrarme la charla incómoda de “la mañana siguiente”, pero si no cojo rápido la llamada se va a acabar despertando.

—¿Sí?

Tengo el teléfono agarrado en pinza entre la oreja y el hombro mientras voy recogiendo ropa del suelo, así que ni he mirado quién es.

—¿Por qué susurras?

—¿Nit?

—¿Ya hasta me has borrado de tu lista de contactos? ¡Claro que soy Nit! ¿Que por qué susurras?

—Estoy en mitad de la primera fase del paseo de la vergüenza. Trato de salir de la casa de un tío que aún está como un tronco en la cama con la baba cayéndosele por un lado de la boca.

—Tus ligues son cada día más selectos.

—Cállate ‘so’ boba, que como me dé un ataque de risa despierto al kraken seguro.

Ya casi he conseguido alcanzar la libertad. Un tacón más y podré

marcharme de allí con cierta dignidad. Pero si pasase eso no sería yo, así que mientras estoy dando pequeños saltitos intentando calzarme esas armas del demonio que las mujeres llamamos zapatos, me doy un golpe en el dedo meñique del pie contra una mesita del Ikea, que fotografio mentalmente para buscarla después en el catálogo de la tienda porque es monísima.

Los segundos siguientes parecen una prueba fallida de ‘Humor Amarillo’.

El golpe me hace pegar un grito desesperado y levantar la cabeza, por lo que el móvil sale disparado hacia el parquet, aterrizando a tres metros de mí. Me tiro al suelo como si la cosa hubiese sido más grave en un intento de justificar mis exagerados aullidos de dolor.

Oigo a Nit gritando a través del aparato para saber si estoy bien y qué está pasando. Creo que piensa que el pobre Joe se ha despertado e intenta sacarme los órganos para su posterior venta en el mercado negro.

El susodicho aparece de pronto en el quicio de la puerta con un ojo aún cerrado y una erección mañanera que me apunta de forma acusadora como intentando hacerme entender que no se debe escapar de casas ajenas con nocturnidad y alevosía cuando aún ni ha terminado de salir el sol.

—*What’s happens?*

—*Sorry, Joe. Just, going to bed again. Everything is ok.*

—Jota. ¡Jota! ¿Estás bien? —me interrumpe mi amiga.

—Nit, tranqui, tranqui. Es sólo que me he quedado sin dedo chico en el pie derecho. Todo va bien.

—¿No están intentando violarte?

—No.

—¿Ya has salido de allí?

—Estoy en ello.

Ante un patidifuso Joe, me despido con un movimiento de mano y escapo de allí como una cucaracha con el móvil pegado al oído y riéndome con mi mejor amiga de mis planes de mierda.

—Oye, ¿y por qué me llamas a estas horas de un domingo? Dame una buena razón porque necesito que el espectáculo que he protagonizado ahí dentro no haya sido por un mero “¿*qué te cuentas?*”.

—Me caso.

—¿QUÉÉÉÉÉÉÉ?

—Mueve el culo, Jota. Tengo una boda que organizar y necesito a mi hermana para que me eche una mano y no pierda la cabeza.

Pues parece que es hora de volver a casa.

Jota

Al llegar a la entrada de la Terminal 4 de Barajas casi me tiro al suelo para besar tierra firme.

Después de 13 horas de vuelo, una escala con retrasos incluidos y un bebé que no dejaba de llorar en el asiento que tenía justo detrás de mí, sólo sueño con una ducha caliente y una cama mullida. Pero antes de conseguir alcanzar la salida hacia los taxis, unos brazos enormes me levantan en volandas y dejan mis axilas peligrosamente cerca de una nariz recta y perfecta.

—Ga, por Dios, suéltame, que tengo que apestar.

—Me importa una santa mierda, pequeña. Joder, qué bueno tenerte de nuevo aquí, Jota.

Cuando consigo que mis pies entren de nuevo en contacto con el suelo, Nit, Javi, Beto, Edu y Álex se abalanzan sobre mí gritando y saltando en círculo.

A mi niña se le han saltado las lágrimas y Gael y Álex tienen los ojos más brillantes de lo normal. No puedo evitar que su estado de ánimo me influya y consiga que una sonrisa cargada de nostalgia se abra paso en mi cara.

Me doy cuenta de cuánto me han echado de menos... y me siento culpable por haber tardado tanto en darme cuenta de que mi hogar está aquí, junto a ellos, por mucho que haya necesitado este año y medio de desconexión.

Cuando Gael y Ana encontraron mi carta yo debía estar ya camino de Quito. El frío siempre me ha puesto triste, así que decidí huir de él todo lo que pude.

Sudamérica me pareció un buen lugar para pasar mi vigésimo octavo cumpleaños.

A los cuatro días de haberme asentado en Ecuador, el encantador anciano que me servía el desayuno cada mañana en mi hotel me habló de la nochevieja del Malecón de Guayaquil. Sin pensármelo mucho, hice las maletas y allí soplé las velas y prendí, en mitad de un increíble espectáculo de fuego y luces, una foto que todavía guardaba en la cartera de un moreno de ojos azules que aún se aparecía en mis sueños y en mis pesadillas cada noche. En esas tierras tienen la creencia de que quemando en Nochevieja aquello que te había dañado en el pasado, lo dejabas atrás junto al año que terminaba. Me gustó esa idea y lo que quemar aquella imagen me hizo sentir.

En año nuevo volví a empacar mis cosas y durante el siguiente mes y medio recorrí Lima, Río de Janeiro y Buenos Aires. Conocí gente interesante por donde fui y no paré nunca, por lo que tuve poco tiempo para pensar. Decidí mis siguientes destinos sobre la marcha y sólo me permití acumular aquello que cabía en mi maleta de viaje.

Entre febrero y mayo descubrí Malé (en las increíbles Islas Maldivas), Yakarta, Hanói, Nom Pen y Tokio. Asia era tan diferente a todo lo que había conocido que pensé que podría quedarme allí para siempre. Conocer algunos de los pueblos de Vietnam fue una regresión a un mundo más simple y con menos prisas, donde se podía vivir rodeada de algunos vecinos amables y mucha paz.

Japón supuso un contraste tan marcado entre dos mundos que a veces me costó acostumbrarme, a pesar de pasar allí cerca de un mes entero. Recorrí el país de punta a punta, dejándome hipnotizar por sus templos y sus jardines, y abriendo la boca como una tonta cada vez que algún habitante de la gran urbe me sorprendió con un atuendo imposible en el mundo occidental.

Los meses de verano me pillaron explorando parte de la costa oeste de los Estados Unidos. La Casa Blanca, las playas de Santa Bárbara, el glamour de Los Ángeles, las luces de Las Vegas, la inmensidad del Gran Cañón... cada nuevo destino que me planteé me resultó más impresionante y terapéutico que el anterior.

Viajé sola, con tiempo para volver a descubrirme y estar bien conmigo misma, cargada sólo con algo de ropa y mi vieja guitarra colgada a la espalda. En ese tiempo compuse mucho, dejando que mis letras hablasen de lo que yo no me permitía expresar en voz alta.

Siempre encontré a algún otro viajero que compartió sus experiencias conmigo y estuvo dispuesto a echar una mano en cualquier situación. No sé si tuve suerte, mucho cuidado al elegir por dónde ir, o si es que el ser humano es mucho mejor de lo que los informativos quieren hacerme creer, pero durante esos meses sólo conseguí dejar atrás mucho dolor y sustituirlo por recuerdos, momentos y paisajes que me acompañarán siempre.

Agosto me encontró tirada en las playas paradisíacas de Honolulu. Madre mía, no sé cómo explicaros lo que es Hawaii. Estar allí de vacaciones es lo más parecido que yo puedo imaginar al paraíso. ¡La gente siempre sonrío! Aunque claro, viviendo sin relojes, en medio del mar más turquesa que podáis siquiera idear, rodeados siempre de música, fiesta y bailes... o estás más amargado que el *Dr. House* o es que tienes que ser feliz por cojones.

En septiembre decidí hacer el viaje más difícil de todos los que me había atrevido a planear en todo ese tiempo. Compré los billetes, hice una vez más mi maleta, me dirigí al aeropuerto la mañana en la que salía el vuelo... y no pude. Nueve meses de huidas, de nuevas experiencias, de cambiar de mundo, de broncas con mis amigos por negarme a volver aún, de convencerme de que estaba perfectamente y con solo ver la palabra ROMA en la pantalla que

indicaba la puerta de embarque por la que debía acceder, me paralicé.

No pude subir a ese avión.

No me atreví.

Imaginé recorrer aquellas calles de nuevo y cada mirada, cada beso, cada broma que compartimos se agarraron a algún rincón de mi pecho, hasta que me impidieron respirar.

Me quedé más de una hora en la cafetería de aquel edificio, recordando y llorando en silencio. No soy consciente de haberme sentido más perdida en mi vida que entonces. Estuve muy tentada de llamar a Gael y pedirle que viniese a rescatarme, pero me contuve, porque necesitaba superar aquello sola. Porque si dependía de los demás para volver a estar completa, nunca sería del todo solo yo. Había cometido ese error demasiadas veces en mi vida.

Mis ahorros se habían visto drásticamente reducidos gracias a Iberia y sabía que debía tomar una decisión que implicase algo más de estabilidad, aunque fuese a medio plazo.

Me puse en pie y me acerqué a los mostradores que indicaban los próximos vuelos, pensando que quizás alguno llamase mi atención y me librase de la machacona vocecilla que me repetía sin cesar que puede que este fuese un buen momento para regresar a Madrid.

Lo supe cuando lo vi.

Durante el siguiente año de mi vida, convertí Nueva York en algo que se parecía bastante a una casa.

No me resultó demasiado difícil encontrar un trabajo cuando llegué. No es que siempre hubiese soñado con ser camarera de un restaurante latino del que Chicote hubiese huido según cruzara la puerta, pero para poder residir allí no podía quedarme eternamente como turista.

Mi propia “Pesadilla en la cocina” duró cerca de dos meses. Ese fue el tiempo que tardé en conseguir, casi por acoso y derribo, que una encantadora mujer, que dirigía una guardería privada a tres paradas de metro de mi diminuto piso, aceptara tenerme a prueba un par de semanas para ver si cumplía con las expectativas que ella tenía sobre lo que ha de ser una buena maestra de infantil.

Pasé el examen con nota, y así fue como en mitad de una enorme y desconocida ciudad, que nunca duerme porque siempre hay alguien haciendo ruido cerca, encontré un oasis en medio de mi infierno.

Así que, durante 20 meses hablé mucho con mis amigos por Skype, pero no pude tocarlos ni una sola vez. Conocí a unos cuantos hombres que me hicieron gritar, pero ninguno me hizo sentir. Me reí en muchísimas ocasiones rodeada de gente, pero nunca en familia. Y aprendí a coserme de nuevo las heridas, aunque no sabía exactamente cómo de grande sería la cicatriz que dejarían esta vez.

Lo único que sí supe a ciencia cierta es que, cuando Nit me llamó, quise estar con ella. Y es que da igual dónde hayas decidido colgar tu ropa, o en qué ciudad esté tu trabajo. Importa poco si tu cama te espera en un piso o en un chalet.

Nada de eso es relevante, porque al final, tu hogar está donde está tu gente. Nos empeñamos en buscar nuestro sitio en lugares, sin darnos cuenta de que, en realidad, está en personas.

Gael

No puedo explicaros el alivio que siento al saber que Jota está de nuevo en mi vida y que no va a irse.

Está algo más delgada y sus rizos están menos marcados, como si se hubiese hecho algo para alisarlos un poco.

Parece feliz.

Durante meses hemos hablado a través de la pantalla de un ordenador y nunca ha dado muestras de estar triste, pero sé que esa es su manera de afrontar las cosas. Se dibuja una sonrisa en la cara y espera a que el tiempo suelde las fisuras.

No hemos hablado de Enzo en todo este tiempo. Hemos procurado no mencionar demasiado a Yaya. Sé que hemos vuelto a intentar meterla en esa burbuja que tendemos a crear para ella, pero es que solo quería que estuviese mejor y volviera.

Por aquí todo siguió su rumbo y la tierra no dejó de girar cuando ella se marchó, pero los días no eran igual de divertidos.

Las cosas con Beto van increíblemente bien. Quiero a ese hombre más de lo que sé explicar con palabras. Durante todo este tiempo no ha dejado de demostrarme ni un solo día que quiere estar aquí para mí, para que pueda apoyarme en él, para que recorramos nuestro camino juntos. Haberlo encontrado, entre los miles de millones de personas que hay en este mundo, me parece algo así como un pequeño milagro.

Había oído que a veces la convivencia puede ser dura, pero no sé... me resultó tan natural tenerlo cada mañana a mi lado al despertar y cenar mientras

le contaba qué tal me había ido en la guardería ese día....

Por cierto, la bruja de la directora al fin se jubiló. Ocupó su puesto una mujer encantadora que trata a todos los niños como si fuesen hijos propios. Puede que el hecho de que ella no haya podido tener descendencia tenga algo que ver. Cuando me contó su historia tomando café la primera semana de curso, no pude evitar sentir un poco de lástima por ella. Se veía que le dolía, que no era algo que hubiese decidido por sí misma, sino que le vino impuesto.

El caso es que el ambiente en mi trabajo cambió radicalmente desde la llegada de Bego, lo que a mí me hizo amarla y a Nit odiarla.

Ana llevaba dándome el peñazo con que trabajase con Javi y con ella cerca de dos meses cuando Bego llegó a la guardería. La empresa iba bien, de hecho iba de maravilla. A la plantilla inicial se habían unido una trabajadora social y una psicóloga, aunque ninguna demasiado extrovertida. El número de niños que tenían apuntados en ese momento a su escuelita era demasiado numeroso para los profesores contratados y la verdad es que estaba a punto de claudicar, pero esa especie de Mary Poppins en versión madura lo cambió todo. A mí me encanta mi trabajo y adoro a mis niños. No quería tener que irme, así que Bego me dio la excusa perfecta para poder quedarme donde de verdad quería estar.

A Nit no le sentó demasiado bien. Me parece que ya contaba conmigo para poder cubrir las horas extras que estaban teniendo que echar todos en su pequeño centro y que les estaba llevando por la calle de la amargura, pero no creo que ese fuese lugar para mí. No me veo preparado para lidiar con niños con problemas que requieren mucho más que cariño y técnicas pedagógicas comunes.

No os cabreéis conmigo. Las cosas no salieron tan mal para nadie porque yo no quisiera irme con ellos. De hecho, para Álex salieron mejor que bien.

Después de una docena de entrevistas infructuosas y muchos berrinches por

parte de mi pequeña pelirroja, Nit apareció un viernes para tomar unas cervezas del brazo de una morenita preciosa de piel blanquísima que, en cuanto se dio cuenta de que Ana se dirigía directa a una mesa con seis tíos que la observaban sin disimulo, adquirió un tono ridículamente rojo.

—Chicos, ella es Nuria. Va a ser la nueva profe del centro y, además, es logopeda y nueva en la ciudad, así que acostumbraros a ver su cara porque va a venir mucho con nosotros, que estoy harta de tanta testosterona.

—¡Oye, que yo te acompaño de compras!

—No Ga, tú me engañas para que YO te acompañe a TI a ver ropa de tío.

—A ver, si nos vamos a poner tiquismiquis, yo paso.

—Pero cómo que tiquismiquis, macho. Que el otro día estuvimos hora y media para decidir entre dos pantalones y tres camisetas. Hora y media, Ga.

—Hola.

La pobre Nuria saludó tan bajito que no supe si me había imaginado esa mísera palabra que salió de su boca.

El caso, que me liais y no os cuento lo importante. Nuria se sentó con nosotros, empezó a beber *gintonics* como si el espíritu de Charlie Sheen la hubiese poseído y a la hora de haber llegado al garito estaba bailando y riéndose con una naturalidad contagiosa. Resultó ser una chica divertidísima pero algo tímida. Tenía un punto de vergüenza que me hacía mucha gracia y que a Álex debió volverle loco, porque terminaron la noche juntos.

Creo que la bronca de Ana la oyó hasta Jota, estuviese donde estuviese en ese momento -¿Yakarta? No sé... esa mujer estaba viajando más que Marco buscando a su madre-. Lo único que le libró de la ira asesina de Nit por haber mancillado tan rápido a la que pretendía convertir en la única compañía femenina que tendría en la pandilla, fue que Álex se encoñó con Nuria de una

forma bestial.

No tardaron mucho en empezar a salir en exclusiva.

¡Ah! Y sé que antes os he hablado de una mesa con seis tíos. No se me ha olvidado contar.

Unas semanas después de la huida de Jota, Javi apareció en una de nuestras quedadas con Lucas, el veterinario metido a profe que trabajaba con ellos en el centro. No era raro que algunos de estos salieran con la gente del curro, pero nunca los habían traído a nuestras salidas.

Creo que, aunque ninguno lo dijera en voz alta, todos necesitábamos de alguna manera introducir cambios en la dinámica del grupo, para olvidar un poco que había un asiento que siempre notábamos vacío.

Los meses iban pasando y ninguno mencionábamos el hecho de que Jota se había instalado en Nueva York sin miras de volver pronto. Buscábamos excusas para no ir a verla. Queríamos que nos echase de menos, que tuviese una razón de peso para volver. Sabíamos que no llevaba bien las pérdidas y que regresaría a nosotros cuando estuviese preparada, pero la espera se hacía cada vez más cuesta arriba.

Hablábamos a menudo. Ella nos contaba alguna aventura y nosotros tratábamos de explicarle cada tontería que pasaba relacionada con el grupo, para que al volver no sintiera que se había perdido nada.

Nadie nombraba a mi hermano y, a base de fingir, al final aquellos meses parecieron no haber existido nunca.

Lucas encajó con nosotros de una manera tan natural que cuando nos quisimos dar cuenta se apuntaba a cada uno de los planes que montábamos.

Con Álex emparejado, pasó a ser el compañero de ligues de Edu. Se les daba bien, la verdad.

Beto y él descubrieron que eran del mismo equipo de fútbol, y al parecer eso une casi tanto como emborracharte con alguien en una noche de desfase.

Y Javi y él jugaban a ser los guardaespaldas de Nit, lo que solía acabar con algún pobre infeliz que osaba acercarse a ella con una cara de susto que despertaba hasta lástima y los dos amigos riéndose y dándose sonoras y masculinas palmadas en la espalda, felicitándose por haber conseguido que otro adulto saliese huyendo como un niño.

Y así, nuestra pequeña y disfuncional familia aumentó un poquito más. Aunque hasta que Jota no apareció por la puerta del aeropuerto con más ojeras que Daryl Dixon y el pelo más despeinado que Amy Winehouse después de una noche de farra, yo no volví a sentirla completa del todo.

Lucas

Sábado por la noche. Mi día favorito de la semana. Y además la fiesta de hoy promete ser épica.

La hija pródiga al fin ha vuelto a casa.

Llevo oyendo hablar de Jota meses. Todos me han contado su versión de lo que pasó hace casi dos años con la muerte de Yaya y el engaño de Enzo. La verdad es que he de reconocerle valor a la tía. Los tuvo bien puestos para mandar a la mierda a ese imbécil, porque mira que hay que serlo para hacer algo así a alguien a quien quieres en su momento más vulnerable.

Y lo siento por Ga, pero sin conocer a su hermano ya le tengo asco. Javi dice que no es mal tío, y juro que me fío de la palabra de Javi. A mí me parece que no tiene por qué ser un mal pavo, pero desde luego es un cabrón.

Si algún chico tratase así a una de mis hermanas... iba a tener que andar con muletas el resto de su vida.

De todas formas, es un tema algo tabú. Sé que Gael y Álex estuvieron a punto de llegar a las manos al poco de que Jota desapareciese, y desde entonces nadie saca el tema de forma pública. Solo lo hablan en *petit comité* y en contadas ocasiones.

Para celebrar que el grupo vuelve a estar al completo Beto ha propuesto ir al *Enbabia*. Es uno de los bares que solían visitar a menudo hace un tiempo, en la era pre-escapada, y parece ser que a Jota le vuelven loca los cócteles que preparan allí. La verdad es que no me extraña, tienen uno picante que tienes que probar antes de morir, sí o sí.

Edu ya está esperándome en el portal para dirigirnos hacia Huertas. Nos

pilla solo a 20 minutos andando, así que decidimos dar un paseo aprovechando que la noche madrileña ha dado una tregua al calor asfixiante de agosto y te permite salir a la calle sin pegarte al asfalto.

Mi piso se encuentra a solo diez minutos del de Edu. Él aún está instalado en la casa que sus padres tienen al principio de Bravo Murillo, mientras que yo hace años que alquilé un piso enano con más años que Matusalén en la Calle de Sagasta. No tiene ascensor, oigo perfectamente cada discusión que tienen mis vecinos, estoy seguro de que si los gemelos esos de la tele me lo reformasen encontrarían amianto al tirar las paredes y el suelo cruje cada vez que piso la cocina; pero es mío y me encanta.

Me mudé allí cuando el culo del mundo empezó a parecerme un asco para vivir. Mi madre siempre prefirió la paz de la sierra al bullicio del centro, así que mis dos hermanas pequeñas y yo llegamos a memorizar todos los horarios de las líneas de buses y metros de Madrid desde nuestra infancia. En cuanto tuvimos edad de independizarnos, huimos de la casa materna como alimañas.

A pesar de ello, no hay semana que no acabemos cogiendo el coche para ir a verla y comer juntos los cuatro. Los tres somos niños de mamá y no nos da vergüenza admitirlo. Siempre he estado muy unido a mi familia. Es un pilar fundamental en mi vida y no me gusta que pasen demasiados días sin saber si ha habido novedades en su día a día.

Creo que por eso empaticé aún más con Jota cuando me contaron su historia. Imagino que yo también me hubiese sentido muy perdido si hubiese tenido que pasar por lo que ha pasado ella.

Jota... ¿Os puedo ser sincero? No sé si me gusta demasiado que haya vuelto.

Estoy seguro de que es una tía genial y bla, bla, bla; pero cada vez que sale su nombre en una conversación hay como una tensión rara en el ambiente. Tal y

como la describen, a mí me parece una mujer fuerte. Joder, hay que serlo para superar las desgracias que el destino le ha impuesto. Sin embargo, sus amigos parecen tratarla como si hubiese que tenerla entre algodones.

Ejerce mucha influencia en ellos. No sé si ella será consciente, pero Ga y Nit orbitan alrededor de cualquier cosa que tenga que ver con Jota, y eso no me gusta demasiado.

El equilibrio de esta panda me encanta tal y como está ahora mismo, pero con la vuelta de Jimena no sé si las cosas pueden ponerse algo raras, o si cambiarán en algo. Y a mí me gusta todo tal y como está.

Cuando llegamos al *Enbabia* nos encontramos con que ya están todos en la barra dando su opinión a Alexandra, la camarera, sobre qué quieren en sus bebidas. La pobre mujer sonríe con educación, pero tener a cinco tarados hablándote a la vez a voces debe de alterar a cualquiera.

—Con frambuesa el mío.

—Yo quiero plátano.

—A mí flambéamelo.

—Ay, sí, ¡¡flambeado!!

Ni siquiera ha empezado la noche y ya parece que Ga, Nit, Beto y Álex llevan esnifando desde mediodía. Están súper alterados. El único que mantiene algo de calma y cordura, como siempre, es Javi. Bueno, y Nuria, que por mucho que ya se haya hecho a nosotros siempre parece estar como en segunda fila, observando, pero sin participar demasiado.

Cuando me acerco lo suficiente veo que el cuarteto rodea a una rubia algo bajita y con melena de leona que grita más que ninguno.

No puedo evitar sonreír. Ya la había visto en fotos, pero la primera impresión es más divertida de lo que esperaba.

Da saltitos mientras pega voces, intentando que Alexandra le haga más caso a ella que a Álex. No parece estar teniendo suerte con nuestra camarera y la mueca de enfado de su cara es muy cómica. Con el escote que lleva supongo que le sería más fácil si se hubiese acercado Félix a atendernos.

Cuando todos parecen conformes con sus comandas, se dan la vuelta y al fin se percatan de nuestra presencia. Todos se acercan a saludar y Edu me empuja hacia Jota a través del río de gente.

—Lucas, Jota. Jota, Lucas.

Me mira curiosa e inclina un poco la cabeza, para dejar que a continuación se le extienda una sonrisa preciosa por la cara, de esas que llegan a los ojos, y se aproxima para darme dos besos.

—Encantada. He oído hablar de ti.

—Y yo de ti.

—Todo mentira. Menos las cosas buenas. Esas son verdad todas.

Me hace gracia.

A lo mejor tenerla entre nosotros no es tan malo como esperaba.

—Ya iremos descubriendo si eso es cierto.

Edu me pone en la mano una copa que ni siquiera he llegado a pedir y nos movemos en manada hacia la entrada del bar, donde hay una barra pequeña y espacio suficiente para que podamos sentarnos en círculo y hablar un poco más tranquilos, sin que la música retumbe por toda la estancia.

—Bonitos tatuajes.

Ya me había dado cuenta de que Jota se quedaba mirando mi brazo en

cuanto me ha visto. Aún no he conseguido adivinar si es del tipo de chica a la que le pone un hombre tatuado o si asocia la tinta con los delincuentes.

Llevo una manga en el brazo izquierdo. Empecé con un par de *tatoos* en el hombro y cuando me quise dar cuenta estaba “decorado” hasta el codo. Me gustan los tatuajes como forma de contar una historia, como arte estético. Así que seguí. Ahora mismo, tengo cubierto ese brazo por completo, además de parte del mismo pecho. También me hice alguno suelto por el hombro y bíceps contrario y las costillas derechas.

—Gracias, el tuyo tampoco está mal.

Al sentarnos cerca de la barra ha descansado la mejilla sobre su puño y he notado una clave de sol encima de su codo izquierdo. Ocupa unos cinco centímetros y de ella sale un estallido de color en forma de manchas de acuarela en tonos verdes, amarillos, rojos y azules, con pequeñas notas negras a su alrededor. Es muy bonito y, sin conocerla apenas, siento que ese tatuaje la representa a ella como mujer.

—Gracias. —Duda un momento antes de seguir—. Tengo dos más.

—¿Perdona? —Vale, de ahí su pausa. No ha comentado aún a sus amigos los cambios físicos de su nuevo yo—. No me lo habías contado en ninguna de nuestras charlas por Skype.

—¿No? Vaya, se me pasaría. Estaba convencida de que lo sabías, Nit. —Qué mala es mintiendo, la Virgen.

—¿Y qué te hiciste?

—Ya te los enseño luego en el baño.

—¿No podemos verlos los demás? —pregunto.

—Tal y como están ubicados, o esperas a que haya una playa y un bikini pequeñito de por medio o tendrás que aguantar hasta una ocasión más especial.

Es provocadora.

La insinuación de una zona tatuada que no se pueda ver en un sitio público me hace sonreír de medio lado y, aunque no la estoy mirando directamente, me parece notar que Jota aprieta los labios para que no le pase lo mismo al ver mi reacción.

Vale... es de las que se ponen burras con los tatuados.

—Pero, ¿cuándo te los hiciste? ¿Poco antes de volver? —Ana no va a soltar a su presa tan fácilmente.

—Bueno... el primero me lo hice en... *aonueo*.

—¿En qué?

—Año nuevo. Me lo hice a principios de enero.

—¡Jota! ¿Hace ocho meses?

—Eh... enero del año pasado.

—¡Jota!

—Eso ya lo has dicho.

—¿Pero por qué no me lo dijiste? ¿Qué son? ¿Qué significan?

Odio esa creencia popular de que los tatuajes tienen que significar algo. A ver, a veces sí, pero en otras ocasiones sólo son cosas que te gustan. Si alguien se tatúa un trozo de pizza no guarda un trauma oscuro insalvable. Igual solo es amante de la pizza, joder.

—Me hice uno por Yaya, uno por mis padres y otro por mí.

—¿Y yo no tengo *tatoo* representativo?

—Y esa es la razón por la que no te lo conté —la vacila.

—Idiota.

—Encanto.

—¿Qué más me has ocultado?

—Un corte de pelo horrible y un cadáver en el piso que dejé en Nueva York.

—¿Cómo de horrible?

¿Por el muerto no me preguntas? —Todos las miramos como si estuviésemos presenciando un partido de tenis de lo más entretenido.

—Se lo merecería. ¿Tienes fotos del peinado espantoso?

—Ni de coña. Me corté el pelo a la altura de las orejas.

—Con tus rizos...

—Con mis rizos.

—Ma-dre-mí-a.

—Exacto. Era una mezcla entre una seta y un plato de ramen rubio.

—Una mala versión femenina de Bisbal al entrar en OT.

En ese punto de la conversación no puedo evitar echarme a reír a carcajadas.

Esa imagen es demasiado para mí.

Qué horror.

Y qué manía las mujeres con cortarse el pelo después de una ruptura cuando a veces a quien había que cortar algo era al cabrón que las había tratado así de mal.

Yo no tengo relaciones largas, pero os aseguro que trato mejor a las tías que muchos hombres que ya han jurado amor eterno.

Ambas me miran asombradas, pero cuando ven que Javi, Edu y Gael me

acompañan, se dan cuenta de que su conversación no estaba siendo demasiado privada.

Me están empezando hasta a lagrimear los ojos cuando veo a Lía entrando por la puerta con unas amigas e ir directas al fondo del local.

Me limpio una lágrima que había empezado a caer por culpa del ataque de risa que no conseguía controlar por mucho que lo intentase y me levanto para acercarme a ella.

Estos ni me miran de lo ocupados que están intentando que Jota les enseñe pruebas visuales de la mangada que se hizo en esa preciosa melena. Debieron de ser meses duros hasta que volvió a crecer. Joder, me estoy riendo otra vez yo solo y Lía me mira como si estuviera demente.

—¿Qué te has tomado?

—Hola a ti también, enana. —La abrazo fuerte y la siento sonreír contra mi pecho.

—¿Te vas a quedar mucho por aquí? Es por saber si tengo que cambiar de bar si quiero pillar esta noche.

—¿Es que no sabes salir por ahí solo para bailar y pasarlo bien con tus amigas, joder? No me hagas imaginar a mi hermanita pequeña en la cama con nadie, anda.

—Tu hermanita pequeña ya tiene 27 y ha tenido en quien fijarse para aprender a ligar.

—Sí, Leire no ha sido un buen ejemplo para ti.

—No le echas la culpa a la tata, que sabes que la pobre tiene menos arte hablando con hombres que Amy Farrah Fowler. Más bien me refería a un viejuno pervertido que me presenta a un nuevo ligue cada vez que me lo encuentro en la noche madrileña.

—Oye, que solo te saco seis años.

—Viejuuuuuuuno.

—Vete a la mierda. Me piro.

—Ey, espera.

En realidad, estaba intentando acercarme a la barra que está justo detrás de nosotros porque he visto a Jota acercarse para pedir. Sola.

Quiero tantearla un poco y ver de qué pie cojea.

De momento me ha caído bien y hasta me ha parecido notar algo de flirteo sano entre nosotros, pero sé que para ella soy “el nuevo” y quiero que la primera impresión que se lleve de mí esta noche sea buena.

—¿Te veo mañana?

Hace un par de semanas que Lía no se pasa por casa de mi madre a comer y el lunes la llamé para darle un toque de atención. Mamá estaba algo disgustada por no saber de ella. Le propuse ir juntos hasta allí en mi coche porque imaginaba que ella estaría con resaca un domingo por la mañana y si no tenía chófer podría acabar rajándose.

—Claro. Te paso a recoger temprano y así aprovechamos la mañana antes de ir a comer, ¿te parece?

—Genial. La verdad es que me apetece. Hace mucho que no pasamos un rato solos.

—Oh, ¿y me echas de menos?

No puedo evitar vacilarla, pero yo también tengo ganas de que me cuente qué ha hecho estas semanas. Los tres hermanos estamos muy unidos, pero Lía y yo nos parecemos más y bueno... qué coño, a vosotros os lo puedo decir. Entre que es la pequeña y que me recuerda a mí, pues tengo algo de debilidad

por ella.

—Tú hazte el duro, pero ya sé yo de sobra que tú también extrañas nuestros días especiales.

—Si lo dices así suena súper gay.

—Sabe Dios que no podría asociar nada gay contigo. —Me río bajito. Creo que Lía ha conocido a demasiadas de mis “amigas”.

—Te recojo mañana en tu casa, preciosa. —Nos abrazamos de nuevo. En mi casa siempre hemos sido muy de demostrarnos afecto, aunque estemos en público.

—Perfecto, precioso.

Me alejo de ella sonriendo y meneando la cabeza. Ojalá esa cabra loca no cambie nunca.

Al llegar al lado de Jota le pongo una mano en la zona baja de la espalda para que se gire y vea que estoy allí, pero el gesto provoca que ella mire hacia el punto en el que nos tocamos antes que a mí. Cuando levanta la vista está sonriendo, pero parece algo tensa. Es una sonrisa dibujada, forzada, y sus ojos tienen algo... de advertencia.

Retiro la mano un poco confundido. No entiendo demasiado el cambio en el ambiente, pero intento redirigir aquello antes de que se ponga muy raro.

—¿Me dejas que te invite a una copa?

—Gracias, pero no hace falta.

—Vaaaale. Así que... ¿tienes pensado hacerte algún tatuaje nuevo? —Trato de reconducir la conversación hacia un terreno más seguro.

—Probablemente.

—¿Y esos van a poder enseñarse o también serán secretos?

—Mis tatuajes los ven quien yo quiero que los vea.

—Sí, ya, bueno... quería decir que... nada. Da igual.

No sé qué narices ha pasado, pero su cambio de actitud es poco sutil. Quizás haya discutido con alguno de los chicos y se ha puesto de mal humor.

—Oye, ¿te gusta bailar?

—Mucho.

Un nuevo silencio.

—Y... ¿te apetece bailar?

—Pues la verdad es que sí.

—¡Genial! —Bueno, al fin un poquito de colaboración por su parte.

—Sí, cojonudo. Si me disculpas...

—Pero, ¿no acabas de decir que te apetece bailar?

—Claro, con aquel morenazo que me está mirando desde la pista — responde mientras levanta su copa en un brindis imaginario con un maromo que la está haciendo un repaso mal disimulado a unos metros de nosotros—. Si me disculpas, creo que le estás espantando.

Joder con la señorita.

Pues anda y que le aproveche.

Jota

Otro cabrón con pintas.

Qué pena, porque la verdad es que en cuanto le he visto he empezado a salivar.

Los chicos me han hablado hasta la saciedad de Lucas. Nuria y él son ahora parte de la familia y la verdad es que venía con ganas de conocerlos a los dos.

Ella es muy parecida a como la había imaginado. Pequeña, callada pero muy dulce. Sonríe mucho. Te dan ganas de protegerla en cuanto cruzas con ella más de cinco frases.

Lucas es... a ver cómo lo explico para que me entendáis. Cuando lo he visto he asociado a ese hombre una palabra que no creo que sea ya nunca capaz de separar de él: miel.

Nit y Ga me han hablado mucho de ambos, pero curiosamente nunca me he metido en Facebook o Instagram a mirar si compartían fotos con ellos. Para mí, los dos nuevos eran como personajes de una novela en la que la autora te describe de pronto a desconocidos que pasan a formar parte de la trama. Los había imaginado como yo quería.

En mi mente, Lucas llevaba gafas de pasta y era un poco 'nerd'. Ese es el error de ligar la descripción de alguien inteligente a la de un empollón de manual. Pero claro, mis dos mejores amigos habían destacado mucho el hecho de que Lucas había terminado la carrera de Veterinaria con unas notas increíbles y que después había obtenido el CAP en magisterio infantil y un máster en Magisterio centrado en Trastornos de Espectro Autista. Lo que se les olvidó mencionar fue su pelo castaño casi rubio y espeso, algo largo en la

parte superior y peinado hacia arriba; la barba recortada con cuidado para encuadrar los labios más carnosos que he visto en mi vida; los ojos, de un marrón tan claro que casi parecen amarillos; y los tatuajes que le cubren un brazo entero y buena parte del contrario y que se pierden en el final de las mangas de su camiseta, justo a la altura de un bíceps muy trabajado.

Para rematar, tiene una de esas voces profundas que acarician tu nombre cuando lo pronuncia. La primera vez que he oído de su boca salir la palabra ‘Jota’, casi se me va la pinza y le pido que mejor me llame ‘Cata’ a partir de ahora. Total, en mi caso y siendo cuestión de tetas, podía haber mucho paraíso.

He puesto el modo tonteo en cuanto le he dado los dos primeros besos.

Además, otra cosa que sí me han mencionado mis chicos es que no es un hombre de relaciones serias si no de rollos de una noche, lo que a mí me viene perfecto.

Pero cuando me he escabullido de la compañía del grupo para acercarme un poco a él, le he visto hablando con una chica algo más joven que nosotros a la que abrazaba de una forma que no me ha parecido muy ‘informal’.

No he podido evitarlo, me ha podido mi vena maruja y me he acercado con disimulo para poner la oreja.

—Claro. Te paso a recoger temprano y así aprovechamos la mañana antes de ir a comer, ¿te parece?

—Genial. La verdad es que me apetece. Hace mucho que no pasamos un rato solos.

—Oh, ¿y me echas de menos?

—Tú hazte el duro, pero ya sé yo de sobra que tú también extrañas nuestros días especiales.

—Si lo dices así suena súper gay.

—Sabe Dios que no podría asociar nada gay contigo.

—Te recojo mañana en tu casa, preciosa.

—Perfecto, precioso.

Me vais a perdonar, pero si eso es un rollete tonto, mi pelo solo es una melena con algo de cuerpo.

He de reconocer que me ha fastidiado un poco la bajada de libido repentina, pero más me ha jodido aún que el tío viniese con todo su morro a seguir ligando conmigo después de un par de promesas moñas a su amiguita.

Ah, no, colega. Puedes follarte a cuatro cada noche, pero las cosas claras y el chocolate espeso.

Puede estar todo lo bueno que tú quieras, pero yo acabo de ver su lado más feo.

Me entran ganas de ponerlo en su sitio, así que le suelto un par de borderías y me piro con un chaval que está claramente interesado en mí. El careto que se le queda al musculitos es épica. Se nota que no está muy acostumbrado a que una mujer le diga que no, pero es que no me gustan los cabrones que atraen a las chicas con promesas de días increíbles en pareja y según se dan la vuelta tienen la lengua metida en la garganta de la primera que se puso a tiro, que es donde termina la de Lucas media hora después de que yo me pire.

Mentiroso y vendehumos... Una joyita de tío, vamos.

Decido olvidarme del tema y tomarme una copa con el desconocido al que me he acercado, pero no han pasado ni 15 minutos cuando desde los altavoces comienza a sonar una canción que hace que Nit y yo levantemos la cabeza a la vez, nos busquemos y peguemos un gritito idiota.

Me disculpo con mi alucinado acompañante y salgo corriendo hacia Ana

con los brazos levantado berreando ya el estribillo de *Wannabe*.

*“If you wanna be my lover
you gotta get with my friends.
Make it last forever,
friendship never ends.
If you wanna be my lover
you have got to give,
taking is too easy
but that's the way it is”.*

Y sí, hacemos coros y nos turnamos para cantar en función de la Spice Girl que éramos en nuestros años de colegio. Ella siempre se pedía Geri. En verdad, todas las amigas queríamos ser Geri, pero como ella tenía el pelo de un castaño algo rojizo ya de enana, no admitía discusión. A mí siempre me tocaba Emma por ser rubia. Ya ves tú qué gilipollez, con estos rizos casi podía fingir ser Mel B. Sí, vale, salvando el hecho del color de pelo y que no era negra. Tampoco hay que ser pejiguero. Nuestra Victoria Adams decía “chacho” y la única marca de ropa que conocía era Zara.

Cuando terminamos de hacer el mono y aprovechando que los chicos están fingiendo que no nos conocen para que no les asocien con lo que ellos denominan “dos taradas de manual”, vamos a pedir un par de botellas de agua y salimos a que nos de el aire, porque nos hemos entregado tanto a nuestro numerito que hasta estamos sudando un poco.

Ana se ha quedado demasiado callada y no me mira directamente.

—Has tardado mucho en volver...

Ahí está. Me preguntaba cuánto tardaría en aparecer esta conversación.

Sé que no es acusación. No me lo está echando en cara. Solo trata de decirme a su manera que me ha echado de menos, que este tipo de tonterías solo sabemos hacerlas juntas.

—Lo sé, Nit. Pero lo necesitaba.

—Querría haber sabido ayudarte mejor.

—Por favor, no digas eso. No me hagas sentir culpable por haberme ido así.

—Te juro que no es lo que pretendo, Jota. Solo es... no sé. Supongo que si yo hubiese descubierto a Javi haciéndome algo así...

—Javi no te haría eso.

—Supongo. Yo... no sé si supe estar ahí para ti de nuevo cuando faltó Yaya.

Los ojos se le han humedecido mucho. No hace frases largas porque sé que no es capaz de verbalizarlas sin echarse a llorar. A mí el pecho me pesa un poco más que de costumbre y necesito respirar hondo varias veces antes de verme con fuerzas para decir lo que creo que Nit debería escuchar.

—Nit, me marché porque esta pérdida tenía que afrontarla sola. No es ningún secreto para ti que no supe cómo hacer frente a la muerte de mis padres. Dejé que Yaya y tú llevaseis todo el peso que a mí se me instaló en los hombros y, simplemente, me dejé llevar.

» En ese momento era lo único que necesitaba, pero creo que, de alguna manera, me metí en una burbuja en la que siempre había alguien que acudía a librar mis batallas y matar a mis demonios cuando lo necesitaba.

—¿Te sobreprotegimos? —Suenas tan desconsolada que me abofeteo mentalmente por hacer que se sienta mal.

—No. Me salvasteis. Pero cuando Yaya murió tan de repente, no supe qué hacer. Estaba tan confusa, tan perdida... Me convencí de que todo estaba superado y de que si sonreía lo suficiente, esas sonrisas acabarían siendo auténticas.

» Me aislé y quise demostrarme a mí misma que esta vez no necesitaba a nadie, porque solo quise derrumbarme en los brazos de una persona y resultaron estar demasiado ocupados sujetando a otra contra una pared como para abrazarme a mí.

—Jota...

—Tranquila. Ya no duele tanto, ¿sabes? Al principio estaba muy enfadada, pero durante todo este tiempo a solas he entendido que hay muchas cosas buenas de las que acordarme al pensar en él. No voy a ensuciarlo todo pensando en la última semana que estuvo aquí.

—¿Has hablado con él?

—No. —Odio mentirle así—. Tampoco quiero. Ya no estoy tan cabreada, pero sigo sin fiarme de él y supongo que estar en la misma habitación podría ser factible pero no cómodo.

—Ya.

A ninguna nos pasa desapercibido que, por mucho que podamos hablar del tema con cierta tranquilidad, su nombre no se ha pronunciado en voz alta en ningún momento.

—Oye, Jota, si solo has vuelto por lo de la boda pero estabas mejor allí, no sé, podemos compartirlo de otra manera, hablar más por Skype o...

—Nit, no querría estar en ningún otro sitio. Deseaba volver porque

quisiera, no porque lo necesitara.

—Así, que, ¿te vas a quedar?

—Sí. Os he echado tanto de menos que creo que si llegas a tardar un par de meses más en llamarme y darme una excusa para volver, hubiese tenido que inventarme una expatriación o algo así.

—No me hubiese extrañado nada. De hecho, lo que me llama la atención es que no nos hayas llamado nunca desde la cárcel. Porque... no has estado presa, ¿no?

—Eres imbécil —se me escapa entre risas.

—Pero me amas —me replica con su carita más tierna.

—No sabes cuánto.

Jota

¡Por Dios! Me aburro. Me aburro muchísimo.

Madrid en verano es un maldito horno en el que solo puedes permitirte salir a la calle a partir de las ocho de la tarde, pero al menos en agosto tengo con quién irme de cañeo.

Ha llegado septiembre y con él, la vuelta al cole.

Todos mis amigos han cogido sus mochilas y se han ido a dar clase. Encima, todos juntitos.

Me los estoy imaginando, ahí, entre niños que los miran con adoración y están ansiosos por absorber toda la nueva información que les den. Disfrutando de los ratos de descanso y tomando café como una piña. Y mientras, yo aquí tirada en el suelo como una manzana madura.

Digo tirada en el suelo de una forma literal. Con los 33 grados que marcan los termómetros a estas horas, me ha parecido un planazo descansar encima de las baldosas del baño a ver si la parca me lleva rápido.

Sí, vale, estoy exagerando. Pero es que estoy muerta del asco y no tengo a nadie con quien quedar. Y salir sola a andar con este tiempo como que no me convence. Aunque quedarme en bragas mirando el techo de mi aseo tampoco es una opción a largo plazo.

Decido dar un pequeño paso adelante que me lleva, ni más ni menos, que a la ducha.

Una vez que recupero el aspecto de una persona normal, me lanzo muy ufana a la calle con una dirección en mente: la calle Meléndez Valdés.

Quien dijo que en la capital todo pilla lejos no supo organizarse a la hora de buscar vivienda cerca de sus amigos de toda la vida. Nit había encontrado el local ideal para montar su escuelita a tan solo diez minutos de mi casa y diez más de la suya. Vamos, que la zona sur de Madrid para nosotras era como el baño de hombres de las discotecas. Sabíamos que existía, pero procurábamos ir solo en caso de extrema necesidad.

Cuando estoy casi en la puerta me doy cuenta de que aún quedan cerca de tres cuartos de hora para que Ana termine su jornada laboral, así que busco la peluquería más cercana y me meto a que me hagan la manicura —*Sin vicio no puedo estar... ¡Vicio, vicio!*—.

Con el ánimo algo más subido y las uñas rojo cereza entro en la escuelita en busca de mi amiga, pero antes de alcanzar mi objetivo, me tropiezo en la puerta de la sala de profesores con un obstáculo en forma de dios.

Arg, ¿por qué? ¿Por qué los más cabrones tienes que ser siempre los que más buenos estén?

—¡Vaya! Hola rubia.

—¿Qué hay...castaño?

No podéis ver dentro de mi cabeza, pero me acabo de hacer un *Face Palm* de los grandes.

Qué hay castaño. ¿Había una respuesta más idiota?

—Veo que sigues tan elocuente como en nuestros últimos encuentros.

—Y tú tan majo.

Hemos pasado de las respuestas penosas a las sosas a secas formuladas con tonito de asco. Mi ingenio no funciona bien con este calor.

Como habréis notado las cosas con Lucas no han mejorado demasiado.

A mi desplante en el bar siguieron algunas quedadas todos juntos en las que yo lo evitaba cuanto podía sin llamar la atención de los demás. Tampoco quiero meterlos en esto.

No es que tenga algo real en contra de él, es solo que me ha caído gordo desde el principio, pero no me ha hecho nada, así que tampoco puedo ir a pedir a mis amigos que le hagan el vacío como si tuviésemos seis años.

Conclusión: que me como al rubiales.

¡Ay, no!

Que me va a tocar acostumbrarme a tenerlo encima.

¡Tampoco!

Quiero decir que me aguanto, aunque me joda.

¡A la mierda! Me habéis entendido.

Mis intentos por ignorarlo encontraron réplica en su actitud. Así que ahora somos algo así como unos padres mal divorciados sentados juntos en la misma mesa el día de la boda de su hija. Hay una falsa apariencia de calma, pero nos gusta lanzarnos pullitas.

Si os digo la verdad, el juego hasta ha empezado a gustarme. Tener que ser un poco borde con él hace que me mantenga alerta. Aunque en días de empanamiento total como hoy me parece que más que una de cal y otra de arena, me voy a tragar un arenero y punto.

—Estás un poco lentita hoy, Jota.

—Mira, guapito de cara, paso de seguir soportándote por hoy.

—¿Quieres mejor un nuevo asalto mañana? Tráete unos pantaloncitos cortos de deporte. Seguro que te sientan de vicio.

—Claro. Y tú no te olvides de la camiseta de tirantes para lucir brazo, que

así al menos estaré un poco entretenida.

—Así que te gusta mirarme, eh, viciosilla.

—Si quiero ver a un macizorro rescatando cachorritos indefensos para que se me caiga la baba a gusto, me pongo en la televisión al rubio de “Veterinario al rescate”, que por lo menos me cae bien.

—Con que soy un veterinario buenorro, ¿eh?

—Y yo tengo las tetas grandes.

—Esto...eh... ¿qué?

La réplica ha valido la pena sólo por ver cómo esa sonrisilla suya de prepotencia se cambia por una cara de perplejidad absoluta.

Tengo que contener una carcajada cuando le veo desviar la mirada disimuladamente hacia mi escote.

—Oh, perdona, ¿es que no estábamos diciendo obviedades? ¡Claro que estás bueno! Eso lo sabe hasta la tía más lesbiana de todas. Pero un físico bonito sólo te hace bonito por fuera.

Cuando empieza aplaudir muy despacio a pocos centímetros de mi cara, las ganas de abofetearlo alcanzan dimensiones desconocidas para mí hasta entonces.

—Lo de soltar frases profundas en mitad de las conversaciones hace que des la impresión de ser una mujer intensa y muy poco superficial. Enhorabuena. —¿Si le suelto solo una collejita pequeña se enfadará mucho Ana?

—Mira qué suerte tengo de no ser una impresora y no tener que causar ningún tipo de impresión en nadie.

—¡Pero si además eres graciosa!

—Y tú un poco gilipollas.

—Me lo habían dicho antes.

—¿Por qué será que no me extraña?

—Tengo que irme, rubia. Pero ya sabes, si quieres nueva ración, estaré por aquí mañana.

—¡Que no me llames rubia!

Le grito al aire, porque Lucas ya ha salido por la puerta.

Vuelvo a tener la sensación de que he perdido esta batalla.

¡Joder, qué coraje!

Cuando estoy con él me sale más la vena rabiosa que la calmada e indiferente que suelo usar con los guapitos sin cerebro que me hacen gracia.

—¡¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaah!!!!

—Pero, ¿qué te pasa, mujer?

No he visto salir a Javi y a Nit.

Estupendo.

Pues no tengo yo la cabeza para inventarme historietas para no dormir.

—Es Lucas, que me saca de mis casillas.

—Ah, ya. Eso...

—Quita esa sonrisilla de lista, Nit.

—Venga, Jota. Que son muchos años. A ti ese chico te pone nerviosa, pero en otro sentido.

—¿Que si me lo tiraba? Hasta que tuviese agujetas. Pero resulta que los cabronazos me repelen.

—Oye, que es buen tío.

—Javi, no voy a entrar a discutir contigo las costumbres amatorias de Lucas. Yo ya me entiendo y con eso basta.

—Ya, vale. Si sois grandes. Pero intentad llevaros bien, anda.

—Que no nos llevamos mal. —Me sale un toniquete algo cansino.

—Ya, ni Álex le pide a Nuria que se disfrace de Arwen mientras él finge ser Aragorn.

Ana y yo tardamos como medio minuto en reaccionar tras esa confesión.

—Cariño, noooooo ¡Mis oídos! ¡Dios mío, mis oídos!

—¡Sácamela, Nit!, ¡saca esa imagen de mi cabeza! Ay, Dios... Agua, agua... qué asco, Javi, coño. No necesitaba esa información.

—Si yo la sufro, vosotras también. —Y el cabrón lo dice sonriendo.

—Bueno, y ¿qué haces tú por aquí? —Mi amiga interviene para tratar de desviar el tema hacia algo menos oscuro.

—Me aburría en casa. Necesito encontrar pronto algo que hacer o me moriré del asco.

La parejita feliz acaba de cruzar una mirada que me resulta raruna.

No sé si lo que viene a continuación es increíblemente bueno o si acaban de coger el estoque.

—Pasa un segundo a la sala, anda. Pongo un café y te comentamos una cosa.

Lucas

Me levanto en cuanto suena el despertador.

Tengo energía para dar y repartir. Los asaltos con Jota me reactivan una locura. Ojalá hoy también se pase por el colegio. Me divierto mucho cada vez que esa rubia empieza conmigo una pelea de gallos. Se nota que está acostumbrada a quedar por encima, pero juraría que le pongo un poco nerviosa, porque su afilada lengua no trabaja igual de rápida conmigo que con el resto de la gente.

Hoy me llevo a Sobras conmigo al centro. Voy a centrarme en un pequeño que ha llegado hace poco a nuestra clase y que muestra un trastorno autista de grado 3. Quiero trabajar con él el aprendizaje por imitación y mi precioso Golden Retriever canela es el mejor ayudando a que mis niños se sientan en un entorno algo más seguro para comenzar con la terapia.

Le llamo Sobras porque es lo único que come, el condenado. He probado a comprarle todas las marcas de pienso del mercado, pero nada, que solo quiere lo que cocine yo de más. Lleva conmigo siete años y juro que mataría por él.

Cuando cruzo la puerta de la salita de profesores una melena rizada de leona llama mi atención inmediatamente.

—Vaya, ¿tenemos chica nueva en la oficina? —Los ojos se me iluminan un poco más de lo que pretendía al mirar a Jimena.

—¡Buenos días Sobras!

Estoy acostumbrado a que cuando mi perro me acompaña al trabajo, me vuelvo invisible para Ana y para Nuria. Solo soy el que sostiene la correa. Pero esta mañana no me importa lo más mínimo sentirme ignorado, porque he

visto a Jota abrir los ojos muchísimo y sonreír como si acabase de despertar en el día de Reyes en cuanto ha visto al animal.

Cojonudo. Le gustan los tatuajes y los perros.

—Hola chiquitín. ¿Pero cómo eres tan precioso?

También anoto mentalmente que es una de esas personas que habla a los canes como si fueran bebés algo idiotas.

—¿Es tuyo?

—Sí. Sobras nos ayuda con algunas terapias. Los niños lo adoran.

—Normal, ¿quién no va a adorar a esta cosita?

Lo está agarrando por los carrillos como si fuera un niño mofletudo y pone morritos mientras le habla con una voz más aguda que la que suele usar. Os prometo que me parece ver a Sobras suspirar, pero le pega un lametazo en toda la cara que ella celebra con una risita encantadora que a mí me hace sonreír de medio lado.

—Sí, suelo crear ese efecto entre las mujeres. Aunque no sé si me gusta que me llames cosita, preciosa.

—A ti no te llamo, sin más.

—Me encanta cuando me ladras de buena mañana. —Me acerco un poco a ella porque me gusta como se tensa cuando lo hago.

—Un poco de aire, por favor. Que parece que tus padres no te enseñaron el concepto de “espacio vital”.

—¿Te pone nerviosa que me arrime? Si es porque te entran ganas de morderme un poco, puedes hacerlo. No te cortes. Soy mejor que el buen café.

—Más bien prefiero que no lo hagas porque estoy casi segura de que hoy no has pasado por la ducha antes de venir. —Impertinente y contestona. Me

gusta.

—¿Qué haces por aquí, rubia?

—No me llames rubia.

—Viene a aprender. —Ana me contesta sin prestar atención a su amiga—. Hemos pensado que a Héctor le vendrá bien algo de ayuda con sus clases individuales y a nosotros nos va de lujo una profe nueva. Así que Jota se incorpora al centro como 'becaria' de Héctor para ir empapándose de las técnicas que él usa y de cómo funcionan con cada niño; además actuará de refuerzo con el resto de nosotros hasta que pueda empezar a dar clases sola con algunos de los peques con problemas más moderados.

—Es muy considerado por tu parte venir hasta aquí para que pueda vacilarte más fácilmente —la provoco.

—Ya supuse que te gustaría tener mejores vistas en el trabajo —me reta.

Héctor es nuestro musicoterapeuta, un hombre de sesenta y muchos años encantador y con una paciencia infinita para los niños. Adora la música y la verdad es que verlo trabajar es un regalo. Parece encantado de tener a alguien a quien ir enseñando todo lo que le ha costado una vida aprender y la sorpresa inicial de tener allí a Jota pronto se convierte en curiosidad por verla trabajar.

A lo largo de la mañana todos vamos pasándonos disimuladamente por la sala de música para ver cómo se desenvuelve con los peques.

A última hora ya ni nos molestamos en disimular y nos vamos repartiendo por el aula a medida que terminamos nuestras propias clases.

Parece que Héctor ha decidido empezar por casos fáciles, aquellos en los que nuestros alumnos presentan una discapacidad intelectual o motora leve. Pasan por su clase una pequeña con Síndrome de Down, dos chiquitines con TDA y una niña con hemiplejía derivada de una parálisis cerebral espástica.

Jota permanece algo apartada del centro de la acción, pero está muy atenta a todo lo que Héctor le va explicando. Interactúa de forma natural con los críos y no se le nota incómoda al afrontar sus diferencias, algo que en este trabajo es fundamental. Nuestros alumnos no son bichos raros, son niños increíbles que necesitan un poquito más de atención y amor que otros.

Jimena se ríe cuando ellos lo hacen y se nota que hay amor en su mirada. Los admira. Le provoca ternura y embelesamiento por partes iguales que disfruten tanto con la música, que algunos puedan tocar instrumentos y que la melodía les inspire a moverse e intentar cantar.

Creo que esto podría gustarle de verdad.

Cuando parece que la jornada va a terminar con un sobresaliente para la nueva, Héctor decide ponerle una prueba.

Hay algo que tenéis que entender. Estos niños son maravillosos. Las alegrías que te dan cuando notas avances en algunos de ellos no son comparables a nada que yo haya experimentado antes. Pero hay días duros, muy duros.

Muchos de nuestros alumnos tienen trastornos graves, autismos de muy alto grado o problemas que te hacen muy difícil llegar a ellos por completo.

En este centro no son raros los llantos ni las rabietas, y los enfados son parte del trabajo. Hay que saber lidiar con ello, porque si no, llegarás a casa destrozado cada día, entrando en un bucle de frustración que te impedirá ver el lado maravilloso de este curro.

Héctor hace pasar a Gonzalo.

La sonrisa de Jota no se va de su cara, pero llevo un rato observándola y detecto que su postura cambia. Se ha puesto más rígida. Se siente menos segura.

Supongo que es comprensible.

Gonzalo es un niño de cinco años con un trastorno de espectro autista de grado 1. Nació ciego y hubo algunas complicaciones durante el parto, por lo que el pobre estuvo sin que el oxígeno llegase a su cerebro cerca de un minuto. Las dificultades a la hora de caminar o comunicarse son secuelas de ese horror.

Héctor lleva trabajando con él desde que tenía dos añitos y quien no haya vivido con ellos la evolución de Gonzalo no entendería la inmensa sonrisa de agradecimiento que se dibuja en los labios de su madre cada vez que ve al musicoterapeuta.

Los seis primeros meses de sesiones, lo único que se oía en los pasillos cercanos al aula de música cuando venía el pequeño eran llantos desesperados y gritos que partían el alma. No dejaba que nadie se le acercase. Se limitaba a dejar que su madre le metiese en la sala para, a continuación, tirarse al suelo desesperado entre berrinches e incompreensión.

Hasta que una tarde, algo cambió.

Gonzalo se olvidó por un minuto de su inmovilidad perpetua cuando entraba en esa clase, tocó una tecla del piano donde Héctor lo había sentado a su lado y se río. Lo hizo tan bajito que si no hubiésemos tenido grabadas aquellas clases para que el profesor pudiera estudiarlas después, a más de uno nos habría pasado desapercibido aquel gesto. Pero no a su madre. Ella estaba presente en cada sesión y ese día rompió a llorar delante de todos cuando Gonzalo repitió el movimiento, haciendo sonar un 'mi', y sonrió mientras se abrazaba de forma tímida y adorable contra Héctor.

Todos lloramos con ella.

Pero a pesar de los avances, aquí no ofrecemos milagros. Gonzalo es un chaval con discapacidades muy serias que no tienen previsión de mejora a

nivel médico. En este centro intentamos hacer que ese mundo que él ha creado sea más bonito y feliz, y nos alegramos inmensamente cuando, de vez en cuando, nos invita a entrar en él.

No aspiramos a más.

No prometemos más.

Conocemos a cada uno de nuestros alumnos como a nuestra propia familia. Algunos vienen a diario, otros a sesiones sueltas para mejorar su lenguaje, su psicomotricidad o a sesiones con la psicóloga. Da igual. Estamos al tanto de sus gustos, sus miedos, sus manías y lo que hace que estén contentos. Diferenciamos las señales que a veces se dan antes de una rabieta y sabemos qué hacer para calmarlas. Y hoy Gonzalo no viene de buen humor.

Entra en la sala en los brazos de su madre y cuando Héctor intenta abrazarle empieza a chillar. Jota da un paso atrás, pero se obliga a detenerse y la noto coger aire despacio.

El pequeño balbucea mucho y niega de forma compulsiva con la cabeza.

Su ceguera hace que sea incapaz de enfocar la vista y que al conseguir soltarse del amarre de los adultos se caiga al suelo y se golpee en la cabeza con la pata del piano. Rompe a llorar entre gritos y su madre se lanza a intentar calmarle.

La escena es caótica y, además, hoy hay más público del habitual.

Edu y Javi, que han estado a mi lado todo el tiempo, se quedan paralizados esperando que Héctor intervenga, pero Ana se acerca preocupada a Jota, que se ha dado la vuelta hacia la pared con los ojos cerrados y los labios apretados. Tiene las manos unidas delante de la boca, como en un ruego silencioso, y no consigue esconder que le tiemblan un poco.

Ninguno sabemos qué hacer para conseguir contener el ataque de Gonzalo,

que cada vez llora más fuerte y parece a punto de comenzar a convulsionar. Pienso en ir a por Sobras, pero los animales no suelen funcionar muy bien con Gonzalo. Al no poder verlos, le da reparo que se le acerquen demasiado. Suele rehuir el contacto.

Entonces Héctor empieza a tocar el piano... y los chillidos de Gonzalo bajan una octava. Al percatarse de ello, Jota se gira y mira a la madre.

—¿La música lo calma? —Su pregunta suena realmente esperanzada.

—Es casi lo único que lo consigue.

—¿Le gusta que le canten?

—Sí, aunque cuando lo hago yo tiende a llorar. —La pobre consigue bromear en medio de esta situación.

—¿Tiene predilección por algún tipo de canción?

—Le gustan las melodías suaves.

—Héctor, ¿puedo? —pregunta la rubia señalando el taburete donde él está sentado.

Su compañero se levanta sonriendo y le cede el sitio.

Héctor sabe de sobra qué tipo de música ha de tocar cuando Gonzalo entra en ese estado, pero está evaluando la fortaleza y la resolución de Jota. Si ante el primer ataque de un alumno sale corriendo, iba a tener mal futuro entre nosotros. Todos los sabemos y por eso no hemos intervenido tratando de ayudar.

La actitud que ha adoptado Jimena es la correcta. Seguramente Héctor tendrá que volver a tomar las riendas y calmar al enano, pero Jota ha pasado con nota el examen.

Ana parece dispuesta a quedarse un rato más, y me sorprende que Javi y

Edu no vuelvan ya a sus clases. Ya está todo visto, no hay mucho más que mirar.

Pero como soy un poco bobo y veo que nadie se mueve, decido quedarme al espectáculo porque mis niños ya se han marchado y pretendo irme con los compis a tomar una caña después.

Jota duda durante unos segundos delante del piano y mira de nuevo a Gonzalo, que ante la ausencia de música ha vuelto a aumentar la intensidad de sus quejidos y ha llegado a la fase de las patadas.

La verdad es que la preocupación que desprenden los gestos de Jimena es muy tierna. No entiendo cómo Ana es capaz de verla así y no ir en su ayuda. Si sigue mordiéndose el labio inferior con esa saña se lo va a despellejar, y estoy casi seguro que este ratito le ha valido por una arruga gigante en la frente que ya nunca la abandonará.

Se levanta y va directa a por una guitarra que está apoyada en una esquina del aula.

Se sienta enfrente del pequeño y los primeros acordes del 'Hallelujah' de Leonard Cohen salen nítidos de las cuerdas del instrumento. Los repite cuatro veces, hasta que Gonzalo empieza a emitir un ruido más bajo y repetitivo de lamento, como ese soniquete que hacen los bebés que fingen llorar. Gira la cabeza hacia el sonido y apoya la cabeza en las rodillas de su madre, que está sentada sobre sus piernas para poder sostener mejor a su hijo.

Jimena mira de nuevo a Héctor de la misma forma que una alumna asustada miraría a su profesor a la hora de defender su Trabajo de Fin de Grado. Al ver que este asiente, dándole permiso, comienza a cantar de forma suave, mirando solo a Gonzalo.

Cada vello de mi cuerpo se dispara y entiendo que sus amigos no hayan querido moverse de donde estaban. Yo mismo podría quedarme una vida

oyéndola cantar.

El pequeño ya solamente emite un sonido continuo y monocorde, casi acompañando la canción. Su madre sigue los ruidos que hace su hijo con un pequeño siseo destinado a calmarle, al igual que las caricias que dedica a su pelo.

Todos los demás estamos en completo silencio.

Al llegar a uno de los estribillos, Jimena sube el tono para llegar a la nota correspondiente y ante ese increíble sonido, Gonzalo se yergue y suelta una pequeña carcajada. Jota se detiene de golpe y aspira con brusquedad, llevándose una mano a la boca, que se le ha abierto por la sorpresa. Los ojos se le humedecen y rompe a reír abiertamente cuando Gonzalo se levanta rebelde y extiende los brazos buscando a tientas el origen de la música hasta encontrarlo. Rasga las cuerdas de la guitarra y se revuelve de alegría. Sigue aporreando la caja hasta que su madre lo detiene.

—Te está pidiendo que sigas —le dice a Jota visiblemente emocionada por la reacción de la nueva profesora, a quien las lágrimas han empezado a correrle por las mejillas.

Jota asiente y se humedece los labios. Se coloca de nuevo la guitarra y continúa con la melodía. Y a pesar de que se le olvida la letra una vez, a pesar de que la voz le tiembla a menudo por la emoción, a pesar de que Gonzalo le interrumpe tres veces más para tocar él mismo el instrumento... a pesar de todo ello, es la canción más bonita que he escuchado nunca.

Puede que hoy nos hayamos ganado una copa más que una caña. Y puede que, solo por hoy, la rubia se haya ganado que la deje ganar cuando juegue a meterse conmigo.

Jota

No pensé que me fuera a gustar tanto esto.

Cuando Nit me propuso estas ‘prácticas’ en la escuelita acepté casi más por estar entretenida que porque pensase que podía ser algo para mí a largo plazo. Pero es que estos niños enamoran.

Llevo aquí algo más de un mes y no voy a negar que ha habido momentos duros que me han dejado llorando en la cama al final del día, pensando que el mundo no es justo, que no es posible que niños que tienen tanto amor que dar tengan también que tener tantos obstáculos que salvar. Pero la mayoría de las veces, lo bueno supera con creces lo malo. Sus risas y sus abrazos son tan sinceros que te dejan sin aire cada vez que deciden regalarte uno.

He adquirido un nuevo respeto por Javi. Verlo trabajar con esos enanos es un poco mágico. Nunca lo reconoceré delante de la pelirroja, pero cuando lo veo levantando en el aire a alguno de sus alumnos, lo imagino como un dios en la cama. Ana me ha pillado más de una vez mirándolo con cara de idiota y ahora se ríe de mí y de mi reloj biológico cada vez que tiene ocasión.

Además, quiero robar a Sobras para llevármelo a casa. Ese animal es lo más bonito y lo más bueno que existe y existirá jamás. Tiene una paciencia infinita con los tirones de orejas, las caricias que acaban pareciéndose más a manotazos y los aullidos humanos que recibe a diario. Cuida de esos niños como si fuesen parte de su manada, como si cada uno fuera un cachorro que necesita de su atención.

Y poder aprender de Héctor es un regalo, uno enorme y precioso que he ganado sin merecerlo. Me ha acogido como a una hija. Sé que si no fuese

porque el negocio es de mis amigos, jamás podría haberme metido en esto sin tener la carrera de Musicología, pero Héctor jamás ha dicho nada al respecto. Al contrario, tiene una paciencia infinita conmigo y todos los días buscamos un rato para que me vaya enseñando todo lo que sabe y puede ayudar a estos niños. Ese hombre es un ángel.

Cuando tenemos una buena mañana, voy por la tierra como si hubiese esnifado. Todo es idílico y perfecto. El mundo es un lugar maravilloso donde siempre hay algo bonito que ver o disfrutar.

Los días malos prefiero no explicároslos.

Además, lo de trabajar entre amigos es una gozada. Nit, Nuria y yo nos hemos convertido en algo parecido a una versión adulta de las tres mellizas. Si tuviésemos que llevar uniforme a clase, ya sería la bomba.

Casi todos los días acabamos la jornada en ‘Los Chicos’, que nos pilla cruzando la calle y se tiran las cañas que es como para llevarlos a ‘Tú sí que vales’. Álex suele acercarse a recoger a Nuria y Gael y Beto se apuntan siempre que pueden.

Mis días se parecen tanto a la época pre-Enzo que a ratos se me olvida que alguna vez estuvo entre nosotros compartiendo chistes y pinchos.

Aunque me fastidie reconocerlo, Lucas también contribuye en buena medida a que acostumbre a estar de buen humor. Lo cierto es que no le he vuelto a ver con la chica de aquella noche..., bueno, con la primera, quiero decir, la que parecía algo más que un “aquí te pillo, aquí te mato”. Puede que ya le haya dado la patada a la pobre. Eso espero, porque lo que sí he visto ha sido a un sinfín de tías que terminaban sus noches acompañándolo dentro de un taxi.

Además de nuestro pique habitual de léxico ingenioso, hemos comenzado una especie de batalla boba por ver quién es capaz de llamar la atención de alguien más rápido cuando salimos en grupo. Vale del sexo opuesto y del

propio, somos demasiado picados como para hacer distinciones absurdas cuando normalmente no terminamos en la cama con ellos. Solo queremos ver quién de los dos gana.

Si bien os reconoceré que en las pullitas orales suele quedar él por encima (mira que me jode ponerme nerviosa por su culpa; mierda de visión de Lucas cubierto de miel...), en este campo suelo conseguir yo la victoria. Y eso que esos brazos y esos labios no me lo ponen fácil, pero es que dos tetas siempre tirarán más que dos carretas.

Hoy es viernes y hemos quedado en el Moe's. Como pilla al lado del curro ni siquiera he pasado por casa a cambiarme. Nit, Nuria y yo nos hemos ido a poner ciegas al 'Rey de las Tortillas' mientras los chicos perdían el tiempo en el gimnasio. Para tomar chupitos de garrafón a un euro y bailar hasta caerme muerta no necesito ir divina de la muerte ni torcerme un tobillo al caerme de los andamios que suelo gastar por zapatos.

Además, solo vamos a ese garito por petición expresa de Edu. No lo dice, pero le gusta pasar las noches de los viernes allí porque hay muchas chavalitas jóvenes que le tiran la caña.

He de reconocer que es muy gracioso ver al dúo sacapuntas ligar. Edu y Lucas deben de pensar que por eso de ser mayores que la media de la gente que se deja caer por allí, los ven como maduritos interesantes. Por cómo los miran algunas, juraría que en sus cabezas aparecen más bien términos como 'desfasados pasadetes de copas'.

—Hola señoritas.

—Edu, en serio, tenemos que dejar de venir a este sitio. Sacamos diez años a los más mayores que hay en la pista.

—¿Y?

—Si no lo entiendes con esa ilustración, yo no te lo voy a explicar.

Nit se cansa rápido de tener la misma conversación de siempre y decide centrar la atención en su chico, que la recibe entre sus brazos sonriendo como si Ana fuese quien pone el sol en el cielo cada mañana.

Nuria y yo fingimos prestar atención a la puerta para darles su momento, y por ella vemos entrar a Gael, Beto, Álex y a mi némesis.

—Hola, caracola. —Lucas se adelanta al resto y viene directo hacia mí, sonriendo.

—¿En serio? ¿Hola, caracola? ¿Qué tienes, 12 años?

—¿Te gusta más ‘rubia’?

—Madre mía, qué cruz tengo contigo.

—Oh, vamos, rubia. Sé que te alegras de verme. ¿Me has echado de menos este ratito?

—A ti siempre te echo de más.

—Uuuuuuh. Primer strike para Jota —aplaude Nuria.

—¿De más... iado de menos?

—Y Lucas la lanza fuera del campo al segundo intento —se mete Beto.

—¡Le dais por válidas réplicas de mierda! —me quejo.

—No te piques, rubia.

—Si me llamas rubia otra vez te juro que t...

—¿Quieres unos chupitos o ya me has elegido reto para hoy? —me corta.

Miro a Nuria levantando las cejas a modo de pregunta silenciosa, para ver si me ayuda a elegir a alguna chica que se lo pueda poner difícil a don ‘respuestas rápidas’. La proporción hombres-mujeres esta noche está descompensadísima. Él lo va a tener mucho más fácil que yo.

¡Mierda!

Le señalo sin mucha convicción a una chavalita con una media melena castaña que viste de forma bastante tradicional, lleva perlas en las orejas y tiene cara de estar oliendo un pedo continuamente. No está en su ambiente, se le nota. Espero que eso haga que se ponga un poco borde, aunque el pedo debe de disiparse según se acercan Lucas, sus tatuajes y su metro ochenta y cinco, porque quita los morritos esos de pato que mostraba y los sustituye por lo que creo que intenta ser una boquita de piñón seductora.

Desde aquí no veo un carajo.

Veo que Gael ya se ha puesto a cronometrar lo que tarda en conseguir su teléfono, así que me despreocupo y me pido un par de chupitos con Nuria y Álex.

Ya casi estamos terminando nuestra primera cerveza cuando *Ink Master* vuelve a nuestra zona mostrando con orgullo un trozo de papel con nueve dígitos y una carita sonriente muy *teenager*.

—23 minutos. Has estado un poco flojo, colega.

—Pero lo he conseguido. Veamos si aquí la señorita puede decir lo mismo.

—Claro que podré. Y me juego lo que quieras que en menos de la mitad de tiempo que tú.

—Bien, pues adelante.

—¿El teléfono de qué afortunado maromo me voy a llevar hoy?

—No, no, no. Tienes que hacer LO MISMO que yo. —Lo miro sin comprender—. Consigue el teléfono de... Carla.

El desgraciado tiene que mirar de nuevo el papel, ni siquiera se lo ha aprendido después de casi media hora. La madre que lo parió...

Resoplo, pero me encamino muy decidida hacia el grupo de chicas que ya empiezan a recoger los abrigos para cambiar de local.

—Hola, Carla, perdona que te aborde así.

—¿Cómo sabes mi nombre? —La mirada y el tono no auguran mi victoria.

—¿Sabes el chico con el que acabas de estar hablando?

—¿El del pelo bonito?

—Eeeeh, sí, supongo. Sé que le has dado tu teléfono, pero necesito que me lo apuntes a mí también.

—¿Perdona? —La chica mira hacia Lucas y este le hace un gesto para indicarle que estoy loca y no debería hacerme caso, lo que provoca que Carla me mire con más cara de asco si cabe.

—Verás... sé que parece que somos de la misma pandilla, pero en realidad solo le dejamos venir con nosotros porque es primo de la pelirroja. Es un cerdo que pretende que su prima y yo nos acostemos con él si no consigo superar todas las pruebas que nos ponga esta noche. Le ponen ese tipo de juegucitos. —En las reglas establecidas entre Lucas y yo nunca hemos contemplado si se puede o no inventar a lo loco...

—¿Pero la pelirroja no está con el altote rapado? ¡Si se están besando ahora!

—Sí. De hecho, por eso tenemos que hacer lo que nos dice, porque el muy cabrón sacó fotos de su prima durmiendo medio desnuda con él al lado tocándole una teta y si no cumplimos, se las enseñará a su novio y le hará creer que se acostaron.

—¡Pero qué hijo de puta!

—Es súper mala gente —digo con una voz que indica que estoy a un tris de ponerme a llorar.

—Tranquila, tía.

—Vale, tía. —Joder, casi rompo a reír, tengo que controlarme un poco, que voy a parecer bipolar.

Dos minutos después le estoy dando una servilleta doblada a Lucas con cara triunfal mientras Carla se marcha del bar fulminándole con la mirada seguida de su grupito de amigas, a cada cual más digna.

“Eres un desgraciado, Pelucas. Que sepas que el número que te he dado es falso. Ojalá el novio de tu prima te pegue dos tortazos”.

—¿Pero qué...? ¿Qué le has dicho, rubia?

—Dos mentirijillas, Pelucas.

La cara de odio que me dedica me indica que acabo de encontrar el mote perfecto para responder a su apelativo cariñoso.

Arruga la servilleta y la tira al suelo. Se termina la caña de dos tragos y se pide otra refunfuñando y dándome la espalda.

—Joder, sí que te ha sentado mal. Pensé que tenías mejor perder y mejor sentido del humor.

—No es eso...

—Jota, déjalo. —Que Ga se meta en esto me hace fruncir el ceño.

—¿Ha pasado algo?

—Que mi casero me ha dejado en la calle, ha pasado.

Miro a todos alternativamente esperando una respuesta a una pregunta no formulada mientras Lucas se ventila una nueva cerveza como si en el fondo del vaso fuese a encontrar las llaves de un piso.

—Acaba de llamarle. Parece ser que su hijo vuelve de Alemania en unos días y necesita el apartamento para él. Le ha dado una semana para que lo

vacíe.

—¡Ostras, pero no puede echarse así! Tiene que avisarte al menos con un mes para romper el contrato de forma unilateral sin motivos.

—¿Y qué más me dan tres semanas más que dos menos, rubia? —Suenan un poco derrotado—. Si me marcho sin hacer ruido no me cobra este mes y me devuelve la fianza íntegra. Si lo quiero hacer por las malas, seguramente no vea un duro del depósito que dejé al entrar a vivir allí y además me hará la vida imposible durante el tiempo que me reste en su piso. Tengo las de perder y ambos lo sabemos.

Que visión tan asquerosa. Ese es el resumen de casi todo en esta vida hoy en día para los que se enfrentan a una injusticia. Si quieres luchar, más te vale estar preparado para la batalla, porque al que tiene dinero le sobra paciencia.

—¿Tus hermanas no pueden acogerte una temporada? —Javi intenta ser práctico y ayudar en vez de adoptar la actitud derrotista del resto.

—Lía vive con otras dos tías, y Leire... bueno, supongo que puedo quedarme con Leire, aunque vive en la otra maldita punta de la ciudad.

Ga le pone una mano en el hombro en un torpe intento de consuelo y empieza a echarme miraditas extrañas. Yo arrugo la nariz y levanto un poco la barbilla, como queriendo hacerle entender que no pillo su mensaje telepático. Él me contesta con una cara de ‘esta chica es lerda’ y señala disimuladamente con un gesto de la cabeza hacia Lucas.

Cuando estoy empezando a dudar de si trata de decirme algo o es que le ha dado un tirón en el cuello, Beto se pone de pie.

—¡Oye, Jota tiene una habitación enorme de sobra en casa y ni siquiera paga hipoteca! Podrías quedarte con ella mientras encuentras algo y así no vas pillado de pasta durante ese tiempo.

Ga cambia su cara de ‘eres idiota’ por la de ‘eso mismo, hija mía’.

Aaaaah. Vale.

Claro, sí, tiene sentido.

Vaya idea de mierda.

Y encima Beto ahí, ofreciendo mi piso gratis como si fuese él el que hace el favor.

Creo que mi cara debe de reflejar un poco el susto que tengo ahora mismo en el cuerpo, porque consigo distinguir a Nit escondiéndose detrás de la espalda de Javi para que no la vea descojonarse.

Lucas me está mirando como si fuese la tabla en la que se subió Rose al hundirse el Titanic y solo yo pudiera salvarle de este lío.

¡¡Qué marrón, señores!!

A la porra. Aunque yo no pienso dejar tirado a Jack.

—Pero Sobras también vendría, ¿no?

—Claro. No puedo dejarle atrás. Eso no lo hacen los buenos colegas.

Resoplo y pongo los ojos en blanco, pero todos sabemos cómo acaba esto. A Lucas, de hecho, hasta ha empezado a dibujársele una media sonrisilla que trata de disimular.

—Vaaaaaale. —Salta de su asiento para abrazarme y todos aplauden a nuestro alrededor—. Pero nada de ponerte demasiado cómodo. Las tareas nos las repartimos y la plancha es tuya, eso es indiscutible. No quiero tapas de váter levantadas, ni pelos raros en el desagüe de la ducha. Necesitamos una señal por si alguno se trae compañía a casa. Y en la tele se ve lo que yo elija.

—Pero si tú casi no ves la tele.

—Nit, estoy tratando de imponerme y no ayudas.

—Vale, vale, perdona.

—Lo que tú quieras, rubia. De verdad. Me voy a portar súper bien. Voy a ser el mejor compañero de piso que has tenido en la vida.

—Nunca he tenido compañeros de piso.

—Pues fíjate qué fácil lo voy a tener.

—Lucas...

—Es broma, mujer. De verdad que me voy a portar bien. Eres la mejor. Muchísimas gracias.

Y así, de golpe, la noche acaba de remontar, las ganas de fiesta de todos se han multiplicado y yo tengo dos nuevos compis de piso con el pelo canela y una sonrisa encantadora.

Lucas

Tuve que pedirle una mañana más al casero para poder tener ayuda a la hora de hacer la mudanza. Me he pasado toda la semana metiendo mi vida en cajas. Ha sido agotador y un poco más duro de lo que pensaba. Llevo mucho tiempo viviendo aquí, y de alguna manera es mi hogar. Estos últimos días no han sido días muy divertidos para mí, la verdad.

La pandilla al completo se ha ofrecido a echarme una mano.

Edu, que es el que más cerca vive de mí, se ha presentado temprano en el piso con churros y la furgoneta de reparto de su tío, que tiene una floristería, para que nos sea más fácil llevarlo todo. Es una C15 con más años que Sobras, pero con tanto espacio en la parte trasera que seguramente solo tengamos que hacer un viaje para llevar mis trastos.

Renuncio a trasladar los bultos grandes: sofá, armarios, canapé y colchón... lo único que me he negado a abandonar es la tele y la Play, esas van a quedar de lujo en mi habitación.

He visto lógico dejar atrás la mayoría de las cosas. Ya estaban bastante viejillas y, si encuentro piso nuevo pronto, puedo comprar algunos muebles nuevos. Además, la casa de Jota está súper bien equipada y alquilar un trastero donde meter todo me hubiese salido más caro que una visita a Ikea.

El casero aceptó de buena gana. De hecho, me devolvió la fianza completa y me dio algo de dinero por las cosas que dejaba allí para su hijo. Ese dinero lo invertiré hoy en cena y cervezas para todos, que se han portado de la leche conmigo en este asunto.

He insistido mucho a Jota para que me deje pagarle un alquiler durante el

tiempo que esté en su casa, pero se niega en redondo. Dice que ella no lo necesita ahora mismo y que si le doy dinero voy a querer empezar a opinar sobre si al salón le pegan más cortinas que estores.

Me ha hecho gracia que crea que sé lo que son los estores.

El caso es que, por la bendita cabezonería de la rubia, he podido permitirme coger un garaje debajo de casa, así que, entre la camioneta y mi coche, vamos hasta sobrados de espacio. O eso creo. Bueno, Jota ha acabado calculando que para trasladarnos luego todos hasta Quintana vamos a necesitar otro vehículo más, así que ha ofrecido el suyo. Si ya no nos hacemos la mudanza entera de un solo viaje con tanto medio de transporte, tengo que replantearme si no tendré un problema de almacenamiento.

Sobras está algo nervioso con tanto movimiento. Cuando Nit y Jota entran por la puerta, se lanza sobre ambas con tal ímpetu que no sé si quiere lamerlas o hincarles el diente.

Las chicas se ríen y le dedican carantoñas y caricias mientras los tíos empezamos a cargar cajas.

—Ostras, ya lo tienes todo embalado, qué genial. —Álex parece encantado de tener que currar algo menos.

—Sí, pensé que así lo ventilábamos más rápido, que si no, se nos va a hacer eterno, y además he tenido tiempo esta semana, así que...

—Perfecto. Pues si quieres hacemos una cadena y nos vamos pasando cajas hasta llenar el ascensor, que es lo más rápido y efectivo.

Nuria se pone manos a la obra en un pis pas. Está organizando ya la posición de cada uno cuando noto que los demás, aunque están obediéndola sin rechistar, están un poco callados.

Me acerco a Beto discretamente, porque me da la sensación de que es el

que menos taciturno parece de todos.

—Eh, tío, ¿pasa algo que yo me haya perdido?

—No, tranquilo.

—¿Han discutido alguno de ellos por el camino?

—No, no, de verdad. Es solo que... la última mudanza que vivimos estando ya juntos no fue algo digno de recordar, ¿sabes? Eso es todo.

—¿Por?

—Yaya. Hace apenas una semana hizo dos años que se fue y la tarde en que nos enteramos de que había sufrido un ictus, todos estábamos organizando la mudanza al piso donde vivimos ahora Gael y yo.

Hostias. No había caído en ello.

En la época en la que pasó todo aquello yo comenzaba a salir algo más con los del trabajo, pero no estábamos tan unidos como ahora ni de lejos.

Recuerdo que a mediados de octubre de hace un par de años, Javi, Edu y Ana estuvieron dos días sin pisar el centro. Cuando volvieron estaban tan tristes, tan preocupados, que no parecían ni ellos. Los demás no sabíamos qué hacer para ayudarlos.

Recuerdo a Ana llorando en silencio algunos días en la sala de profesores. Conversaciones en voz baja con Javi sobre lo preocupada que estaba por una amiga suya que no se había tomado bien esa pérdida. Las ojeras de Edu en aquel entonces, que en vez de desaparecer con el paso de los días se volvían más oscuras.

Y entonces me viene también a la cabeza cómo estaba Jimena un par de días después de decidir que me iría a vivir a su piso. Jota sin su eterna sonrisa en la cara, con la mirada algo perdida a ratos. Nit cogiéndola de la mano a menudo, mientras tenían conversaciones con más gente, como si ese amarre

fuese un lazo ajeno al resto del mundo al que no daban importancia.

Recuerdo haber vacilado a Jota como siempre, esperando su respuesta con ganas, como un drogadicto que anhela el primer chute de la mañana. Daba igual lo que la dijese, ese día no había miradas asesinas ni contestaciones ácidas. Le pregunte si no tenía hoy el día para fiestas. “Hoy no, Pelucas. Hoy no”. Fue todo lo que le saqué.

Me preocupé un poco por si se había arrepentido de su ofrecimiento, pero se le pasó poco después y no quise darle mayor importancia.

Vuelvo al presente cuando Álex me pasa el brazo por los hombros y me lleva hacia la entrada del piso para bajar en el ascensor con la primera tanda de cajas. Edu ya está dentro esperándome, esquinado y casi de puntillas para que quepa el mayor número de trastos posibles.

Miro a mi alrededor buscando a Jota. De repente, tengo la imperiosa necesidad de hacerla reír, de decirle alguna gilipollez que mejore un poco su día.

Me revuelvo en los brazos de Álex y la veo de pie en el hall, de espaldas a mí y con la cabeza apoyada en el hombro de Gael, que le acaricia la espalda en un movimiento circular mecánico.

Voy a salir del ascensor cuando Edu me para agarrándome del brazo.

—Ahora no, colega.

—Pero...

—Dale un poco de espacio. Lo tiene controlado.

—Solo quería...

—Lo sé.

—No, no lo comprendes. Yo solo...

—Lo sé, Lucas. Todos lo sabemos.

—No te entiendo.

—Eso también lo sé. Vamos, anda. Cuando estemos en casa de Jimena y hayamos desembalado todo esto, las cosas se verán mejor entre cañas y comida grasienta.

Le hago caso, porque él conoce a Jota desde hace muchos más años que yo y confío en que sabe lo que necesita.

Algo mosqueado bajo hasta el portal cargando dos cajas que deben pesar lo mismo que yo.

Llego resoplando y sudando a la furgoneta de Edu.

Madre mía, tengo que volver al gimnasio.

Cuando consigo colocar en la parte trasera todas las cajas que iban en el ascensor, bajan en comandita todos los demás con cientos de trastos que van a conseguir poner a prueba mis años de jugador de Tetris.

Mientras miro el maletero de mi coche y lo que queda de espacio en la C15, noto un mono araña lanzándose contra mi espalda.

—¡Joder, Lía, que casi vuelco!

—Nos hemos levantado cascarrabias hoy, ¿eh?

—Anda, ven aquí. —La envuelvo entre mis brazos.

En mi casa somos muy de tocarnos.

Eso ha sonado fatal.

Quiero decir que nos abrazamos y besamos a menudo, nos gusta recordarnos físicamente que nos queremos.

Cuando Nit y Nuria llegan a nuestra altura sueltan los bártulos que cargaban para poder dar un pequeño achuchón a esa enana.

Por el rabillo del ojo veo que Jota tiene el ceño fruncido y el morro ladeado. Supongo que no le gusta sentirse excluida. Parece que tuviese 15 años y a mí me parece tan graciosa y tan expresiva que me da por reír.

—¿Y tú qué te has fumado?

—Calla y ven aquí, anda, que creo que no te había presentado aún a Jota.
—La cojo por la cintura y levanto en el aire para voltearla de cara a Jimena
—. Lía, esta es la buena samaritana que me va a acoger en su casa hasta que encuentre nuevo piso. Jota, esta es la petarda de mi hermanita pequeña.

—Tu hermana. —Por la entonación no me queda claro si es una afirmación o una pregunta.

—Sí, la enana.

—¡No me llames así! —Jimena estalla en carcajadas que suenan mitad reales, mitad nerviosas. Lía y yo nos miramos entre extrañados y divertidos.

—Me parece que demasiadas mujeres te piden que les cambies el apodo.

—Oh, no. ¿Te ha bautizado con algún mote estúpido que él considera adorable?

—Rubia.

—Ni tan malo. Debes de gustarle.

—No te equivoques, es ella la que balbucea al dirigirse a mí.

—Solo te hablo más despacio para que puedas seguirme. —Mi hermana le ríe la gracia y yo les saco la lengua a ambas.

—A mí también me gustas —decide Lía.

—Por el peloteo, pasaremos por alto que has llegado tarde para escaquearte de bajar cajas y te invitaremos igualmente a cerveza cuando consigamos descargar todo en mi casa.

La rubia y mi pequeño duende se dirigen hacia el coche de Jota, donde ya están subidas Nuria y Ana para poner rumbo a mi nuevo hogar.

Javi conduce mi viejo Seat León con Álex de copiloto y Gael y Beto de pasajeros en la parte trasera.

Edu se pone al frente del volante de la furgoneta de su tío y Sobras se sube de un salto a mi regazo cuando me posiciono a su lado.

Todo listo.

El que aún no sé si lo está soy yo.

-10-

Jota

La primera noche que compartimos Lucas y yo fue un poco extraña.

Acabamos de colocar sus cacharros a las tantas y sin saber muy bien cómo, las cervezas y las pizzas empezaron a hacer acto de presencia en el salón. Parecía que mi cocina se hubiese transformado en el maldito bolso de Mary Poppins y no hubiese fin a la hora de sacar alcohol de ella.

En un momento dado, Lucas y Edu desaparecieron durante una media hora y volvieron con tarta y Jäger. Ni pregunté, pero la nata de la tarta tenía una pinta algo sospechosa. Los chicos se la comieron tan a gusto y no murieron, al menos no en las siguientes horas.

Pusimos música. Bailamos encima de la mesa del comedor. Lía se agarró tal toña que comenzó a rapear cosas sin sentido que a mí me hacían muchísima gracia y después del cuarto chupito empecé a perder recuerdos.

Solo sé que hoy, cuando abro los ojos, estoy vestida en mi cama, con Nit sin pantalones y Ga con ellos en la cabeza. Sobras está tumbado bocarriba al lado de la ventana, abierta de par en par.

Me levanto con cuidado de no despertarlos y salgo de la habitación intentando no hacer ruido, pero me doy de morros con Lía y Nuria acopladas de malas maneras en el sofá y Javi sentado en el suelo con la cabeza doblada hacia atrás de forma antinatural contra un trozo de cojín a modo de almohada. Esos tres van a tener un dolor de espalda de campeonato.

Sigo mi inspección por la casa y descubro a Álex en bata en la bañera.

Mira, yo casi que prefiero que no me cuenten qué pasó ayer.

Termino mi *tour* enfrente de la puerta del cuarto de Lucas. Abro despacito y

descubro a mi nuevo inquilino en calzoncillos en medio de un perfecto sándwich fabricado por Edu y Beto.

La sonrisa de idiota que se me dibuja en la cara debe ser digna de fotografiar. Espera... eso me da una idea.

Saco el móvil y disparo.

El *flash* pega tal fogonazo que los tres empiezan a parpadear compulsivamente y se llevan el antebrazo a los ojos para protegerse de la luz.

—¿Qué haces? —me pregunta Edu.

—El mal.

—Tú no sabes hacer otra cosa —replica Beto aún medio sobado antes de revolverse y abrazar la espalda de Lucas.

—Tío, no te digo que no te vea guapo, pero paso de que Gael me parta la cara si entra ahora —le suelta *míster tatoos* intentando alcanzar el pie de la cama.

—¿A quién voy a partir la cara?

Ga asoma la cabeza por encima de la mía y me abraza por detrás.

Los tres bellos durmientes se desperezan y van levantándose con calma.

Madre mía... demasiado buenorro semidesnudo para mí.

Debo llevar más de lo aconsejable en dique seco porque empiezo a imaginarme una orgía muy, muy guarra hasta para mí.

Me entra una risilla nerviosa que hace que Lucas me mire como si estuviera loca.

—¿Te dura el pedo de ayer?

—Seguramente sí, pero no se ríe por eso —señala mi mejor amigo sonriendo y frotándose un ojo.

—¿Entonces? —Edu parece disfrutar con mi ataque, porque empieza a reírse también con disimulo.

—Está nerviosa porque somos demasiados tíos sin camiseta rodeándola.

—¿Es eso, Jota? —pregunta Edu divertido.

—¿Estás viendo algo que te guste por aquí? —Lucas comienza a acercármeme mucho y por el calor de mi cara estoy convencida de que, para mi vergüenza, me he puesto roja mirando sus abdominales.

—Pues estará disfrutando de los juguetes nuevos. A Gael y a mí ya nos ha visto con mucha menos ropa.

Edu y Lucas giran las cabezas tan rápido hacia él que estoy casi segura de que les ha dado un tirón. Están flipando tanto que no son capaces ni de preguntar.

La insinuación de Beto ha sonado realmente mal, pero a mí solo me ha traído a la cabeza imágenes de otro verano, de otro torso desnudo... de otra vida.

Enzo saliendo del piso con intención de emborracharse. Enzo bailando agarrado a mi cintura toda la noche. Enzo besándome en cada esquina de camino a casa. Enzo colándose en mi interior como si allí hubiese encontrado el Edén.

Las carcajadas de Gael me rescatan del abismo al que había empezado a asomarme y, antes de que ninguno se dé cuenta de que mi risa está a punto de ser arrastrada por recuerdos más recientes y menos agradables, me doy la vuelta murmurando que necesito una ducha.

—Ya sabemos los cuatro lo que vas a hacer ahí dentro, no disimules, mujer —oigo gritar a Lucas justo antes de cerrar la puerta.

El domingo la única que levanta campamento para poner rumbo a su casa es Lía. Esa chica me ha caído francamente bien. Me pide el móvil y me pregunta si me puede llamar para tomar un café de vez en cuando. Le digo que, ya que su hermano ahora vive en la habitación de al lado, me parece incluso mejor que se pase por aquí cuando ella quiera, con toda la confianza. Recibo un abrazo como respuesta y me tenso un poco, aunque ya he empezado a darme cuenta de que a Lía le gusta demostrar su cariño de forma física.

¿El hermano será igual?

Uff... no me centro hoy.

Todos los demás empiezan a ocupar mi cuarto de estar como si aquella fuera su casa. Diría que me molesta, pero os estaría mintiendo vilmente. Me encanta que no hayamos perdido esa forma de movernos los unos cerca de los otros de una manera tan natural. Durante mucho tiempo tuve miedo de no encontrar a mi familia cuando decidiera volver, de que se hubiese perdido ese hilo invisible que nos cose.

Pasamos la resaca en un silencio cómodo, acompañados por *Los Goonies* y tantos litros de agua que podríamos haber llenado una piscina olímpica.

Cuando empieza a oscurecer la pandilla comienza a emigrar a sus casas poco a poco, hasta que de repente me doy cuenta de que Lucas y yo nos hemos quedado solos.

Si la noche anterior fue rara, esta es aterradora.

No me había parado a pensarlo antes, pero en realidad el Pelucas y yo nunca hemos estado solos SOLOS.

Quiero decir, pasamos el rato juntos en los bares y en el trabajo, pero siempre está Ana, o Javi, o Edu o cualquiera de los demás. Nos conocemos

desde hace ya dos meses, pero nunca hemos tomado una caña sin nadie más alrededor.

—¿Qué te apetece cenar? —Veo a Lucas súper tranquilo y eso me hace sentir un poco idiota. ¿Solo yo estoy nerviosa?

—Tengo la sensación de que llevo todo el día comiendo. Entre palomitas, gominolas y aceitunas, estoy como un pez globo.

—Si quieres, preparo un par de sándwiches de jamón y queso y vemos alguna serie.

—Iba a empezar con la segunda parte de *Stranger Things*.

—No la he visto.

—¡Sacrilégio! —Le señalo de forma acusatoria y pongo cara de horror. Lucas se ríe ante mi salida de tiesto.

—Vale, Voy a por esos sándwiches. Tú busca la primera temporada y prepárate para mil preguntas del tipo ‘¿quién es ese?’, ‘¿esa había salido ya?’ y ‘¿tú qué crees que pasa ahora?’.

—Tú sí que sabes venderte, hijo mío.

La risa que se le escapa hace que le tiemble el pecho, y a mí los dientes se me van sin pedir permiso a pellizcar mi labio inferior.

Sobras le sigue moviendo el rabo hacia el interior de la cocina y cuando vuelve para acomodarse en el sofá, se sube sin pedir permiso y se acurruca en uno de los extremos, con la cabeza apoyada en el brazo del mueble.

El *Ink Master* no mentía. Se pasa la mitad del primer capítulo sin cerrar la boca. A mí me hace gracia que se pique tanto desde el principio con Will y con Eleven, pero cuando empieza el segundo parece que se centra en la trama, porque dejo de oírlo.

Estoy súper concentrada reviviendo la fiesta en la que desaparece Barbara cuando desvió un poco la mirada hacia Lucas. Lo veo con una sonrisilla ladeada y la vista puesta en mi pierna. No me he dado ni cuenta, pero me he subido una de las perneras de mi pijama y estoy acariciando los pequeños pelillos que empiezan a aparecer después de una semana sin pasarme la cuchilla. Es una manía que tengo, algo que hago de forma mecánica porque me relaja.

S sonrío con él y le doy un golpe en el hombro para que mire la pantalla.

—Perdona, es que me ha hecho gracia.

—¿El qué?

—Verte así, tan natural.

—Normalmente no me ves disfrazada ni a través de un plasma.

—Ya lo sé, boba. Me refiero a... no sé, tan tú. Cómoda, en tu casa, sin ropa bonita ni maquillaje intentando esconder las ojeras.

—Perdóname. No sabía que tenía que intentar estar sexy para tirarme en el sofá de mi casa. —No sé por qué, pero me tomo lo de las ojeras como un ataque y me molesta.

—Tú nunca tienes que intentar estar sexy. Lo eres sin pretenderlo.

No sé qué decir.

Me ha dejado sin palabras y me estoy poniendo nerviosa otra vez por su culpa en un periodo muy pequeño de tiempo.

Me muerdo una uña y me doy cuenta de que su mirada baja hasta mis labios. Inspira más hondo y puedo leer las dudas corriendo locas por su cabeza.

Un grito procedente de la televisión rompe la tensión y ambos fingimos

concentrarnos en la serie, aunque muy probablemente Lucas tenga que volver a ver este capítulo para poder enterarse del siguiente, porque en ningún momento dejo de notar las miradas que me lanza con disimulo.

Cuando estoy a punto de hacer una tontería enorme y colocarme a horcajadas entre sus piernas para descubrir si sus labios saben tanto a miel como yo imagino, Lucas se pone de pie y anuncia que se marcha a la cama en el mismo momento en que aparecen los créditos de Netflix.

Ni él ni yo hacemos alusión a que se lleva entre las piernas un cojín que pertenece al sofá.

Y a mí, que debería estar confundida y no tan excitada, me da por reír.

Jota

Vale, lo de anoche fue raro, pero tiene una explicación muy sencilla: estamos casi a finales de octubre y el último tío con el que estuve fue John... no, Joe... ¿Joey? Bueno, el enfermero, joder. Y eso fue a principios de agosto.

Conclusión: necesito darle una alegría al cuerpo.

Llamo a Gael en cuanto llegamos a la escolita.

¿Habéis notado el plural? Lucas y yo vamos juntos a trabajar. Es natural viviendo en el mismo piso, pero acabo de caer en el pequeño detalle de que lo voy a tener hasta en la sopa.

Es ridículo que no hubiese pensado en ello antes, pero tampoco me había parado a analizar lo verdaderamente burra que me pone verlo sin camiseta hasta ayer por la mañana.

—Necesito un polvo.

—Me parece que te has equivocado de móvil. Que si me fuese ese rollo, te llamaba a la primera sin dudarlo, pero es que me pones menos que Danny DeVito en bañador turbo.

—Tío, no necesitaba esa imagen en mi repertorio mental.

—Steve Buscemi con el bañador verde fosforito de Borat.

—¡Para!

—Vincent Schiavelli recién salido de una clase de *step*.

—Ayer he estado a punto de tirarme encima de Lucas en el sofá.

—...

—Mira cómo se calla ahora el señorito.

—Estoy pensando si eso me parece algo bueno o algo malo.

—Malo, Ga. Es malo. Ahora compartimos piso.

—Temporalmente.

—Somos compañeros de trabajo.

—Y muy profesionales. Sabéis separar las cosas.

—Es del grupo.

—Yaaaaa. Eso es lo que me convence menos.

—¿Pero es que estás a favor de que me lance sobre él como si estuviese cubierto de queso?

—No lo tengo claro, aún.

—¡Que me acompañes de fiesta para que me ligue a otro y las hormonas dejen de darme por saco!

—Es lunes, Jota.

—Puedo esperar al jueves.

—No sé si te creo, pero no pienso ir a agarrarme una moña hoy, así que opto por contestarte que ‘claro que sí, guapi’ y esperar con un bol de palomitas en las manos a ver qué pasa.

A pesar de la poca fe que me tiene Ga, el jueves llega sin ningún contratiempo más. Creo que ambos estamos poniendo de nuestra parte para que todo sea normal entre nosotros y no haya momentos incómodos.

Lucas me lo pone fácil. Es sencillo reírse con él. Resulta ser un payaso de

los que se relajan y salen de su escondite cuando llegan a casa.

Hablamos mucho, pero también estamos aprendiendo a estar en el mismo espacio sin tener que darnos conversación superficial.

Le gusta cocinar, pero odia planchar. Es bastante ordenado y en esta semana no hemos tenido ningún desencuentro por temas de labores hogareñas.

Seguimos pasando mucho tiempo juntos, pero creo que mis ratos favoritos con él son los paseos con Sobras. Ese animal me tiene loca y ver a Lucas interactuando con él es hipnótico. Lo obedece como si tuviera poderes mentales, o una chuleta escondida siempre en los bolsillos.

Cuando les decimos a los demás que Gael y yo vamos a salir a tomar unas copas el jueves, se apuntan todos de cabeza.

Somos una panda de descarriados.

Quedamos en *La Vía Láctea*, un bar de Malasaña que ya triunfaba en la movida madrileña y que a mí me encanta por la música, su buen rollo eterno y su mesa de billar.

Entramos y vamos directos al fondo, para echar unas partidas con unas cervezas de la mano.

Llevamos un rato cachondeándonos de Javi porque es jodidamente malo a este juego y ya ha tenido que pagar las dos últimas rondas. Gael no hace más que señalarme disimuladamente a los chicos que se acercan de vez en cuando, para ver si me gustan. Me siento un poco como en la carnicería ojeando la mercancía. Que quiero pasar un rato divertido, pero no he ido allí a elegir a uno cualquiera para que sea mi muñeco hinchable esta noche. Si no veo a nadie que me haga gracia, para casa tan contenta con el *Ink Master* y mañana será otro día.

—Creo que Ga está intentando decirte algo.

Lucas se ha colocado a mi lado y mira algo extrañado a mi mejor amigo. Que no es para menos, porque al tío le falta haber sacado unas bengalas y estar haciendo señales a lo azafato de vuelo mientras señala a un morenito que está de espaldas a él.

—Madre mía... pero ¿quién me manda elegirlo a él como compinche?

—Uno: nadie utiliza la palabra compinche. No al menos en este siglo. Dos: ¿de qué estamos hablando?

—Nada. —Suspiro y él me observa con más interés.

—Venga. Si necesitas ayuda igual yo te valgo. —Si él supiera...

—Me está señalando a tíos que cree que podrían gustarme para echar un polvo.

—Ah.

Quería sorprenderlo. Me hace gracia dejarle sin palabras, pero se lo he dicho sin mirarle y ahora hay tal silencio entre nosotros que empiezo a pensar que se ha pirado sin decir nada más.

Me giro para comprobarlo y me lo encuentro mirando al frente, apretando bastante fuerte el cuello del botellín, que se le ha quedado a mitad de camino hacia la boca. Me parece que tiene el ceño algo fruncido.

—Sabías que no soy virgen, ¿no? —Intento seguir bromeando con él. Me gusta más cuando me vacila que cuando se calla.

—Es que no sabía que habíamos venido a facilitarte un revolcón.

—Y a jugar al billar. Aunque no tendría que estar reñido. De hecho...

—Vale.

—¿Qué? ¿Hoy no tienes ganas de bromas?

—No muchas, aunque parece que esta noche te apetece otro tipo de

diversión, así que tampoco pasa nada por ello.

—Hola, colegas. ¿De qué habláis? —Edu se acerca con cuidado. Creo que no le ha gustado la postura corporal de Lucas. Parece, no sé... tenso.

—De Jota y su necesidad de tirarse a alguien.

—¡Eh! —Me encaro con él. No me ha gustado una mierda su tono, y creo que a Edu tampoco.

—Oye, tío, relájate. Igual deberíamos ir a pedir otra cerveza. —Le coge del brazo, pero Lucas no hace amago de moverse.

—No, hombre, no. Vamos a echar una mano a una amiga necesitada. ¿Te vale aquel rubio de allí? No pinta mal, seguro que no te ponía demasiadas pegas a un meneo en el baño. —Edu pone mala cara y lo sujeta más fuerte, pero cuando va a hablar lo interrumpo.

—Mira, gilipollas, no sé qué narices te pasa hoy, pero igual deberías pasarte al agua porque la birra te está poniendo un poquito subnormal.

—Oye, solo intento ayudar.

—Pues alégrate, que ya no va a hacer falta.

Ambos chicos siguen mi mirada, que acaba de toparse con el maldito doble de Jason Momoa.

El mal humor se acaba de evaporar junto con mis bragas.

La ceja izquierda se me alza sola y la comisura derecha de mi labio se eleva tanto que debo parecerme más al Joker que a una mujer seductora, pero es que se me han activado todas las alarmas cazadoras del cuerpo.

—¿Acabas de ronronear, Jota? —Edu me mira divertido, pero sigue con la mano alrededor del brazo de su colega.

—Ha sido una noche divertida. Despedidme de todos, por favor.

Y sin más, cojo mi chaqueta y me dirijo hacia *Aquaman*.

Paso de decirle nada más a Lucas, no quiero que vuelva a cambiarme el humor.

—Jota. 29. Sí. A veces. Trabajo. Me encantaría. —‘Jason’ me mira algo flipado.

—¿Perdona?

—¿Cómo te llamas?, ¿qué años tienes?, ¿eres de aquí?, ¿vienes mucho a este bar?, ¿estudias o trabajas?, ¿tomamos un trago juntos? Como ya te he facilitado la información básica, podemos pasar a la copa y hablar de temas menos manidos. No sé algo, así como, —finjo que pienso mientras miro hacia arriba y me doy pequeños golpecitos en el labio con el índice—, ¿qué hace alguien como tú en un sitio como este?

Falso-Jason suelta una carcajada de lo más sincera que conecta directamente con mi ropa interior y me hace sonreír a mí más ampliamente.

—Diego. 36. No. Es la primera vez porque no vivo en Madrid. Trabajo. He venido aquí a jugar al billar, pero creo que prefiero mil veces antes la oportunidad de conocerte a ti.

Pasamos dos horas apoyados en la barra, pidiendo cervezas y contándonos tonterías de nosotros mismos.

Nos vamos acercando sin darnos cuenta hasta que acabamos con las rodillas encajadas en las del otro, hablando de cómo decidió dejarse media melena y comentando el tatuaje de su antebrazo mientras lo recorro con una caricia disimulada que ambos sabemos que lo es.

Cuando da el paso, con una invitación tan clásica como usada, y me invita a tomar la última en su hotel, los dos nos levantamos con prisas y muchas ganas.

Tardamos menos de diez minutos en plantarnos frente al edificio donde se

aloja.

Diego me saca más de una cabeza y medio cuerpo, pero cuando se abalanza sobre mí en el ascensor, me coge por sorpresa. Me pego a su cuerpo todo lo que puedo, dejando que note mis pechos contra él que, como toda respuesta, me empotra contra el espejo y hace que el habitáculo se tambalee. En otro momento me daría miedo, pero en ese instante no soy capaz de pensar en nada que no sea cómo será lamer entero a ese hombre.

Al abrirse las puertas, salimos aún encajados, sin parar de besarnos. Diego ni siquiera me suelta cuando llegamos frente a su puerta y tiene que buscar las llaves en el bolsillo del vaquero. Me tiene casi suspendida en el aire con una sola mano, que aprieta mi culo con ansia mientras yo me derrito.

Noto su erección a través de la ropa, apretada contra mi monte de venus. Elevo las caderas para frotarme contra él a la vez que empiezo a mordisquearle el cuello.

—Espera, espera. Frena un poco o no respondo, me estás volviendo loco.

—No quiero esperar. No quiero frenar. Quiero que te vuelvas loco.

—Dios, voy a hacer que te corras tantas veces que te entren ganas de llorar.

—Espero que eso sea una promesa.

Para demostrarme lo en serio que lo dice me separa de su cintura el tiempo justo para entrar y avanzar hasta una suite enorme con un saloncito que preside la sala, me sienta en la espaldera del sofá y me baja las *leggings* que llevo a modo de pantalón. Eleva mis piernas mientras echa a un lado las braguitas y mete dos dedos dentro de mí de golpe.

El gesto me coge tan de sorpresa que grito y aprieto los músculos alrededor de su índice y su corazón. Bajo la cabeza y empiezo a gemir cuando los gira formando una ‘C’ que hace que sienta como si estuviera acariciándome justo

debajo del ombligo. Acelera el ritmo de una forma brutal y creo que debo tardar unos tres minutos en sentir ese cosquilleo caliente tan característico que precede a un orgasmo. Cuando no puedo aguantar más, le agarro del pelo y tiro tan fuerte que estoy segura de que he tenido que hacerle daño.

Consigo abrir los ojos lo justo para ver cómo sonrío mientras me coge en brazos y da la vuelta al sillón para sentarme entre los cojines. Se pone de rodillas y separa mis piernas.

—No he terminado contigo, preciosa.

—Oh, joder.

Chillo. Cuando se inclina sobre mí y empieza a lamerme el clítoris y a arañarlo con suavidad con los dientes no puedo evitarlo. Está tan hinchado que cualquier roce hace que me sacuda de nuevo.

Lame mi orgasmo y aprovecha lo mojada que estoy para empezar a acariciarme con las yemas de dos dedos. Se me tensan todos los músculos del cuerpo y el estómago se me empieza a contraer cuando me corro por segunda vez.

Diego se pasa el antebrazo por la boca, limpiándose y sonriendo canalla. Está increíblemente orgulloso de sí mismo por haber conseguido volverme tan loca, y a mí me parece adorable.

Me incorporo con intención de devolverle el favor, pero me detiene.

—Nena, necesito follarte ya. Estoy tan jodidamente cachondo que como sienta tu lengua alrededor de mi polla me voy a correr en tu boca en menos de dos minutos, y no pienso consentirlo. No al menos hoy —asegura con chulería mientras se coloca un preservativo que ha sacado del bolsillo trasero de su pantalón mientras se lo quitaba.

Lo reto con la mirada.

Puedo hacer que no dure ni dos minutos sin necesidad de trucos.

Me pongo de pie para ponerme a su altura, aunque sea imposible, y coloco una mano en su pecho desnudo. Lo acaricio con suavidad y cuando está a punto de agarrarme la mano para dirigirse a la habitación, lo empujo contra el sofá y se deja caer. Me coloco a horcajadas sobre él y está tan duro y recto que se cuela en mi interior sin necesidad de guiarle con la mano.

Me dejo caer con fuerza y él aprieta la carne alrededor de mis caderas, pero no le dejo que se acostumbre. Empiezo a moverme deprisa, en círculos. Me agarro al respaldo del sofá para poder darme más impulso y él responde lamiendo mis pezones.

—Más despacio —consigue gemir.

—No.

—Jo-der. Nena... para...

—No.

Noto que intenta aguantar, que no quiere terminar aún, pero es una batalla que tiene perdida.

Elevo las rodillas y salgo de él hasta la mitad del tronco para dejarme caer de nuevo de golpe.

—¡¡Oh, la hostia!!

Sonrío y lo repito.

Cuando lo hago por tercera vez, me abraza por la cintura y se aprieta más contra mí, hasta que entre nuestros cuerpos no corre ni el aire y noto cómo se vacía en mi interior.

Estamos agotados. Tardamos varios minutos en respirar con normalidad y ser capaces de hablar como personas y no como animales.

Me ofrece quedarme a dormir y estoy tan cansada que no soy capaz de negarme, aunque cuando al día siguiente me pide mi teléfono asegurando que le encantaría volver a verme cuando vuelva a Madrid para comer por ahí, dar un paseo y conocernos mejor, me hago la loca antes de salir pitando hacia casa.

¿Citas? No, gracias.

Lucas

Soy un imbécil.

Cuando Jota me dijo que tenía intención de acostarse con otro tío, me jodió. No tengo derecho a que eso me moleste. Es más, ni siquiera debería molestarme. Voy a hacer todo lo posible porque no sea así y podamos ser buenos amigos, pero no me lo esperaba y me supo a cuerno quemado.

Qué tontería, coño, que ni que fuésemos nada más que colegas.

Soy plenamente consciente de que me atrae y de que si se dejase la empotraría diariamente en el pasillo de la entrada, pero noto que es un poco reticente a ello, así que le doy el espacio que necesita para respirar tranquila cuando estoy cerca, porque me doy cuenta de que ella también me mira como si quisiera comerme, lo que no ayuda mucho a mi salud mental.

Las primeras semanas tenía muy bien dibujada la línea que podía cruzar con Jota y la que estaba completamente prohibida a la hora de tontear, pero vivir juntos desdibuja todo un poco.

Supongo que verla tan a menudo en bragas y camiseta, o con solo una toalla enana pasando de un cuarto a otro, no funciona muy bien como bromuro para mi testosterona, precisamente.

Aunque entendedme, no cambiaría las duchas frías por otra forma de actuar. Me encanta que sea así de natural.

El caso es que no sé qué cable se me cruzó cuando la imaginé en la cama con otro, pero le respondí mal y le hablé como me juré que nunca lo haría a una mujer.

Mi padre se marchó cuando Lía no tenía más que seis años. Yo tenía 13, y

Leire 10. Me tocó madurar rápido. De pronto me convertí en el hombre de la casa y recayeron sobre mis hombros muchas más responsabilidades de las que le corresponden a un crío de esa edad. Bueno, más bien me las impuse a mí mismo. Debía cuidar de mi madre y mis hermanas mejor de lo que había sabido hacerlo mi padre.

Fue duro ser el único chico, el que adoptó el papel de protector; pero también es cierto que me crié entre mujeres increíbles que me enseñaron a amarlas y respetarlas por encima de todo, con sus fortalezas y debilidades, siendo libres y luchadoras.

Yo no hablo mal a nadie porque esté enfadado.

No me gusta ese yo.

Así que cuando Jota apareció a la mañana siguiente despeinada y con cara de bien follada, me comí de nuevo la rabia que amenazaba con brotar y le pedí disculpas por mi comportamiento de la noche anterior.

El musculitos debió de hacer un buen trabajo, porque la rubia estaba de un humor envidiable.

Me dio un beso en la frente que llevaba impreso la palabra “fraternal” en mayúsculas y fosforitos y se fue a dormir.

Pero bueno, dicen que no hay mal que por bien no venga.

Después de un par de semanas más de convivencia y un poco de liberación hormonal en brazos ajenos, parece que Jimena y yo hemos conseguido por fin un equilibrio entre querer picarnos el uno al otro las 24 horas del día y estar a punto de arrancarnos la ropa a mordiscos cada vez que nos vemos.

Si os digo la verdad, empezamos a llevarnos muy bien.

Nos apañamos con las tareas, compartimos gustos en lo que a series se refiere, aguantamos bien las embestidas humorísticas el otro y nos encanta la

música. Algunos de los mejores ratos que he atesorado ya en esa casa incluyen a Jimena en pijama tocando la guitarra y tarareando bajito alguna canción que yo termino acompañando hasta que ambos la gritamos más que cantarla.

Me he acostumbrado a que siempre ande descalza, a que deje cosas en los altillos de la cocina y luego tenga que llamarme cuando no las alcanza o a que haga listas interminables una y otra vez de todas las cosas que tiene que hacer en el día.

Además, es fácil tratar con ella y he empezado a entenderla, a anticiparme a lo que va a decir o a deducir lo que está pensando, y os aseguro que eso es algo verdaderamente difícil. Su cabeza es como una olla exprés siempre en ebullición. No para.

Hoy, por ejemplo. Estamos los dos tirados en el sofá, juntos pero no revueltos. Yo estoy mirando un par de ejercicios nuevos que quiero probar en clase con Sobras, que está tumbado junto a Jota, con la cabeza apoyada en su estómago. Ella está en una postura imposible, con la espalda medio retorcida y escurrida en diagonal contra uno de los cojines. Lleva así como una hora y a mí me duele todo de verla, pero es que tiene un libro entre las manos y ya me he dado cuentas a estas alturas de la película que cuando se mete entre las páginas de alguna novela, se marcha muy lejos de aquí. Es inútil decirla nada o intentar que corrija la pose. Solo emite una especie de gruñido y sigue a lo suyo.

Cuando ya debe estar a punto de perder una vértebra cervical, se incorpora y echa los hombros hacia atrás, haciendo crujir toda su espalda y sacando pecho. Se me va la vista hacia él, aunque me distraigo cuando cierra los ojos y de su boca sale una especie de gemido que acompaña con un movimiento de mano a lo largo de su cuello, que gira despacio intentando desentumecerse.

No entiendo muy bien como una caricia que se dedica a sí misma la puedo

notar yo tanto en mi piel.

A lo mejor lo de la tensión sexual tengo que aprender a controlarlo un pelín mejor.

—Lucas, ¿tú de pequeño veías ‘Chicho Terremoto’?

Me río con su pregunta porque ya estoy acostumbrado a que haga esto.

Jota tiende a evadirse a menudo, leyendo, viendo una serie o simplemente pensando en sus cosas y encadenando una idea con otra, hasta que llega a un mundo propio donde divagar es lo más entretenido que existe para ella.

Entonces, le surge una duda y la expresa en voz alta y tú te quedas pilladísimo sin saber de dónde ha surgido aquello.

Al principio me mosqueaba, pero ahora hasta soy capaz de enlazar algunas de sus asociaciones mentales.

—Sí, claro.

—¿Y ‘Fraggle Rock’?

—También, aunque no eran mis favoritos.

—¿Y cuáles eran?

—Dragon Ball y Campeones.

—*Oliver, Benji, los magos del balón. Benji, Oliver, sueños de campeón.*

—Empieza a tararear y yo estoy casi seguro de que ya la he perdido y que nunca averiguaré a qué se debían estas dudas locas.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en especial. Es que estaba leyendo las series que la madre de esta novela pone a sus hijos para entretenerlos y son todas rarísimas. No entiendo por qué siguieron inventando personajes. Todo el mundo sabe que los dibujos animados alcanzaron su perfección con Sailor Moon.

—¡Puaj! Haz el favor de no mancillar ese título. En todo caso, se le tendría que conceder tal honor a Los Caballeros del Zodiaco.

—¡Qué previsible! Seguro que Míster Testosterona también veía He-Man.

—No. Era más de los Trotamúsicos —confieso.

—No estaban mal, pero no superarán nunca a Heidi y a Marco.

Y con una conversación tan tonta y con sonrisas en la cara, nos levantamos juntos para preparar algo de cena.

Nos olvidamos de encender la tele.

Nos olvidamos de que al día siguiente madrugábamos.

Nos olvidamos de casi todo hablando de nuestras series favoritas de la infancia y riéndonos juntos.

Hoy hemos salido solo los chicos. Ya estamos en la primera semana de noviembre y empieza a hacer frío, así que a las chicas les ha dado pereza irse de bares y se han juntado en nuestra casa —bueno, en la casa de Jota—, para ver una película y ponerse ciegas a pizza.

Jimena ha invitado también a Lía. Veo más a mi hermana ahora que cuando vivía solo. Lo triste es que creo que no es a mí a quien viene a visitar en realidad cuando se deja caer por el piso.

La salida de hoy es un poco extraña porque nos hemos decantado por Chueca. Ga y Beto querían ir a ver un espectáculo en el *Polana* y nos hemos animado.

Nunca he estado en este garito, aunque quizás llamar así al *Polana* es algo injusto. Es una sala de fiestas muy conocida en el ambiente madrileño desde

hace décadas, las mismas que no recibe una mano de pintura, por lo que puedo apreciar cuando entramos, pero es que cualquiera se mete a reformar esta enormidad de teatro.

La música es genial, una mezcla chungu de canciones de los 70 y 80 mezcladas con pop actual y algo de reggaetón. Te entran ganas de bailar según pisas la pista y no solo por el DJ. El ambiente es una pasada, todo el mundo parece contento y los grupos de gente se mezclan y bailan entre sí.

Puede que de tanto salto los desconchones de yeso que cuelgan de algunas de las paredes del antiguo teatro terminen de venirse abajo, pero poco nos importa a ninguno de los presentes algún que otro desperfecto en las instalaciones con el subidón que te entra al bailar al ritmo de Alaska.

Después de pedirme la primera copa decido que prefiero ir a cervezas. He salido mucho en mi vida y estoy casi convencido de que si sigo tomando lo que ellos venden como “Four Roses” pero no llega a “Three Carnations”, mañana tendré el padre de todos los dolores de cabeza.

Estamos pensando en ir a la barra a recargar cuando de repente sale al escenario una mujer de unos cuarenta y muchos. Parece cubana, lleva el pelo cortado a la altura de los hombros y un flequillo que le cubre la frente.

Sin decir absolutamente nada, se sienta frente a un organillo que han colocado en mitad de la tarima y la gente comienza a pedir silencio en la sala con cierto nerviosismo. Cuando todo parece suspenderse en el tiempo y el espacio, bajan la intensidad de las luces y Cissy, así me dice Beto que se llama, deja su mirada perdida en el infinito con las primeras notas del *I Will Always Love You* de Whitney Houston.

No enfoca la vista en el público ni una sola vez, aunque la calma ha pasado y todos los presentes corean la canción con ella a voz en grito, pero Cissy parece inmersa en un trance donde nadie la alcanza.

Cuando termina de cantar, baja la cabeza y sonrío antes de levantarse para agradecer a los enfebrecidos presentes sus aplausos. Veo que se dispone a abandonar del escenario para relacionarse con la gente y saludar a los habituales, así que decido que podemos salir un rato a tomar el aire, porque estamos sudando como cerdos.

Edu saca un cigarro y le pido uno. No soy fumador habitual, pero cuando estoy de fiesta me gusta echarme alguno.

Beto y Álex están comentando la hostia de emocionados la actuación, pero yo dejo de prestarles atención porque me doy cuenta de que un grupito de mujeres nos está mirando con interés.

Hay una pelirroja muy guapa que no me quita el ojo y yo me decido a saludarle con un movimiento de cabeza. Ga se da cuenta de lo que estoy haciendo y el muy cabrón me pasa un brazo por los hombros y se arrima a mí. La chica pone cara de decepción y se lleva un puño a los ojos, fingiendo que llora.

—No, no. Que este idiota solo quiere tocarme lo cojones —le grito desde lejos.

—Y tú preferirías que te los tocara ella con bastante mimo, ¿no, Pelucas?
—El motecito de las narices está empezando a calar entre mis amigos...

—Edu, si no me los vas a comer tú, mejor calla y ayuda.

Todos rompen a reír, pero al final nos acercamos a las chicas.

La pelirroja se llama Sofía y lleva un vestido tan ajustado que podría apostar mi sueldo de un año a que va en modo comando. Pasamos de ser seis a ser diez el resto de la noche, y solo dos cuando cruzamos la puerta de mi piso.

Vamos directos a mi habitación entre besos, cremalleras que se abren y camisetas que vuelan. En cuanto cierro la puerta, Sofía me empuja más fuerte

de lo que esperaba contra la puerta y tira de mis pantalones hacia abajo. Llevo un rato duro. Bueno... llevo media noche duro, porque a la señorita le mola calentar antes de cocinar y llevamos ya algunas horas con jueguecitos y roces entre baile y baile.

Así que allí estoy, empalmado y con los vaqueros por los tobillos mientras ella se quita el vestido por la cabeza. Y no, no llevaba ropa interior.

Contengo el aliento ante la visión. Es una tía espectacular y casi me corro encima cuando veo que se pone de rodillas y me mira desde allí, descarada, segura y con ganas.

Ni siquiera me toca la polla antes de metérsela en la boca. Es rápida y profunda. Con una mano me agarra del culo para darse impulso y con la otra empieza a masajearme los testículos.

De pronto, abandona esa zona y utiliza la mano libre para sujetar la base y golpearse en la lengua con la punta, mojada y a punto de reventar. Mordisquea el capullo y vuelve a metérsela en la boca hasta que se provoca una arcada.

Madre mía de Dios. Gruño tan fuerte que dudo que solo se haya oído dentro de las cuatro paredes de mi habitación.

Voy a despertar a Jota.

Intento pasar de ese pensamiento y concentrarme en la puñetera mamada del siglo que me están regalando, pero cuando uno de los movimientos de ella se torna más brusco, consiguiendo que golpeé la espalda contra la puerta en la que estoy apoyado, vuelve a venir a mi cabeza la idea de que Jimena puede estar escuchándonos.

Mierda, no es el momento de estar pensando en mi compañera de piso.

Ni en su risa.

Ni en cómo se mueve bailando por toda la casa.

Ni en la forma que tiene de morderse el labio cuando se pone nerviosa.

Ni en s...

—Sofi, me voy a correr.

Lo digo tan ahogado y tan bajito que no estoy seguro de que me haya oído hasta que la miro y la veo asentir con mi polla aún metida en la boca. No se aparta. Entiendo para qué me está dando permiso, así que cierro los ojos, apoyo la cabeza contra la puerta y hundo mi mano en su pelo, que imagino rubio y rizado justo en el momento en que descargo contra su paladar.

Jota

Definitivamente, la fase de amigos no se ha afianzado una mierda entre Lucas y yo.

Creí que los calentones tontos cuando lo veía salir de la ducha, con solo una ridícula y diminuta toalla alrededor de la cintura, pasarían. Pero es que si se pone a gemir en mitad de la noche a todo trapo al ladito de mi pared... pues mira, yo así ya no.

Me excité hasta extremos vergonzosos oyéndolo jadear con otra.

Llevamos casi un mes conviviendo y cada vez me atrae más. Si al menos fuese un gilipollas, pero encima tiene que resultar ser un encanto.

En fin, ajo y agua, que solía decirme Yaya entre risas cuando me veía ofuscada por algo que no podía solucionar.

Estoy en la barra de la cocina, subida a uno de nuestros taburetes altos, tomándome un café gigante y bien cargado, hojeando una nueva edición de “El Principito” que me compré la semana pasada en el Rastro y que me enamoró en cuanto cayó en mis manos. Sobras dormita a mis pies con cara de paz, pero levanta la cabeza cuando oye la puerta de Lucas.

Llevo puestas unas mayas viejas y una camiseta de tirantes que ha perdido el color debido al uso. Me he dejado los rizos al aire y tengo la cara lavada. Estoy en mi casa y me niego a tener que ir por ella con la raya del ojo hecha solo porque un adonis con tatuajes comparta ahora mi espacio vital.

Pero para mi sorpresa, no es el Pelucas quien se presenta ante mí.

Una pelirroja despampanante se asoma por la puerta y pone una cara muy rara al verme allí. Solo lleva encima unos bóxer.

Repito: solo.

La tía coloca los brazos en jarras y me echa una mirada más que desafiante. No tiene el pecho muy grande, pero en ese aspecto la gravedad juega a su favor.

Le miro las tetas sin ningún disimulo y luego rompo a reír.

—¿Café?

—¿Y tú quién eres?

—La dueña de la casa y actual compañera de piso del rubito.

—No sabía que viviera con nadie.

—Ah, ¿pero lo conoces desde hace mucho?

—Anoche.

—Ya... es raro que en media hora de conversación no te lo comentase. Pero vamos, que no soy una amenaza. Puedes bajar los puños y ponerte una camiseta, que yo no me las pienso sacar para comparar. —Parece que se relaja un poco.

—Es que solo tengo un vestido muy incómodo en la habitación de Lucas.

—Espera, que voy a por algo para que te pongas, anda. Por cierto, soy Jimena. —No me apetece decirle mi apodo. Tampoco somos súper coleguitas.

—Sofía, aunque Lucas me llama Sofí. —Mira, ella sí que prefiere compartir el suyo.

Cuando el señor gemiditos se levanta y nos encuentra a la pelirroja y a mí en el salón, donuts en mano, hablando sobre nuestras canciones favoritas de Andrés Suárez, se queda lívido.

Es maja, la verdad, aunque creo que es de esas mujeres que piensa que en tres polvos y dos charlas han encontrado al amor de tu vida. Me dan ganas de

advertirle que se ande con ojo, que hay mucho cabrón y demasiado mentiroso suelto por el mundo, pero no es asunto mío.

No sé si levantarme y dejarles solos porque creo que ahora viene la parte incómoda. Por lo que ya conozco a Lucas, no le gustan nada de nada las relaciones. Casi diría que no le gusta siquiera repetir con la misma tía.

Sofi aún no le ha visto, y sigue defendiendo su “Vuelve”, que suena ahora mismo a través de su móvil en versión acústica, frente a mi adorada “No saben de ti”. Dios... ese hombre te pincha el corazón con cada letra.

—Eh... buenos días. No sabía si te habías ido ya.

Sofía se da la vuelta con la misma cara de ilusión que un niño en la mañana de Reyes. Creo que la mía debe parecerse más a la que se te queda cuando llegas a una pastelería el día que se te permite saltarte la dieta.

Lucas ha amanecido con unos vaqueros medio desabrochados por los que asoma esa ‘V’ que se pierde por la pelvis y que yo pensé que era un mito entre los hombres. Algo así como el Yeti. Algunas aseguraban haberla visto, pero nadie tenía fotos claras de ella.

¿Pero este hombre cuándo va al gimnasio? Si lleva viviendo aquí más de tres semanas y yo no le he visto la bolsa de deporte ni una vez colgada del hombro. ¿Le crecen los músculos por ósmosis? Seguro que cuando se encierra en su habitación se pone a hacer abdominales y sentadillas, porque explícamelo tú si no...

Espera. ¿Va sin calzoncillos? Ay, la Virgen. ¡¿Los gayumbos que lleva Sofía son los suyos usados de anoche?! Aaaaarrgggg. ¿Dónde están los de la *Cuore* cuando se les necesita de verdad?

—¡Qué va! Había pensado que podíamos desayunar algo juntos y dar un paseo.

—Sofi, creo que el termómetro marca cinco grados y tu vestido no es muy abrigado que digamos.

—Pero Jimena puede prestarme algo de ropa.

¿Eh?

La mirada de Lucas dice alto y claro “Asesinato de bella y joven rubia a manos de su enajenado compañero de piso”.

Yo me encojo de hombros y niego muy deprisa, dándole a entender que no estoy metida en el ajo. Aunque cuando Sofía se gira para mirarme y pedirme ese favor sin abrir la boca, yo solo sé sonreír como una demente.

—No sé si es buena idea. Tenía que preparar unas clases para el lunes y...

—¿Eres profesor? ¡Qué chulo!

¿Pero estos dos de qué estuvieron hablando ayer?

—Sí, bueno. El caso es que tenía que mirar algunas clases con Jota.

—¿Quién es Jota?

—¿Cómo que quién es Jota? ¿No lleváis hablando aquí un rato?

—¿Quiénes?

—¡Vosotras!

—Claro.

Empiezo a ver el humo sobre la cabeza de Lucas.

Está a punto de darme un ataque de risa y no creo que sea lo que más lo ayudaría ahora mismo, así que me decanto por un mutis por el foro.

—Chicos, yo creo que mejor os dejo que lo discutáis tranquilos, que necesito meterme en la ducha.

Desaparezco como una rata.

Los oigo hablar, pero sus voces se pierden cuando me meto debajo del chorro de agua. Decido que, ya que estoy ahí, puedo lavarme el pelo y relajarme un rato.

¿Qué estarán haciendo esos dos? A lo mejor aprovechando que los he dejado solos deciden tener un segundo asalto en el salón.

Creo que mejor cuando termine me marcho directa a mi cuarto, no vaya a ser que salga y me encuentre con lo que no quiero. Aunque seguro que ver a Lucas desnudo y moviéndose encima de una mujer es algo digno de admirar.

Joder. Me estoy mojando y esto no tiene nada que ver con el líquido que se lleva el jabón de mi cuerpo.

Suspiro y empiezo a acariciarme el pecho algo más despacio. Me doy cuenta de que tengo los pezones duros y de que las palpitations que noto debajo del vientre me avisan de que necesito un poco más.

Salgo de la ducha y me dirijo a mi cama con la toalla a medio poner y el pelo escurriendo agua por todo el pasillo. No se oye nada en todo el piso así que imagino que Lucas al final ha cedido y se ha marchado a dar una vuelta con Sofía.

Mejor, prefiero estar sola ahora mismo.

Me tumbo y coloco el trozo de algodón blanco que llevaba alrededor del cuerpo a modo de escudo entre las sábanas y mi cuerpo aún húmedo. Dejo resbalar mi mano por el estómago y cuelo un dedo entre mis labios.

Cierro los ojos cuando empiezo a bordear el clítoris, sin llegar a rozarlo, provocando pequeñas sacudidas nerviosas que hacen que mis piernas se muevan en espasmos continuos.

Separo más los muslos y lo aprisiono entre los nudillos del índice y el corazón, friccionándolo y haciendo que se yerga.

Imagino a Lucas con Sofía, mirándome mientras me masturbo y se me escapa un gemido bajito. Lo veo con la mirada turbia y la melena pelirroja de ella sujeta en su puño. Me mira directamente mientras la otra figura me da la espalda y se mueve encima de él.

Mi mano se mueve cada vez más rápido, buscando un alivio que noto cerca pero que se niega a llegar a mí.

Empiezo a apretar con fuerza la almohada con la mano que me queda libre, pero necesito sentir más, así que la llevo hasta mi pecho y aprieto uno de mis pezones con fuerza. Me muerdo el labio con saña para retener un grito y cierro los ojos con fuerza cuando noto el primer hormigueo creciendo en mi estómago y expandiéndose hacia abajo.

Me concentro en ese calor, sintiéndolo recorrer mis terminaciones, adueñándose de mi raciocinio, pero cuando estoy a punto de conseguirlo, algo me interrumpe.

—Joder, tía, ya podías haberme echado una ma...

Me tapo todo lo deprisa que puedo, aunque por la cara de Lucas creo que no he sido lo suficientemente rápida. La puerta está justo de frente a mi cama y él se ha quedado paralizado en el marco de la puerta. Ni siquiera ha elevado la mirada hasta mi cara, lo que empeora la situación, porque el último sitio donde ha puesto los ojos no está muy bien cubierto aún.

—Lucas, coño, aprende a llamar.

Y sin decir una palabra ni levantar la cabeza, comienza a girar sobre sí mismo para salir de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Pues parece que me voy a tener que quedar a vivir en mi habitación, porque no pienso volver a salir nunca de allí.

Lucas

No es normal que me excite más ver a Jota con las manos entre sus piernas y los ojos cerrados, gimiendo, que la mamada que me regaló ayer Sofía.

Mierda, no es ni medio normal.

No supe gestionar nada bien la situación.

No sé si ella notaría lo absurdamente duro que me puse solo por contemplarla un segundo, desnuda y disfrutando libre de sí misma.

Se puso tan roja que me pareció hasta tierno, y eso que ni siquiera estaba mirándole directamente. No podía.

Madre mía, me puse tan nervioso que tuve que salir un rato del piso para pasear, respirar y tranquilizarme.

Y aún así, soñé con ella. Me desperté en mitad de la noche empapado y con la respiración acelerada. No recordaba el sueño, pero sé que Jota era la protagonista. Solo ella me dejaba en ese estado, entre excitado, emocionado y perdido.

Y es algo que me da mucha rabia.

Que ya se empiece a colar hasta en mi subconsciente es algo que me cabrea, porque yo estoy poniendo todo de mi parte para que podamos ser amigos y ella recupere aquello que perdió cuando Yaya y Enzo desaparecieron de su vida: al resto de su familia. Pero es que, joder, es una maldita misión imposible si se empeña en masturbarse en mi cara.

Ya, ya. Que soy yo el que entró sin avisar. No os pongáis quisquillosos que me estáis entendiendo.

Sé que ella no quiere complicaciones y que tiene más miedo del que quiere admitir. Se me da bien entender a las mujeres, crecí rodeado de ellas. Pero es que cada mañana está más guapa cuando sale en pijama como una zombie a por su café. Cada noche compartimos más tonterías que son solo nuestras. Y cada día la entiendo un poco mejor a ella y un poco peor a mí.

Esta semana ha sido algo incómoda.

En casa las cosas están algo tensas. No hemos hablado de ‘la gran cazada’, como he decidido bautizar el incidente, pero parece que poco a poco vamos recobrando la normalidad en nuestras cenas compartidas, regadas de boberías y bromas.

En el colegio, los chicos se preocuparon un poco los primeros días, pero al ver que los piques y las risas volvían a aparecer, se relajaron y lo achacaron a alguna discusión doméstica típica de compañeros de piso, del rollo ‘te has comido mi último yogur’ o ‘te he dicho que recojas los pelos de Sobras, que parece que tenemos una manta en el sofá sin que haya ninguna’.

Cuando llegamos al miércoles parece que todo vuelve a su cauce.

Jota ha desaparecido con Nit cuando han terminado sus clases. Estos días tiene mucho trabajo porque Héctor está de vacaciones visitando a su hermana en Zamora, así que Jota se está haciendo cargo de todas las terapias musicales que se dan en el centro y eso la tiene entre angustiada y feliz.

—Hola —saludo algo tímido cuando aparece por el salón—. No sabía si llegarías a cenar, aún no he preparado nada.

—Tranquilo. —Levanta una bolsa de comida india a modo de respuesta—. He pensado en que nos fumemos la pipa de la paz, pero como no tenía ninguna creí que con comernos algo de esa cultura también nos valdría.

No puedo evitar las carcajadas. Eso es lo que más me gusta de ella. Es jodidamente adorable sin pretenderlo.

Voy a por unos platos y cubiertos a la cocina mientras ella se cambia en su cuarto. Sobras no para de dar vueltas alrededor de la mesa, olisqueando el aire ya cargado de los olores de la cena.

A veces me sorprende lo fácil que me he hecho a esta casa, a esa rutina de poner otro café cuando me sirvo el mío, o a notar los pies de Jimena apoyados en mi regazo mientras veo la tele y ella lee algo. Ya la siento un poco como mía y, siendo sincero, no es que me haya vuelto loco buscando otro apartamento.

Jota tampoco me ha insinuado ni una sola vez si estoy intentando encontrar algo. Ve a Ana todos los días, pero es cierto que casi siempre está liada con algún tema de la boda que requiere buena parte de su tiempo libre. Y con Gael queda de forma asidua, pero el día a día lo comparte con Beto, como es

normal, así que tampoco es todo exactamente como ella lo dejó al marcharse. Supongo que lo nota y que por eso le gusta tenerme por aquí, molestando y haciendo su vida un poquito más interesante. La mía, al menos, lo es con la rubia inmiscuyéndose en ella.

Voy hacia los altavoces que tengo conectados a mi Tablet y selecciono el modo aleatorio. Wonderwall, de Oasis, me golpea con fuerza.

*Today is going to be the day
That they're going to throw it back to you
By now you should've somehow
Realized what you gotta do
I don't believe that anybody feels
The way I do about you now*

Gruño pensando en la mierda de humor que tiene el universo y me dispongo a cambiar de canción cuando Jota aparece a mi lado.

—No la cambies. Me gusta esta canción.

—Rubia, a ti te gustan todas las canciones.

—No es verdad.

—Por favor... pero si lo mismo te pillo escuchando a Funambulista o Rozalén que a Queen, Rihanna o a Maluma.

—Todos ellos tienen su punto —se defiende.

—No te confundas, la que tiene un punto de locura rarito eres tú.

—¿Me estás llamando loca y rara?

—¿Qué? No, yo no he hecho eso. —El cambio de tono en la conversación me pilla desprevenido.

—¡Claro que sí! —Jota se encara conmigo y veo enfado real en sus ojos.

—Oye, ¿estás buscando bronca? Porque yo estaba aquí tan tranquilo buscando algo de música para cenar por si no te apetecía demasiado hablar, y vienes a acusarme no sé bien de qué con unas paranoias de la leche que t...

—¿Y por qué no iba a apetecerme hablar? —me corta.

—Pues a lo mejor porque llevamos sin hacerlo de forma normal tres días, probablemente porque el que te pillase el otro día con las manos dentro de las bragas no es un tema que te apasione.

—No las tenía dentro de ningún sitio porque no llevaba bragas. —A mí, hay razonamientos de esta chica que me desarman.

—Sí, ya. No hace falta que lo jures.

—A lo mejor ese es tu problema, que te jode haberte fijado demasiado. Igual andas un poco tenso, Pelucas.

—Pues no te digo que no, rubia, pero como con eso no vas a ayudar, mejor lo dejamos estar.

—Siempre puedes pegar un toque a la pelirroja. Por lo que oí la otra noche no debe de dársele mal calmar los ánimos.

—Pues de paso llama tú a *Aquaman*, que también te veo un poquito necesitada de relax. —Le devuelvo la pulla con bastante resquemor.

—¡Gilipollas!

—¡Indecisa musical!

—¡¿Pero qué narices dices?!

—¡Yo qué sé! Estás muy cerca, y hueles muy bien y me estás despistando, joder.

El silencio que se crea después de que esa absurda confesión salga de mi boca es tan denso que podría hacer una maleta y salir solo por la puerta.

Los dos nos miramos fijamente con el ceño fruncido y cara de cabreo, pero entonces ella desvía la mirada hacia mis labios, sin abandonar su aspecto enfadado, y noto que respira más deprisa.

Decido no pensar. Que a lo que me tenga que enfrentar mañana, venga con un nuevo día.

A la mierda todo. A la mierda la cordura que con esa mujer a mi lado parece luchar siempre por independizarse de mí.

Me lanzo a por su boca como si en ella pudiese encontrar el secreto de la vida eterna, una mejor y más feliz.

Ella me imita con tanto ímpetu que acabamos protagonizando el peor primer beso de la historia. Chocamos los dientes e intentamos girar la cara hacia el mismo lado. Nos entra la risa, como casi siempre con ella, porque cuando somos nosotros, no hay nada que no podamos afrontar con una frase salida de tono y una sonrisa.

Frenamos el ritmo, intentamos acompasar nuestros gestos.

Le sujeto la cara entre mis manos y la miro con una tranquilidad que no siento, intentando que lea en mis ojos todo lo que se me ha pasado por la cabeza desde que la conocí hace ya tres meses. A ella se le escapa un suspiro pequeño que noto yo en el fondo de mi pecho.

Y entonces sí, la beso. Despacio, con la calma que no nos ha acompañado en toda la semana, con las ganas que llevo acumulando desde que la oí reírse por primera vez.

Sabe a chocolate y no puedo evitar imaginarla comiéndolo a escondidas en la cocina, como hace siempre.

Le muerdo el labio y ella lame el mío. Quiero saborearla la noche entera, pero el beso se vuelve más apremiante. Las lenguas se entienden solas y pierdo la noción del tiempo que pasamos así, enredados y sin querer separarnos más que para coger aire y poder continuar.

Cuando nos alejamos ambos tenemos los labios rojos e hinchados. Estamos acelerados y ella se separa un par de pasos, imagino que para intentar pensar con más claridad. Es obvio que es más responsable que yo, porque solo puedo imaginarla pegada a mi cuerpo otra vez.

Intento acercarme a ella y no se retira. Esa es la única señal que necesito, el último indicio de que no se arrepiente, de que no quiere huir de esto que hemos empezado. O quizás lo empezamos la noche en que le confesé, sin querer, que a ella siempre la veo sexy, simple y llanamente porque lo es.

Pero me había olvidado de nuestro otro compañero de piso.

Cuando doy un nuevo paso hacia ella, ambos oímos un estruendo que nos sobresalta. Giramos la cabeza a la vez hacia la cocina para descubrir que Sobras ha conseguido alcanzar y tirar al suelo un plato con restos de comida que descansa en la encimera desde este mediodía.

Siento cómo se rompe el momento justo cuando Jimena baja la mirada, algo

avergonzada, y se frota un brazo sin saber muy bien qué hacer ahora.

—Creo... creo que será mejor que me vaya a la cama.

—No hemos acabado de cenar. —Esa es otra de mis ridiculeces, porque ni siquiera hemos comenzado.

—Sí, cierto... pero... creo que no estoy lista para terminar de cenar ahora mismo. —Entiendo que ninguno estamos hablando de comida, así que la doy el espacio y el tiempo que me está intentando pedir.

—Claro. Quizás pueda intentar guardar todo esto, —digo señalando la mesa ya lista con la comida ya fría esperando a que a nosotros se nos pasen otro tipo de ganas—, y ver si mañana nos apetece aún.

—Sí, estaría bien. Desde luego tiene buena pinta. —Se le escapa una risilla algo tímida y me parece apreciar cómo se muerde un carrillo por dentro para contenerla. Seguimos sin hablar de la comida.

—Buenas noches, rubia.

—Buenas, noches, Pelucas.

Y con la sonrisa que acompaña a ese mote, ya ni siquiera me puede sentar mal.

-15-

Gael

—Yo quiero pedir el sashimi de pez espada.

—Vale, pues lo encargamos para el medio y lo compartimos con el tabouleh de pez mantequilla —me concede Ana.

—En serio, ¿tortilla de patata no tienen?

—Jota, no me seas. Nit quería venir hoy aquí y es su tarde especial, así que a callar y a comer —le replico.

—¿Si lo único que pido es saber qué me estoy llevando a la boca! ¿Qué narices es el ratatouille?

—Ya encargamos Gael y yo. A ti ahora te pido un mojito de fresa y arreando.

—Tía, si lo dices así parezco una borracha.

—¿Prefieres agua?

—...

—¿Coca cola?

—No. Quiero el mojito.

Jota saca morritos y pone vocecilla de niña pequeña cuando lo reconoce. No puedo por menos que cogerla de un moflete y meneárselo a lo abuelito orgulloso.

Es un día de fiesta, habrá que festejarlo.

Es viernes por la tarde y yo he pedido a una compañera que me cambie el turno para poder apuntarme a este plan, porque me apetece muchísimo y hace

iones que no paso una tarde a solas con mis chicas. Jota solo ha tenido que pedir permiso a Héctor para escaquearse, y Ana ni eso. Ventajas de ser la jefa.

Nos hemos venido hasta Malasaña a almorzar porque a Nit le encanta ‘La T Gastrobar’ y, además, nuestra siguiente parada nos pillará al lado.

Por cierto, mucho dice ella de Jimena, pero se acaba de pedir una caipirinha que podría resucitar a un muerto de lo cargada que va.

Empezamos a picotear de los platos que la camarera deja en nuestra mesa mientras charlamos del curso, de mi trabajo en la guardería, de cómo se está adaptando Jota a esa especie de ‘prácticas’ que hace en la escuelita, de un niño nuevo que ha llegado a ellas y con el que están teniendo algunos problemas de adaptación.

Antes de llegar a los postres, la reina de la tarde pide una ronda de cremas de orujo.

—Bueno, al menos sabemos seguro que de momento no tenemos huevo kínder.

—Ga, si no hablas en nuestro idioma no puedo seguirte —me reprocha Nit.

—Pues que no vienes con sorpresa, hija —le explico mientras hago formas redondas alrededor de mi vientre.

—¡Hala, el otro!

—¿Qué? Tampoco sería la primera que se casa de penalti.

—La verdad es que...

—¿Qué? ¡¿La verdad es que qué?! Ana, por Dios que acabas de tomarte alcohol suficiente para desinfectar todas las puñaladas que le dieron a Jon Nieve.

—Que no estoy embarazada, baja el tono, Jota, que nos van a acabar

llamando la atención.

—¿Entonces? —insiste la rubia.

—No es nada en firme. Ni siquiera debería estar comentándolo. Como digáis algo a Javi, os mato.

—Que sí. Palabrita del niño Jesús que nunca desvelaremos tu preciado secreto. Venga, canta. —Adoro un buen cotilleo.

—Bueno, el caso es que hace un par de meses estuvimos hablando en serio de lo de ser padres. Ya sabéis que a mí es un tema que no me convence mucho y me preocupa que él sí que quiera tener hijos el día de mañana, pero piense en renunciar a ello por mí. Yo no quiero restar nunca en la vida de Javi, solo aportar cosas buenas.

—Mi niña, eso lo sabemos todos, él el primero, y por eso te quiere tantísimo.

—Y yo lo quiero a él, Jota, por eso me mata pensar en que deje de cumplir ninguno de sus sueños. El caso es que se lo dije, lo hablé abiertamente con él porque creo que no hay nada que no podamos discutir como compañeros, y entonces me confesó algo que parece ser que le lleva rondando un tiempo por la cabeza. —Jimena y yo llevamos tanto tiempo sin parpadear, mirándola para que siga, que me empiezan a escocer los ojos—. Quiere adoptar.

—¿Adoptar? Osea... ¿adoptar tipo “me voy a África y vuelvo con un niño a lo Madonna”?

—Gael, colega, eres más burro y no naces. —No sé por qué me riñe Jota, era una pregunta seria.

—No, Ga. Adoptar tipo “hay un montón de niños con problemas reales y nosotros estamos preparados para darles el amor y los cuidados que necesitarían”.

—¿Os estáis planteando adoptar un niño con necesidades especiales? —No consigo descifrar la cara de Jota mientras lo pregunta.

—A una niña, sí. —Esta vez, sí se interpretar la sonrisa de mi amiga. Es de admiración.

—Me muero por ver a Javi haciendo trenzas —confieso.

—No es algo seguro. Por favor, no lancéis aún campanas al vuelo. Primero queremos la boda y cuando volvamos de la luna de miel... ya veremos.

—Nit, te conozco desde que comíamos arena juntas en el jardín de infancia. Vas a hacerlo. Durante años te he intentado explicar todas las bondades que veo en el hecho de ser madre y como respuesta, en ti solo encontraba dudas e incertidumbre.

» Y hoy me hablas de una niña que aún no ha llegado a tu vida pero que ya consigue que se te ilumine la cara.

» Naciste para ayudar a otros y tienes la suerte de haber encontrado en tu camino a un hombre maravilloso que decidió arriesgar todo lo que tenía para montar contigo un colegio donde todos los niños que acudiesen se sintiesen bien, para olvidar por unas horas que a veces les cuesta un poco más que a otros hacer cosas tan sencillas como leer o bailar.

» Solo quiero que entiendas las implicaciones que algo así tendrán en tu vida. Saldrás de la escolita para volver a casa, donde las lecciones no acabarán nunca. Sabes que habrá días muy jodidos y que eliges el camino más difícil.

—Lo sé, Jota, pero es el único que quiero recorrer.

Jimena se levanta y se funde en un abrazo con Nit tan sentido que no quiero interrumpirlas, por mucho que yo también esté deseando lanzarme en los brazos de Ana. Los ojos se nos han llenado de lágrimas a los tres y al darnos

cuenta, nos reímos como bobos

—Vaya panda de llorones —se burla la pelirroja.

—No todos los días le dicen a uno que seguramente sea tío de una niña preciosa en no mucho tiempo. Déjame que me emocione a gusto.

—Bueno... que de momento son solo planes. Las adopciones son muy difíciles, puede que no lo consigamos.

—Claro que lo conseguiréis —asegura Jota más convencida que si fuese el mismísimo Oráculo.

—¿Y tú por qué estás tan segura?

—Porque nadie sería mejor para cualquier niña del mundo que vosotros dos.

Y así dejamos que el helado de mandarina se deshaga, entre nuevos abrazos y planes para una pequeña que aún no conocemos pero que ya hemos empezado a querer.

Decidimos tomar el café en ‘La Bicicleta’, un pequeño bar en la misma Plaza de San Ildefonso, donde tenemos la cita a las seis. Los *capuccinos* de este sitio están cojonudos y el ambiente siempre es muy tranquilo.

Entre sorbo y sorbo empezamos a rememorar las primeras citas de los futuros novios. Era verdaderamente gracioso ver a un tiarrón de casi dos metros, nervioso perdido cada vez que Nit llegaba diez minutos tarde a alguna de sus quedadas. Siempre estuvo loco por ella. Supongo que habrá quien dude sobre el amor a primera vista. Solo puedo decir que eso es porque no vio trabarse a Javi la primera vez que habló con su futura mujer, ni cómo le tembló la mano cuando se la posó sobre el hombro al inclinarse para darle un beso en

la mejilla. Recuerdo que esa tarde hablaron durante horas, ignorándonos a todos, metidos en un mundo que empezaron a construir en ese instante y que han sabido hacer crecer durante más de una década. Aún se me escapa una sonrisa cuando se dan la mano al pasear por la calle, como si fuese así como ha de ser para ellos, siempre caminando uno al lado del otro.

Pedimos una segunda ronda porque aún nos sobra tiempo y pasamos a hacer el repaso pertinente a la relación de Nuria y Álex. Nit está empeñada en casarlos ya, pero solo porque asegura que si Álex la caga con una chica así de rica, tendrá que cortarle los huevos.

—Venga, hombre, que es la mejor tía con la que se va a cruzar en esta vida y en la siguiente —insiste.

—Yo fijate que hubo una época en la que pensé que se liaba con Jota.

—Y dale Perico al torno. Que Álex y yo no nos hubiésemos liado en la vida.

—Bueno, dirás que no te hubieses liado tú con él, que él contigo... uy si te hubieses dejado.

—Toda la razón, Ana. Si estaba por ti que no meaba, Jota. Y mira que a mí me daba miedo. Enrollarse con alguien del mismo grupo... puede ser una mierda. Que luego no termina bien y hay que elegir bandos y todo se vuelve muy incómodo.

—A ver, tampoco tendría por qué haber sido así. Somos adultos. Si llega a pasar algo y luego vemos que aquello es una locura y que no va a ningún sitio, pues nos hubiéramos llevado tres buenos polvos y el recuerdo, y tan amigos.

—No sé yo. Todo se pone raro cuando hay sexo de por medio —rebate Nit.

—Eso dependerá de cómo se tomen las cosas. Si se habla antes y se tiene claro lo que hay y lo que no se es...

—Jota...

No me está molando esta defensa a ultranza que se está marcando de repente la rubia sin ton ni son. Jamás había insinuado que unas cuantas noches de pasión con Álex pudiesen no ser un error.

Aún recuerdo su preocupación la primera vez que nuestro amigo, con tres copas de más, empezó a insinuarle que no sentía lo mismo cuando bailaba con ella que cuando lo hacía con Ana. Me lo vino a contar aterrada. Le daba muchísimo miedo que todo cambiase si Álex le confesaba que no quería que solo fuesen colegas y que a nosotros nos pillase en medio. Solo me repetía llorando que no quería perder a Alejandro.

Los amigos y los polvos casi nunca son buena mezcla.

—Jota, mírame. ¿Qué pasa? —Suspira y sé que se ha rendido.

—Lucas y yo nos besamos anoche.

—¡NOOOOOO! —La sonrisa de Nit se le sale de la cara.

—Bueno, estaba cantado que tarde o temprano iba a pasar —apunto yo.

—¿Estaba cantado?

Jota parece sorprendida por nuestra reacción. Igual esperaba que se nos pusiesen los ojos como si fuéramos muñecos manga por la sorpresa.

—Reina, era obvio para todos menos para vosotros dos que sois dos volcanes a punto de estallar. Sois tan parecidos que hasta me pongo un poco celoso cuando os veo. Recuerda que a él te lo puedes tirar, ¡pero tu mejor amigo soy yo!

—No me lo he tirado.

—Pero lo harás. —Ana la vidente.

—¿O sea, que os parece bien?

—¿Nos estás pidiendo permiso para follarte a Lucas?

—No. Bueno... no sé. Joe, Ga, os estoy pidiendo consejo.

—Móntalo como si fuese un maldito toro de feria

Jota mira a Ana esperando que esta me riña. Pero la enana solo levanta una ceja y asiente con la cabeza repetidas veces.

—¿Y no será un poco raro viviendo juntos?

—Lo que será es muy cómodo. —Mi pequeña Nit siempre tan práctica—. Piénsalo. Ninguno de los dos buscáis una relación, pero es más que obvio que os atraéis. Pues pasadlo bien junto y santas pascuas. Sin complicaciones ni ‘mañanas’, solo dos amigos que se acuestan.

Con Jota rumiando la idea, salimos a recorrer los 50 metros que nos separan de nuestro verdadero destino de esa tarde.

Miguel Crespí tiene su taller en un pequeño piso de la plaza donde tomábamos el café. Cuando nos recibe se deshace en sonrisas y halagos hacia la novia. Nos hace pasar a una pequeña salita donde empieza a preguntar a Nit qué tipo de vestido tiene en mente para su gran día. Mientras se lo describe, él dibuja a mano alzada, añadiendo detalles y pinceladas según cambia Ana de opinión.

Cuando termina, nos lo enseña y los tres nos quedamos sin habla. Parece tan delicado, tan sencillo, tan... Nit.

Miguel se pone de pie y nosotros le seguimos hasta un nuevo habitáculo donde hay algunas prendas colgadas en burros de metal y tres espejos formando una especie de biombo, de forma que puedas verte desde todos los ángulos.

El modisto invita a la novia a probarse uno de los trajes que brillan bajo los fluorescentes de la sala para poder apreciar sobre su cuerpo el estilo y el corte que ha elegido en una prenda similar a la que podría acabar siendo su elección.

Ver a Ana vestida de novia lo hace muy real. Mi niña se va a casar. Dios... es una cría. Pero se va a casar. Y no con cualquiera. Lo hace con el mejor hombre del planeta. Uno que sé que la cuidará pase lo que pase, que siempre antepondrá la felicidad de Nit por encima de la suya. Aunque nunca tendrá que preocuparse por ello porque la felicidad de ella pasa por conseguir ser feliz solo junto a él.

Miguel no para de colocar alfileres y explicarnos las diferencias que habrá entre la cola de ese vestido, que arrastra ligeramente por el suelo del piso, o el escote del que será diseñado para mi amiga, algo menos pronunciado que aquel; aunque yo hace un rato que he dejado de escucharle.

Cuando Nit se da la vuelta hacia nosotros tiene luz propia. El blanco roto del encaje del cuerpo se confunde un poco con su piel lechosa. Con dos movimientos rápidos, una ayudante que ronda al diseñador desde que llegamos recoge la maraña pelirroja de Ana en un sencillo recogido bajo que ladea un poco en la nuca de la futura esposa. Y con algo tan simple, la espalda descubierta que vislumbramos por uno de los espejos se lleva todo el protagonismo.

Jota me coge de la mano y la aprieta con fuerza. Apoya la cabeza en mi hombro y veo como una lágrima rebelde y solitaria desciende hasta que su sonrisa la engulle.

—Eres la novia más bonita del mundo.

Y es la verdad más grande que he escuchado nunca.

Jota

Cuando llego a casa esa noche aún tengo la imagen de Ana vestida de novia en mi retina. No me lo puedo creer... la conozco desde antes de que mi cabeza pueda fijar recuerdos. No soy consciente de mi vida sin ella, ni sé explicar la sensación de plenitud que me invade cada vez que la imagino caminando hacia el altar para encontrarse con Javi. Se merecen todo lo bonito que esta vida pueda regalarles.

Después de Jaime me convencí a mí misma durante mucho tiempo de que no quería volver a estar con alguien hasta el punto de entregarme por completo, sin reservas. Pero llegó Enzo y se me olvidaron todas las lecciones aprendidas con dolor y llanto.

Nit y Javi tuvieron mucho que ver en ello. Y Ga. También Álex y Edu. Hasta Beto.

Los primeros me recordaban a diario que una relación puede ser sencilla, natural. Que cuando encuentras a tu persona, esa por la que parece que se pone el sol cada día, todo es más fácil. Ana me dice a menudo que no existen problemas en 'su lugar'. Lo comenta mientras se acurruca en el pecho de Javi, que le responde riendo, abrazándola y llenándose de su olor.

La confianza que tienen el uno en el otro es envidiable. Cuando Nit viene a contarme algo, estoy segura de que Javi ya lo sabe. No porque consideren que una pareja debe compartir todos y cada uno de los detalles de su existencia, sino porque les nace hacerlo. Él es su mejor amigo y la primera persona en la que piensa cuando algo bueno o malo le pasa.

Todos los demás, todos mis chicos, solo me recordaron que hay hombres

buenos. Puede parecer una bobada, pero cuando sufres un revés como el que yo me llevé con mi profesor, lo fácil es pensar que todos los tíos del mundo son unos cabrones que solo buscan meterla en caliente.

No es así.

Hay mentirosos, infieles y cobardes. Pero también hay compañeros que te cuidan, te apoyan y te saben querer bien.

Al encontrar a Enzo pensé que esta vez podía ser un sí. Sí a los domingos de peli y manta. Sí a encontrar paz en sus brazos. Sí a dormir abrazados hasta en las noches más calurosas de verano. Sí a que su olor se convirtiese en mi colonia favorita. Sí a renunciar de por vida a todas las aceitunas de mis platos para dárselas a él. Sí a cualquier cosa que llegase si podía confiar en él para enfrentarla.

Pero resulto ser de los mentirosos, infieles y cobardes.

Otra vez.

Lo curioso es que durante meses estuve más enfadada que triste. Me cabreeé con Enzo por no haber pensado antes de actuar. Estuve enfadada con Yaya por haberme dejado. Grité al mundo en general por arrebatarme a mi gente una y otra vez.

Seguí por inercia, avancé sin rumbo. Dejé pasar los días y logré que algunos dolieran muy poquito, hasta que un día me levanté y la pena me sacudió con una fuerza inusual, tan brutal que me tumbó durante casi una semana, en la que solo me lamenté por mi mierda de suerte.

Quien diga que llorar no soluciona nada, no tiene ni puta idea. Limpié todas las heridas que tenía por dentro a base de lágrimas. Me vacié y me atreví a sentarme a recapacitar qué era lo que más me dolía.

La traición de Enzo escocía mucho, pero si no me engañaba a mí misma,

siempre fui consciente de que empezamos algo cuando él no había superado a Lucía. Quería haberlo hecho. Necesitaba haberlo hecho porque se sentía engañado y humillado. Pero cuando hablaba de ella nunca había indiferencia, sino fuego mal entendido.

Pensé que la olvidó a mi lado, que la borré a base de besos.

Él creyó que podría estar con alguien a quien hacer feliz de verdad porque lo necesitase.

Nos equivocamos los dos.

Dejé que el poso de amargura me acompañara durante mucho tiempo, pero en Nueva York aprendí a entender muchas cosas sobre cómo afronté aquel asunto y empecé a perdonar. Hasta aquel maldito febrero...

Vuelvo de ese mundo hasta el que me he transportado cuando Lucas sale a recibirme, mandil incluido.

Me sonrío de forma tan sincera que algo se me prende dentro antes de que Sobras se lance sobre mí con sus patas delanteras en el aire para lamirme la cara. No está mal llegar a casa así.

Mi compañero de piso me anuncia que está intentando hacer un pastel de queso que cree que podría gustarme.

Es de los buenos.

Es un buen hombre que hace unas semanas llegó a mi vida para empezar a convertirse en un buen amigo. Me ha hablado de su familia, de la relación tan especial que tiene con su madre y sus hermanas. Hemos pasado tardes enteras tirados en el sofá, yo toqueteándole el pelo, él lanzando una pelota para que Sobras la trajese de vuelta, comentando qué le llevó a querer ayudar a niños como los de nuestra escuelita. Le he hablado de Jaime y de Enzo. Él me ha confesado que nunca se ha enamorado y que no sabe si sabría estar con una

sola mujer. Creo que no le gusta tocar ese tema porque detrás hay más recuerdos dolorosos que aún no está preparado para compartir conmigo, pero no tengo prisa.

Es de los buenos. Y de los que no se comprometen ni buscan un futuro.

Es lo que necesito ahora.

Voy resuelta hasta la cocina. Me pongo a su lado y le quito la lengua con la que está rebañando la masa para el postre. Está hablándome sobre lo mucho que le gusta a Lía rebañar los restos de la mezcla del molde, pero se calla al ver que no estoy atendiendo a sus explicaciones.

Dejo todo sobre la encimera y lo giro hasta tenerlo de frente. Le quito el delantal mientras me mira extrañado y yo sonrío un poco al entender que le voy a coger por sorpresa. Siempre me gusta descolocar a Lucas.

Me pongo de puntillas para intentar acortar los centímetros que me saca y hundo los dedos en su pelo. Me mira con una intensidad que me hace dudar por un segundo, hasta que desvía la mirada a mis labios y separa los suyos con los ojos ya turbios.

Cuando mi boca cubre la suya siento un alivio que no esperaba, y que él pare para preguntarme si todo va bien me descoloca aún más.

—Sí. Todo está más que bien.

—Jota, si ha pasado algo de lo que quieras hablar...

—No ha pasado nada. Es solo que no quiero jugar más, Lucas.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Ya lo sabes.

—Necesito oírtelo decir. Necesito que lo hagas real.

—Quiero una noche.

—De momento me basta.

No me da tiempo a analizar su respuesta porque se lanza sobre mí como si fuese un preso en el corredor de la muerte al que le ofrecen su última cena.

Me sujeta por el culo y tira hacia arriba de mí para elevarme. Le rodeo la cadera con las piernas y dejo que nos lleve así hacia alguna habitación, enredados y algo sobrepasados.

Sobras comienza a ladrar y se mete entre los pasos de Lucas, consiguiendo que choquemos con violencia contra una de las paredes del salón. Yo libero una de mis manos de su cuello y me masajeo el costado donde he recibido el impacto mientras él me mira preocupado y no deja de preguntarme si me he hecho daño. A mí me da la risa, porque las cosas con él siempre son así, intensas y rápidas, pero nunca lo suficientemente serias como para no poder reírnos de ellas juntos.

Me sigue besando, pero pone más cuidado en el trayecto y se preocupa mucho de cerrar la puerta de su cuarto ante el lastimero Golden que lloriquea como un bebé.

—Me está dando mucha pena —consigo decir con la voz cargada.

—¿En serio me estás pidiendo que lo deje entrar? No sabía que te iba lo de que te mirasen, pero siendo así, tengo un par de peticiones que hac...

—Joder, Lucas, calla y sigue.

Su risa es tan ronca que la noto vibrar en mi pecho.

Me tira contra la cama con una fuerza que no espero y que me enciende mucho porque me advierte de que esto no va a ser suave ni va a ser tierno, pero sí inolvidable.

De un solo movimiento se deshace de la camiseta y yo le imito, quitándome el jersey *oversize* que traía. Me ayuda a descalzarme y tira de mis mallas,

arrastrando los calcetines con ellas.

Respira con dificultad y está muy excitado. Lo puedo notar perfectamente a través de sus pantalones de pijama, pero aun así se detiene un momento. Me pongo de rodillas sobre la cama para acariciarle el torso y jugar con su pelo, haciendo que se arrodille conmigo encima del colchón mientras ataco su boca, pero me separa de nuevo unos centímetros.

Me dejo hacer, pero no entiendo lo que pretende.

Me está mirando muy concentrado. No sé leer su expresión y empiezo a pensar que he hecho algo que le ha molestado cuando roza con dos dedos la zona baja de mi pecho izquierdo, donde un pequeño tatuaje con forma de balancín asoma cerca del corazón. La sombra de una pareja columpiándose se esconde entre un pequeño campo segoviano de enormes girasoles.

Una sonrisa de medio lado se asoma insolente a sus labios mientras desliza las yemas por mi estómago hasta las costillas del lado contrario, consiguiendo que se me ponga la piel de gallina. Sigue el contorno de una brújula decorada con colores similares a mi clave de sol, a la que le falta las agujas que señalen la dirección. Él no puede saberlo, pero la frase que lo remata es una de las últimas que recuerdo que me dijese Yaya: “da igual el camino que elijas siempre que te acabe llevando a casa”.

Su risa se vuelve más audible y me la contagia poco a poco. Cuando le pregunto qué le pasa, se gira para acabar sentado en el borde de la cama y me deja ver la parte superior de su espalda, donde distingo, en el hombro izquierdo, una brújula muy colorida de estilo *New School* con el cristal roto y dos líneas debajo con una caligrafía impecable que reza: “disfruta del viaje y el destino llegará solo”.

Acaricio ese trozo de piel y siento la necesidad de besárselo. Me pregunto si para él también tendrá un significado más especial que algo que un día leyó

y le gustó.

Me fijo en sus brazos, llenos de dibujos coloridos que me hacen pensar en él como un lienzo. Recorro el contorno de un búho caricaturizado que parece reposar sobre una flor azul turquesa tan realista que más que un tatuaje podrías jurar que es una fotografía. Me doy cuenta de que ese azul también predomina en su brújula y me hace pensar que no es un color muy común.

En el bíceps contrario distingo un mandala de tantos colores que no consigo contarlos todos, enfrentado a la imagen del rostro de una mujer con pinturas de guerra en la cara y una piel de león sobre el cabello. Me hace pensar en la forma en la que siempre describe cómo su madre luchó por ellos.

Extiendo mis besos por sus trapecios y continúo mi ascenso, dejando un reguero de saliva dibujado en su piel. Le noto estremecerse y de pronto, me siento poderosa ante él.

Me incorporo y lo pongo también de pie para poder bajarle la prenda que aún lleva puesta. No dejo de mirarle cuando extiendo la mano y empiezo a acariciarlo arriba y abajo. Lucha por no cerrar los ojos, pero fracasa estrepitosamente. Deja caer la cabeza hacia adelante en un gesto de rendición y emite un gruñido que hace que acelere el ritmo.

Yo misma empiezo a respirar más deprisa y noto cómo su excitación hace que me humedezca.

Cuando apenas llevo masturbándolo unos minutos, pone su mano sobre la mía ejerciendo algo de fuerza, aunque sigue sin levantar la mirada.

—Para.

Lo dice con tal autoridad que no se me pasa por la cabeza no obedecerle.

Además, sé por qué me lo está pidiendo. Quiere alargar esto y si continúo no sabe si será capaz. De nuevo, conseguir tenerlo al borde del orgasmo solo

tocándolo como lo haría una adolescente, me hace sentir fuerte y sensual.

Lo empujo con suavidad hacia abajo para que se siente de nuevo y sin dejarle tiempo para que entienda mis intenciones, me siento sobre su regazo apoyando las rodillas a ambos lados de su cintura y yo misma guío su erección para penetrarme de un solo golpe.

Maldecimos a la vez y nos quedamos quietos durante unos segundos, esperando a que yo me acomode a su tamaño. Cuando empiezo a mover las caderas en círculos suelto un suspiro al que él responde con un gemido que se asemeja mucho a un lloro suplicante.

Sobras gimotea desde detrás de la puerta y ambos nos reímos mientras seguimos jadeando.

Lucas decide que ya he tenido el control demasiado tiempo, así que vuelve a cargarme sin salir de mí y me tumba de espaldas al colchón. Elevo las piernas hasta colocarlas sobre sus hombros para que se hunda en mi interior todo lo que pueda.

Lo siento por todas partes, me llena de una forma tan brutal que con tres embestidas más el orgasmo me pilla por sorpresa sin haber avisado siquiera de que empezaba a asomar.

—Dios, Jimena, no me aprietes así o no respondo.

Tiene la voz mucho más ronca de lo normal. Me pone tanto su tono que contraigo los músculos de forma voluntaria solo por volver a oírlo.

—Oh, joder. Joder, joder, joder.

Se pega a mi pelvis y empieza a derramarse en mi interior.

Rueda sobre mí con cuidado y se tumba a mi lado con el pecho subiéndole y bajando a un ritmo adorable. Ambos estamos sudando, pero él parece ignorarlo cuando se acomoda a mi espalda y nos tapa con el edredón justo

antes de darme un beso en la sien y apagar la luz.

Lucas

La mañana siguiente a acostarme con Jota me despierto solo en la cama.

Su lado está frío, por lo que supongo que hace ya rato que se ha levantado. Me tomo unos minutos para recordar todo lo que pasó anoche y decidir cómo me siento con respecto a ello.

Quería que pasara, eso lo tengo más que claro. Me había cansado de fingir que Jota no me gusta. Es una tía que me pone increíblemente cachondo, pero hay más. Me gusta pasar el tiempo con ella. Me divierte y desde hace días me sorprende a ratos intentando hacer tonterías que le saquen una de esas carcajadas tuyas que me hacen sentir tan orgulloso cuando salen sinceras y desinhibidas gracias a mis payasadas.

Me pongo la parte inferior de mi pijama y abandono el calor que me regala mi edredón nórdico para averiguar si la rubia al menos sigue en casa. La descubro en el sofá viendo un capítulo repetido de ‘Forjado a Fuego’, con una taza (no sé si llamar a eso termo, por el tamaño creo que sería más correcto) de café, mi camiseta a modo de camisón corto y la cabeza de Sobras apoyada en su regazo mientras ella lo acaricia distraída detrás de la oreja.

Siento envidia de mi perro y me parece realmente preocupante.

Está tan entretenida viendo cómo Doug Marcaida rebana cerdos gigantes con una especie de aro de metal (¿eso es lo que usaba Xena en la serie?) que ni siquiera nota mi presencia hasta que me coloco detrás de ella y la sujeto por los hombros.

Pega un grito y salta hacia adelante. Sobras se envara y se incorpora, haciendo que ella tropiece y se vaya de morros al suelo. Me preocupo y doy la

vuelta al sofá corriendo, pero al verla despatarrada, con las bragas a rayas de colores al aire, pero sana y salva en el parquet, me entra un ataque de risa que no consigo controlar y que me obliga hasta a doblarme para poder agarrarme el estómago, que ya empieza a dolerme.

Se levanta y carga contra mí dándome manotazos en el pecho y llamándome gilipollas, asegurando que podía haberle dado un infarto.

Le sujeto las manos por las muñecas y consigo que pare mientras yo cojo aire e intento contener los bufidos que salen de mi boca en un intento nada sutil de detener las carcajadas. Sobras no para de lamerle las rodillas a Jota, que se ha calmado y termina por contagiarse de mi humor.

—Lo siento, lo siento. Pero hostias, es que estabas muy graciosa.

—Ya te reirás menos cuando cambie tu champú de camomila por tinte negro.

—No empieces una batalla que no puedes ganar.

Me crezco ante el reto y le llevo las muñecas, que aún tengo amarradas, a su espalda, acercándome en el recorrido a pocos centímetros de su boca y logrando que su pecho se eleve hasta entrar en contacto con mi estómago. Jota me mira desde abajo, con esos enormes ojos que se le empiezan a nublar un poco, y sonrío con malicia.

—No empieces algo que no vayas a terminar.

Se pone de puntillas y me lame el labio. Todo mi cuerpo reacciona ante ella. Tiene ese efecto sobre mí aun sin tocarme.

—A lo mejor deberíamos hablar antes.

—O después.

Vuelve a chuparme la boca y decido que lo que sea que pretendía decirle puede esperar media hora. O un par de ellas.

Acabamos postergando la charla hasta la hora de comer.

Hemos vuelto a acostarnos sin preservativo, aunque no es algo que me preocupe porque sé que Jota toma la píldora. Tiene el blíster en la cocina y una alarma como recordatorio que suena a la hora de la cena, pero supongo que no solo tenemos que protegernos de embarazos, y ninguno de los dos es célibe precisamente, aunque yo siempre tomo medidas al acostarme con una tía.

Ambos juramos y perjuramos que aquello no es más que sexo. Somos amigos, adultos, nos gustamos y nos atraemos. Podemos follar sin que tenga que significar nada más.

La primera alarma que asalta mi cabeza ante esa premisa de mierda suena cuando ella me pide que si acabo la noche con otra mujer, intente ir a su casa o no la deje desayunando en nuestro salón al día siguiente, porque se sentiría algo incómoda, y ella promete hacer lo mismo si se va a la cama con otro hombre. La mención de otro tío entre las piernas de Jimena me crea un malestar molesto.

Apago la sirena que resuena por mi cerebro y le digo que lo veo justo.

Quedamos en que podemos contárselo al resto del grupo, a pesar de que sabemos las burlas y el cachondeo que nos acarrearán esto, pero no queremos tener secretos con ellos que no son necesarios. Además, ninguno lo reconocemos, pero tener árbitros parciales en nuestro lugar de trabajo puede llegar a vernos bien.

—¿Alguna otra cuestión que quieras discutir antes de que vuelva a arrancarte esa camiseta y entierre mi cara entre tus tetas el resto del fin de

semana?

La veo dudar. Se muerde el labio inferior y a mí me entran ganas de sustituir sus dientes con los míos, pero ver que se pone colorada hace que la curiosidad gane a la lujuria. Jota no se pone roja. No al menos hablando de sexo.

—Si estás pensando en alguna guarrada que te apetezca hacer, podemos hablar sobre ello. No, qué coño, me apunto, sea lo que sea.

—¿Y si ahora te digo que me mola ponerme cinturones con dildos?

—Pues te responderé que podemos buscar a una morena a la que le mole ese rollo y solo pongo como condición que me dejes mirar.

—Tríos. Qué original. Ya hablaremos de fantasías más adelante. Lo que quería discutir es mucho más mundano.

—Dime. —La escucho solo a medias porque no puedo dejar de darle vueltas a que no he oído un “no” a lo de la morena...

—¿Estás sano?

—Sí

He entendido perfectamente lo que me está preguntando e iba a soltar alguna chorrada para picarla un poco, pero me ha parecido notar algo de preocupación en su entonación y quiero que sepa que no tiene por qué preocuparse.

Suelta un pequeño suspiro de alivio y luego me mira con una disculpa dibujada en los ojos.

—No pretendo ofenderte, pero no sé si sueles usar condón con tus ligues. Conmigo ni caíste en ello. Y no te estoy echando culpas de nada, yo tampoco paré a coger uno. Pero el caso es que, si estás sano, bueno... a mí me gustaría... preferiría no... ¡Joder, qué difícil! —Le pongo la mano encima del

muslo y se lo acaricio con suavidad, dándole ánimos para que continúe—. Que no quiero que usemos preservativos cuando follemos, así que si puedes prometerme que será una excepción que hagas conmigo pero que te protegerás cuando estés con otras, creo que podríamos prescindir de ellos.

Lo dice tan deprisa que creo que entiendo todo el mensaje, aunque no podría jurarlo.

—Me parece bien. Podemos hacernos unas pruebas ambos antes y así te quedas tranquila, pero de verdad que es algo que no pasaba por alto desde los 23 años.

—¿Y por qué lo hiciste conmigo? —No hay reproches en su voz, solo curiosidad sincera.

—Porque quería sentirte a ti, entera.

La sonrisa que se le dibuja en la cara merece que se me haya escapado esa respuesta como al idiota que soy a veces delante de Jota.

Las siguientes semanas pasan muy rápido y de forma muy divertida. Desde que Jota y yo decidimos dejarnos de chorradas y admitir que somos la hostia en la cama y que no deberíamos pasar más de un día sin echar un polvo, la vida tiene más sabor. Concretamente, el suyo.

Hace como quince días fuimos al cine a ver la última de Marvel y tuvimos que comprar entradas de nuevo para una sesión más temprana al día siguiente para asegurarnos de que había algo más de gente y podíamos concentrarnos en la peli, porque Jota empezó a acariciarme por encima del pantalón cuando empezaron los *tráilers* y creo que, de ese espectáculo, disfrutaron hasta un par de chavales que estaban en nuestra fila algo más alejados.

Unos días más tarde me cobré mi venganza. Salimos de fiesta con todos y

Jota llevaba un vestido tan pegado al cuerpo que necesitó ponerse ligero para no ir con las marcas de la cinturilla de las medias por debajo de las tetas. Me apoyé en la madera y situé a Jimena de frente a mí, tapándome medio cuerpo. Colé la mano entre sus muslos en cuanto el camarero vino a preguntarle qué queríamos tomar. Verla tirar dos copas que había encima de la barra de la impresión hizo que mereciera la pena lo cara que me salió la noche en alcohol.

La semana pasada íbamos en el coche con Sobras de camino a un parque enorme que hay en Tetuán para que el can pudiera correr como un loco y hasta meterse en una especie de fuente con forma de playa que tiene y que a mi perro le chifla, aunque ya estemos a mediados de diciembre. La muy cabrona se quitó el cinturón de seguridad a mitad de camino y cuando se inclinó sobre mi pantalón, pensé que el accidente que probablemente tendríamos valdría la pena. Terminamos teniendo que parar y pasar a la parte de atrás. Fue un polvo increíble y muy ridículo porque cuando ella empezó a gritar subida a horcajadas sobre mí, Sobras, que estaba descansando algo mosqueado en el asiento del conductor, se lanzó contra mi pierna como si tuviese que defenderla de un desgraciado que estuviera atacándola. Desde ese día no deja pasar la más mínima oportunidad para restregarme que mi perro la quiere a ella más que a mí. Traidor...

Anteayer, me abordó a la salida del trabajo para encerrarme en la sala de profesores mientras Edu terminaba de dar una clase en la sala de al lado.

Os diría que empiezo a sospechar que la rubia tiene una tendencia más que clara al exhibicionismo, pero más que sospecharlo, lo tengo claro como el agua.

Aunque esos son solo los polvos más salvajes, esos con un punto de morbo extra por si te pillan. Después, cuando estamos solo nosotros entre las cuatro paredes que son nuestra casa, hay algo que cambia.

Ese deseo irracional que me invade cuando veo a Jimena estirarse y noto sus pezones marcados debajo de la camiseta sigue arrastrándome a la locura, pero los ratos post-polvo cada vez ganan más puntos como mi momento favorito del día.

Podría pasar horas hablando con Jota. Podría pasar horas follándome a Jota. Poder hablar horas con ella desnuda entre mis brazos es una combinación que se acerca mucho a lo que yo concibo como perfección.

-18-

Jota

Las Navidades son un puto asco.

Falta una semana para Nochebuena, diez días para mi cumpleaños y 14 para Nochevieja.

Todos mis amigos están emperrados en que pasemos la noche del 24 de diciembre juntos y celebremos mi cumpleaños el mismo día 28 aprovechando que cae en viernes antes de que cada mochuelo tome rumbo a su olivo para celebrar la Nochevieja.

¿El problema? Que la mitad de ellos pasan la Nochebuena en familia cada año y si para esta están intentando cambiar el plan es porque soy una triste que no tiene con quién celebrar algo así.

Me jode mucho ser un lastre. Y más me jode aún haber aceptado el plan porque si no, me veo cenando palomitas dulces y pepinillos en vinagre mientras veo *Braveheart* por quinta vez. Total... es un plan que puedo posponer hasta la noche del 31, que también pasaré sola y amargada.

Ana me ha invitado a Santander para cenar con sus padres. Javi y ella pasarán allí la Nochevieja y volverán a Madrid para comer con la familia de él en Año Nuevo. El plan me apetece más o menos lo mismo que comer cristales. Voy a ser un pegote allí plantada, pero sé que mi Nit lo hace con buena intención y que se quedará más tranquila si estoy con ellos, sin tener que preocuparse por si pienso en meter la cabeza en el horno en vez de un pavo.

He pensado hasta en coger la mochila y hacerme un viaje estos días. A veces echo de menos la sensación de perderme sin un destino fijo ni otro objetivo que descubrir cosas que ni siquiera había llegado a imaginar, pero

cuando lo comenté, Nit y Ga pusieron tal cara de pánico que me eché para atrás. No sé si podré volver a disfrutar de unas vacaciones en el extranjero sin que esos dos crean que no me van a volver a ver el pelo hasta mi senectud.

El caso es que no estoy especialmente feliz estos días, aunque consigo disimularlo bastante bien con sonrisas enormes y palmaditas cada vez que alguien menciona mis próximos días en tierras cántabras. O eso creía.

—Vale, rubia, cuéntame por qué andas así de apagada desde hace un par de días.

Lucas apaga la tele y se gira hacia mí, que estoy recostada en uno de los brazos del sofá con un libro entre las manos y los pies encima de su regazo. Parpadeo un par de veces y boqueo un poco ante su pregunta porque me coge por sorpresa. No creo que haya estado apagada, ni rara, ni nada de nada. Disimulo que te cagas.

—No es verdad. Estoy normal.

—No, que va. Para empezar, llevas como diez minutos en la misma página, con la cabeza más pa'llá que pa'cá. Además, estás muchíííísimamente más callada de lo habitual. Te muerdes los padrastrós de forma compulsiva. Y has dejado de cantar.

—Yo no voy cantando por ahí siempre.

—Sí, claro que lo haces. A todas horas. En todos sitios. El otro día empezaste a canturrear la canción que ponían de hilo musical en el súper y a bailarla. Hasta te cabreaste cuando la cortaron para anunciar una oferta sobre helados.

Achino los ojos y frunzo un poco el morro para intimidarle con mi cara de mala leche, pero solo consigo que suelte una carcajada que me hace soltar un suspirito adolescente. Maldito *Mister Ink* que se cree que me conoce bien.

—¿No me lo quieres contar?

—Es que... no quiero parecer desagradecida. Es solo que no me hace nada de ilusión irme con Ana en Nochevieja. Me da la sensación de que solo me ha invitado por pena.

—No es verdad, te ha invitado porque le importas y no quiere que esos días estés triste, cosa que pasaría si te quedas aquí sola encerrada atiborrándote de azúcar.

—Ya, pero yo no le he pedido que esté pendiente de mí. Odio ser una carga.

—Lo que eres es idiota, rubia.

—¡Oye! Y tú... tú eres bobo del culo.

—Madre mía, empiezas a pasar demasiado tiempo rodeada de enanos. Tus insultos dan mucha pena, Jota.

—¡Gilipollas!

—Mejor. Tendremos que practicar, pero es un paso.

—Nunca entenderé cómo puedo tener a la vez las mismas ganas de abofetearte que de follarte.

—No tiene por qué estar reñido, pero no me distraigas con guarradas que estábamos hablando como personas adultas que saben hacer algo más que lamerse el cuerpo el uno al otro durante horas. —Joder, cómo me gusta el Lucas cerdo—. Ana solo quiere ayudar.

—Insisto: no le he pedido ayuda.

—De verdad que no entiendo que una tía que acude al rescate de todo bicho viviente al que quiere, como si fuese *Wonder Woman*, acepte de tan mala gana que a veces cuiden de ella.

Me muerdo fuerte por dentro el carrillo y desvío la mirada.

El corazón me empieza a bombear más rápido y noto las manos algo sudadas. Todo por una tonta verdad que escapa de mis labios sin pedir permiso, pero que esconde algo más grande que lo que pueden parecer a priori ocho tontas palabras.

—No me gusta sentir que necesito a nadie.

Lucas se me queda mirando en silencio un rato mucho más largo de lo normal. Cuando me atrevo a devolverle la mirada, algo ceñuda y sintiéndome frágil por haberlo reconocido delante de él, me lo encuentro observándome con intensidad y, por un momento, creo que me ha entendido.

—No todo el mundo se va a marchar, Jota.

—Eso no lo sabes.

Y no le queda más remedio que guardar silencio, porque es verdad, porque no puede prometer cosas que no sabe si podrá cumplir.

Le oigo soltar el aire que retenía de forma lenta mientras deja caer los hombros, asumiendo las maletas que vienen conmigo, tan cargadas como pesadas, y que a veces siguen haciendo que necesite huir a mi mundo, ese en el que no me siento más segura, pero sí menos accesible y vulnerable.

—Bueno... iba a proponerte un plan alternativo igual de tedioso, pero algo más cerca. Aunque viendo lo receptiva que estás, igual me mandas a pastar.

—Prueba...

—Lía me dijo que el otro día Ana se puso a hablar de los planes que podíais hacer en Santander y que tu cara de circunstancias le recordó a cuando intentamos que Leire hable con algún tío en una discoteca cuando salimos por ahí los tres, cosa que pasa dos veces al año. Tenías que verla, es un show mi pobre hermana. Pone tal cara de asco ante cualquier maromo que se le acerque

que parece que le dieran repelús los rabos. —Me hace mucha gracia cuando Lucas se lía así en mitad de una conversación, saltando de un tema a otro sin hilar ninguno.

—Igual se lo da.

—¿El qué?

—Repelús. —Me mira sin entender—. Los rabos. A lo mejor le dan asquete. Igual lo que le pasa es que es más de coños.

—¿Qué? ¡Qué va! Si ha estado con un par de tíos.

—Y yo con 17 años me lie con Nit una noche de borrachera por curiosidad. Aquí no hablamos de lo que has hecho sino de lo que te gusta hacer.

—¿Te has liado con Ana?!

—Hace mil años, pervertido. Quita esa cara de salido.

—No vas a poder evitar que guarde esa imagen en mi archivo mental mientras echamos un polvazo encima de la encimera cuando acabemos esta conversación.

—¿En serio me estás avisando de que vas a estar pensando en mi mejor amiga cuando me la metas?

—En tu mejor amiga y en ti juntas.

—Te juro que a veces no entiendo que te hayas conseguido ligar a tantísimas mujeres. —Y lo digo de verdad.

—Con ellas suelo hablar mucho menos que contigo.

—Ah, claro.

—Pero que no me lées. ¿Crees que Leire es lesbiana?

—No lo sé, no la conozco. ¿Le habéis preguntado alguna vez?

—Pues no. Creo que es algo que nos contaría ella si quisiera.

—A lo mejor no sabe cómo hacerlo.

—Creo que voy a tener que hablar con Lía...

—Bien. ¿Qué decías antes de un polvazo en no sé dónde?

—Espera, espera. Dos minutos antes de que empiece a pensar solo con la cabeza de abajo. Que me enredas muy rápido y me despisto. Plan alternativo para Nochevieja: cena en mi casa.

La ceja izquierda se me levanta tanto que es posible que se me haya juntado con el nacimiento del pelo. El estómago se me cierra de golpe y mi instinto primario es incorporarme, quitar los pies de su regazo y subirme en el reposabrazos del sofá para alejarme un poco de él. Carraspeo y veo cómo al cabrón se le dibuja una sonrisa gigante en la cara ante mi nerviosismo. Se lo está pasando en grande el muy asqueroso.

—Perdona... ¿qué?

—Oye, respira, ¿vale? Creo que es posible que esté a punto de darte una embolia. Lía notó que no te apetece nada el plan de Ana y pensó que igual estabas más cómoda con nosotros. A fin de cuentas, eres amiga suya y... mía, ¿no?

—Sí, bueno. Sí. Pero... no sé, Lucas. ¿Con tu madre?

—Mi madre no sabe las cerdadas que te hago en la ducha, ni en la cama, ni en el pasillo, ni en la coc...

—Vale, captado.

—Te pones tonta pensando en ello, ¿eh?

Me chincha mientras tira de una de mis piernas para volver a acercarme y poder acariciarme el interior del muslo en sentido ascendente hasta llegar al borde de mis braguitas. Suspiro en respuesta y contraigo instintivamente la zona pélvica.

Mis movimientos hacen que él se encienda tan deprisa que me coge por sorpresa cuando entierra dos dedos en mí de golpe. Grito y él gruñe.

Empieza a moverlos muy despacio y yo muevo las caderas intentando obtener una satisfacción más rápida.

Lucas gira un poco la muñeca y con la yema del dedo corazón alcanza una zona rugosa que acaricia con mimo y que a mí me hace lloriquear como a una niña.

—Joder... dime que vas a venir, Jota.

—Sigue, Lucas, sigue por favor.

—Nena, dime que sí —susurra entre jadeos.

—Sí, sí, sí. Voy a donde quieras, pero no te pares.

—Es un trato —me advierte sacando ambos dedos y chupándolos con lascivia. Dios... cómo me enciende ese gesto—. Ahora ven aquí, quiero saborearte de verdad encima de esa encimera.

—Como sueltes el nombre de Ana te mato.

—Como si pudiera pensar en alguien más que en ti...

Y con otra confesión entre gemidos, me levanta del sofá.

La noche del 24 de diciembre la terminamos pasando toda la pandilla reunida en mi casa, cenando como reyes y bebiendo como animales. Nuria está completamente borracha y no para de gritar algo como “favorais me” cada vez que, en mitad de un juego, uno de nosotros elige un papelito de una olla para saber qué película tenemos que representar ante el resto. Cuando le toca a ella y tiene que hacer “Carne Trémula”, casi me hago pis encima. Aunque por

cómo se descojona Gael, creo que yo tampoco lo hago mucho mejor cuando pasamos a deletrear palabras con el culo en el aire. Menos mal que Lucas me quita la vergüenza a base de chupitos de Jäger y de apretarme contra su pantalón para que note lo duro que le pone verme menear el trasero con más salero que Beyoncé pero menos arte que Leticia Sabater.

En algún momento de la fiesta, LMFAO comienza a gritar desde los altavoces que es sexy y lo sabe, y el buen rollo nos inunda a todos. Edu se mueve contra mi pierna como un perro en celo mientras Lucas se descojona de nosotros dos y yo pongo morritos de pato a la vez que meneo las caderas. Al rubio hasta se le escapan un par de lágrimas mirándonos, pero es que estamos muy entregados a la canción, nos creemos cada palabra. Y es que por todo el mundo es sabido que el alcohol te hace bailar mejor... o al menos te convence de que es así. Lucas no para de aplaudirnos y pedir un bis. Eso es algo que me encanta de él, siempre me hace sentir que lo que hago está bien. Me alienta, me acompaña, nunca me frena en mis payasadas ni se avergüenza cuando me salgo del tiesto. Me permite ser tal cual soy y me demuestra que le gusto así.

Cuando todavía estábamos recuperándonos de la resaca de Nochebuena, llega el viernes y con él mi cumpleaños. Creo que si hoy me tomo dos copas, acabo empalmando aún con el pedo de hace cuatro días.

Me despierto golosa, con contracciones cerca del bajo vientre y la sensación de que el pulso se me empieza a acelerar. Tengo sentidos que se han despertado antes que yo, así que tardo unos minutos en darme cuenta de que Lucas me está haciendo el primer regalo del día enterrado entre las sábanas.

Me corro aún con los ojos más cerrados que abiertos y mi compañero de piso asoma entre mis muslos con una sonrisa mojada. Trepa por mi cuerpo y me besa. Sabe a pasta de dientes y a mí.

Anoche se quedó a dormir en mi cama.

A veces lo hacemos.

A decir verdad, bastantes veces...

Me prepara el desayuno mientras me vacila por haber llegado a la vejez y por llevar con estilo el inicio de mi decadencia. Yo le río las gracias y apporto alguna de cosecha propia, porque la verdad es que entrar en los 30 no me importa en absoluto. No ha llegado ninguna crisis ni me he planteado un cambio trascendental en mi vida. Igual es que estoy contenta con la que tengo y me encuentro bien conmigo misma.

Cuando llegamos a la escuelita todos mis amigos me cantan el cumpleaños feliz, al que se unen unos cuantos alumnos que llegan antes que los demás porque sus padres entran muy temprano a trabajar y les permitimos que dejen a sus hijos un poco antes cada mañana.

Gael y Beto se acercan a comer conmigo al mediodía y acabamos haciendo una especie de picnic con pizzas y refrescos en la sala de profesores. Nit desaparece cuando estamos acabando con la excusa de ir a por unos vasos de plásticos para preparar cafés y aparece con una tarta con 30 velas pequeñas encendidas. Da un traspiés antes de dejarla sobre la mesa y por un momento todos nos acojonamos. Cuando consigue posarla sobre la mesa sin accidentes, Nuria, Beto y yo bromeamos sobre que igual hubiese sido un buen colofón haber terminado la comida con algunos bomberos alrededor.

Me duelen los lados de la cara de sonreír viéndome allí, rodeada de gente que quiero, que ha parado por un rato su vida para poder compartir conmigo esto. Soy jodidamente afortunada, y a veces se me olvida.

Cuando Edu me pasa un sobre lleno de purpurina y pegatinas le agradezco a Gael el intento por decorar mi regalo como lo hubiese hecho yo. Las dos entradas para el musical al que llevo queriendo ir un año pero que había tenido que olvidar por ser increíblemente caro, me hacen pegar un grito que

deja sordos temporalmente a Javi y Álex, que eran los dos que estaban a mi lado en ese momento.

Abrazo al menos tres veces a cada uno y aún sigo pegando saltitos mientras me marcho a casa agarrada a un brazo lleno de dibujos.

—Toma. —Lucas me tiende una caja pequeñita mientras miro mi armario decidiendo qué vestido me pongo para esta noche.

—¿Y esto? —Me mira y se encoge de hombros por respuesta.

—No sé. Lo vi y pensé que te gustaría. —Lo dice con indiferencia, aunque juraría que le tiembla un poco la mano al tenderme el regalo.

Al abrir el paquete me encuentro con una cadenita muy fina con un pequeño colgante en forma de brújula. La pulsera parece de oro blanco, pero me doy cuenta de que el adorno tiene detalles en azul turquesa.

Es preciosa.

Me la coloca con cuidado y yo no dejo de mirarla mientras él me mira a mí.

—Lucas, es...

—Es una bobada. No tiene importancia, pero es que... no sé. Algo dentro de mí me gritaba que era para ti.

—Pero nosotros no...

—Jimena, es solo un detalle.

—Es un detalle increíble.

—Venga, anda. Termina de arreglarte que van a acabar viniendo a por nosotros y estamos sin terminar.

Deja un beso en mi sien y noto que aprovecha para oler el hueco que hay

entre mi cuello y mi lóbulo. Es un gesto íntimo y bonito que hace que se me instale una sensación cálida en el pecho que no debería estar ahí. Que no quiero que esté ahí.

Noto las manos frías y unas ganas horribles de llorar y no sé por qué.

Esto es sexo divertido y sin compromisos, sin riesgos de engancharme, de que me dejen y me decepcionen.

Me envaró y Lucas nota un cambio en mi actitud, pero cuando se separa para preguntarme si me pasa algo, oigo la llave del piso y siento a Gael y Beto entrando en tromba en casa gritando que hoy cambiamos el Jäger por los *Sex on the Beach*.

Que empiece la fiesta.

Gael

Cuando entro en la habitación de Jota me la encuentro aún en toalla con las puertas del armario abiertas y a Lucas separándose de ella con la mirada un poco perdida y el ceño fruncido.

No sé si llegamos en el peor momento o en el mejor, porque Jimena se hace la loca y empieza a parlotear como un loro sobre lo mucho que le apetece esa celebración.

Noto al rubiales muy callado buena parte del tiempo mientras mi chico y yo ponemos unas copas y terminamos de perfilar el plan para la noche.

Media hora más tarde, los móviles de los cuatro empiezan a sonar a la vez. Aquello parece una verbena con las atracciones demasiado cerca. Solo falta una melodía con el “era un domingo en la tarde, fui a los coches de choque, *tironí tironí*”.

Nuria, Nit, Javi y Álex nos avisan por separado de que bajemos echando leches. El pobre Edu se ha quedado sin nadie a quién llamar.

Una limusina Hummer rosa chicle nos espera en la acera cuando salimos del portal. Jota se ríe, nos llama imbéciles y se lanza al interior con un salto de 9.5.

Me parece escuchar como Lucas se acerca un poco a ella al subir y le susurra algo así como “Nena, ¿está todo bien?... ¿Nosotros estamos bien?”. Como toda respuesta Jota le ofrece una mueca que intenta ser una sonrisa y le da un beso pequeño en los labios.

Tengo que indagar un poco más a lo largo de la noche.

Damos buena cuenta del champán que hay en el vehículo mientras este rueda y nos ofrece una ruta por el Madrid de los Austrias.

La música está alta y los ánimos también. Las chicas se han descalzado para poder subirse a los asientos tapizados de cuero y no sufrir las amenazas del chófer. Están haciendo una versión horrible de “Singles Ladies” en la que, de tanto intentar emular a una estrella, casi terminan estrelladas contra las ventanillas del coche cuando tomamos una curva.

Terminamos nuestra excursión en la calle Modesto Lafuente. Jota va tan ensimismada hablando con Ana que ni siquiera se da cuenta de cuál es nuestro destino. Al pasar al interior solo ve una barra, algunos taburetes bajitos y un escenario. Nos mira preocupada y acaba confesando que se muere de hambre y que no espera que seamos tan desalmados como para empezar a empedarla sin haberle dado al menos de cenar. Le cuesta más rato del que esperaba darse cuenta de que estamos en *Marfil*, un karaoke del que nos ha hablado unas doscientas veces en un vano intento de engañarnos para que la acompañásemos.

Pasamos a una sala privada que tienen pensada para celebraciones de este tipo y donde nos han montado una cena de picoteo de lo más apañada en la barra de la estancia.

Álex y Jota ya están mirando qué dúo quieren marcarse para romper el hielo antes de que ninguno de nosotros se haya sentado siquiera. No sé para qué vamos los demás si esos dos solos podrían echar la noche entera con el micro de la mano.

Después de tres canciones seguidas, Edu le quita a Alejandro el turno, alegando que se le va a quedar la mano como a un Playmobil de tanto agarrar el micrófono. Se lanza él con una de Nino Bravo y Javi hasta escupe parte del cubata que estaba bebiendo cuando lo oye.

Nit y Nuria se animan con Azúcar Moreno y yo termino cediendo a los ruegos de Jota para hacer nuestra versión de Rihanna y Eminem, con la que arrancamos carcajadas y aplausos a partes iguales.

Beto destroza una balada preciosa de Snow Patrol en la que Gary Lightbody se pregunta qué pasaría si el que ya has vivido es todo el amor que tendrás, y yo le aplaudo con orgullo porque me parece adorable.

Cuando Lucas arrastra a Javi hasta el libro donde están apuntadas todas las canciones disponibles para ver cuál eligen, aprovecho para abordar a Jota.

—Oye, ¿qué era esa tensión entre tu chico y tú?

—No es mi chico.

—Ah, ok. Entiendo.

—¿Qué entiendes? —Casi me ladra la pregunta.

—¿Se ha puesto en modo novio?

—No... no exactamente.

—Pero te ha parecido que estaba cerca.

—Un poco sí. —Suelta un suspiro y no puede evitar mirar a Lucas mientras arruga la nariz.

—Y a ti la opción de una relación te produce urticaria.

—Las últimas no me han salido muy bien que digamos. Perdóname si creo que no necesito un hombre para ser feliz.

—No es una cuestión de que necesites a un hombre para ser feliz, sino de que aparezca uno en concreto que te lo haga.

—Ya. Un rompebragas de oficio que de repente se pone tierno por follar más de tres veces con la misma tía. No, gracias.

—Eres una cínica.

—Y tú un toca huevos. —Se me escapa una risita que me vale una mirada de odio genuino.

—Sabes que Lucas es más que un tío que se va metiendo entre las piernas de cada mujer que encuentra, ¿verdad?

—Sí, Ga. Parte del problema es que lo tengo más que claro. La otra parte del problema es que tengo igual de claro que ser un picaflor también es su esencia. Las personas no cambian. Ni quiero que Lucas cambie. Me gusta precisamente por ser un descarado con la mecha corta y las manos largas. Lo que no quiero es que de repente pretenda ser quien no es conmigo.

—Yo solo te digo que con Lucas... no sé, eres más auténtica.

—¿Más auténtica?

—Que con mi hermano.

—Oh.

—Sí. Oh —Jota se queda callada unos minutos, pensando en lo que acabo de decirle.

—¿No te gustaba que estuviera con Enzo? —Se le frunce el ceño con preocupación y arruga un poquito la boca en un mohín adorable.

—No me has entendido. Me gustaba que dos personas tan importantes para mí estuvieran juntas, pero con él... no sé, eras una Jota más comedida. Te faltaban comentarios soeces y bromas tontas, supongo que porque Enzo no supo manejar nunca sus celos cuando se trataba de ti y tú te cortabas un poco cuando él estaba delante. Parecías más algo suyo que alguien con quien sentirse pleno.

—¿Con Lucas me ves plena?

Como si hubiese estado esperando su entrada, el aludido se planta en mitad de la sala con Javi detrás, más rojo que *Red Skull*.

Sin presentaciones ni introducción, el futuro novio empieza a cantar “A la orilla de la chimenea”. Lo hace tan bajito que tenemos que callarnos todos para escucharlo bien y que se oiga algo en el vídeo que, por supuesto, estamos grabando para pitorrearnos luego.

Javi termina la primera estrofa y hasta se le oye suspirar aliviado por el micro. Lucas le toma el relevo, y puede que no sea Sabina, pero la voz ronca la lleva de serie y le da un punto más que sexy a la canción. No se corta a la hora de mirar a Jota mientras canta lo que, estoy seguro, ha elegido para ella.

*Puedo ponerme humilde y decir que no soy el mejor,
que me falta valor para atarte a mi cama.
Puedo ponerme digno y decir: toma mi dirección,
cuando te hartes de amores baratos de un rato, me llamas.
Y si quieres también puedo ser tu trapecio y tu red,
tu adiós y tu ven, tu manta y tu frío, tu resaca, tu lunes, tu hastío...*

—Con Lucas, mi niña, te veo más tú que nunca. Y que conste que al decirlo siento que traiciono un poco a mi hermano, pero creo que no te mereces lo que te hizo.

» Entre este tiempo separados y la época de Enzo, se me estaba empezando a olvidar cómo sonaba tu risa auténtica, esa que te explota desde las tripas y que no consigues controlar nunca. Hasta que llegó Lucas a sacarte de quicio y a descolocarte un poco no la había oído más desde antes de lo de Ya... —Me callo antes de acabar.

El silencio se hace denso. Ninguno hemos dejado de mirar a Lucas mientras hablábamos. No sé si podría haber sido tan sincero con ella de otra forma.

—Desde que murió Yaya.

—Lo siento, no quería ponerte triste en tu cumpleaños. —Me agarra la mano y entrelaza nuestros dedos, apretando un poco.

—No lo has hecho. Yaya no me duele, Ga. Solo me da ganas.

—¿Ganas?

—Sí. Ganas de ser mejor. De hacer que su recuerdo sea bonito. Ganas de conseguir ser una persona de la que estaría orgullosa. No va a volver, ni ella ni mis padres. Pero eso no quiere decir que no los quiera tener presentes, que no quiera poder hablar de ellos. Creo que hemos estado demasiado tiempo evitando hablar de algunas cosas, cariño. Y no quiero hacerlo más.

Asiento, dándome tiempo para pasar el nudo que se ha formado en mi garganta. Adoro a esa Jota valiente que no sabía si recuperaría algún día.

Salimos del karaoke pasadas las dos de la mañana y cruzamos al *Daily*, que está enfrente, porque no nos apetece movernos mucho ni andar pidiendo taxis para todos. En cuanto llegamos a la barra, Beto y yo nos adueñamos de dos taburetes y decidimos que podemos bailar moviendo solo la cabeza desde allí. Los chicos optan por unirse a nosotros hartos de mover los pies por hoy. El trío calavera, por su parte, se lanza a la pista cubata en mano para seguir celebrando el cambio de década de Jota entre mujeres.

Cuando pedimos la segunda ronda, le doy una palmada en el muslo a mi novio y me levanto anunciando que necesito mear o reventaré.

Al pasar por la puerta del servicio maldigo para mí mismo no tener una vejiga más resistente. Tres chavales están inclinados sobre los lavabos, esnifando los restos de algún polvo blanco que desaparece antes de que me haya dado siquiera tiempo a meterme en uno de los cubículos y fingir que no he visto nada. Cuando el primero de ellos se yergue y me ve mirándolos tuerce

el gesto en una mueca de fastidio que se torna amenazante al ver que no me muevo de mi sitio.

Tiene los ojos rojos y restos de lo que imagino que sea coca o alguna mierda similar alrededor de una de las aletas de la nariz.

Me pregunta de malos modos si se me ha perdido algo allí, mientras da un paso en mi dirección y los otros dos se sitúan cubriendo sus flancos. Prefiero evitar problemas innecesarios, así que me meto en el servicio sin contestarles, evitando los urinarios que tienen justo detrás.

Al terminar e ir a salir, no hay rastro de ellos. Los localizo en el extremo contrario de la discoteca cuando salgo de nuevo a la pista. Un chico moreno que identifico como uno de los tres que estaban en el baño mira en mi dirección y alerta al que parece el cabecilla del grupo. La sonrisa que se le dibuja a un lado de la cara me produce un escalofrío a lo largo de la columna.

Niego casi para mí mismo, intentando sacudirme esa sensación tan desagradable que se ha instalado en mi estómago. Los dejo atrás y me acerco a Jota para abrazarla y librarme del peso que esos imbéciles me han dejado en la espalda con su actitud de mierda. Lo consigo en cuanto ella se lanza sobre mí para subirse a caballito y que yo dé vueltas sobre mí mismo con ella cargada mientras Ana baila como si estuviese sufriendo un ataque de epilepsia a nuestro alrededor.

Me río tan a gusto que borro de mi cabeza cualquier cosa que no sea la sensación que me produce siempre estar rodeado de esta gente, de esta extraña familia que me eligió hace ya tantos años y que llena mi mundo de color.

Cuando el reloj marca las cuatro de la mañana decidimos emprender camino hacia algún sitio que siga abierto y que pueda saciar nuestras ganas de grasas saturadas.

Nuria vuelve a ir perjudicada, aunque esta vez Ana le gana por un par de

copas. Cuando Jota las reta a una carrera a la pata coja, ambas se lo toman como si acabasen de apostarse el sueldo de seis meses. No han avanzado más de veinte metros cuando Nuria se cae encima de Jimena y empieza a descojonarse con la rubia gritando debajo de ella como si acabase de arrollarla un tractor. Todos echan a correr hacia ellas, pero yo estoy demasiado cansado y sé de sobra que quien está pegando gritos es la Drama Queen que vive en Jota, así que me quedo algo atrasado y aprovecho para reclamar un poco de atención de Beto, que me rodea la cintura y empieza a repartir besos por toda mi cara como si fuese un pájaro carpintero. Yo me río y le sujeto la cara para poder alcanzar su boca y lamerle el labio despacito.

—Pero ¿qué tenemos aquí? El cotilla que no sabe meterse solo en sus asuntos resulta ser un marica de mierda. —La voz que me increpó en el baño llega a mis oídos como un zumbido molesto.

—A lo mejor por eso miraba tanto, ¿verdad? ¿Te gustaba lo que veías, maricón? —Un chico que no estaba con ellos en los servicios se une al primero. Son cinco.

Aprieto la mandíbula y noto cómo se me tensan los hombros mientras Beto me mira preguntándome quiénes son esos tíos que nos observan a través de unas pupilas enormes y los puños cerrados.

Les doy la espalda asegurando que no estamos buscando pelea y acelero el paso para llegar deprisa a la altura de nuestros amigos, que han seguido avanzando mientras mi chico y yo nos besábamos. Pero no nos lo permiten.

Un rubio me sujeta del hombro mientras que el jefecillo agarra a Beto para empujarlo contra otro de sus amigos. Nos arrastran hasta una calle más oscura por donde no parece que pase nadie.

—¿Qué prisa tienes ahora? Vamos, te doy la oportunidad de pasarlo bien con una polla como Dios manda. Arrodíllate.

Me revuelvo e intento librarme del amarre, pero me tienen sujeto entre dos tíos que casi me igualan en altura mientras que el otro empieza a desabrocharse el pantalón.

Beto empieza a gritarles y recibe un puñetazo en el estómago como respuesta que hace que se doble sobre sí mismo, lo que aprovechan para agarrarlo del pelo y tirarlo contra el suelo de una forma tan violenta que oigo su cabeza rebotar contra el asfalto. Todos se ríen y el moreno que nos miraba en la discoteca le propina una patada en la espalda que hace que mi novio gima dolorido.

Me sacudo más fuerte, hasta hacerme daño en los hombros, pero no me importa porque veo cómo vuelven a golpear a Beto y se me olvida el dolor. Escucho a esos tíos insultándonos, riéndose de nuestros esfuerzos por evitar que sigan dándonos una paliza y un grito de impotencia escapa de mi garganta.

El chico que ha empezado con todo aquello me pasa el prepucio por la mejilla e intenta sujetarme del pelo para metérmelo en la boca. Ni siquiera pienso en las consecuencias que puede tener aquello, me produce tal repulsa que lo muerdo tan fuerte como puedo.

Siento un golpe fortísimo en la sien y caigo de medio lado en la acera. Me cubro la cabeza cuando siento las patadas en los costados y rezo para que aquello termine rápido.

Quiero levantarme, quiero cubrir a Beto e impedir que lo toquen, pero las hostias no paran de llegar por todos sitios y empiezo a sentirme mareado.

Noto un sabor a cobre en la boca, que se me ha llenado de sangre, y un ligero pitido en el oído izquierdo.

La vista se me está nublando cuando oigo una voz que desentona entre ellos.

La conozco. Reconozco esa voz.

Dejo de sentir la presión de una rodilla en el pecho que hasta ese momento había impedido que me incorporase y que facilitaba que uno de esos hijos de la gran puta me pudiera asestar puñetazos en un lateral de la cabeza.

Ana me ayuda a levantarme y se coloca mi brazo alrededor de su cuello. Noto que le cuesta cargar con mi peso. Intento fijar la vista y buscar a Beto. Está sentado en la acera, con Nuria entre las piernas, que le limpia la sangre que tiene por la cara con un pañuelo.

Solo veo a tres de los tíos que nos han atacado. Puede que los otros hayan huido al encontrarse con Javi y Lucas, que tienen a dos de los chavales en el suelo inmovilizados mientras Álex rodea con los brazos al tercero y Edu intenta alejar de él a una Jota con un claro ataque de ira... o de histeria. Está llorando y los esfuerzos de nuestro amigo por alejarla de la pelea hacen que tenga las piernas en el aire, tratando de lanzar patadas a la cara del atacante.

—¡Jota, para! ¡Ven aquí, no puedo sola con Ga y está a punto de desplomarse!

El grito de Ana es lo único que hace que Jimena pare en seco y se libre del abrazo de Edu para correr hacia mí.

Oigo una sirena y un montón de imágenes empiezan a desfilar ante mí de forma inconexa y poco nítida.

Pregunto por Beto, pregunto por él una y otra vez, hasta que alguien con un chaleco naranja que intenta que me tumbe en una camilla me asegura que está bien, que no le ha pasado nada grave.

Y entonces todo se vuelve negro.

Jota

La ansiedad que sentía hace unas horas ha empezado a remitir. Ya consigo respirar sin ahogarme y el pulso parece haberse normalizado. Las lágrimas han dejado de asediarme, o eso creía, porque cuando me llevo la mano a la cara me doy cuenta de que sigue húmeda. Supongo que lloro de puros nervios, aunque haya conseguido tornar mi llanto en algo discreto y silencioso.

Cuando ha pasado lo que calculo serán dos vidas y media, una médica nos indica que podemos pasar a la zona en la que descansan Ga y Beto. Hace horas, cuando llegamos al hospital estaba empezando a amanecer, pero ya hace rato que pasó la hora de comer.

La tensión empieza a pasarnos factura a todos, que parecemos *zombies* que se mantienen de pie por pura inercia.

Entramos en una sala enorme con unas 20 o 30 camas distribuidas a lo largo y ancho de la misma, separadas por cortinas. Beto está dormido en la más próxima a la pared del fondo y Gael nos sonríe sin ganas desde la contigua al vernos entrar. Está tan hinchado por los golpes, se le ve tan pequeño y tan herido...

Me asusté muchísimo cuando oímos un grito que nos sonó como el de Beto. Volvimos a toda prisa sobre nuestros pasos, pero no los vimos. Hasta que Gael volvió a chillar, no supimos a dónde dirigirnos y el miedo se extendió por nuestro cuerpo como un feo monstruo que te deja ver su rostro en medio de la oscuridad en la que te sientes inmersa.

Al verlo en el suelo con esos animales encima, el mundo se detuvo. En mi cabeza solo se repetía “él no, él no, él no...”, y ese mantra me impidió dar ni

un paso al frente. Me bloqueé, una vez más. Sin saber qué hacer, esperando que otros solucionasen los problemas.

Cuando al fin reaccioné solo quería matar a esos cabrones. Me lancé sobre uno de ellos con tanta rabia que nos tiré a ambos contra una pared. Le arañé, le pegué con los puños apretados, le di patadas... hasta que él me soltó un puñetazo y me abrió el labio. En cuanto solté un grito, Lucas apareció a mi lado y lo tumbó de una sola hostia. Tenía unos ojos que daban miedo, pero yo lo vi más guapo que nunca cuando le quitó de encima a Beto a otro de esos desgraciados, agarrándolo por la camiseta y levantándolo en volandas.

Una vez dentro de la estancia, todos se paran a un par de pasos de Gael, pero a mí me parece que ahora necesita un poco de cercanía, del contacto de aquellos que le queremos, así que recorro la distancia que nos separa y me siento junto a su costado en la inmaculada cama de hospital.

—Hola.

—Hola. —La voz le suena ronca, como si llevara dormido una semana y se hubiese olvidado de modularla.

—¿Cómo te encuentras?

—He tenido días mejores.

—Espero que no peores.

—Eres malísima intentando hacer chistes.

—Lo sé, pero necesito verte sonreír.

—Hoy no me quedan sonrisas, pequeña. —Lo dice con un cansancio en la voz que consigue encogerme un poco el corazón.

—¿Beto estaba tranquilo?

—Demasiado.

—¿Cómo que demasiado? ¿Le han dado algún tranquilizante?

—No. Simplemente ha decidido tomárselo con filosofía. Dice que no piensa permitir que nadie dicte a quién puede o no coger de la mano cuando camina por la calle. Que no piensa parar de darme besos cuando le apetezca porque si no está haciendo nada malo no tiene por qué avergonzarse de demostrar en público que me quiere. Que no piensa vivir con miedo porque eso sería dejar que esos hijos de puta ganaran.

—¿Te he dicho últimamente lo mucho que me gusta Beto?

—Jota, yo no quiero que a él le pase nada por mi culpa. Bueno... nada más.

—No digas gilipolleces, Ga.

—¿Gilipolleces? ¡¿GILIPOLLECES?! ¡Mírame! ¡Mírale!

—Vale, estás enfadado.

—¡Claro que estoy enfadado, joder!

—Cariño, baja la voz, vas a despertarlo. —Intento cogerle la mano, pero se aparta con un movimiento brusco.

—Tengo la puta cara morada, Jota. Entera. Casi no veo por un ojo de lo hinchado que está. Me han tenido que escayolar el brazo. Beto tiene una costilla rota y el cuerpo más negro que blanco por los golpes.

—Lo sé. —Trato de acariciarlo, pero se retira de nuevo.

—Y él quiere que perdone y olvide. Que siga con mi vida como si esta noche solo fuese un mal sueño. —Una risa nerviosa se escapa de sus labios—. Tengo miedo, ¿sabes? Estoy muerto del maldito miedo. No sé si nos va a volver a pasar, ni si me sentiré seguro y feliz de nuevo cuando él quiera darme un simple y triste beso en mitad de la calle. Si podré evitar mirar hacia los lados buscando a alguien a quien haya podido molestar ese gesto, o que esté pensando que merecemos una somanta de hostias por hacer lo que todas las

parejas heteros del jodido mundo hacen a cada minuto.

—No tienes de qué avergonzarte Ga. No tienes que bajar la cabeza por tener a alguien que te quiera a tu lado.

—¿Estás segura?

—¡Sí! —Lo miro preocupada, porque nunca lo había visto tan perdido.

—Y entonces, ¿por qué, Jota? ¿Por qué nos han hecho esto? —me pregunta al borde del llanto.

Estoy aterrada.

Gael me mira como si de mí dependiera que él vuelva sentir seguridad alguna vez en su vida.

Y yo no tengo la respuesta.

No tengo ni idea de qué hace que una persona que no te conoce de nada se crea con derecho tan siquiera a recriminarte verbalmente por estar enamorado. No quiero ya decir sobre la opinión que me merece alguien que piense que puede tocarte un solo pelo por con quién te metes en la cama.

Abro la boca, pero me quedo helada.

No sé responderle.

No sé qué hacer para que mi mejor amigo en el mundo entero, el que ha estado para mí una y otra vez en cada ocasión que le he necesitado, encuentre paz.

—No lo sé —reconozco. Y por décima vez en el día, los ojos se me llenan de lágrimas.

—Yo sí.

Me doy la vuelta hacia Lucas, que abandona su sitio a los pies de la cama y pasa junto a una Ana más que afectada para sentarse justo detrás de mí. Me

pasa un brazo por la cintura y yo no puedo evitar fijarme en sus nudillos desollados.

Echo un vistazo a nuestra espalda y compruebo que la escena es desoladora. Todos están tristes, encogidos. Parecen más pequeñitos que de costumbre. En sus caras veo preocupación, rabia, pena... veo incompreensión.

—La gente tiende a revolverse contra aquello que no entiende, que le incomoda. Por desgracia, muchas personas repiten mensajes aprendidos en la infancia que no se molestan en cuestionar. Odian lo diferente, lo que otros les dicen que deben odiar. —Lucas intenta sonar tranquilo, pero su voz está teñida de resentimiento—. Son ignorantes, Gael, que se creen con derecho a juzgar a otros y a maltratar a los demás si alguno osa salirse de la norma. Pensar diferente se castiga en su mundo, aunque no admiten críticas ajenas.

» No dejes que gente así sea la que dictamine lo que te atreves o no a hacer. No te pierdas ni un solo beso de Beto porque alguien pueda arrugar la nariz al verlo.

—¿Y si vuelven a hacernos daño?

—Volveréis a levantaros. Y nosotros estaremos ahí para haceros de muletas... después de pegar una paliza a los idiotas que pretendan tocaros, claro está.

Todos los chicos presentes en ese pequeño espacio que hemos creado entre cortinas sueltan una pequeña risa.

Yo sonrío por otro motivo.

Lucas ha colocado su mano en la pierna de Gael y le regala unos golpecitos suaves con el puño, atrayendo su atención en un gesto de apoyo masculino.

No creo que pueda agradecerle nunca lo suficiente que haya sabido calmar así a Ga en estos momentos. Le doy la mano y se la aprieto con fuerza,

esperando que capte el mensaje, rogando para que entienda mi gratitud. No estoy segura de que lo haga, porque en ningún momento se permite apartar la vista de Gael, que asiente serio ante sus palabras.

—Gracias, tío.

—Sé que no es fácil adoptar la actitud que Beto te describía ante algo así, pero hazle caso. Todos sabemos que, en esta relación, él es el listo y tú eres el guapo.

Todos rompemos a reír de una forma más abierta esta vez. A Nuria se le salta un poco la baba al estallar en carcajadas ante el comentario de Lucas, lo que provoca una nueva ola de bromas y risas.

Nos quedamos allí todo el tiempo que nos dejan, que no es mucho. Beto termina despertándose y habla con nosotros más animado durante unos minutos. Intentamos tocar temas tontos para distraerlos y mejorar un poquitín ese horrible día.

Cuando Ga empieza a caer en brazos de Morfeo, las enfermeras nos informan de que es mejor que les dejemos descansar y nos invitan a volver al día siguiente.

Ha sido una noche realmente larga para todos, pero no sé si seré capaz de dormir.

Por la mañana me despierto al alba. Me giro hacia Lucas y comienzo a darle pequeños besos en la nariz hasta que consigo despertarlo. Anoche no quería acostarme sola por nada del mundo. Bueno, a vosotros no voy a mentiros. Anoche quería dormir con Lucas a secas.

Y lo gracioso es que solo me conseguí dormir cuando él me rodeó la

cintura por detrás y me susurró una y otra vez que todo iba a estar bien.

Estábamos agotados y cuando empezamos a asumir todo lo que había pasado y le tensión comenzó a desaparecer de nuestros cuerpos, fue como si nos hubiesen tirado diez kilos de piedras encima.

Caímos rendidos y abrazados, sin hacer nada más que besarnos despacio.

—Buenos días, rubia.

—Buenos días, Pelucas. —El apodo me vale un gruñido poco convincente.

—¿Qué haces despierta a estas horas?

—Si no sabes qué hora es.

—No hay luz entrando por la ventana, Jimena. Es hora de estar dormido aún. No creo que ni que hayan puesto las calles.

—Quiero pasar por el Starbucks a por un par de esos cafés con mil mierdas que valen más que tu coche y que les encantan a Ga y a Beto. Por lo que dijeron ayer los médicos, no estaban muy convencidos con el reconocimiento neurológico de Beto. Habían notado que sufría algunos mareos y querían hacerle un TAC para curarse en salud, aunque creen que estará todo bien, pero quiero estar con Ga por si acaso.

—Claro. Déjame que me dé una ducha rápida y te acompaño.

—No, tranquilo. Quédate y saca a Sobras después. No hace falta que estemos todos allí el día entero.

—¿Estás segura?

—Sí. Así luego me relevas un ratillo.

—Vale.

Le doy un beso y me levanto. No puedo evitar sonreír cuando lo veo darse la vuelta hasta quedar despatarrado bocabajo y colocarse en diagonal para

ocupar toda la cama.

Por las mañanas es como una marmotilla de morritos sexys.

Entro a la sala donde ayer estaban mis dos amigos con los cafés algo escondidos y dos galletas gigantes de chocolate blanco en el bolso. No estoy segura de que me dejen pasar con eso, así que he preferido meterlo de contrabando.

—Buenos días, precioso mío.

—Hola, princesa de la fresa.

—Veo que estás de mejor humor.

—Los analgésicos hacen su trabajo. —Me lo dice con tal cara de relax que estoy por preguntar a los médicos si pueden darme un par de ellos a mí también.

—¿Y dónde tienes a tu amorcito?

—Ya se lo han llevado para hacerle las pruebas.

—Vaya, lo siento. Quería estar aquí antes de que pasase.

—Jota, no eres nuestra madre.

—Sí, lo sé. Audrey hubiese llegado a tiempo.

Se ríe, pero de pronto lo noto algo callado y se ha puesto más serio.

—¿Pasa algo, Ga?

—Verás... ayer, cuando me estabilizaron y estaban poniéndome el gotero y todas estas drogas maravillosas, me preguntaron si podían llamar a alguien para informarle de lo que había pasado. Y yo, bueno... ya sabes, pensé que Enzo debía saberlo.

—Claro, es normal. Es tu hermano, cariño —le aseguro más nerviosa de lo que quiero reflejar.

—Ya, pero el caso es que parece que no se lo tomó nada bien y sin consultarme, ha cogido un avión de madrugada y hace diez minutos me ha llamado para preguntarme en qué hospital estaba y dónde podía encontrarme. Debe de estar al llegar.

—Bien —el corazón empieza a golpearme con fuerza el pecho.

—Jota, yo... quería haberte avisado. No sé cuánto pretende quedarse. Íbamos a pasar allí la Nochevieja, ya lo sabes, pero supongo que esto cambia los planes. Sé que tenía unos días libres y puede que quiera estar por aquí hasta asegurarse de que estoy bien.

—Ga, es normal que venga. No tienes que excusarte conmigo, por Dios.

—Es que supuse que no te sentaría bien.

—Gael, Enzo es tu hermano. Va a formar parte de tu vida siempre, y espero que yo también. Tendré que acostumbrarme a que de vez en cuando esté por aquí. No pasa nada. De verdad

—¿En serio?

—Claro, bobo. —Su cara refleja tal angustia que me convengo de que tengo que normalizar la situación con mi ex, aunque solo sea por Gael—. Mira, yo a él ya no lo quiero, pero a ti te adoro. Así que podemos intentar eso de ser amigos que saben estar en la misma habitación sin tirarse de los pelos.

El suspiro de alivio que deja escapar mi niño me hace pensar que quizás debería haber mantenido esta conversación con él antes. Creo que hace dos años el dolor nubló todos mis puntos de vista y el instinto de supervivencia pudo más que el amor por mis amigos.

No me di cuenta de que Nit y Gael también perdían a Yaya. Que él, además, volvía a alejarse de un hermano. Fui muy egoísta, y nunca me he disculpado con Ga por ello.

—No te lo puse fácil, ¿verdad?

—Jota, no pretendía que con todo lo que tenías te pusieses a pensar en mí.

—Pero debería haberlo hecho. Eres una de las personas más importantes de mi vida y no te tuve en cuenta. Perdóname.

—Siempre. —Me lanzo a sus brazos y el pobre aúlla de dolor—. ¡El brazo, el brazo!

—¡Mierda, lo siento!

Los dos rompemos a reír, aunque la risa de Gael es una mezcla entre ruidos felices y quejidos lastimeros. Se sigue agarrando la escayola, pero lo noto mucho más feliz que ayer. Puede que saber que su hermano está en camino le haya sentado mejor de lo que reconocerá delante de mí.

Nunca he querido tocar el tema de Enzo delante de Ga, pero no porque me doliese hablarlo o porque no pudiese confiar en mi amigo para ello. Al contrario: quería ahorrarle dolor. Sé lo que significo para él y jamás querría que se viera en la tesitura de tener que elegir entre su hermano o yo.

Soy consciente de que no soy fácil de llevar en algunos aspectos. Soy cabezota y muy emocional. Cuando me hacen daño, callo más de lo recomendable, pero necesito pensar mucho y asimilar las cosas antes de dejarlas atrás.

Cuando se nos pasa un poco la tontería, Ga me pide que le ayude a incorporarse un poco y descorra la tela que nos aísla del resto de los pacientes para poder distraerse un rato. Justo cuando hago lo que me pide veo a Enzo traspasando la puerta de la sala y mirando en todas direcciones buscando con cierto nerviosismo a Gael. Y a Lucía a su lado.

Noto el color abandonando mi cara de golpe.

No la esperaba.

Ella no debía estar aquí.

—Mira, ya han llegado.

—Lucía también ha venido.

—Sí, claro. Supuse que estaba implícito que ella también volaba con Enzo.

—Pensé que no estaban juntos,

—¿Qué? Pero Jota, si se fue a Barcelona con ella. Por eso te piraste tú.

—Sí, claro... Qué tontería. Por supuesto que están juntos.

Cuando una enfermera señala a Enzo el camino hacia la cama de Gael, este levanta la vista y nos ve sentados, observándonos.

Ahora es su turno de quedarse blanco.

Jota

Aquel maldito febrero...

—¡Jota, sal del puñetero baño, voy a llegar tarde y Mike me va a despedir!

—Mike te despide unas dos veces al mes, Lola.

Mi compañera de piso me hace una burla muy infantil y me pega un empujón para colarse por debajo de mi brazo en cuanto abro la puerta con una toalla aún enredada en la cabeza.

Nos conocimos hace ya cinco meses, cuando aterricé en Nueva York llena de sueños y heridas, pensando que allí sería más fácil lamérmelas. Trabajaba de camarera en el mismo antro en el que yo me metí a dar mi currículum con la esperanza de que allí hubiese algo bueno esperando por mí. Y sí que lo había, aunque resultó ser algo mucho mejor que ese curro de mala muerte.

Lola y yo apenas duramos un par de meses en ese tugurio, pero además del finiquito, me llevé conmigo una amiga.

Solo hacía tres semanas que estaba entre los fogones de aquel sitio cuando el primer aniversario de la muerte de Yaya llegó para romper un poquito la apariencia de paz que había conseguido que reinase en mi vida. Lola me encontró en el almacén, sentada en el suelo con la cabeza entre las rodillas, llorando como una niña pequeña y asustada.

No me preguntó nada. Solo me puso de pie, me limpió las lágrimas y me dio unas llaves, susurrándome una dirección y un “yo te cubro”. Esa semana dejé la habitación del hostel, oscura y algo húmeda, donde me había instalado con prisas hacía menos de un mes y me mudé a un piso diminuto y precioso con dos habitaciones que ocupaban lo mismo que mi salón de Madrid.

Lola llevaba viviendo en Nueva York siete meses. Era una psicóloga sevillana de 26 años con mucho arte que desde niña soñó con ser actriz, y como tenía más ovarios que miedo, un día se cansó de estar donde no quería y se lanzó a intentar cumplir su sueño.

De momento solo había conseguido un par de papelitos sin importancia en dos series de poca audiencia, por lo que trabajaba de camarera para pagar facturas y le venía de lujo que yo aceptase vivir con ella y compartir gastos.

Hartas de nuestro jefe y de la inmundicia de comida que servíamos, ambas empezamos a buscar otra cosa que nos ayudase en la ardua tarea de ser felices en la única vida que tenemos.

Así fue como yo conseguí un puesto en la guardería del barrio.

Ella seguía sirviendo mesas, pero en un restaurante pijo muy moderno con raciones enanas, copas de colorines y buenas propinas. Con su pelo rosa chillón, su *septum* y su desparpajo, encajó enseguida en ese ambiente. De hecho, donde mejor encajó fue en la cama de Mike, su jefe, que yo creo que está secretamente enamorado de ella, aunque haga como que solo le interesa meterse en sus bragas.

Nunca entenderé que la gente no acepte que se está pillando por alguien y lo disfrace de sexo sin compromiso. Inmaduros...

Dejo a Lola gritando en el baño y me encierro en mi cuarto para terminar de arreglarme y marcharme a la guardería. Se me ha hecho tarde y me toca salir con el pelo húmedo. Estupendo. En dos horas pareceré una escarola.

Cuando dan las tres de la tarde, todos los papás y las mamás han recogido a los niños y empieza mi fin de semana. Hoy Lola doblaba turno porque la semana pasada quisimos ir al teatro y un compañero la sustituyó, así que además de trabajar por la mañana, tendrá que volver por la noche para estar detrás de la barra de la zona del bar. Le he prometido que me pasaré un rato

antes de que cierren y así podemos salir un poco nosotras cuando hagan caja.

Me pongo guapa porque me apetece verme bien. Me hago unas ondas marcadas en el pelo, elijo un vestido negro tupido pero ajustadito que acompaño con unos tacones que podría usar como arma blanca en caso de que me metiese en una pelea y remato el atuendo con unos labios rojos y jugosos. Lista para matar.

Entro por la puerta del restaurante una hora antes de que Lola acabe su jornada laboral. Mike me saluda y me indica con un gesto de la cabeza dónde puedo encontrar a mi amiga. En cuanto me ve, me pone un *gintonic* delante y se acerca a atender a un chico que acaba de sentarse tres taburetes más allá del mío.

El bar está ya prácticamente vacío a esas horas y noto cómo el chaval me examina con descaro. Le miro con la misma desfachatez, estudiándolo. Cuando me ve sonreír con coquetería, se acerca a mi lado para darme algo de charla insulsa y poco original.

Decido que puede amenizarme la espera, ya que Lola parece estar liada contando los beneficios de la noche y sé que cuanto menos la entretenga, antes podremos marcharnos.

Oigo a un grupo de hombres colocarse detrás de nosotros y a mi chica avisándoles de que les sirve solo una ronda porque cierran en breve. Yo le grito en español que no se líe mucho poniendo copas y ojitos a los maromos, que quiero ir a bailar, y ella se acerca a servirles riéndose.

—¿Jota?

Una sola palabra y el corazón empieza a bombearme como loco. Las manos me sudan de repente y mi cabeza ha viajado miles de kilómetros, hasta Roma, para perderse en unas sábanas deshechas a base de caricias.

Me giro despacio, queriendo equivocarme. Rogando equivocarme.

—¿De verdad eres tú?

Y lo que más me desconcierta es que en esos ojos azules, solo veo alegría por haberme encontrado allí.

Lo miro como si fuese imposible estar viéndolo, porque para mí lo es. Él está en Barcelona, lejos, muy lejos de mí. Aunque la distancia que impone entre ambos no se mide en kilómetros ni ciudades, y comenzó mucho tiempo atrás.

Lo bloqueé de mi vida. Ni móviles, ni redes, ni amigos, ni familia.

Cuando llegué a la Gran Manzana pensé en él a menudo. Si cuando vivió aquí pasearía por las mismas calles por las que yo caminaba, si habría descubierto ese mejicano que a mí me encantaba, si llegaría a patinar en la pista que montan en Navidades en el Rockefeller Center... Fue en esa época cuando decidí liberar de nuevo su número y descubrí, después de un año, una docena de mensajes pidiéndome perdón a lo largo de enero, una llamada en mayo y un mensaje con una frase de una canción que hablaba de los dos en septiembre.

Lo borré todo, tragué la bilis que me subió por la garganta y las lágrimas que ya me había hartado de derramar por quien no las merecía y me marché a trabajar.

Y ahora, ahí está, frente a mí, sonriéndome como si esta casualidad fuese algo bonito, algo que aprovechar, compartir y recordar.

Se levanta y en dos zancadas elimina el espacio que nos separa para regalarme un abrazo que yo no correspondo. Mi acompañante nota mi malestar y cuando él se separa de mí, se pone entre ambos creando una barrera que me deja respirar con normalidad durante unos segundos, los suficientes para tomar

aire y concentrarme para controlar el temblor que se ha apoderado de mi cuerpo.

—Ey, reina, ya estoy lista. —Lola aparece ya preparada para largarnos, pero al llegar a nuestra altura y notar el ambiente enrarecido, frunce ligeramente el ceño en mi dirección, preguntándome con los ojos si todo está bien.

—¿Y tú quién eres? —interroga el chico que me acompaña a quien concibe como un rival.

—Un viejo amigo. —No puedo evitar la risa nerviosa que se me escapa, lo que hace que todos me miren extrañados—. Me llamo Enzo.

—¿¿ESTE ES ENZO?! ¿Enzo, Enzo? —pregunta con voz aguda Lola. Como toda respuesta asiento una solo vez, despacio.

—¿Te ha hablado de mí? —se interesa él.

Lola se tensa y veo cómo retrocede un paso, pero cuando consigo darme cuenta de lo que pretende es tarde para detenerla. Inclina el cuerpo hacia atrás, llevándose el brazo en la trayectoria, para a continuación elevarlo con rabia y arrear a Enzo un puñetazo limpio y certero en la mandíbula.

El grito de él se confunde con el de ella, que agita la mano maldiciendo y soltando un montón de tacos en nuestro idioma que, gracias a Dios, los pocos clientes que quedan en el bar no entienden. Aunque la escena es bastante reveladora sin necesidad de traductor.

Mi amiga es bastante más alta que yo. Pasa el metro setenta -con los tacones que lleva, seguramente deje bajitos a muchos chicos- y está en forma. No creo que le haya hecho demasiado daño, pero tampoco ha sido una caricia para Enzo. Y yo sonrío pensándolo. Que se joda.

—Vale, veo que sí me ha mencionado de pasada en vuestras

conversaciones —se atreve a bromear él frotándose la zona donde ha recibido la hostia.

—Vamos, Jota. Nos largamos.

—Espera, Jimena, espera, por favor.

Enzo me agarra de la mano para frenarme y yo, que aún no he abierto la boca desde que él ha pronunciado mi nombre, encuentro de golpe mi voz.

—Suéltame. —Hasta yo reconozco la amenaza en mi tono.

—Perdona, no pretendía... yo solo... esto es muy raro.

—Pues no lo alarguemos.

—Jota, por favor, un café. Solo un café. Esto no puede ser casualidad, nena. Nos debemos al menos una conversación.

—Yo a ti no te debo nada.

—No, claro que no. No me he expresado bien. Ya entiendes qué quería decir. Joder... —Chasquea la lengua contra el paladar y por un momento me ablando al ver lo nervioso que está—. Por favor, Jimena, por favor.

Siento los ojos de todos los presentes fijos en nosotros, pero me concentro en los de él, en esos iris azules que memoricé en otra vida a base de perderme en ellos.

Suelto el aire que estaba reteniendo y los hombros se me relajan ante el gesto. Cojo una servilleta de la barra del bar y saco un boli del bolso. Anoto mi dirección y se la tiendo a Enzo.

—Mañana a la una. No llegues tarde.

En cuanto la coge, aprovechando para rozarme los dedos sin bajar la mirada, me doy media vuelta y desaparezco por la puerta con Lola siguiéndome de cerca.

A la una menos diez suena el timbre.

Lola ha bajado hace veinte minutos a la calle avisándome de que a las dos en punto volverá a casa con algo de comida y muchas preguntas.

Acompaño a James a la puerta y abro antes de despedirme de él con un beso y un “hasta pronto” ante la cara de pocos amigos de Enzo, que estudia a mi ligue como si tuviese una úlcera que le ha empezado a dar guerra.

Os lo reconozco, cuando ayer me encontré con James de fiesta, ni me planteé terminar la noche en su casa. Es un amigo con el que me he acostado tres o cuatro veces. Guapo, alto, fuerte y con una sonrisa sincera. Lo traje aquí con toda la intención de que se marchase a la vez que llegase mi ex para darle en todos los morros.

¿Infantil y rencorosa? Puede, pero no veáis que a gusto me he quedado.

—Veo que ayer lo pasaste bien.

—No sé muy bien de qué va esta charla, pero si la empiezas con ese tonito de mierda no creo que dure mucho, Enzo. —Su nombre me escuece en los labios.

—Vale, vale. Bandera blanca.

Suspiro y le señalo el sofá mientras le pregunto si quiere café. Lo preparo como sé que le gusta y él sonrío al darse cuenta. Noto de nuevo el enfado, nadando por mis venas, asomando desde su escondite al sentirme expuesta.

—Tú dirás.

—Yo... lo siento.

—Sí, ya lo leí en uno de los doce mensajes que me mandaste antes de

olvidar el tema.

—¡No lo olvidé! Es solo que... bueno, no soportaba el vacío que me devolvías como respuesta.

—No los leí hasta septiembre. Bloqueé tu número.

—Joder, Jota.

—¿Pretendías que actuara de otra forma?

—No, la verdad es que no. —Y ahí está de nuevo, la sonrisilla, diciéndome que me conoce, que no esperaba menos de mí.

Entre nosotros se instala un silencio en el que él no parece incómodo. Solo vacilante sobre su siguiente paso.

—Lo de Lucía no funcionó, ¿sabes?

Y no quiero que esa confesión me afecte, pero lo hace.

Mi primer pensamiento es un claro y enorme JÓDETE.

El segundo es una pregunta que ni siquiera debería plantearme: ¿qué significa eso?

Me quedo en silencio con cara de póker, aguardando a que él continúe.

—Tu silencio me inquieta un poco.

—Es que no sé qué se supone que quieres que haga ante esa información. ¿Qué aplauda? ¿Qué te consuele? ¿Qué me lance a tus brazos? Vienes aquí, me dices que sientes no sé muy bien qué, si el haberme traicionado, el que te pillase, marcharte sin pelear ni un poco u olvidarlo doce mensajes más tarde. Y a continuación me sueltas la bomba de que tu relación con la tía con la que me la pegaste se fue a la mierda, como si fuese un dato que tuviese que importarme lo más mínimo.

» Mira, Enzo, sabes que no me gustan los rodeos ni los juegucitos. ¿A qué

has venido hoy aquí? ¿A limpiar tu conciencia? Perfecto. Te perdono.

—Pues por el tono no lo parece.

—Vete a la mierda, majo. Que estoy haciendo un esfuerzo supino por no cruzarte la cara.

—Jota, a mí eso no me suena mucho a perdón. —Encima el imbécil se lo está pasando bien.

—¿Te hace gracia mi cabreo?

—Es que echaba de menos esto. Tu sarcasmo, tu mala leche, tu fuerza... a ti.

—No sigas por ahí, Enzo.

—Oye, solo digo que podíamos intentar... no sé, vernos sin que tú quieras matarme. Aunque solo sea por Gael. —Me da donde sabe que hace daño.

—Eso es jugar muy sucio.

—Puede, pero aprovecho las cartas que tengo.

» Voy a estar aquí una semana por trabajo. Casi todos los asuntos que tengo que atender son reuniones matinales, así que me queda mucho tiempo libre por las tardes. Quizás podríamos vernos un poco más, ponernos al día... hacer las paces. —Ante mi duda se atreve a intentarlo de nuevo—. No te voy a presionar ni a obligar. Solo quiero que entiendas que lo siento de verdad.

» Fui un cabrón y no estuve a la altura. No pretendo que todo vuelva a ser como antes, pero sabes que ambos compartimos gente a la que queremos de verdad y con la que pasaremos tiempo como grupo. Puede que, si conseguimos entendernos ahora, aquí, solos y sin más presiones, se lo pongamos más fácil cuando tengan que vernos juntos más adelante.

Se marcha del piso poco después con la promesa de que lo pensaré y le

escribiré para decirle algo.

Cuando vuelve Lola, me encuentra tirada en el sofá con un antebrazo sobre los ojos y la cabeza como un bombo de darle vueltas al asunto.

Le cuento todo con detalle, reproduzco la conversación para ella y le pido consejo.

Como buena psicóloga, se da unos minutos para analizar la situación antes de preguntarme qué es lo que quiero yo, qué me pide el cuerpo hacer.

Y me doy cuenta de que la respuesta a eso es sencilla: quiero dejar de estar enfadada. Estoy cansada del mal humor que me invade cuando pienso en Enzo, de la pena que sustituye siempre a los recuerdos bonitos, de ser una versión más rencorosa y triste de mí misma.

—Jota, te voy a dar mi opinión una vez y puedes hacer con ella lo que quieras, porque solo es mi punto de vista, no una verdad universal, aunque creo entender qué te pasa.

» Tienes miedo a la pérdida. —Al ver mi gesto de incompreensión, decide profundizar un poco—. Perdiste a tus padres muy joven. Mejor dicho, viste morir a tus padres muy joven. Eso marca a cualquiera.

» Volcaste todo tu cariño y esperanzas en una figura materna que actuaba como sustitución a tus necesidades emocionales... y también se fue. De alguna manera, Yaya te dejó sola.

» Sientes que quienes son importantes para ti acaban desapareciendo, por eso huiste de Madrid. Si no estás cerca de Ga y de Ana, no se marcharán, porque ya lo has hecho tú.

» No has superado la ruptura con Enzo porque la has interiorizado como una nueva pérdida. Y él no murió, Jota, te engañó.

» Entiendo por qué necesitaste marcharte de allí, pero ese sentimiento no va

a desaparecer porque pongas tierra de por medio. Cerrar algunas puertas también es quererse, alejarse de lo que te hace daño puede ser inteligente. Pero recuerda siempre que las cosas se superan enfrentándose a ellas.

» Jaime ya te rompió el corazón una vez y conseguiste pegar los trozos. Lo que venga después serán solo heridas abiertas, rasguños que pueden curarse.

» Haz las paces con esa Jimena feliz que sonrío más que grita. Arriesga y cáete. Aprende a luchar por lo que quieres y a dejar ganar a quien juegue a perderte. Enseña tus cicatrices con orgullo, porque también son parte de ti.

Dedico mi fin de semana a pensar en todo lo que me ha dicho Lola, a intentar rebatirme a mí misma argumentos sobre por qué parece que me cuesta tanto superar lo de Enzo.

Lo comparo mucho a mi ruptura con Jaime, pero es que lo del italiano fue mil veces peor porque no lo vi venir. Con Jaime yo misma pequé, yo también engañé; a una mujer que no conocía, sí, pero lo hice. Era parte del problema.

Con Enzo llegué a plantearme qué tenía yo de malo, por qué siempre quedaba en segundo lugar, y ese pensamiento me dio tanta rabia que odié a mi ex por instalarlo en mi pecho. De verdad que no creo que quien quiso tanto tenga que vivir preguntándose qué hizo mal.

Me puse una coraza lo bastante gruesa como para que las palabras no la traspasasen y empecé a funcionar con el piloto automático puesto, olvidándome de vivir, de mirar lo bueno que me rodea siempre, de los pequeños detalles que hacen grandes mis días.

El lunes escribo a Enzo para quedar a cenar, porque creo que Lola tiene razón y que hasta que no consiga perdonarlo de alguna forma, no podré seguir

adelante sintiéndome libre y segura de nuevo.

No es el rato más distendido que haya pasado en mi vida, pero tampoco va mal del todo.

Tocamos temas poco peligrosos, como qué tal le va a él en el trabajo, si me gusta el mío, cómo acabé en Nueva York (aquí omito la crisis nerviosa en el aeropuerto), de dónde he sacado a Lola o los sitios que he conocido en este tiempo y que él también ha visitado.

Hace un par de referencias a la pandilla que me da a entender que sigue en contacto con Javi y Edu, además de con Ga, como es obvio. Sé que no debería, porque también son sus amigos, pero me duele un poco.

Se ofrece a acompañarme a casa, porque hemos quedado algo lejos de mi barrio, pero prefiero coger un taxi y evitar despedidas incómodas e innecesarias.

Me pregunta si puede llamarme al día siguiente y como esa especie de tregua que hemos marcado me ha sentado bien, le digo que sí.

Me pasa a recoger por mi trabajo a la hora de comer y damos un paseo hasta una pequeña cafetería que está unas calles más abajo. Compartimos una ración de aros de cebolla y yo le robo algunas patatas de su hamburguesa porque mi burrito está asqueroso. Él se atreve a recordarme un turco donde paramos a cenar un día al volver de fiesta, en el que los kebabs eran tan grandes que la mitad se me cayó por una mesa que rebosaba mierda y estuve a punto de llorar por el hambre que tenía. Le hace tanta gracia recordar mi cara de pena que rompe a reír, y se le ve tan a gusto, tan relajado, que me contagia.

Es agradable poder hablar de esas pequeñas idioteces con una sonrisa en vez de con angustia, la verdad.

Al mirar el reloj me doy cuenta de que mi hora de la comida está a punto de

acabar y tengo que marcharme casi corriendo. Cuando termino la jornada, me encuentro con un mensaje de Enzo en el que me pide verme al día siguiente para salir a tomar una copa. Y yo vuelvo a decir que sí.

No es una, ni dos, ni tres. Cuando vamos por el cuarto cubata, él se empeña en hacernos un selfie y mandársela a Gael, pero me niego. No sé por qué, pero en el fondo siento que estar allí con él está mal de alguna manera y no quiero meter a Ga en esto. No sé si puede hacerse una idea equivocada o si le parecerá bien que ande por ahí de fiesta con su hermano cuando a él llevo sin verlo 14 meses.

Mi ex me llama aguafiestas y pide una ronda de tequilas. Le sigo el rollo porque siempre fue un borracho divertido y creo que no me va mal pasármelo bien un rato, aunque estoy segura de que me tocará pagarlo al día siguiente en el trabajo cuando algún monstruito encantador se ponga a llorar y a mí me explote la cabeza.

Sin embargo, el Enzo peñazo gana al payaso en esta batalla ética cuando salimos a la calle a la una de la mañana.

—¿Qué nos pasó, Jota?

—¿Pero en serio me estás preguntando eso? —Noto que habla arrastrando las palabras, aunque creo que yo tampoco pronuncio del todo bien.

—Sí, sí, ya sé. Lucía. Pero digo antes.

—Yo antes estaba de coña contigo.

—No es verdad. Con lo de Yaya... tú te encerraste en tu mundo.

—Enzo, fue durísimo para mí. Estaba saliendo de ello a mi manera, poco a poco.

—No me necesitaste a tu lado.

—¡Claro que sí!

—No, no es cierto. Me dejaste a un lado y decidiste luchar sola. —Me jode de verdad notar que lo dice convencido de sus palabras.

—Ostras, tío, no estoy lo suficientemente sobria como para intentar sanar tu hombría. Si buscabas a una muñequita que necesitase un príncipe azul que la protegiera de cualquier peligro, conmigo te colaste. No buscaba un salvador sino un compañero.

—Yo te quería muchísimo, ¿sabes? —Ni siquiera sé si ha escuchado lo que acabo de decirle o solo suelta frases que le quiten a él algo de la culpa que supongo que siente.

—Repetías eso a menudo, aunque lo demostrabas con menos frecuencia.

—No me jodas, Jota ¡Yo te quería un huevo! —Su cara de enfado, como de niño enrabiado, y la expresión tan infantil que usa, me saca una carcajada.

—A lo mejor hubiese sido preferible que me quisieras con dos. —La respuesta llega un poco lenta a su cerebro regado con ron y tarda algunos segundos en romper a reír con ganas, que son los que yo aprovecho para parar un taxi con intención de dar por zanjada la noche.

—Maldita impertinente...

Con la sonrisa aún pegada a los labios, Enzo se lanza sobre los míos. Coloca una mano en mi cintura y otra en la nuca para sujetarme con firmeza y su lengua choca contra la mía sin esfuerzo.

Le respondo al beso, porque todo es conocido y agradable. Reconozco su sabor mezclado con el alcohol y cuando se pega más a mi cuerpo y lo noto ya duro, gimo en su boca.

El taxista que esperaba a que yo montase con la puerta ya abierta, nos pregunta si pensamos ir a algún sitio.

Enzo se aparta de mi lado y suelto un bufido de frustración que él silencia

cuando se mete en el vehículo y me arrastra con él para colocarme a horcajadas sobre su regazo, haciendo que el vestidito holgado que había elegido para esa noche se me suba hasta la mitad del muslo, justo antes de dar una dirección y soltar un billete en el asiento del copiloto.

El taxista carraspea cuando la situación empieza a descontrolarse y unas manos desaparecen por dentro de mi ropa, haciéndome gemir más alto de lo que nuestro chófer parece entender que es decoroso. Como respuesta, Enzo le arroja otro billete y deja de prestarle atención para concentrarse en llegar a zonas de mi cuerpo demasiadas cubiertas por capas, pero es que Nueva York en febrero es muy frío.

Oigo un jadeo de desesperación justo antes de sentir cómo rasga las medias y empieza a masajearme por encima de la ropa interior con dos dedos mientras con la otra mano estruja demasiado fuerte uno de mis pezones.

Estoy tan mojada que lo nota hasta con las braguitas de por medio y a mí, lejos de avergonzarme, eso me enciende más.

Me echo hacia atrás para poder desabrochar la cremallera de su pantalón, pero cuando alcanzo a empezar a acariciar su erección, el taxista para frente a la puerta de un hotel que no identifico.

Enzo ni siquiera se molesta en colocarse un poco antes de encaminarse hacia el hall. Los ascensores están al final de un pasillo que recorreremos con él sujetándome por la mano y moviéndose a tal velocidad que casi me arrastra más que me lleva.

En cuanto pulsa el botón, uno de los cubículos se abre y entramos enredados el uno en el otro. Al cerrarse las puertas, me eleva por el culo y me apoya contra una de las paredes. Tiene la polla tan dura que al empezar a sacudirse arriba y abajo contra mí consigue una fricción que consigue volverme loca. Echa a un lado la tela y cuela dos dedos en mi interior a la vez

que sigue con ese movimiento. Empieza a moverlos tan deprisa que noto el orgasmo acercándose y sé que si no llegamos pronto a la habitación, terminaré allí mismo, en un puto ascensor con ese morenazo masturbándome sin haberme quitado si quiera la ropa.

Siento que el habitáculo se para, pero al abrirse distingo a dos chicos jóvenes mirándonos alucinados. Enzo no se detiene y uno de los chicos apoya una mano en el lateral de la puerta para evitar que el ascensor se cierre mientras el otro se ajusta el bulto que ha empezado a crecer en sus pantalones.

Solo con ese gesto me vale para correrme, con seis ojos pendientes de mi orgasmo. Oigo a Enzo blasfemar para dejarme al fin en el suelo y salir a toda hostia, pasando al lado de los dos chicos que me miran como si fuese comestible.

Aún estoy reponiéndome y asimilando la situación cuando se abre una puerta y me vuelve a cargar en su cintura. Me deja con cuidado encima de la cama y se desviste tan deprisa que cuando se coloca el preservativo a mí solo me ha dado tiempo a deshacerme de la cazadora.

Ni siquiera le importa. Rasga aún más las medias y vuelve a correr mi ropa interior a un lado y se cuela dentro de mí de un solo empujón. Ambos gritamos y Enzo tiene que parar unos segundos antes de dar una nueva acometida. Lo noto palpar dentro de mí y sé que no va a aguantar demasiado.

—Dios, Jota, va a ser el puñetero polvo más rápido de tu vida. Me pones demasiado.

Cuando consigue controlarse lo suficiente como para empezar a moverse, lo hace rápido y fuerte. Apenas una docena de embestidas después, se corre entre gemidos.

Me despierto de golpe, desorientada.

Al darme cuenta de dónde estoy los remordimientos y el sentimiento de debilidad crecen deprisa.

Tres quedadas y he acabado en su cama.

Bravo, Jota.

Empiezo a vestirme y de pronto me doy cuenta de por qué me he desvelado de repente. El móvil de Enzo vuelve a vibrar y a iluminarse, saludándome desde la cómoda en la pared de enfrente.

Dudo un momento, pero me acerco despacio con los zapatos y la chaqueta aún de la mano, lista para escabullirme al primer movimiento que sienta detrás de mí.

Un montón de dudas me asaltan de pronto. ¿Quién le manda mensajes a estas horas de la noche? ¿Está con alguien y esto no es más que otra mentira que me he tragado?

Sujeto el móvil con dedos temblorosos, intentando averiguar qué contraseña ha podido poner Enzo para bloquear su teléfono.

Y entonces caigo en lo que estoy haciendo. Acabo de convertirme en una de esas mujeres que necesitan mirar a escondidas el móvil de sus parejas porque no se fían únicamente de su palabra.

Yo no soy así. No quiero ser así jamás.

Dejo el teléfono donde estaba y me marchó de esa habitación sintiéndome una mierda.

El jueves Enzo me llama por teléfono, pero no se lo cojo. Evito sus mensajes durante todo el día, pero el viernes se presenta en mi trabajo a la hora de la salida. Lo veo apoyado en un edificio enfrente de nuestra guardería según salgo por la puerta y noto con un solo vistazo que está cabreado.

Cruza la calle con las manos en los bolsillos y mirada de asesino. Y de repente me siento pequeña y avergonzada sin saber por qué.

—¿Crees que podemos tomar algo y hablar un rato sin que sientas la necesidad de huir en mitad de la charla?

Suspiro y le hago un gesto con la cabeza para que me siga.

Entramos en mi casa apenas unos minutos después y le señalo la sala principal para que se ponga cómodo mientras me dirijo a la cocina y le pregunto si quiere tomar algo. Me pide un vodka y me sorprendo pensando que Enzo no bebe por las tardes. Soy imbécil. Yo ya no sé qué hace Enzo con sus tardes. No sé por qué me cuesta tanto metérmelo en la cabeza.

Cuando me giro para pasárselo veo el salón vacío. Lo oigo trastear en mi habitación y le dejo hacer. Curiosear con calma. Parece que la prisa con la que llegó para reprenderme se le ha pasado por el camino.

Vuelve al cabo de un rato y se sienta en el lado opuesto al mío en el sofá, girándose para enfrentarme.

—¿Por qué te fuiste?

—Porque la cagamos, Enzo. Nos dejamos llevar por los recuerdos y por lo bien que funcionábamos en la cama y pasó lo que no quería que pasara.

—No sé por qué hablas en pasado. En la cama seguimos funcionando de coña.

—Y en todo lo demás parecemos Estados Unidos y La URSS en mitad de la Guerra Fría. —Me desespero al ver que él niega repetidamente con la cabeza

—. Enzo, tú y yo solo podemos intentar ser amigos por quienes nos unen aún de alguna manera.

—Yo no sé ser tu amigo, Jota.

—Pues entonces, quizás no deberíamos ser nada.

—¡Y una mierda! —Su grito me pilla desprevenida. Se pone de pie y empieza a caminar nervioso de un lado a otro de la habitación, frotándose la cara. Reacciona de una manera tan desmedida que retrocedo un poco contra el respaldo de mi asiento—. Jimena, puedo arreglarlo. Si dejases de ponerte esa puta coraza y de alejarte cada vez que intento dar un paso hacia ti, podría conseguir que...

Su teléfono empieza a sonar y lo coge, ofuscado, para mirar quién le interrumpe. Suaviza el gesto y se disculpa antes de cambiar de habitación y cerrar la puerta para conseguir algo de intimidad.

La desconfianza se instala de nuevo en la boca de mi estómago. Noto el pulso más rápido y la boca seca. Se me llenan los ojos de lágrimas que retengo a base de apretar los puños y la mandíbula.

Enzo regresa pasados solo un par de minutos, pidiéndome perdón por la interrupción y alegando que era un asunto de trabajo que no podía ignorar.

—Este es el problema.

—¿Mi trabajo?

—No. Que no sé si te creo. Ayer me despertó tu teléfono. Te estaban llegando mensajes sin parar a las tres de la mañana. Pensé en mirar quién era, ¿sabes?

—¿Me espiaste el móvil? —La preocupación en sus ojos me hace suspirar, harta de esto.

—No. Pero estuve muy, muy tentada. Y ahora te veo coger llamadas y

marcharte a donde no pueda oírte mientras susurras y... no me basta con que me digas que no era nada más que trabajo, porque no me fio de tu palabra.

» ¿Crees que nuestro problema es que yo me alejo de ti cuando me entra el miedo? Bien, eres libre de pensarlo. Pero yo te digo que lo que de verdad me impide tratar de recuperar algo de lo que tuvimos es que sé que cada vez que me digas que tienes que quedarte hasta tarde en la oficina, o que tienes una comida de negocios, o que te lleguen wasaps a horas que a mí me parezcan extrañas... dudaré de ti.

—Fue una sola vez, Jota.

—Eso tampoco lo sé.

—¡Sí lo sabes, joder, porque te lo estoy diciendo! —Está fuera de sí, pero no me voy a callar porque él este resentido.

—Y yo no sé si te creo.

Veo la desesperación en sus ojos. Imagino que él puede notar la decepción en mi voz.

Teñimos todo de un halo de tristeza que se vuelve palpable y pesado.

Noto que Enzo no sabe qué más decir para convencerme y solo puede repetir “no” una y otra vez. Cada vez más alto. Cada vez más cerca. Hasta que se queda sin voz y hace lo único que cree que puede acercarnos de nuevo.

Se sienta a mi lado y me cubre con su cuerpo. Me besa con ira y con pena y yo me niego a recordar a Enzo de esta manera. No quiero follar con él por rabia, por no saber gestionar lo que siento de otra manera que a través del sexo, por no saber ponerle fin a lo que hace más de un año que se terminó.

Lo intento apartar con suavidad, pero no me lo permite.

Le digo que pare, pero no me escucha.

Lo siento temblar encima de mí, enfadado conmigo y con él. Cabreado porque no hayamos sabido hacerlo mejor.

Le pido una vez más que se detenga, pero como respuesta mete una mano debajo de mi camiseta para alcanzar uno de mis pechos y masajearlo por encima del sujetador. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente ante él y el pezón se yergue.

Enzo se lo toma como una invitación para seguir, pero yo me tensó y lo empujo con más fuerza, elevando la voz para intentar que me escuche y comprenda que eso no va a pasar.

Comienzo a notar su excitación contra mi cadera y cuando empieza a recostarse sobre mí, metiendo una rodilla entre mis piernas para conseguir que las separe, entiendo que si él no se detiene, yo no puedo conseguir que lo haga. Ante este pensamiento, entro en pánico.

Lo golpeo en la espalda y en el hombro y empiezo a gritarle que pare, que me está asustando. Me tiembla la voz y se me escapa un sollozo cuando él intenta desabrocharme el pantalón.

Y entonces Enzo me mira, me mira de verdad. Y cuando ve el miedo reflejado en mi cara se paraliza y yo me escabullo como puedo de su abrazo.

Me alejo de él hasta situarme en el extremo opuesto del salón, abrazándome a mí misma y con lágrimas corriendo libres por mis mejillas.

—Yo... yo no... lo, lo siento Jota. Dios mío. Lo siento muchísimo. No pretendía... de verdad que no quería... —Está tan confundido y tan perdido como yo.

—Lo sé.

—No, no, no. Te he asustado. Joder, ¿qué coño me pasa? Solo pensé que, si podía demostrarte de alguna manera lo que siento, lo que... Yo no soy así,

Jimena.

—Enzo, lo sé. Sé que no pretendías asustarme.

—Pero lo he hecho. Madre mía... Me has dicho que parase y yo no... si no te hubiese visto llorar... —Noto asco en su voz. No sé si hacia sí mismo o hacia la situación en general.

—Esto es lo que necesitamos entender. Lo que fuimos ya no va a volver. Y si no sabemos parar esto, la ira y las acusaciones se lo comerán todo. Arrasarán con los recuerdos bonitos y solo dejarán sentimientos negativos.

—Así que... ¿solo vamos a ser dos personas que ser creyeron diferentes pero que la cagaron como todo el mundo?

—Me gusta más pensar que podemos ser dos amigos que durante un tiempo de sus vidas se quisieron como los locos que eran.

Enzo se pone de pie y recoge su cazadora. Tiene los hombros bajos, como si de repente notase el peso de todo sobre ellos.

Cuando llega a mi altura, deja un beso en mi cabeza y después me sujeta la cara entre sus manos, con mimo y cuidado, y me regala uno más en los labios.

—Mi avión sale mañana temprano. Imagino que no voy a verte antes de salir hacia Barcelona. —La pena se refleja en su voz. El cansancio también.

—No. Creo que es mejor que nos despedamos aquí.

—¿Vas a volver a Madrid alguna vez?

—Empiezo a echar de menos muchas cosas. Bueno... más bien a muchas personas. Supongo que una también se cansa de alejarse. —Intento sonreír para esquivar la mirada lastimera que me dedica.

—Y yo supongo que hay gente que sí se ha ganado estar cerca de ti. —Se mantiene en silencio unos segundos, dudando, pero al final se decide a hablar

una vez más—. Sabes que volveremos a vernos, ¿verdad?

—Sí. Y puede que entonces no lo hagamos tan mal.

Cuando cierro la puerta de mi apartamento, siento que parte de la losa que llevaba encima desde hacía demasiados meses se marcha con Enzo.

Jota

Lo primero que hago al ver allí a Lucía es repasar mentalmente qué ropa he elegido hoy al ponerme frente al armario. Vestido cortito tipo jersey oversize y medias gordas con botas de media caña. Informal pero mona. Lo malo es que debo de tener cara de muerta porque apenas he dormido, y como uso maquillaje y no engrudo, pues hay cosas que no he conseguido disimular.

Y ella está perfecta. Parece una puñetera muñeca de porcelana con su cintura de avispa, su piel blanca y lisa y su media melenita castaña que le ha crecido un poco desde la última vez que la vi. Y no me refiero al día que Enzo la empotraba contra la pared de su cuarto de estar, sino al arrebato que me dio una noche de borrachera en marzo después de despedirme de nuevo del hombre que hemos compartido. Lola se empeñó en mirar en Facebook cómo era ella y si Enzo aún tenía fotos suyas en las redes. Como yo me negaba a desbloquear a mi ex en mi perfil, tuvo que conformarse con un par de instantáneas a las que pudimos acceder a través del perfil de Gael como dos buenas *stalkeadoras*.

Mierda... creo que me gana por un poco. Maldita manía femenina de compararnos con las nuevas novias de nuestros ex. Porque eso es lo que me da a entender que Lucía esté allí: que Enzo y ella lo están intentando por tercera vez. O puede que por segunda y en verdad esa semana que compartimos en Nueva York fue solo otro engaño, solo que esta vez Lucía también fue víctima.

Noto algo parecido a la decepción abriéndose paso por mi pecho, pero me sorprende un poco darme cuenta de que, en realidad, no me importa demasiado. Es una mezcla rara de sentimientos, porque el que predomina es la pena por descubrir, una vez más, que el Enzo del que yo me enamoré parece

más un recuerdo que una realidad. Sé que, si él se decide a darme alguna explicación, voy a dudar de su palabra. Y eso hace que me sienta más segura de la decisión que tomé meses atrás.

Se acercan a nosotros y si la cara de Enzo ya había adquirido un tono blanquecino al verme, al dirigir la mirada a su hermano se torna como la nieve.

Ga sigue hinchado, con un ojo más cerrado que abierto y el labio inflamado. El tono morado que rodea su cuenca y pómulos derecho tampoco ayuda a tranquilizarte cuando lo miras.

—Los voy a matar. No tengo ni puta idea de cómo voy a encontrar a esos tíos, pero lo haré y los mataré.

—Para con el rollo de hermano mayor protector. No te pega nada y estás inquietando a Lucía.

—Estoy bien, cuñado, tranquilo.

Resalta bien el apelativo con el que se dirige a mi mejor amigo y juraría que me echa una mirada de soslayo cuando se inclina para darle un pequeño beso en el lado menos magullado de la cara.

Esto es súper incómodo. Y a mí, cuando me entran los nervios, me da por hablar. Más de lo normal, quiero decir.

—Lucía, cuánto tiempo. —Hasta yo me doy cuenta de lo estúpido que es que le hable como si fuera una amiga a la que hace tiempo que no veo cuando no hemos hablado en nuestra vida—. Qué bien que hayáis podido venir, aunque imagino que serán unas Navidades algo diferentes a lo que habíais planeado en Barcelona, que estará preciosa en estas fechas, con el contraste del frío y la playa y... todo eso.

Me sale un tono agudo y amigable que no pega nada con la situación. Gael

se tapa la nariz para intentar retener una risa que casi lo ahoga y yo le doy en el costado y le susurro que se calle, lo que hace que se descojone más.

—Sí bueno. Desde luego no querríamos haber tenido que venir por esto. Pero la familia es lo más importante que hay. Y Gael es mi familia.

Esta mujer es súper amenazante. Cuando me mira, me acuerdo al momento de Maléfica. Con lo enana que es, quién diría que resultaría así de intimidante.

Ga vuelve a retener una carcajada y me acaba contagiando. Soy malísima disimulando y toda la escena resulta tan risible que a mí me vienen a la cabeza los hermanos Marx.

Me empiezo a reír ya sin cortarme y Gael me sigue. Los otros dos nos miran como si aún nos durase la borrachera de hace un par de noches y un sanitario que pasa cerca nos reprende para que mantengamos el silencio.

—Ostras, perdón, pero es que esto es rarísimo —reconozco secándome las lágrimas que han aparecido como resultado de mi ataque de risa.

—Pues espera, que se pone mejor —dice divertido Ga.

Y cuando me giro entiendo a qué se refiere.

Nit, Javi, Álex y Nuria están entrando por la puerta en esos momentos. La mirada de odio de Ana hacia Lucía es épica. Cómo la quiero, madre mía...

Apenas consiguen llegar hasta donde estamos, porque el mismo trabajador de antes vuelve hacia nosotros y nos echa sin contemplaciones de allí. Creo que somos demasiados para una sala donde hay una veintena de pacientes separados solo por biombos de tela.

Antes de salir, un médico se acerca a nosotros para informarnos de que ya se ha preparado el parte de lesiones y que en vista de que Gael está bien, va a proceder a darle el alta. Beto es posible que no la tenga hasta la tarde, porque el neurólogo está pendiente de revisar los resultados de su prueba, pero las

cosas pintan bien. Es muy probable que ambos puedan pasar la Nochevieja en casa.

Nos movemos a la sala de espera de Urgencias, que es enorme y en ese momento está bastante vacía, para intentar molestar lo menos posible y poder hablar algo más tranquilos. Cuando ya nos hemos instalado en nuestro nuevo campamento, comienzan los saludos.

Javi abraza a Enzo de esa manera en la que se demuestran afecto los hombres, con muchas palmadas sonoras en la espalda que parecen que podrían partirme en dos. Álex pone cara de asco al saludar con un movimiento rápido de cabeza y Nuria, que sabe la historia, pero no la vivió, es la más correcta y se presenta con un par de besos para cada uno.

Mientras todos se ponen al día, me ofrezco a ir a por café. Veo a Enzo hacer el amago de acompañarme, pero Lucía lo sujeta por el brazo, fingiendo que pretendía darle la mano.

Van a ser unos días muy tensos.

Decido cruzar al bar de enfrente del hospital para que me dé un poco el aire. Cuando regreso cargada con un recipiente de cartón que contiene ocho cafés con leche, me encuentro con Edu y Lucas buscando la puerta de Urgencias. Parecen más perdidos que Frodo cuando llega a las fronteras de Mordor.

Les llamo para que me sigan y me río como una cría cuando el señor tatuajes me levanta en el aire para morderme el cuello por haberme burlado de su falta de orientación, provocando que la mitad del contenido de dos de los vasos acabe en el suelo.

Continuamos nuestro camino con Edu fingiendo abrazarse a sí mismo mientras Lucas le da collejas sin soltar mi cintura. De vez en cuando me mira y sonrío, aprovechando para dejarme pequeños besos repartidos por toda la

cara.

La enfermera de la entrada nos riñe por estar siendo demasiado escandalosos y al enfilear el pasillo que nos lleva de vuelta con nuestros amigos, Edu se para de golpe, provocando que nos choquemos contra su espalda por ir haciendo el tonto entre nosotros en vez de mirando al frente.

—No me habías dicho que había vuelto. —Mi amigo me encara con gesto preocupado para después mirar con disimulo a Lucas.

—Han llegado hace un rato. Los avisaron ayer.

—¿Te importa si...?

—Ve a saludarle, idiota.

Edu me da un abrazo bastante más fuerte de lo habitual y echa a correr con una mano en alto a modo de saludo anticipado hacia Enzo, que le sonríe desde la puerta de la estancia a la que nos hemos trasladado.

—¿Es él? —Lucas se ha puesto muy serio de repente, así que me apoyo contra su pecho y le aliso con el pulgar la arruga que se ha formado en su ceño.

—Sí. A su hermano pequeño y a su cuñado les han dado una paliza un grupo de gilipollas. Es normal que esté aquí.

—Lo sé.

Habla conmigo, pero tiene la vista puesta en el punto por donde se ha perdido hace solo un minuto su colega. Al volver la cabeza para seguir su mirada, compruebo que la de Enzo está fija en nosotros, ignorando al pobre Edu que le habla emocionado.

Ambos se están midiendo en silencio y cuando veo a Enzo achicar los ojos con cara de enfado, siento los brazos de Lucas cerniéndose sobre mi cadera.

Suspiro para ahuyentar la nube de testosterona que se ha formado a nuestro alrededor y sujeto por la barbilla a mi... a... ¿a mi compañero de piso? Puff, qué raro es esto a veces, leñe. Le obligo a mirarme a mí y acaricio su labio inferior, consiguiendo al fin que enfoque su atención en mi boca.

—¿Tú estás bien?

—Claro.

—¿Seguro? ¿No ha sido incómodo cuando los has visto?

—Ha sido raro de la hostia. Pero es normal. —Me encojo de hombros para demostrarle que no le doy importancia.

—Pero tú... has... ¿con él?

—Lucas te expresas fatal. —Bufa algo frustrado.

—Lo que quiero saber es si has sentido algo al verle. Algo... ya sabes...

—No quiero estar con Enzo si es lo que me estás preguntando.

—Supongo que con esa respuesta tendrá que valerme.

—Oye, ¿estás bien tú?

—Sí, sí. No es nada. Vamos. A ver si Beto ya está de vuelta, quiero comprobar que se encuentra bien. He estado algo preocupado, la verdad.

—Ya verás como está perfectamente. Esta noche duermen en su cama.

Las presentaciones por parte de Lucas son más bien escasas. Le ofrece un par de besos rápidos a Lucía y después se acerca a mi ex para darle un apretón de manos. Mientras se la estrechan, y creo que aprovechando que su novia está entretenida charlando con Nuria, Enzo me mira con algo parecido a la inquina antes de soltar una frase llena de veneno.

—No me habías dicho que tenías juguete nuevo, Jota. —Siento a Lucas tensarse a mi lado y le agarro el antebrazo para contenerle un poco.

—Hola a ti también. —Sonríe de medio lado con chulería ante mi réplica.

—Es cierto, ¿dónde han quedado mis modales? Después de diez meses sin vernos ni siquiera te he saludado aún como es debido.

En cuanto termina de pronunciar la frase, posa una mano sobre mi mejilla y deja un beso muy cerca de la comisura de mis labios. Puedo notar a Lucas gruñir detrás de mí.

Álex aparece en el momento en el que tengo que apoyar mi espalda contra el pecho del rubio para evitar que avance hacia el recién llegado. Posa una mano sobre su hombro y le sonrío con complicidad, haciéndole entender en silencio que se une al equipo “Frente Unido Contra Enzo”.

Nos informa de que Ana se ha encontrado con Gael cuando iba al baño. Ya puede marcharse a casa y parece ser que le han invitado sutilmente a que despejemos la sala de espera hasta la tarde, cuando tendrán más novedades sobre Beto.

Salimos todos de allí con cierto aire de fiesta, con ganas de celebrar que nuestros chicos están a salvo. Nos dirigimos entre gritos y risas a algún lugar donde podamos tomar una caña antes de encerrarnos en nuestras casas. Javi se echa a Nit al hombro como si fuese un saco de patatas y yo me lanzo a la espalda de Edu para que me coja a caballito. Todos estamos algo exaltados, pero es que han sido muchos nervios acumulados en menos de 48 horas.

Antes de entrar en el local elegido para hartarnos de cervezas, Lucas anuncia que él prefiere marcharse ya al piso porque se nota algo cansado y mañana va a ser un día largo de celebraciones.

Da un abrazo a Gael y le promete llamarle más tarde para que le tenga informado de cuándo saldrá del hospital su chico.

Pido a todos que vayan entrando y corro hacia él antes de que gire la

esquina para encaminarse hacia la boca de metro más cercana.

—Eh, oye, ¿te pasa algo? —Parece dudar si hablar o responder con un simple “no”.

—¿Diez meses?

—¿Cómo? —No le entiendo, pero usa un tono duro que, unido al espacio que obviamente está dejando entre ambos, me preocupa.

—Enzo ha dicho que hace diez meses que no os veáis. Rompisteis hace dos años. O las cuentas me bailan o hay una parte de la historia que te has comido.

Me quedo tan bloqueada que ni siquiera sé qué contestarle.

No quiero hablar de esos días con él. No sé cómo explicarle bien lo que viví con Enzo entonces. La ilusión de verlo de nuevo, la decepción, las dudas, la desconfianza, el miedo, el dolor cuando me despedí y la certeza de que era lo que tenía que hacer.

No se lo conté a Nit, ni a Gael.

No lo hablé con nadie y ahora pesa como si fuese un secreto que no debería tener.

Lucas se toma mi silencio como una negativa a aclararle algo que claramente le preocupa.

Chasquea la lengua y aparta la mirada de mí.

Se gira para continuar su camino hacia el apartamento que compartimos, no sin antes rematarme con una frase que me hace más daño del que debería teniendo en cuenta que es cierta.

—Déjalo. Tampoco tienes que darme ninguna explicación. A fin de cuentas, tú y yo solo follamos, ¿no?

Lucas

¿Que qué tiene ella de diferente para engancharme así? No lo sé.

Puede que sea que tiene la boca casi igual de grande que el escote.

O que nunca se para a pensar demasiado lo que dice, porque no le importa lo que vayan a pensar de ella.

Quizás me ganó su naturalidad, su dulzura al cantar, o cómo se ríe con los niños con los que trabaja.

La manera en la que parece ver el mundo, como si fuese su patio de recreo.

A lo mejor fue la forma en la que trata a sus amigos, mirándolos como si hablase con las personas más importantes del mundo.

Creo que también me volvió un poco loco la vulnerabilidad que se empeña en esconder, esa que hace que quieras ayudarla a entender que podría con cualquier cosa que se interpusiese en su camino, porque es una guerrera que aún no sabe que nació para ganar todas las guerras que se le presenten. Joder, cómo me gustaría que esa pequeña amazona se viese con mis ojos.

O su sonrisa... Dios, esa sonrisa que me regala cuando me invento mil chorradas que puedan hacer que las comisuras de sus labios se estiren solo para mí.

Tal vez me enganché por completo a ella la primera vez que oí mi nombre salir de sus labios al correrse, con la espalda arqueada y los ojos aún cerrados.

Supongo que fue un cúmulo de todo ello. Tantas cosas, todas pequeñas, pero perfectas.

Lo único que sé con certeza es que no quiero que esto que tenemos, sea lo que sea, termine. Me aterra pensar que Enzo puede volver, hasta de la mano de la tía con la que engañó a Jimena, y ella solo pueda pensar en él cada vez que me bese.

Jota ni siquiera se dio cuenta de la malicia de ese cabrón cuando dejó caer que hacía diez meses que no se veían; o de la mirada que me dedicó, cargada de insinuaciones que no podía siquiera hacer en voz alta porque su novia estaba demasiado cerca. Aunque os diré que me paso sus intenciones por el forro de los cojones.

Lo que de verdad me sentó como un puñal clavándoseme en las tripas fue el mutismo de ella cuando le pregunté directamente, y que al volver a casa unas horas más tarde y encontrar la puerta de mi habitación cerrada, no intentase entrar para que pudiera abrazarla por la noche.

Sé que le solté toda esa mierda de que ella y yo solo follamos. Y sí, también sé que lo hice a mala leche. Pero aquí todos somos conscientes de que es una mentira como un piano de grande. Yo a Jota me la tiro de todas las formas que me sé, del derecho, del revés y hasta de lado. Pero también me río con ella, la busco para contarle cualquier tontería que pase en mi día y hasta me tumbo en el sofá a ver esas mierdas de programas sobre restauración que le gustan a ella solo para poder tenerla entre mis brazos un rato.

La busco, porque me gusta pasar el rato con ella. Me gusta ella.

¡Por el amor de Dios, si ni siquiera he traído a casa a otra en el tiempo que llevo liado con la rubia!

Que tampoco tendría sentido que lo hiciese, porque yo me liaré con una cada noche, pero siempre me dedico a ellas. No engaño a nadie. Prometo un buen rato y mucho sexo. Nada más, nada menos. Pero cuando estando con Sofía solo pude pensar en Jota, me di cuenta de que no tenía mucho sentido

acostarme con otras mujeres para tener en la cabeza a una que deseaba más.

Lo intenté un par de veces más cuando salimos después de aquella noche, pero cada vez que estaba hablando con alguna chica, acababa más pendiente de con quién estaba Jimena que sobre qué me hablaba mi posible ligue. Y yo no hago eso. No engaño a las mujeres. Puedo tener mil defectos. Soy infantil, bocazas, algo rencoroso y muy despistado, pero no soy un mentiroso ni un cabrón.

Mi hermana Leire está convencida de que sufrí una regresión a mi adolescencia cuando me emancipé y descubrí que ya no tenía que ocuparme de ellas. He pensado en ello más de una vez. Puede que sí que sintiera desde muy joven que debía de ser más adulto de lo que me tocaba, pero nunca me pareció mal. Me gustaba ser útil, poder defender a mis hermanas en el instituto, ayudar a mi madre en casa... ese tipo de cosas.

A medida que fui cumpliendo años adquirí nuevas obligaciones autoimpuestas que liberaban un poco a mi madre de la carga de educar a tres críos sola; y sí, he de reconocer que cuando me marché de casa me descarrié un poco. Descubrí un mundo de fiesta y mujeres que hasta entonces me había permitido visitar poco.

No encontré nada malo en ello, la verdad.

Pero aquí estoy hoy, levantándome de un humor regular sin saber explicarme a mí mismo por qué.

Es el último día del año y esta tarde Jota y yo vamos a casa de mi madre para ayudar a preparar la cena. No sé si veré a Jimena con una sonrisa de oreja a oreja o si anda enfadada conmigo por la bordería que le solté ayer antes de pirarme solo a casa. Pero es que era marcharme o acabar partiéndole su estúpida cara de 'ken' a Enzo si volvía a tocarme los huevos.

Al salir de mi cuarto para buscarla, la encuentro de espaldas, mirando la

nevera abierta, con una camiseta mía que le tapa la ropa interior a duras penas y que me enseña a las claras buena parte de sus cachetes. Joder, vivir con esta mujer significa no tener nunca la suficiente sangre en el cerebro...

Al darle los buenos días se gira deprisa, con un café en la mano y un libro en la otra. Si me pidieran que describiese alguna vez a Jimena, sería exactamente así. Bueno, a lo mejor le colocaba una guitarra en la espalda, pero esa es, básicamente, Jota: un cúmulo de cosas simples que siempre consiguen emocionarla y hacerla sonreír.

Deja todo en la encimera de la cocina y me clava su preciosa mirada verde, tan preocupada, mientras se pinza el labio. Y a mí se me olvida que estaba preocupado, que sigo sin saber qué pasó con el italianito mientras ella estaba en Nueva York y hasta de cómo se llaman mis hermanas.

—No quiero ir a casa de tu madre estando enfadados —me suelta a bocajarro.

—Pues entonces será mejor que hagamos las paces, ¿no?

Me rindo sin tratar siquiera de presentar batalla, porque no soy capaz cuando me mira con esos enormes ojos llenos de pena.

Veo cómo se le ilumina la cara con mi respuesta y caigo un poquito más.

Echa a correr y se lanza contra mí confiando en que la coja. Sus piernas se enroscan por inercia en mis caderas y la llevo de vuelta a mi habitación mientras se ríe, me llena de besos y Sobras nos mira con la cabeza ladeada desde su cama en un rincón de la sala.

Puedo notar lo nerviosa que está incluso sin mirarla.

Me hace mucha gracia que venir a mi casa le produzca ese efecto. Ya

conoce a Lía de sobra. De hecho, mi hermana pequeña la adora. A Leire la tiene medio ganada solo de oír a la enana. Y mi madre... bueno, ella trata bien a todo el mundo porque es un ángel.

Se ha cambiado tres veces. Aunque puede que en eso haya tenido yo algo de culpa.

Cuando ha salido con el primer vestido le he dicho que debería darse prisa en arreglarse si no quería hacernos llegar tarde. Se ha metido de nuevo en su habitación insultándome en arameo.

Al aparecer con un conjunto de blusa y pantalón negro le he dicho que íbamos a celebrar el año nuevo, no un entierro. Ahí se ha quitado la blusa y me la ha tirado a la cara mientras apretaba mucho los labios.

El tercer vestido, corto, azul y con vuelo, me ha dejado sin aire. Iba tan guapa que me ha costado seguir vacilándola, pero es que me estaba riendo tanto... Pero al torcer el morro y preguntarle si de verdad iba a ponerse eso, ella se ha descojonado y me ha dicho que si intento pincharla mientras se me cae la baba, pierdo credibilidad.

Cuando atravesamos la puerta de la casa familiar, Lía se lanza sobre Jota en menos de veinte segundos. Antes de soltarla ya está arrastrándola hacia el salón para presentarle a Leire, que sonrío con timidez cuando se acerca a darle dos besos.

Mamá sale de la cocina limpiándose las manos en el delantal y le pega tal abrazo a Jimena que juraría que oigo cómo se le recolocan un par de vértebras, y eso que es menuda.

Las mujeres de mi casa son todas pequeñitas. Mi hermana mediana es un calco de nuestra progenitora. Ambas tienen el pelo castaño, largo y liso, los rasgos suaves, la piel blanca y los ojos marrones y algo rasgados.

Yo mismo soy una versión masculina de ellas, solo que con el iris algo más claro y los labios más gruesos. Ese rasgo lo comparto con Lía. Lo heredamos de mi padre, aunque ninguno sacamos su pelo moreno ni su mal humor.

La enana lleva el pelo teñido desde los 15. Ha pasado por todos los tonos diseñados por Garnier. Hace un par de años le dio una ventolera y apareció en una de nuestras comidas del domingo con el pelo muy rubio y corto, casi rapado por la nuca, con mechones cayéndole por sus preciosos ojos azules. Lleva un par de tatuajes en el muslo para disgusto de mi madre, que ya no se molesta en disimular que Leire es su preferida porque es la que menos guerra le da.

—Mamá, esta es Jota, el alma caritativa que me dio techo cuando me largaron de malas maneras de mi piso. Rubia, esta es Lana, mi madre.

Jimena levanta una ceja y un lado de esa boquita que lleva pintada de rojo se le eleva sin querer.

—¿Lana, Leire, Lía y Lucas?

—Mi padre se llama Lorenzo, por si es la vocal que te faltaba.

Se ríe con ganas y noto cómo se relaja un poco. No la culpo. Todos los que acaban conociendo los nombres de mi familia al completo tiene una reacción similar.

Mi madre contempla encantada a Jota. La coge por la cintura y se dedica a hacerle un tour por la casa mientras parlotea sin parar. Como la otra se suelta un poco, se van a pegar por quitarse la palabra, porque ambas suelen hablar hasta con las paredes.

Lía se acerca a mí y empieza a relatarme su última noche de fiesta y el ridículo que hizo una de sus amigas cuando se emborrachó de más y acabó tratando de robar un buda que había en la barra del bar donde estaban. El

intento de hurto se saldó con la susodicha resbalando en un charco que había formado un cubata caído y un hematoma en el culo del tamaño de Alemania.

Leire se nos une de camino a la cocina para hacernos con algunos botellines y volvemos al salón para dar cuenta de la primera cerveza. Mientras brindamos le pregunto si hay alguna novedad en su vida. Chasquea la lengua y me contesta que no se ha liado con ningún tío esa semana, por si es lo que estoy preguntando. Me lanzo y le pregunto que si tampoco con ninguna chica. La verdad es que desde que Jimena me lo comentó, le he dado vueltas a la cabeza. Me dan igual las preferencias sexuales de mi hermana, pero odio pensar que no tenga confianza conmigo para contarme algo así, como si fuese a juzgarla o a cambiar algo. Me la bufa con quién se acueste, yo solo quiero que sea feliz y tenerla cerca de mí.

Se ríe a gusto en mi cara. Me pregunta entre carcajadas que cómo se me ocurre pensar que, si fuese lesbiana, a estas alturas de la película no nos habría dicho nada. Me llama idiota un par de veces y luego se sienta en mi regazo para que la abrace. Vuelve a cachondearse de mí un rato y me repite que solo es una remilgada feliz que cree en las relaciones largas y rechaza los rollos de una noche.

Si es que no sé por qué dejo que Jota me coma la cabeza.

Hablando de la rubia, creo que es posible que mi madre la haya secuestrado, porque no le he visto más el pelo.

Me levanto con la excusa de ir al frigo a por una nueva ronda y me las encuentro a ambas inclinadas sobre una olla de la que sale tanto vapor que dudo si no estarán haciéndose una limpieza facial casera. La puerta está abierta y, al estar de espaldas a ella, no se percatan de mi presencia enseguida.

—Mira, Lana. Ese se ha abierto también.

—Vale, los dejamos un minuto más y los que sigan cerrados, se van a la

basura.

—Perfecto. Yo me ocupo. Y si quieres cuando acabe puedo ayudarte a picar más verdura para la salsa.

Veo cómo Jimena recoge con unas pinzas enormes un berberecho de la cazuela y lo deja en una fuente que tiene a su derecha.

Mi madre se ríe con las habilidades más bien nulas de la rubia cortando cebolla, y cuando empieza a llorar como si estuviera viendo morir a la madre de Bambi, le quita el cuchillo de las manos y le manda seguir con los pimientos. Hablan mientras pican y me doy cuenta de que ha bastado media hora para que las dos se traten con una familiaridad que a mí me despierta un calor en el pecho que, de alguna manera, me hace sentir pleno.

—Tienes más cara de bobo de lo normal, ¿lo sabías?

Lía pasa por mi lado directa a por las cervezas que les había prometido a mis dos hermanas hace ya un rato.

Me sobresalto un poco cuando Jota y mi madre se dan la vuelta y me encuentran apoyado en el quicio, como un acosador que contempla a sus vecinos a través de la ventana indiscreta.

Carraspeo y ayudo a Lía a coger unas patatas que están en la parte alta de uno de los armarios de la cocina.

—Jota, no ayudes demasiado o nos harás quedar a todos como el culo –le reprende la enana entre sonrisas.

—Si le he pedido yo que me deje ayudarla. Seguro que estorbo más que quito trabajo, pero es que hace mucho que no estaba en... bueno... así, ya sabéis. En una cena de Nochevieja con gente, celebrando de verdad algo con personas que me impor...quiero decir, en familia. Bueno, no. Familia sois vosotros. Pero... eso, ya me entendéis.

—Te entendemos, cariño.

Mi madre sujeta la barbilla de Jimena en un gesto que suele dedicarnos a nosotros cuando estamos nerviosos. Ella se ruboriza de una forma encantadora y baja la vista en un gesto de vergüenza que no le había descubierto hasta ahora. Y a mí el calor del pecho se me extiende por todo el cuerpo hasta casi quemarme.

Al final, todos acabamos colaborando para tener lista la cena pronto y que mi madre también pueda tomarse una copa de vino antes de sentarnos a la mesa. El tiempo pasa entre bromas, piques, bebida, besos en la frente y felicitaciones a la cocinera. Leire se pone atacada de los nervios cuando aún faltan veinte minutos para las campanadas. Nos manda callar cada poco porque no oye bien a Ramón García explicando un año más que en los cuartos no hay que tomarse aún las uvas. Cuando la bola dorada esa gigante empieza a bajar, todos tenemos preparado el cava con algo de oro dentro para brindar en cuanto todo termine y el nuevo año nos salude. Lía se atraganta con la tercera uva y yo tengo ya metidas en la boca cinco porque si no, no me da tiempo a masticar y tragar. A Jota le da un ataque de risa y empieza a babear zumo como una loca. Mi madre nos mira como si no tuviéramos remedio y se hubiese rendido hace mucho. Leire nos grita que para el próximo año se va a marchar a otra habitación cuando llegue el momento porque así no se puede, aunque al final siempre prefiere quedarse a ver el circo que montamos.

Con la última campanada, todo son gritos y abrazos. Y sí, beso a Jota, porque el cuerpo me lo pide a gritos y porque riéndose rodeada de mi familia está tan bonita que hasta duele. Mi madre y mis hermanas se hacen las locas y ambos se lo agradecemos en silencio mientras levantamos nuestras copas y nos felicitamos una vez más.

Preparo unos *gintonic*s y yo me conformo con Coca Cola, porque ya he

tomado un par de cervezas y tengo que conducir de vuelta a casa más tarde.

Todos avasallamos a Jimena contándole anécdotas de cuando éramos niños y montábamos recitales y obrillas de teatro para festejar esa noche. Parece que volvemos a tener ocho años y competimos por la atención de la rubia, aunque cuando apoyo una mano en su muslo por debajo de la mesa y ella entrelaza nuestros dedos sin mirarme, sé que da igual que tenga la mirada puesta en mi hermana Leire, porque en realidad está tan pendiente de mí como yo de ella.

Giro la cabeza hacia mi madre y me doy cuenta de que ha visto ese gesto. Me dedica una mirada cargada de tanto cariño que el calor del pecho se convierte de pronto en un nudo que me cuesta tragar.

Un par de horas más tarde nos despedimos de todos y mi madre sujeta por las manos a Jota como si le costase dejarla marchar. No la suelta hasta que obtiene una promesa en firme de que volverá algún domingo a comer con todos.

En el coche, va más callada de lo normal y empiezo a preocuparme. Repaso la cena pensando en si habrá algo que le haya molestado. A mí me ha parecido la jodida noche perfecta, pero no entiendo su mutismo de repente.

—¿Va todo bien, rubia?

—Sí. Todo va perfecto. Tu madre y tus hermanas son maravillosas. Cuando nos hemos despedido... casi he sentido que de verdad querían que volviera.

—Claro que quieren. Les has enamorado. Estoy casi seguro de que mi madre está pensando ya si podría adoptarte legalmente. —Se ríe con ganas, haciendo que le salgan unas arruguitas alrededor de los ojos que me encantan, porque solo aparecen cuando su risa es tan fuerte que le hace achinar los ojos.

—Veros juntos es... —Suspira muy fuerte y mira por la ventanilla.

—¿Qué?

—No sé. Ver la forma en que abrazas siempre a tus hermanas a la menor oportunidad. O cómo quieres a tu madre, cómo la cuidas, y cómo ella te responde... es especial, Lucas. Sois especiales. Y no sé cómo explicarte lo agradecida que estoy porque me hayáis dejado formar parte de eso que compartís esta noche.

Se le empañan los ojos y la necesidad en ese momento de consolarla es tan intensa que estoy a punto de parar el coche en el arcén y arroparla entre mis brazos. Creo que nota la angustia que su estado me provoca, porque vuelve a enlazar nuestras manos y me dedica una sonrisa pequeñita, intentando hacerme entender que está bien, que las lágrimas que han acudido a sus ojos son solo una forma de gestionar sus sentimientos, pero que son buenas, que no le duelen.

Hacemos el resto del trayecto en silencio y cuando llegamos a casa vamos directos a su habitación sin soltarnos siquiera. Esa noche el sexo es más tranquilo, con menos prisas, pero con más ganas incluso que otras veces. La miro gemir sobre mí y dejarse ir conmigo dentro, sintiéndola de verdad, sin nada que nos separe. La siento por todo el cuerpo, hasta allí donde no me toca, y la sensación de bienestar que llevo notando toda la noche se mezcla a cada rato con un miedo que no identifico, pero que se empeña en no marcharse desde hace ya unos días.

A la mañana siguiente estiro el brazo buscando el cuerpo desnudo de Jota para poder acercármelo y dormir un poco más, pero no lo encuentro en la cama.

Con los ojos aún cerrados siento un peso que se sienta en su lado, olor a café recién hecho y unos dedos que juegan con unos mechones de pelo

rebeldes que me caen por la frente.

Abro los párpados con pereza y veo a la rubia mirarme con una taza en los labios y otra reposando en la mesita de noche. Sobras está a su lado meneando la cola y mirándola feliz.

—Me encanta que hagas eso —me saluda.

—¿El qué?

—Sonreír así cuando me ves.

—¿Estoy sonriendo?

—Como un idiota.

Me río y tiro de su brazo, obligándola a que suelte el café con prisas para no acabar pringada hasta las orejas. Me da pequeños manotazos en el costado quejándose sin ganas. Sobras se lanza sobre nosotros y trata de defenderla, pero ella acaba claudicando a los pocos segundos y acurrucándose contra mi pecho mientras mi perro encuentra hueco a nuestros pies y yo me cuelo en el hueco de su cuello para poder oler esa mezcla de jabón y simplemente Jimena que siempre desprende.

Estamos tranquilos, sin hablar, solo disfrutando del calor del otro. Pero Jota se tensa un poco justo antes de romper el silencio calmado en el que nos habíamos envuelto.

—Me lo encontré en un restaurante donde trabajaba mi compañera de piso. Debía estar allí por trabajo y, por su cara de sorpresa, no sabía que yo vivía en aquel entonces en Nueva York.

Me tenso al oír la historia. Sé de lo que me habla. De quién me habla.

Creo que hasta respiro más despacio para no interrumpirla de ninguna manera y que siga contándome qué pasó. Lo hace sin mirarme, recostada aún contra mí, escuchando mi corazón, que desmiente mi tranquilidad

empeñándose en latir más rápido de lo que debería.

Soy consciente de que está compartiendo conmigo algo que ni siquiera Gael o Ana saben, pero no puedo disfrutar de ello porque me está reconociendo, casi del tirón, cómo se reencontró con Enzo y volvieron a estar juntos.

Me habla de las dudas y la desconfianza que aquellos mensajes le provocaron, pero yo solo puedo imaginarla en sus brazos y la bilis empieza a crecer dentro de mí.

Le bastaron tres cenas para que la seguridad de Jota se tambalease. ¿Va a ser así de nuevo?

Cuando llega a la parte en la que se despide de él, duda. Hay algo que se debate entre contarme o no... creo que gana la segunda opción, porque termina su historia asegurándome que Enzo se levantó dolido de aquel sofá después de recibir su negativa y salió de su vida por completo hasta el día en el que lo vio en el hospital.

Sé de sobra que no tenía por qué explicarme todo esto. En aquel entonces, ni siquiera nos conocíamos, pero le agradezco en el alma que haya querido disipar de alguna manera algunas dudas.

—¿Crees que estaba con Lucía entonces?

—¿Sinceramente? No lo sé, pero tampoco me importa. Lo único que me parece importante es que creería antes lo que me dijese ella a ese respecto que lo que él me jurase por sus padres. Y eso dice mucho de la confianza que tengo hoy por hoy en Enzo.

—Pero aún te duele.

—Me duele porque tengo que esforzarme en que esas sensaciones no empañen el recuerdo de las buenas, de lo que viví con él. Fue alguien importante para mí y no quiero que lo único que me quede para él sea

resentimiento y cosas que echarnos en cara.

—Jota... ¿sigues sintiendo algo por él?

Su silencio dura más de lo que puedo soportar.

Bufo y me levanto de la cama apartándola de mi lado.

—No es lo que crees.

—Ya.

—No quiero estar con Enzo, Lucas. Pero aún me confunde. Porque hay heridas que duelen todavía cuando estoy cerca de él. Porque no puedo dejarlo atrás sin más porque es el hermano de Ga. Porque verlo es pensar de nuevo en Yaya y en aquellos meses. Porque me recuerda lo que puede salir mal cuando te arriesgas con alguien. Y tengo que conseguir que eso desaparezca o nunca podré estar cont... con alguien sin tener reservas, sin guardarme una parte de quién soy para mí misma, esa que no quiero que vuelvan a derribar. ¿Lo entiendes?

Me froto la cara con saña y asiento.

—Comprendo lo que me quiere decir.

Yo no quiero tener una Jimena a medias, la quiero entera. Con sus excentricidades y sus excesos. Con su forma de ver todas las cosas diminutas y bonitas que le rodean cada día. Con su ternura al cantar y al disfrutar acariciando el pelo canela de Sobras.

Puede que, al final, que el ken ande por aquí unos días nos venga bien a todos para aclarar la situación y veamos las cosas con perspectiva, aunque el puñetero agujero que me provoca el miedo desde hace días en la boca del estómago ruge ahora con más fuerza que nunca.

Jota

Creo que Gael empieza a estar mejor. Lo veo menos enfadado con el mundo y he notado que empieza a sonreír más.

Beto finalmente pudo cenar en casa el día de Nochevieja. Llevan cuatro días descansando muchísimo y acabando con las reservas de Thrombocid de las farmacias madrileñas.

Después de las pruebas y del susto inicial, han vuelto a casa con muchos malos recuerdos, pero solo algunos moratones bastante feos y una escayola. Enzo, aún así, ha decidido quedarse unas semanas. Parece que en estos años ha ascendido rápido en la empresa y su superior no ha puesto ninguna pega a que trabaje desde casa durante un tiempo para poder hacerse cargo de esos dos. Aprovechará para adelantar algunas reuniones que habían concertado aquí para dentro de un par de meses y así acelerarán una fusión que tenían prevista con una empresa extranjera que opera desde la capital.

Lucía, por su parte tuvo que volver ayer a Barcelona. Intentó que le diesen algunos días más, pero no ha colado. Además, la despedida de Nit y Javi empieza mañana y dudo mucho que ninguno quisiésemos enfrentarnos a Ana si la dejamos apuntarse...

Le he preguntado por activa y por pasiva a mi mejor amigo que si está seguro de que no quiere retrasar la despedida de soltería que hacemos de forma conjunta para la pareja. La llamamos así porque decir despedida de soltero y soltera, cada vez, nos saturaba. Beto y él se han negado en rotundo, asegurando que con algunos analgésicos y muchos cubatas pueden con lo que sea... Miedo me dan.

La verdad es que los entiendo. Llevamos preparando esto desde hace cuatro meses. Aprovechando que la escuelita cierra por las vacaciones de Navidad y, teniendo en cuenta que el noventa por ciento de nuestro grupo trabaja en ella, era la mejor fecha con diferencia antes de celebrar la boda en mayo. Gael, al trabajar en guardería, no tenía libre esos días, pero Beto y él se habían pedido esa semana de vacaciones desde que nuestros amigos nos dijeron que se casaban en agosto. Aunque ahora esos dos tendrán que ir con más cuidado, porque están de baja hasta después de las fiestas y no pueden pillarlos de picos pardos por ahí.

Lo que sí me pidió Ga es permiso para invitar a su hermano. Ahí es nada. ¿Que quieres poner interesante y tensa una fiesta? Pues pon un Enzo en el minibús hacia Baqueira Beret. Pero es verdad que dejarle colgado es un poco feo, y además Javi se lleva muy bien con él, así que llamamos al parador hace un par de días y pedimos una cama supletoria en la habitación de Edu.

Nos llevamos a la parejita cinco días a la nieve. Vamos a hartarnos de hacer esquí y snow y de salir de fiesta. Aunque tal y como van Zipi y Zape no sé yo si van a poder subirse sobre una tabla. Por eso desde que salieron del hospital he estado buscando actividades alternativas que puedan hacer con nosotros para que no se pasen el día en el spa del hotel como garbanzos en remojo.

Los paseos con raquetas de nieve se lo hemos planteado como una actividad romántica para hacer en parejita. Mentira cochina. Nos parecía a todos un peñazo mortal y no queríamos ir ninguno. Pero a las motos de nieve y a la vuelta en trineo tirado por perros se ha apuntado todo Dios.

El día 4 nos plantamos a las seis y media de la mañana en la puerta de casa de los futuros novios con un bus pequeñito que nos turnaremos para conducir las seis horas que tenemos de camino. Asaltamos su piso y los levantamos de

la cama rezando porque ninguno duerma en pelotas. Les ponemos un café en las manos y los mandamos a ducharse mientras metemos en una maleta todo lo que puedan necesitar. Los equipos los vamos a alquilar allí, igual que los trajes, así que nos centramos más en ropa para salir por la noche y tonterías que nos hacen gracia para añadir a sus disfraces. Porque va a haber disfraces.

Están tan emocionados y tan sorprendidos que no se quejan lo más mínimo por el madrugón o el secuestro.

Álex se hace el primer turno al volante y se ventila tres horas del tirón hasta que Nuria empieza a hacerle pucheros para que paremos a por más cafeína y algo de comer. Nit salta del autobús con una energía envidiable. Parece que en vez de azúcar se hubiese puesto coca en la bebida. Mira que a mí me cuesta poco madrugar, pero es que hoy parece que la pelirroja sufra ataques de hiperactividad. Tampoco me voy a quejar mucho porque me encanta verla así, y aunque su prometido parece un extra de *The Walking Dead*, no para de reírse al ver a su chica así de animada.

Nos preguntan todo el tiempo que a dónde vamos, pero no soltamos prenda. Ana, hasta se ofrece a conducir ella al retomar el camino... Vale que estamos un poco sobados, pero no somos tan tontos. Edu se sienta en el sitio del conductor y manda a la susodicha a la parte de atrás del bus mientras se parte el culo por las quejas dignas de cualquiera de nuestros niños de la escuelita. Qué poco le gusta no tener el control de la situación y qué gracia nos hace a todos los demás ese hecho.

Las primeras horas de carretera las he pasado con Gael, revisando el plan y divagando sobre todas las putadas que le vamos a hacer a Ana en un gincana que hemos planeado para alguna noche de fiesta. Ga se reía tan alto que Nit le ha amenazado con sacarle fotos borracho y subirlas a Instagram para que las vea su jefa si se pasa un pelo. Eso me ha hecho reír a mí y Nit ha terminado

lanzándose encima de los dos para pegarnos y hacernos cosquillas por torturarla.

Cuando Javi ha conseguido cogerla en brazos y separarla de nosotros mientras seguía chillando que necesita saber dónde vamos y qué le vamos a obligar a hacer, me he dado cuenta de que Lucas y Enzo me miraban divertidos desde sus respectivos asientos. Me ha parecido ver algo parecido a la ternura en sus caras y me he sentido muy, muy incómoda por tenerlos a ambos separados por tan poco espacio.

Me dirijo hacia el sitio de Lucas y le hago moverse para que me deje la butaca que está al lado de la ventana. Menea la cabeza y suelta una risita antes de ceder. Veo que está escuchando música, así que le robo uno de los cascos que tiene conectado al móvil y dejo que Bruno Mars me contagie su buen humor mientras *Uptown Funk* resuena en mi cabeza y yo me pierdo en el increíble paisaje que se dibuja ante nosotros a medida que nos acercamos al Valle de Arán.

Me recuesto sobre el cuerpo de Lucas y él me pasa un brazo por los hombros. Nos quedamos así las siguientes dos horas, tarareando los mejores éxitos de Avicii, Amy Winehouse y Michael Jackson. La lista de Spotify de este hombre parece un homenaje a grandes músicos caídos. Él se mete conmigo por preferir a cantautores españoles deprimentes. Yo le respondo que es bobo y él se ríe de mí por contestar a sus provocaciones como si tuviese cinco años.

La última hora de viaje relevo yo a Edu y Nit se sienta cerquita de mí para sacarme información sobre todo lo que vamos a hacer. Quedan apenas 40 kilómetros y hace ya 20 que ha empezado a saltar como una loca al ver los carteles que seguimos, porque ya ha adivinado a donde vamos.

Cuando por fin bajamos de ese trasto con ruedas, Javi y Nit se turnan para

abrazarnos sin parar de darnos las gracias. Nos arrastran a la recepción del hotel y nos registramos. No tardamos nada en ocupar nuestras habitaciones y quedar de nuevo en la cafetería para comer algo y organizar nuestra tarde.

Cada uno elegimos la actividad que queremos hacer. Lucas, Javi, Edu y Nuria son fans del snow, mientras que los más puristas nos decantamos por el esquí. Ga y Beto anuncian que se van a pasar unas horas desentumeciéndose en el jacuzzi para estar relajados para la noche.

Nos pasamos a alquilar el equipo y, en cuanto nos cambiamos y nos colocamos el forfait bien a la vista, nos lanzamos al telesilla.

Ana, Enzo y Álex están más sueltos que yo, que hace como cuatro años que no me subía encima de unos esquís. Se van directos a por las pistas rojas, pero yo prefiero empezar por las azules para coger confianza. Después de un par de bajadas ya empiezo a sentirme más segura, así que me decido a deslizarme por un tramo que está más en pendiente para coger algo de velocidad y practicar la frenada en paralelo, porque al final mañana no voy a poder moverme de las agujetas que me van a salir en los gemelos por estar haciendo presión para frenar en cuña todo el tiempo.

Noto el viento en la cara en cuanto me lanzo cuenta abajo. No sé de qué me preocupaba, esto es como montar en bicicleta. Me agacho un poco para adquirir una postura que me haga ir un poco más deprisa y entonces una de esas pequeñas hormigas atómicas que van dando clase con los monitores, con unos esquís enanos y un casco gigante, se desvía del resto de sus pequeños amigos y empieza a andar en sentido horizontal cruzando el último tramo de mi pista y colocándose en mitad de mi trayectoria.

Cuando me ve, me mira con horror, se frena en seco y empieza a repetir una y otra vez, con los brazos tapándole la cabeza, “no me tires, no me tires, no me tires”.

Yo, que no tengo tiempo de esquivarle, hago lo único que creo que puedo hacer: me tiro de lado contra el suelo para evitarlo. Pero claro, con la velocidad que había alcanzado, no consigo parar en seco. Empiezo a rebotar y un esquí sale volando por encima de mi cabeza mientras trago más nieve que en toda mi vida.

Cuando al fin me detengo, oigo al crío pasar súper contento por mi lado dándome las gracias sin pararse si quiera. Maldito enano...

Aún tengo la cabeza enterrada y congelada cuando oigo a alguien gritando mi nombre con una preocupación palpable en la voz.

—¡Jota! Jota, joder, ¿estás bien? ¿Aviso al servicio médico? ¿Te has roto algo? —Enzo me levanta visiblemente alterado.

—¡Aaaaauuuuuuu! ¡Puñetero niño! ¡Yo me lo cargo!

Varios esquiadores se paran a observarme horrorizados. Claro, como ellos no se han dado la hostia del siglo...

—No lo dice en serio. Adora a los críos. Es educadora infantil —me excusa Enzo cuando nota que algunas personas me miran mal.

—¿Que no lo digo en serio? ¿Tú lo has visto? ¡Que casi me mato por su culpa!

—Vale, vamos a sacarte de aquí antes de que te linchen y nos aseguramos de que estás bien.

Se quita sus esquís y pincha el seguro del que yo aún llevo puesto antes de recoger a su compañero, que ha aterrizado tres metros más allá de nosotros, cargarlos todos al hombro junto con los bastones y pasarme un brazo por la cintura para ayudarme a caminar hasta una pequeña terraza que hay delante de las pistas.

Mientras me dobla la rodilla y me gira el tobillo para asegurarse de que

puedo moverlo todo sin problemas, aprovecha para que intentemos hablar un rato sin tener que mirarme.

—Parece majo.

—Lo es. —No hace falta que me aclare de quién habla.

—¿Vais en serio?

—¿Me está preguntando eso mi exnovio o un intento de amigo? Porque al primero paso de contestarle —le respondo con frialdad.

—Solo quiero saber si eres feliz.

—Soy muy feliz, Enzo. Pero para que lo sea no es necesario que Lucas esté en la ecuación. La vida no pasa solo por tener a un tío al lado.

—Hostias, Jota, ¿no podemos hablar cinco minutos sin que te pongas borde conmigo?

Lo miro con los ojos entrecerrados y algo de desconfianza, pero me parece que lo está intentando de verdad, así que me relajo.

—Vale. Tienes razón. Déjame que pruebe otra vez. Es que son muchos meses de contestarte mal y me sale solo. Sí, Enzo, soy feliz. Gracias por interesarte.

—Así parece que me estés devolviendo el cambio del tabaco.

—Hijo, es que nada te parece bien —bufo.

—No me has dicho si lo tuyo con el rubiales ese es algo oficial. ¿Pasaste la Nochevieja en su casa en vez de con Ana? —Lo pregunta con el ceño fruncido y la vista aún concentrada en mi pie.

—Sí. Aunque fui como amiga, o compañera de piso. No lo tengo muy claro.

—Entonces...

—No sé qué contestarte, Enzo, porque tampoco entiendo tu interés en ello.

Estoy con Lucas si es lo que tanto quieres saber. No nos vamos a casar ni tenemos una relación en exclusiva. Nos lo pasamos bien juntos y me gusta mucho pasar tiempo con él. Me hace reír y cuando estoy con él todo es más...

—Me paro a meditarlo.

—¿Más...?

—Bonito. Alegre. No sé... —Me doy cuenta de que una sonrisa se ha dibujado en mi cara sin pedir permiso y que Enzo ha levantado la vista para mirarme con resignación.

—Entendido. —Se pone de pie y me pasa la bota de esquí—. Parece que estás bien, aunque a lo mejor deberías parar un poco por hoy.

—Sí, creo que será lo mejor. De todas formas, no queda mucho para que cierren las pistas, así que mejor voy en busca de Ga y Beto y nos tomamos algo en lo que terminan los demás.

—Buena idea. ¿Te importa que te acompañe?

—No. —Y me sorprende pensar que es cierto. No me incomoda hablar con este Enzo.

—Jota...

—Dime.

—¿No vas a preguntarme por Lucía?

—¿Me iba a gustar lo que tendrías que contarme? —Su silencio no me inquieta tanto como pensé que lo haría. Me doy cuenta de que me da un poco igual—. Pues entonces mejor no removemos nada que pueda estropear la despedida de nuestros amigos. No tiene mucho sentido volver sobre la misma historia una y otra vez, ¿no crees? Tú tienes tu vida y yo la mía. Y, francamente, me gusta más así.

Lo veo apretar los puños y tensar la mandíbula.

Ahí está de nuevo, el perro del hortelano... “Yo te dejo tirada y te miento, pero tú no me olvides”.

Cada vez me doy más cuenta de la necesidad de atención que necesita.

Y cada vez me doy más cuenta también de lo poco que me apetece a mí dársela.

Los siguientes dos días terminan más rápido de lo que me gustaría.

La primera noche la pasamos tapeando por Arties, uno de los dos pueblos más cercanos y con mejor ambiente de Baqueira. Pasamos por *De Net* a tomar una copa, pero todos estamos un poco rotos por la paliza de la nieve y las emociones del día, así que damos un descanso a nuestros cuerpos y nos acostamos relativamente pronto. *Ink Máster* me pregunta por el moratón que ha empezado a formarse en mi cadera y le cuento el incidente con el pequeño kamikaze, aunque evito mencionar la conversación con Enzo. Cada vez que esos dos se cruzan, el aire se enrarece.

A la mañana siguiente nos animamos a probar los paseos en trineo tirados por perros. Es una auténtica gozada. Todos jugamos con los animales hasta hartarnos y yo me acuerdo mucho de Sobras. Se ha quedado en casa de Lía estos días y sé que estará muy bien atendido, de hecho, muy probablemente la hermana pequeña de Lucas le esté cebando de lo lindo, pero no puedo evitar desear que esté aquí con nosotros.

Cuando se pone el sol el segundo día, nos acercamos hasta Vielha para salir por *Tiffany* y *Eth Clot*, un par de discotecas muy conocidas por allí que nos tienen bailando hasta las seis de la mañana.

El tercer día de despedida perdemos la mitad de la mañana durmiendo la

mona, pero no nos preocupa mucho porque recuperamos bien el ritmo por la tarde descendiendo por las pistas como auténticos profesionales. Bueno... más o menos. Vale. Yo he vuelto a la cuña después de mi accidentado primer día; Edu y Javi se mueven por ahí encima de su tabla con un sombrero ridículo de cascabeles; y Nit ha abandonado hoy al grupo para irse al spa con Beto y Gael porque al levantarse parecía recién salida de 'Resacón en las Vegas' -y no, el gordito gracioso, no. Era como el tío que se tatuó la cara-. Nos ruega piedad y un poco de calma para esa noche, así que nos apiadamos de la novia y solo la obligamos a tomarse un par de cubatas en *Pachá* en el mismo núcleo de Baqueira 1500.

El penúltimo día que pasamos allí, probamos las motos de nieve. Son una pasada. Yo decido que quiero una por mi próximo cumpleaños y Lucas me promete que podemos volver para entonces a disfrutar de un finde solitos en la nieve.

Espera, ¿estamos haciendo planes para dentro de un año? ¿Qué narices me pasa?

Antes de cenar, les pasamos a Nit y Javi su atuendo para salir de fiesta. Para él: una camiseta roja con el característico rayo amarillo de Flash, otra azul marino de manga larga, unos dockers beige y unos zapatos de vestir marrones. Ella: una blusa lila con unos cuellos horribles tipo baby doll, una chaqueta de punto a rayas de colorines, una falda de abuela gris hasta las rodillas, unos leotardos mostaza y unos botines ortopédicos, amén de unas gafas de pasta ridículas. ¿Lo habéis adivinado? Sí, son Sheldon Cooper y Amy Farrah Fowler, una pareja distinta a todos los demás destinados a encontrarse, porque con nadie más podrían ser así de ellos mismos sintiéndose tan parte de otra persona.

Con Javi muerto de la risa y Ana quejándose de que esa chaqueta le

produce picores, ponemos rumbo a Vielha una vez más para despedirnos de la
juerga nocturna de Baqueira rodeados de chupitos y buena música.

Lucas

Como no nos iremos pronto de esta puta discoteca, voy a acabar rompiéndole un brazo a Enzo.

Hace dos horas que entramos en el *Intuition* y el muy gilipollas no ha dejado de intentar acercarse a Jota durante toda la noche. Bueno, en realidad lleva intentando acercarse a ella cuatro puñeteros días.

No hace movimientos descarados, ni saca conversaciones que puedan incomodarla, pero ahí está, poco a poco, hablando con ella en tono casual como si fueran amigos todavía, tratando que olvide que una vez fue un capullo integral.

También me he dado cuenta de que no para de colocarle copas en la mano cada vez que su vaso está vacío. Juro por Dios que como esté intentando emborracharla a propósito... mira, paso. Yo me ocupo de ella. Si acaba como un piojo, al final con quien dormirá será conmigo. Todo sea que tenga que sujetarle el pelo mientras se abraza a la taza del váter.

Decido acercarme a bailar con ella y joderle el rollo al italianito.

Cuando ella me recibe en la pista lanzándose a mis brazos, con esos ojillos de beoda y una sonrisa que solo me dedica a mí, el pecho se me hincha de una manera brutal.

Me lame los labios y yo gimo en respuesta. Al final voy a tener que agradecerle a Enzo que le quite la sed a mi chica.

Se frota contra mí de una forma que hace que mi polla se despierte automáticamente y cierra los ojos mientras se apoya contra mi pecho, restregando su culo contra mis vaqueros.

O me alejo un poco de allí o voy a tener que llevármela al cuarto de baño. Aunque tampoco me parece una mala opción... primero voy a por algo para refrescarme y quizás después se lo proponga, porque ha conseguido ponerme realmente cachondo.

Álex se ríe del bulto que luzco en los pantalones sin ninguna vergüenza y yo solo me encojo de hombros como respuesta. Si no se te pone dura cuando ese ángel se refriega así contra ti, es que debes estar muerto.

Al volver de pedir, distingo una figura que me resulta familiar acercándose deprisa a Jimena. Me aproximo un poco más hasta que me coloco detrás de ella y la veo abrazar al jodido *Aquaman*.

¡No me jodas! ¿Esto es una puñetera broma?

¿Qué hace este aquí?

—¡Qué bueno verte, preciosa!

—Joder, ya es casualidad encontrarnos aquí, tío.

—Y tanto. Es el destino, que nos dice que nos debemos una copa.

Y así, sin más, arrastra a Jota por el mismo camino que yo acabo de desandar para apoyarse con ella en la barra y empezar a gesticular encantado mientras yo aprieto la botella de agua que acabo de pedir tan fuerte que me extraña que no se rompa.

Enzo aparece de la nada a mi lado. No había notado que se acercaba, ni que estaba pendiente de la rubia.

—¿Quién es? —pregunta con un tono de fingida indiferencia que le sale de culo.

—¿Y por qué tengo que decírtelo?

—Tampoco hace falta. Tal y como estás apretando la mandíbula, imagino

que alguien con quien ha follado.

—Enzo, ojito con lo que dices. No querría que la despedida de mis amigos acabase en un hospital.

Los dos nos callamos durante un rato mientras observamos cómo Diego se ríe de algo que ha dicho Jota y aporrea la barra demasiado entusiasmado. En algún momento de la charla, Jimena señala en nuestra dirección y sonrío de medio lado. Quiero pensar que le está hablando de mí.

Por favor, Dios, que le esté hablando de mí.

Enzo gruñe de manera muy audible a mi lado.

—No tienes derecho a ponerte celoso. Lo sabes, ¿no?

—Supongo que no más que tú, que solo te la tiras.

—No voy a entrar al trapo, Enzo, porque ambos sabemos que Jota y yo compartimos mucho más que palabras a media voz pronunciadas entre jadeos.

—Pues igual deberías aclarárselo a ella. Hace un par de días me dijo que no teníais nada serio. —Eso escuece mucho, aunque quiera convencerme de que se lo está inventando, sus palabras se me clavan en el pecho y me lo abren en dos—. Y si no, puede que tengas que comentárselo al mastodonte ese que habla con ella en vez de a mí.

—A él no tengo que decirle nada porque la rubia es muy libre de vivir como quiera. Yo la elijo a ella tal cual es, con su descaro y sus miedos, que gracias a ti son más de lo que querría tener que ahuyentar. Pero a ti sí puedo recordarte que perdiste el privilegio de meterte en su vida cuando la dejaste tirada por otra en uno de los peores momentos de su vida.

—Mira, Don Perfecto, que la cagué bien cagada lo sabemos los dos. Pero la conozco. El enfado no la durará siempre. —De verdad que me cuesta mucho mantener la calma con este gilipollas al lado.

—Creo que eso es lo que no entiendes, tío. El enfado se le pasó hace mucho, pero la decepción y la desconfianza le acompañan siempre cuando habla de aquella época. Lo que me jode de ti, Enzo, es que no comprendes que Jimena no te castiga por cometer un error. Ninguno somos dioses, todos nos equivocamos, ella la primera.

» A Jota, cuando piensa en ese pasado que te empeñas en recordarle, lo que le duele es que no luchaste, que te fuiste, que le engañaste y le recordaste que aquellos a quien se atreve a querer, se van.

» Hace unos meses cambiaste de escenario, pero no de mentira. Tuviste otra oportunidad y la jodiste de nuevo, porque a mí no me vas a contar milongas... tú en Nueva York estabas con Lucía, macho. —La fuerza con la que aprieta los puños mientras me escucha no hace más que confirmarme que tengo razón—. Y ahora llegas aquí, ofendido y celoso a decirme que yo para Jota solo soy un polvo más. ¿Y sabes qué? Que a lo mejor es verdad. No tengo ni puta idea, estoy tan perdido que me da pánico. Con ella voy a ciegas, pero me da igual, porque prefiero vivir acojonado con ella abrazada a mi espalda cada noche que con la seguridad de estar con otra que bese el suelo por el que yo pise pero que no me haga temblar como lo consigue Jimena cuando se ríe contra mi boca mientras me besa.

Suelta una risa falsa carente de humor.

—Eres un capullo que se ha pillado hasta las trancas de una tía que huye sistemáticamente de cualquier problema. Estás más que jodido si te piensas que no te va a dejar colgado en cuanto las cosas se pongan feas. Y se pondrán, porque en una relación siempre habrá mierda, no lo olvides. Quien pinte de rosa todos sus días, miente. En la vida hay demasiado gris.

—Y mucho color a su lado.

Se ríe de nuevo de mí con mucha más rabia de la que quiere dejar ver.

—Puedes burlarte, pero sé que de eso no te has olvidado —continúo, ignorándolo—. Te has perdido la mujer que es ahora. No tiene ni idea de cómo le brillan los ojos cuando recuerda a Yaya. No conoces el ronroneo que se le escapa cuando Sobras se le tumba encima cuando hace frío. Nunca vas a disfrutar de la risa que se le escapa siempre que Lía hace algún comentario soez sobre su último ligue. No has visto cómo llora a escondidas cuando alguno de los niños con los que trabaja la abraza al terminar una clase. Ni vives a diario cómo va dejando caer algunos muros, que levantó hace dos años, a base de caricias y paciencia.

» Así que sí, te has perdido la mujer que es ahora. Pero sé que aún recuerdas que los días con Jimena tienen más luz, porque si no, no estarías tan amargado como estás ahora.

Me dedica una mirada cargada de odio, pero no me amedra. Él escogió ser un cobarde. Él eligió mentir de nuevo a Jota. Él decidió tirar por el camino fácil. Pero soy yo el que paga las consecuencias de esos actos, porque las inseguridades de la rubia son más palpables desde que él volvió.

No tengo que fingir que me cae bien. No creo que nadie en el grupo lo espere. De hecho, estoy siendo más que educado teniendo en cuenta que, de no ser porque es el hermano de Gael, ya lo habría mandado a tomar por el culo en varias ocasiones.

El alivió que sentí anoche cuando Jota se acercó a mí finalmente y me besó delante de todo el mundo -incluido Diego, que nos miraba divertido mientras una camarera pechugona le ponía las tetas en la cara para llamar su atención-, no se puede ni explicar.

Dormí tan pegado a ella que me desperté con los brazos dormidos por

pasar tantas horas rodeándola bajo el peso de su cuerpo. Pero me dio igual.

Cuando me levanto al día siguiente quiero preguntarle si era cierto lo que me dijo Enzo, si de verdad considera que esto es solo un rollo sin importancia. Pensar en ella en brazos de otros tíos me mata. Sé que es en lo que quedamos hace ya unos meses, pero... no sé. Ya no sé si me basta con eso.

Me pego una ducha y me quito esa idea de la cabeza.

En las últimas semanas parezco bipolar. Qué coño, parezco polipolar.

Pienso unas diez veces al día en decirle a Jota que por qué no cerramos la extraña relación que tenemos. Pero luego creo que, si le suelto algo así, se acojonará y me mandará a la mierda, porque no quiere complicarse la vida.

Pero tampoco es que quiera ponerle un anillo en el dedo. Me gustan las cosas como están, solo sería no andar follando por ahí con nadie más. Aunque como no le guste demasiado la propuesta y le asuste, esta es capaz de largarse a Tombuctú, que ya me sé yo cómo funciona su cabeza.

Y encima ahora el imbécil de su ex me ha metido en el coco que puede ser que Jota sí se acueste con otros, aunque no sé cuándo tendría tiempo, porque dormimos juntos casi siempre, y entre el trabajo y las quedadas con el grupo... ¡Yo qué sé! Joder, qué cacao. Me duele hasta la cabeza.

Álex pasa a recogerme por la habitación con los esquís ya al hombro. Vamos a probar un par de recorridos que aún no hemos hecho durante estos días. Ana y Jota probarán con una pista roja que le llamó ayer la atención a la pelirroja.

Pasamos a saludar a Javi, Nuria y Enzo que aún están desayunando. Ga y Beto andan desaparecidos en combate en su habitación y Nuria asegura que por los ruidos que se oían cuando pasabas por su puerta de camino al ascensor, es probable que no bajen en las próximas horas. Para eso no están

convalecientes, los mamones. Se me escapa una carcajada por lo roja que se pone la morenita al mencionarlo, y Álex no puede evitar besarla con un cariño poco habitual en él. Es jodidamente tierna.

Cuando llega la hora de comer, tomamos algo rápido y nos disponemos a hacer maletas, devolver los equipos alquilados y montar todo en el miniautobús.

Pretendíamos salir temprano y ahorrarnos conducir muy de noche, aunque teniendo en cuenta que en invierno el sol desaparece a las seis de la tarde, no sé si lo conseguiremos. Al final, nos retrasamos algo más de lo que pensábamos porque Ana no deja de llorar diciendo que no se quiere ir. Se abraza a las chicas todo el tiempo y les dice que son la hostia y que las quiere más que a nada exceptuando a Javi. Si no fuese porque ya han pasado demasiadas horas y la he visto esquiar con una soltura digna de Blanca Fernández Ochoa, juraría que sigue borracha desde ayer. Esto es un capítulo de exaltación de la amistad ebrio en toda regla.

Esta vez es Enzo el que se ofrece a hacer la primera parte del recorrido como conductor.

Jota y yo nos hemos sentado de nuevo uno al lado del otro en el viaje de vuelta.

Sin necesidad de hablarlo, ella saca los cascos y el móvil y me pasa uno de los auriculares.

La música comienza a sonar y la voz de Steven Tyler retumba en mi oído clara y rasgada, haciendo la mejor declaración de amor que jamás nadie firmó.

*“I could stay awake just to hear you breathing,
watch you smile while you are sleeping,*

*while you're far away and dreaming.
I could spend my life in this sweet surrender.
I could stay lost in this moment forever,
where every moment spent with you
is a moment I treasure.
I don't want to close my eyes,
I don't want to fall asleep,
cause I'd miss you, baby
and I don't want to miss a thing.
Cause even when I dream of you,
the sweetest dream would never do
I'd still miss you, baby,
and I don't want to miss a thing”.*

[“Podría quedarme despierto solo oyéndote respirar,
mirando tu sonrisa mientras duermes,
mientras estás lejos y soñando.

Podría pasar toda mi vida en esta dulce rendición,
podría perderme en este momento para siempre,
porque cada instante que paso contigo
es un momento que atesoro.

No quiero cerrar los ojos,
no quiero quedarme dormido,

porque te echaría de menos, nena,
y no quiero extrañar nada.
Porque incluso cuando sueño contigo,
ni siquiera el mejor sueño evitaría
que te echase de menos, nena,
y no quiero extrañar nada”].

—¿Qué miras? —Me he perdido en mi mundo mientras absorbía la canción y cuando termina noto que Jota tiene la vista clavada un par de asientos por delante de nosotros.

—Nada. Solo estaba pensando que es bonito que esos dos tengan un día como el que están organizando —contesta mirando a Javi y a Ana—. Que se hayan encontrado el uno al otro merece ser celebrado.

—Así que eres una de esas románticas que pase por lo que pase con los hombres sigue creyendo en el amor, ¿eh?

—¿Estás de broma?

—La verdad es que la respuesta empieza a despertar mi curiosidad —confieso.

—Llevo casi doce años absorbiendo el amor de segunda mano que esos dos van exudando por cada poro de su piel. Dentro de poco llevarán más años besándose de los que han estado sin poder tocarse. A pesar de ello, son las dos personas con más complicidad que conozco. Siempre eligen estar el uno con el otro antes que con nadie más si pueden escoger; se ríen tanto juntos que es como si solo ellos entendiesen sus chistes, claro que muchas veces es así; creo que ni siquiera son conscientes, pero se buscan. Para ellos tocarse a cada

instante es tan natural como respirar.

» Es imposible vivir todo eso con ellos y no creer que existe el amor más total y sincero. Solo rezo para llegar a encontrar a alguien que me mire como Javi mira a Nit, estando los dos solos o rodeados de gente.

—¿Y cómo la mira?

—Como si al verla, para él todo en este mundo cobrase sentido.

Como hemos emprendido el camino de vuelta a casa algo tarde, la noche ha empezado a caer. El horizonte se ha coloreado de violetas y rosas que luchan por destacar entre las nubes blancas y el añil que ya acentúa el tono del cielo. El sol se ha tornado en una bola naranja que puede mirarse de frente sin tener que apartar la vista. Eso es lo que está haciendo Jota mientras habla conmigo con la vista perdida en esa imagen.

Y entonces me doy cuenta de una cosa. Yo no sé distinguir entre verde botella o verde hierba, ni sabría ponerle apellido a los colores como hacen a veces las mujeres, pero sí se definir el verde de los ojos de Jimena en ese momento. Es el verde más increíble del mundo.

Y ahí está de nuevo, esa sensación extraña que me ahoga cada vez que pienso en mi rubia, siempre que algo dentro de mí me grita que la toque, que la bese, que no me separe de ella.

Sé lo que es. Nunca he sentido esto antes porque nunca había llegado nadie que despertase esta necesidad en mí, pero no soy idiota. Sé lo que me pasa por mucho que me acojone más que nada en este mundo admitirlo.

De pronto, Jota vuelve de allí a donde hubiese viajado su mente y me ve de verdad. Al hacerlo una sonrisa lenta y perezosa se va dibujando en su cara y un solo pensamiento acude a mi mente: “estoy total y absurdamente enamorado de esta mujer”.

A continuación, otra idea aparece clara en mi cabeza: “estoy completamente jodido”.

Jota

Me levanto a por una manta más porque hace un frío de pelotas en esta casa.

No sé cómo Lucas es capaz de salir a correr con este tiempo de mierda. Al menos ya he descubierto por qué él mantiene ese bíceps coma lo que coma y yo he empezado a notar un poco de carne colgandera debajo del brazo. Unos cinco días a la semana se coloca un pantalón de chándal, una camiseta y unas deportivas (menos mal que no es de los que va con leotardos fosforitos, no creo que hubiese podido acostarme con él después de verlo de esa guisa) y se lanza a recorrer unos cuantos kilómetros hasta un parque donde también hay un espacio con máquinas de esas que yo pensé que solo usaban los señores mayores que echan la tarde entera por allí.

Ya estamos a mediados de enero, pero las temperaturas bajo cero aún no han llegado. Miedo me da pensar en el próximo mes.

Cuando vuelvo a mi posición en el sofá, Sobras no se ha movido ni medio centímetro. Es como un nórdico castaño híper calentito y mimoso, aunque para tener la guitarra encima no es que sea muy cómodo tener su cabezota apoyada en mi rodilla.

Me da pena moverlo porque en el mismo momento en que me ha oído rasgar las cuerdas, ha venido como loco de contento y se ha subido de un salto conmigo, mirándome como pidiendo más; así que aquí estamos los dos, él intentando dormir y yo con el cuaderno y el lápiz apoyados en el brazo del sofá haciendo malabares para que no se caigan.

Desde hace un par de semanas estoy tratando de trabajar en la letra de una

canción para Nit y Javi. Quería que fuese uno de mis regalos para su boda, pero me está costando bastante escribir algo bueno. No quiero hacer cualquier chapuza.

Lo que pasa es que ya me he dado cuenta en un par de líneas que cuando logro juntar algo decente no estoy contando la historia de mis amigos, sino que es Lucas quien se empeña en pasearse por mi cabeza mientras tarareo.

Cómo reaccionó con sus amigos cuando aquellos cabrones los atacaron. La forma en que besa a su madre en la mejilla y el cariño que noto en su voz al hablar de sus hermanas. El momento que compartimos en el viaje de vuelta de la despedida, cuando me pareció que me miraba... no sé... como viéndome por primera vez.

Todos esos instantes se reproducen una y otra vez en mi cerebro y mi mano se empeña en escribir algo que siento que no debería salir tan natural.

Miro de nuevo la partitura y las notas que he añadido en la última media hora.

Bueno... puedo intentar ver cómo suena.

*A veces no sé diferenciar
cuándo eres tú y cuándo tu ángel malo
Si me muestras un disfraz
al enredarte entre mis brazos*

*Pero cuando se acaban las bromas
cuando solo quedamos nosotros
las risas se disuelven*

entre cuerpo sudorosos

*Y creo que te conozco,
que comprendí tu papel,
y que puedo entender cada dibujo
que descubro en tu piel*

*En mí hay una niña un poco asustada
que solo busca entender
Porqué contigo es diferente
si hasta hoy nunca lo fue*

Me detengo porque Sobras pega un salto que hace que todo salga volando. Me dispongo a reñirle cuando veo a Lucas apoyado en la pared, mirándome con los ojos entrecerrados y el pelo empapado.

Entiendo que está lloviendo y no ha podido hacer su rutina habitual, pero de pronto me siento muy expuesta pensando que me ha escuchado.

No sé si para él es obvio que hablaba de nosotros, pero me cabrea que me espíe de esa forma. La música, mis letras, son algo muy mío, que no suelo mostrar a nadie, porque cuando lo hago me siento vulnerable y expuesta, como si mostrase un trozo de mi corazón que no me permito enseñar a menudo.

Él se acerca al sofá y se sienta en el suelo para evitar mojarlo todo. Ninguno se decide a hablar y los nervios empiezan a agarrarse a mi estómago. Puede que le haya enfadado escucharme.

Por primera vez en muchas semanas siento que no sé leerle, y eso me

inquieta.

—¿Es tuya? —Se dirige a mí mirando la partitura.

—Sí, y no deberías escuchar a escondidas.

—No lo hacía. No he entrado a hurtadillas ni nada por el estilo. Supongo que estabas concentrada y por eso no me has sentido.

—Me da igual, Lucas. No me gusta que me escuches componer. —Sé que sueno enfadada y que él no termina de entender por qué.

—¿Por qué?

—Pues... porque no. Porque es algo solo para mí. Porque me abro mucho y no me siento cómoda si hay más gente.

—Ya te he oído cantar más veces, rubia. De hecho, me gusta mucho hacerlo.

—Pero esto no es igual. Son mis pensamientos, mis vivencias y... ¡que no me gusta!

—Perdona. No quería hacer que te sintieras mal. —Me parece que a él también le avergüenza la situación, lo que hace que me ablande un poco.

—No pasa nada. Es solo que... bueno, estoy un poco bloqueada, no sé cómo seguirla. Y... además, —dudo si compartir esto con él, pero algo me dice que debería— hasta ahora solo me habían visto crear algo mis padres y Yaya. Sé que puede parecer una bobada o que no lo comprendes, pero para mí es algo íntimo y especial.

Asiente despacio, como si entendiese lo que le digo.

Supongo que es así porque Lucas tampoco es una persona que se abra fácilmente. A lo largo de estos meses me ha contado mucho sobre él y yo he ido uniendo piezas y formando una imagen completa del puzle, pero tiende a

guardarse lo malo, lo que le daña, aquello que podría hacerle débil ante otros.

—Jota, ¿alguna vez te he hablado de mi padre?

La pregunta me coge tan de sorpresa que solo soy capaz de negar, sin darme cuenta de que él está de espaldas a mí, apoyado contra el sofá, y que no puede verme hacerlo.

Empieza a hablar sin que yo le insista, como si llevase un tiempo queriendo quitarse ese peso y hubiese encontrado la fuerza para hacerlo después de que yo le mostrase ese aspecto mío algo más frágil, un poco menos acorde a la Jota alegre y loca de siempre.

—Crecer en una casa donde eres el único chico te une de una manera especial a tu padre. O en mi caso, al menos, fue así. Siempre sentí que él y yo teníamos una conexión especial. Jugaba conmigo, se preocupaba por cualquier tontería que a mí me pareciera importante, me aconsejaba y me hacía sentir mayor. Cuando hablaba con él, nunca me trataba como un crío, sino como a un colega más. Uno con el que compartía todo. Secretos incluidos.

» Por eso cuando una tarde me metí en una pelea en el colegio y me mandaron a casa castigado, acepté no decir nada a mi madre al descubrirle con otra mujer en su cama.

» Yo tenía once años. Sabía de sobra que aquello no estaba bien, que era un engaño que destrozaría a mi madre, pero me callé. Me callé porque me aterrorizaba contarle todo y que mi padre se tuviese que marchar. No quería perderle y él me juró muchas veces que había sido una tontería, que era algo que solo sabríamos él y yo y que mi madre no tenía por qué disgustarse a lo tonto por algo tan nimio.

Noto lo mucho que le cuesta hablar de ello. Coge aire cada poco y suelta frases de seguido para obligarse a no parar.

Me acerco al borde del sofá y le acaricio la nuca, solo para que sepa que sigo aquí, que le escucho, que no me voy a ningún lado.

Él continúa sentado en el suelo, de espaldas a mí. No intento conseguir que me mire al contarme todo esto, porque sé que no está preparado y que si le obligo a hacerlo, puede ser que no encuentre las fuerzas para continuar.

—Pero entonces empecé a fijarme más en la relación que mantenían mis padres.

» Apenas se tocaban, ¿sabes? Ella intentaba acercarse a él muchas veces, pero la apartaba sistemáticamente. Cada vez me sentía peor por guardarme lo que sabía, pero cuando me quise dar cuenta, había pasado casi un año y no sabía cómo reconocer ante la mujer que más quería en el mundo que la había traicionado de ese modo. Así que seguí en silencio, hasta que vi a mi padre besando a una mujer diferente en la calle una tarde.

» Me hervía la sangre mientras iba hacia casa. En cuanto crucé la puerta, se lo conté todo a mi madre. Ella lloró tanto que pensé que se me partiría el alma allí mismo.

» Cuando papá apareció por casa, le echó en cara toda la mierda que yo le había contado hacía apenas un par de horas. Ella estaba histérica y él la gritaba tan fuerte que Leire y Lía aparecieron en mi cuarto con pánico dibujado en la cara. Sin decirme nada, se metieron en la cama conmigo y las acaricié la cabeza hasta que se quedaron dormidas.

» Al día siguiente, mi madre me juró y perjuró que todo estaba bien. Pero ya nada volvió a estarlo.

» Ellos discutían a menudo. Los gritos se convirtieron en una constante en mi casa.

» Mi padre faltaba al respecto a mi madre cada dos por tres. La insultaba

hasta delante de nosotros. Dejó de disimular que le importaba algo la mujer con la que se había casado y a mí me retiró la palabra por haberle confesado la verdad.

Empiezo a entender mejor la forma de interactuar de Lucas con las mujeres. Ese afán por no intimar demasiado con ninguna, por miedo a que una relación de verdad suponga acabar como sus padres. Que querer a alguien se convierta, con el tiempo, en una rutina de gritos e indiferencia, porque el amor no baste. Porque se acabe y solo sepáis haceros daño.

Suspira con pesar antes de continuar.

—La primera vez que vi a mi madre con el labio partido me quedé tan paralizado que no estoy seguro ni de cómo conseguí llegar al colegio ese día.

Mi mano detiene la caricia que estoy regalándole a Lucas por el impacto de esa confesión, pero me obligo a reanudar el movimiento para que él no se sienta incómodo, aunque no puedo evitar que mis manos, de pronto, estén heladas.

—Intenté hablar con ella, pero solo conseguí que se cerrase en banda y me repitiese, como un mantra, que todo estaba bien, que solo era una mala racha.

» Los golpes en el cuerpo de mi madre cada vez eran más frecuentes y más visibles. Los gritos se sucedían casi a diario. Lía comenzó a dormir conmigo a menudo y Leire se transformó en una niña muy taciturna.

» Yo tenía ya trece años cuando vi a mi padre ponerle una mano encima a mi madre.

» Estaban discutiendo en su habitación y escuché un sonido muy fuerte, como si un objeto duro hubiese impactado contra el suelo. Me asusté. Me asusté de verdad por mi madre. Así que no lo pensé y eché a correr hacia su cuarto. Cuando abrí la puerta, ese animal la tenía agarrada por los pelos

mientras ella chillaba del dolor arrastrándose por el suelo.

» Se me nubló la vista. Embestí contra él con toda la rabia que me sacudía el cuerpo. Supongo que no se lo esperaba, porque a pesar de la altura y los kilos que me sacaba, conseguí derribarlo.

» Me coloqué sobre él y empecé a golpearlo de la forma más brutal que pude. Las lágrimas me nublaban la visión, así que ni siquiera sé dónde estaba atizándole. Cuando apenas llevaba unos cuantos golpes, consiguió agarrarme por las muñecas y me elevó en el aire. Me pegó con la mano abierta pero, del revés, la ceja empezó a sangrarme muchísimo y me mareé hasta perder casi el conocimiento.

» Solo recuerdo la mirada horrorizada de mi padre al verme sangrando en el suelo. Mi madre me sacó de allí como pudo y me sujetó contra su pecho hasta que él se marchó. Solo puedo dar las gracias al cielo porque ese día mis hermanas no estuvieran en casa.

Agacha la cabeza y se la sujeta entre las manos, escondiéndola entre las rodillas.

Su voz se torna cada vez más grave y parece realmente cansado.

—Supongo que mis heridas fueron lo que hicieron reaccionar a mi madre, porque ese mismo día recogió unas cuantas cosas nuestras y nos marchamos a casa de una amiga suya.

» Librarse de él fue más sencillo de lo que yo esperaba. Supongo que le importábamos ya una mierda y que lo único que quería era perdernos de vista cuanto antes. Mamá consiguió una buena pensión para nosotros en el divorcio, aunque toda su vida se mató a trabajar como una mula para que no nos faltara de nada. Creo que siempre se culpó por lo que hizo él, por no haber sabido elegir un padre mejor para nosotros o algo así.

» Y yo siempre me eché la culpa por elegirlo a él en vez de a ella cuando tuve que demostrar mi lealtad.

—Lucas, eras un niño de once años. No elegiste a nadie. Simplemente, no sabías que hacer. Tenías miedo, cielo, eso es normal.

—Le fallé Jota. Fallé a mi madre.

—No es cierto. —Le obligo a girarse, porque ahora sí necesito que me mire a los ojos cuando le diga esto, que vea la verdad en ellos, aunque me mate un poco por dentro ver lágrimas en los suyos—. Cariño, tú no elegiste a tu padre. Escogiste la opción que creías que los mantendría juntos. No puedes culparte por querer tener unos padres que se quisieran. Todos los críos del mundo ansían eso.

» No quiero ni imaginar el infierno por el que pasasteis todos. Ningún niño de trece años debería tener que enfrentarse a algo así, y tú lo hiciste, por ella. Os elegisteis el uno al otro. Os marchasteis de esa casa con tus hermanas para ser felices, para que tu padre no arruinase vuestras vidas, así que no permitas que lo haga, Lucas. No te culpes por algo de lo que solo él fue responsable.

Deja que una lágrima se resbale por su mejilla y yo se la limpio con un beso que se me antoja más íntimo que todo lo que hemos hecho en el dormitorio hasta ahora.

—Gracias.

Me dedica una sonrisa triste y le permito girarse de nuevo.

Se queda en silencio, perdido en sus recuerdos y su dolor. Y yo me ahogo pensando que no sé cómo traerlo de vuelta.

Se me ocurre que compartir algo importante para mí con él puede ser un paso.

—¿Quieres ayudarme a terminar la canción?

Me mira sorprendido, pero cuando veo una sonrisa abrirse paso entre su ceño fruncido sé que la vergüenza que puedo pasar si descubre que la letra habla de él, habrá merecido la pena.

—Me encantaría.

—Bien. Puedo volver a cantar los párrafos que tengo hasta ahora y me dices cómo seguirías tú la historia, ¿te parece?

—Claro.

Se levanta para colocarse en el otro extremo del sofá, sentado sobre su propia pierna. El cojín no tardará en mojarse, pero a ninguno nos importa.

Me mira muy serio y a mí me empiezan a sudar las manos. Es posible hasta que suelte algún gallo mientras canto.

Al terminar levanto las cejas en su dirección, como dándole permiso para que me diga qué opina.

Lo noto concentrado y juraría que en su mirada hay algo parecido al deseo.

Después de dos minutos sin decir una palabra, los nervios me pueden.

—Bueno, ¿qué te parece?

Continúa en silencio cerca de otro minuto antes de suspirar y atreverse a hablar.

—Creo que él también está asustado.

No me esperaba esa respuesta.

Aspiro hondo, despacio. Me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio tan fuerte que acabaré haciéndome daño.

—¿Y por qué iba a estarlo él?

—A lo mejor no sabe llegar a ella, aunque quiera hacerlo.

» A lo mejor está acojonado porque ella sí le conoce... y es la única que lo

ha hecho. Pero quizás le gusta tener miedo, porque significa que hay algo nuevo por lo que quitarse ese disfraz del que hablas.

» A lo mejor solo espera escuchar un “te quiero” para poder responder un “y yo a nosotros”.

Se me seca la boca y el corazón empieza a latirme tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

No sé si estoy lista para mantener esta conversación, pero no quiero que Lucas se calle. Quiero que me siga mirando como lo hace ahora durante mucho tiempo, con esa mezcla de apetito y ternura.

—¿Y yo a nosotros?

—Sí. Quizás a él lo que le guste de verdad es cómo son juntos, en lo que se convierten cuando son solo ellos en el mundo.

—¿Qué crees que son entonces?

Me mantiene la mirada unos segundos antes de contestar, consiguiendo que deje de respirar durante unos instantes.

—Mejores.

Jota

Gael avisa el miércoles de que ese fin de semana hay fiesta en su casa. Bueno, creo que sería más correcto decir que nos lo comunica Javi de parte del muy cobarde.

El motivo de la reunión es poder despedir a Enzo, que vuelve a Barcelona el domingo. Imagino que Ga ha creído que, si era Javi el que nos lo decía a Álex, a Nit y a mí, no nos negaríamos a ir.

La verdad es que yo no pensaba decir que no de todas maneras. El día que hablé de verdad, de corazón, con mi amigo mientras él me miraba desde la cama de un hospital con una disculpa en los ojos por haber avisado de ello a su propia familia, me juré que iba a conseguir tener una relación cordial con Enzo. No pienso volver a poner en una situación tan incómoda a mi propio hermano.

Durante media vida la gente de mi entorno me ha protegido de todo aquello que pudiese hacerme sentir mal. Supongo que pensaron que ya me había tocado llorar bastante en mi vida, pero ¿sabéis qué? A la gente buena le pasan cosas malas cada día. Es injusto. Qué coño, es una mierda. Pero no se aíslan, no dejan que los demás carguen con sus maletas. Y yo no quiero seguir permitiendo que mi gente aparte de su vida cosas importantes por ahorrarme lágrimas a mí. Ellos son motivo más que suficiente para que yo sea feliz.

El día que fui consciente de ello, sentí que respirar me costaba menos, que había una sonrisa tirando de mis labios, tozuda y enorme, resistiéndose a abandonarme. No supe de dónde llegó ese hormigueo que se me instaló en el estómago y que hizo que sintiese un latigazo de orgullo por lo que era mi vida, pero sí supe que quería que se quedase en mí para siempre. Y me di cuenta de

que, al final, la vida es eso; rodearte de sueños y de gente que te hace cosquillas en el alma, consiguiendo que reír sea algo tan natural en ti que acabe formando parte de quién eres.

En todo ello estoy pensando cuando Nit me aborda en el descanso de la mañana en la escuelita quejándose de lo poco que le apetece tener que hacer el paripé ese sábado en casa de Beto y Gael.

A mí se me escapa una risilla al verla tan niña, tan refunfuñona.

—De muy buen humor estás tú hoy. ¿Ha caído uno mañanero? —se interesa Ana entre risas.

—La verdad es que sí, pero no es eso. Es solo que me hace gracia verte sacar morritos ante la posibilidad de una juerga.

—Eso es porque el homenajeadito me parece un pazguato.

—Pazgu... ¡madre mía! Con lo que se te llena la boca con un buen “gilipollas” y tú ahí, usando palabras del Medievo.

—Gilipollas.

—¿Ves? —Ambas rompemos a reír como las bobas que somos—. Ahora en serio, Nit, pórtate bien. Sabes que para Gael no es algo que le resulte fácil, vamos a echarle una mano. Para él tiene que ser duro despedirse de su hermano después de tenerlo por aquí tres semanas enteras.

—Muy madura te veo yo a ti con este tema.

Me hincho como un pavo real con el halago porque yo también creo que estoy siendo muy elegante gestionando mi pseudo-amistad con Enzo. Supongo que buena parte de ese cambio se debe a que esta vez, cuando lo vi de nuevo, caí en la cuenta de que la sorpresa de encontrarlo allí con Lucía era mucho mayor que el dolor por tenerlos cerca, por verlos como una pareja real.

Durante las últimas semanas he sido capaz de acordarme de vez en cuando

de todo lo que nosotros compartimos y sonreír al hacerlo. Es cierto que eran ese tipo de sonrisas tristes, de las que te hacen soltar un pequeño bufido de medio lado al dejarlas ir, pero cada una estaba teñida de... cariño. Sí. Tenían un trasfondo bonito, y ser capaz de asociar lo que viví con Enzo con algo más allá del recuerdo de Lucía y él follando en su salón, de la sensación de una nueva pérdida, me hizo feliz.

Estoy regodeándome en mi recién estrenada madurez cuando la pelirroja tiene que soltar algo para fastidiármelo.

—Me pregunto si el *Ink Master* no tendrá más que ver en ello de lo que os permitáis reconocer.

—No es nada de eso, lista. Es solo que cuando estoy con Enzo ya no pienso en lo que nos perderemos por lo que pasó, sino que me alegro de haber podido sentir todo aquello junto a él. Fueron meses muy bonitos, sentimientos increíbles que no merecen empañarse solo porque ese amor no fue un “para siempre”.

Ana me mira con algo parecido al orgullo en sus ojos, que se han empañado un poco.

Se acerca despacio y me abraza tan fuerte que me parece escuchar como otra de las cientos de piezas en las que me rompí hace algo más de dos años, se encaja de nuevo dentro de mí.

—No sabes cuánto me alegra tenerte de vuelta.

—No seas melodramática. Hace ya cinco meses que volví, Nit.

—No del todo, Jota. No del todo. Pero supongo que has estado dando los pasos que tenías que dar, porque te miro y hoy sí veo a mi Jimena, la fuerte, la risueña, la que siempre quiere comerse el mundo a bocados grandes y con un daikiri para pasarlos. —Me habla mientras aún rodea mi cuerpo con sus

brazos, pero al decir la siguiente frase levanta la cabeza para mirar por encima de mi hombro y señalar a un rubito que nos observa curioso y con la comisura del labio algo levantada—. Pero te recordaba más valiente, cariño. Nunca tuviste miedo de reconocer lo que sentías por nadie. Espero de verdad que no empieces ahora, porque no os lo merecéis.

El sábado llegamos a casa de los chicos con mucho alcohol y las mismas ganas de pasarlo bien.

Nos sentamos en círculo en el salón y bebemos a sorbitos pequeños, con música bajita de fondo y hablando tranquilos. Pero claro, en este grupo la medida nunca ha sido una más.

A la media hora estamos todos gritando para hacernos oír por encima del de al lado, con la tercera copa mediada y contando anécdotas humillantes de cualquiera que no sea uno mismo.

Edu se descojona recordando el día en que Álex estaba tan pedo que pretendía encenderse un cigarro en la vitro eléctrica de la cocina. Beto compite con él compartiendo el vergonzoso momento en el que Gael se quedó sin bañador en una piscina pública por tirarse con demasiado ímpetu desde un trampolín. Y Nuria, que ya va un poco pedo, se tira piedras sobre su propio tejado narrando la vez, hace tres años, que se enrolló en una discoteca con un tío con bermudas y chanclas que resultó tener 17. Después de eso nos pasamos otra media hora llamándola asaltacunas y partiéndonos de risa cada vez que ella recuerda lo que duró el chaval entre las sábanas y su chico se cabrea por la comparación que hacemos todos entre burlas.

¿Habrás algún grupo de amigos en el que, juntándose más de tres personas de fiesta, no se acabe hablando de sexo después de diez minutos de charla

insulsa?

Me levanto a por hielos con la voz de Nit de fondo rogando a Nuria que nos cuente más sobre el yogurín. Puede que hoy consigamos que Álex pruebe una viagra solo por dejar el listón más alto que el pipiolo.

Mientras estoy inclinada sobre el congelador, siento un cuerpo que se me pega por detrás. Supongo que el rubiales se ha puesto tontorrón con tanta historia porque lo noto algo excitado pegado a mi costado.

Al erguirme con una sonrisilla excitada en la cara me encuentro de frente a Enzo y se me escapa un “¡joder!” más hosco de lo que pretendía, pero es que no me gusta que me aborde así. Es algo que ya le he dejado claro y que parece que él prefiere ignorar sistemáticamente, lo que me hace desconfiar aún más de que los meses que pasamos juntos no jugase de la misma manera con alguna otra.

—¿Qué narices haces?

—Solo venía a ver si necesitabas ayuda.

—¿Con un bol de hielo? Sí, por favor.

Un lado de la boca se le eleva en respuesta a mi bordería.

Se me olvida que a Enzo siempre le gustó ese punto mío de tía contestona.

Se acerca un poco más y me acorrالا contra la encimera. Sin dejar de mirarme, levanta un brazo y abre un armarito de donde saca una bolsa con algo de picar. Se pega tanto a mi cuerpo que noto perfectamente su erección pegada a mi estómago.

Lo aparto de un empujón y lo miro con disgusto, porque yo quiero hacer las cosas bien e intentar que seamos... bueno, no sé muy bien el qué porque tampoco creo que pueda ser una amiga normal para Enzo.

—No te voy a seguir el juego. Y me parece la hostia que vengas con estas

estando en la habitación de al lado mi...

—¿Tu qué? —me reta.

—Lucas. —Se ríe con cinismo al ver cómo reculo.

—Sí, eso me parecía. Reconozco que el jueguito con el rubito tatuado te está durando más de lo que esperaba.

—No estoy jugando con él, Enzo.

—Ya, pero al final es tu... “nada”. Lucas, solo Lucas. ¿Verdad?

Aprieto tanto los labios que se convierten en una línea amarilla casi invisible.

No hemos vuelto a hablar de lo que pasó el día que me pilló componiendo y me habló de su padre. De lo que podría significar el final que él le dio a mi canción, y no lo hemos hablado porque yo he evitado hacerlo.

He notado un cambio en la forma en la que me mira Lucas, en cómo tiembla cuando lo beso después de follar como animales. Y me asusta muchísimo aceptar que reconozco el sentimiento que me embarga cuando me abraza cada mañana en la cocina antes de coger su café y darme un beso distraído en la sien, porque ese hormigueo me es familiar.

Pero el tsunami que golpea mi estómago cada vez que él me habla de un futuro en el que me incluye, me es desconocido y aterrador, porque nunca fue tan fuerte con nadie más.

Esquivo a Enzo dispuesta a salir de la cocina, pero él me detiene y cambia de táctica.

—¿Sabes de qué me he acordado yo ahí dentro mientras todos hablaban sin parar? De aquel día en el embalse de San Juan. He recordado cómo era entrar en ti rodeados de agua, con la gente mirando, imaginando lo que hacíamos porque tú eras incapaz de controlar los jadeos.

Se ha acercado de nuevo a mí, cubriendo todo el espacio con su presencia. Tiene la mano en mi cintura y la cara tan cerca de la mía que noto el alcohol en su aliento mientras me provoca con palabras sucias.

Ambos hemos bebido ya unas cuantas copas y sé que tengo que frenarlo antes de que considere mi silencio un permiso tácito para seguir.

—Basta.

—¿Por qué? Te conozco, Jota. Sé de sobra que, si ahora me dejaras tocarte, te encontraría mojada.

—Pero no eres tú quien quiero que me toque.

—Mentira. —Intenta acercarse y lo freno como puedo.

—No, no lo es. Que me atraes no es un secreto. Que follar contigo era la hostia, tampoco. Lo que parece no entender es que divertirnos juntos así ya no es algo que me atraiga. Si Lucía no sabe ponerte cachondo no es problema mío, pero déjame al margen de lo vuestro. Tú y yo vamos por separado, Enzo. Métetelo en la cabeza.

—Creo que ahora mismo prefiero tener la cabeza metida en otro sitio. Entre tus muslos me parece un buen lugar.

Baja la voz y me susurra aquello en mi oído, con un tono oscuro que siempre consiguió que mi cuerpo respondiera ante él en el pasado. Pero ahora... nada. Solo lo siento como algo que no debería permitirle, porque no tiene derecho a decirme todo esto, porque no es él quien consigue encenderme con solo tocarme.

Voy a decírselo cuando una voz me interrumpe. Me volteo para ver a Lucas apoyado en la jamba de la puerta con la mirada oscura y la cazadora puesta.

—Perdón por la interrupción. Solo vengo a por los hielos, que hace ya rato que la gente está bebiendo caliente solo por no molestar. A mí, como me la

pela joderos el rollo, me da más igual pasar a por ellos. Los cojo y seguís a lo vuestro.

Agarra el bol que empieza a ser más agua muy fría que cubitos congelados y sale de allí. Intento ir detrás de él, pero Enzo me para. Le doy un manotazo en el pecho y lo insulto, pero escucho la puerta cerrarse antes de que él me suelte las muñecas para poder alcanzar a Lucas.

Me encaro con quien ha provocado todo aquello y lo miro con odio.

—No te voy a dejar que te pires otra vez, joder. Habla conmigo, Jota.

—¡Que no hay nada de lo que hablar!

Noto la desesperación que me provoca intentar explicárselo otra vez, porque es como dar contra un muro que no quiere escucharte.

—Ese es tu problema, ¿sabes, Jimena? Te crees que las cosas se arreglan dejando de hablar. Huyes de forma automática siempre que algo no sale como tú esperas, pero es que es insostenible estar a tu altura, porque siempre quieres más.

» Esperas todo de la vida. Un estado de felicidad perpetua que es absurdo. En la vida surgen problemas y a la hora de la verdad es imposible estar a tu lado porque cuando algo se tuerce dejas atrás a cualquiera por protegerte tú.

» Siempre quieres que te salven, pero luego te encierras en ti misma y hay que llegar hasta ti abriéndose paso a base de machetazos. Y eso cansa, Jota. Cansa muchísimo.

—Mira, eso no te lo voy a negar. Y te tengo que dar las gracias, porque gracias a tu cobardía y a lo jodida que me dejaste, aprendí a cambiarlo para poder estar bien conmigo misma.

—No te engañes. La gente no cambia. De hecho, compadezco a Lucas. No creo que tarde demasiado en comprobar lo mal que lo puedes pasar cuando te

enamoras de alguien que nunca se permite necesitar a nadie.

—No te engañes tú, Enzo. Hablas mucho de amor, pero tú no me quisiste. No bien, al menos. Me costó mucho entender cómo pudiste pasar de jurarme que era la mujer de tu vida a acostarte con la que considerabas que era quien más daño te había hecho en ella. Hasta que me di cuenta de que tú no te entregas, solo te dejas querer. Por Lucía, por mí...

» Lo nuestro fue fácil y bonito, pero solo porque nos entendimos desde el principio. Nos divertimos, compartimos mucha cama y pocos planes. No esperábamos lo mismo del mañana y lo dejamos pasar porque pararnos a hablar de ello implicaba afrontar que podríamos haber corrido demasiado, yo buscando una familia que me faltaba y tú huyendo de un dolor que aún no había desaparecido del todo.

—Eso no es cierto. No simplifiques lo que fuimos en eso. Yo te quise mucho.

—¿No te das cuenta? Tú mismo hablas siempre en pasado al recordarlo, Enzo. A veces es más difícil olvidar el futuro que uno imaginó junto a alguien que el pasado que compartieron. Déjalo estar, porque en las últimas semanas te has comportado como el cabrón que sé que no eres. No eres malo, Enzo, pero cuando estamos juntos nos convertimos en personas peores de lo que de verdad somos, porque queremos herirnos por no saber querernos ya.

» Nosotros fuimos algo grande que se terminó cuando, sin querer, yo te hice sentir pequeño. Siento haberme alejado cuando murió Yaya. Siento no haber necesitado guarecerme en ti como tú querías. Siento no haber sido quien tú esperabas. Pero o dejamos de tensar la cuerda, o al final se romperá y terminaremos odiándonos de verdad, Enzo. Y yo no quiero odiar a quien he querido tanto.

Hemos ido bajando el tono.

La discusión se ha convertido en algo tranquilo, lleno de pena, pero tranquilizador de alguna manera.

Estamos hablando de verdad, por fin. Dejando ver cómo nos sentimos, el daño que nos hicimos. Es liberador poder hacer ver a Enzo que mi huída no se debió solo a una infidelidad.

No le echo toda la culpa a él de lo que nos pasó. Sé que estar conmigo podía ser difícil, que mi empeño por estar sola cuando el vacío me llenaba es complicado de manejar sin dañar hombrías, pero estoy intentando cambiarlo.

Creo que consigo que él vea que una relación real es algo más que dejar pasar los días permitiendo que otra persona te lleve, sin más, sin decidir si es lo que tú deseas.

Nos quedamos un rato en silencio, asimilando cada uno que el ‘nosotros’ que hace tiempo compartimos ya nunca volverá a conjugarse en plural.

Cuando decido que ya hemos dicho lo que ambos necesitábamos oír, me despido de él con un abrazo algo frío y prometemos que aprenderemos a mejorarlo, a hacerlo un poco más real.

No nos volveremos a ver antes de que él coja un avión mañana por la tarde y los dos lo sabemos.

Me disculpo con mis amigos y me marcho de allí esperando que Lucas también quiera escuchar lo que tenga que decirle.

El problema es que no tengo ni idea de qué es.

Abro la puerta de casa con las manos algo temblorosas. Estoy más nerviosa de lo que recuerdo haber estado en toda mi vida.

Ese es parte del problema con Lucas, que la mayoría de las cosas que siento con él son nuevas, intensas y desconcertantes. A su lado me descontrolo, me siento más viva, pero también más perdida que nunca.

Oigo ruido en su habitación y abro la puerta con cuidado.

Me quedo de piedra cuando lo descubro metiendo ropa en una bolsa de deporte.

—¿Qué haces?

—Me voy unos días a casa de mi hermana —me responde sin mirarme.

—Pensé que la que tendía a salir disparada ante cualquier cosa que la incomodase era yo —intento bromear.

—Bueno, supongo que no tienes ese derecho en exclusividad.

Su tono es más hosco de lo que esperaba y eso me deja algo noqueada.

Imaginaba que estaría algo enfadado, pero no ha pasado nada. No puede irse así.

—Solo estaré allí unos días, —repite— pero de verdad que creo que nos vendrá bien. Yo... no sé. No pienso bien contigo tan cerca. Pasamos demasiadas horas al día juntos y... creo que eso hace esto algo irreal. Ya no sé qué es de verdad y qué estoy imaginado, porque a veces tengo la sensación de que los dos estamos en el mismo punto, pero luego viene el subnormal ese y...

—Lucas, lo he discutido con él. De verdad que lo hemos aclarado todo. Él, creo que lo necesitaba. Necesitaba saber que no queda nada de lo que una vez compartimos para poder seguir adelante y por eso me picaba, para conseguir que me parase a hablar con él y que pudiesem...

—No tienes que contármelo. Te lo dije una vez y te lo repito ahora: no me debes ninguna explicación.

Coge la pequeña maleta que ha preparado y se encamina hacia la puerta con la correa de Sobras de la mano y él pegado a sus pies.

Lo veo llamar al ascensor con un nudo en la garganta que no me deja tragar. Todas las partes de mi cuerpo me piden que le pare, que le suplique que se quede conmigo, que le explique que no se imagina nada, que hay algo a lo que no me atrevo a poner nombre, pero que está ahí y que es solo suyo, porque es el único que ha conseguido despertarlo.

Pero veo sus hombros caídos, su mirada cansada, su pelo revuelto de pasarse las manos por él con nerviosismo. Y creo que quizás yo me muera porque se quede conmigo, pero que él necesita ese respiro hasta que esté segura de poder darle lo que merece.

—¿Y por qué siento que quiero dártela? —le respondo a su última afirmación. Suspira con los ojos cerrados y se para un momento antes de desaparecer en el ascensor.

—Yo sé por qué quiero explicarte cualquier cosa que me pase, Jota. Sé por qué eres la primera persona en la que pienso cuando me ocurre algo bueno o lo peor que pueda imaginar. Sé por qué te busco antes que a nadie más. Sé por qué un día de mierda se convierte en uno bueno al verte. Sé por qué ya no puedo conformarme solo con acostarme contigo si no puedo tenerte entera después. Pero no puedo contestar por ti a eso.

» Yo tengo mis respuestas. Supongo que este tiempo puede venirte bien para ver si quieres y eres capaz de encontrar las tuyas.

Enzo

Siempre había oído que hombres y mujeres afrontan de maneras muy diferentes una ruptura.

Ellas sufren mucho más durante los primeros meses. Se vuelven más emocionales, lloran a menudo, dejando que el dolor las limpie. Pero todos sabemos que las mujeres son más fuertes de lo que la sociedad quiere vendernos a veces. Y es por eso por lo que también saben sobreponerse y aceptar el fin de un amor más rápidamente que nosotros.

Los hombres, después de perder a alguien a quien hemos amado, tendemos a volver a la adolescencia. Salimos, nos emborrachamos, nos juntamos de nuevo con aquellos amigotes a los que hacía meses que no veíamos, y ligamos cuanto podemos. Pero cuando la fiesta termina, las luces se apagan y la soledad nos golpea con más fuerza.

Algo así viví tras terminar con Jimena.

Retomar mi relación con Lucía resultó sumamente fácil al principio.

Ella me reafirmaba continuamente en la decisión que había tomado. Sacó a menudo el tema de Jota, solo para poder asegurarme que fue la rubia quien me había arrojado a sus brazos. Por alejarse, por no dejarme cuidarla, por no necesitarme como yo quería que lo hiciese.

A mí, las palabras de Lucía me calmaban y me hacían sentir que no había sido tan cabrón como Jota lo había querido pintar. Que la culpa estaba repartida. Qué coño, hasta llegué a pensar que ella era mucho más culpable que yo por no hacer aquello que yo había esperado que hiciera.

Me dejé querer, porque era muy fácil hacerlo. Lucía se esmeró de verdad

por compensar los errores que había cometido en el pasado. Fueron meses de mucho y muy buen sexo, de halagos que no me había ganado, y de sonrisas que creí sinceras.

Pero a medida que fue pasando el tiempo, la venda cayó sola. Me marchaba a la cama y allí, sin conseguir conciliar el sueño, con una mujer preciosa pegada a mi espalda, me daba cuenta de que la mentira que quería construir se derrumbaba sin ayuda de nadie que la empujara.

Seguía con Lucía por inercia. Porque no quería quedarme solo de nuevo. Pero las infidelidades no tardaron en llegar. Me sentía vacío, y trataba de comprobar si enterrado en el cuerpo de otras volvía a temblar como lo hice al principio con la mujer que dormía cada noche a mi lado o con la que me rompió el corazón en lo que ya me parecía otra vida.

Todas esas mentiras solo me sirvieron para sentirme aún peor conmigo mismo y para darme cuenta de que había jodido una relación que ya empezaba a flaquear por otra que no iba a conseguir resucitar por muchas ganas que le pusiera.

Y es que, seamos sinceros. Lo mío con Jota no se desmoronó cuando me follé a Lucía. La primera voz de alarma la escuché cuando ella me habló de hijos.

No he querido niños jamás. Nunca. Cuando ella me dijo, con la ilusión pintada en su rostro, que ser madre era uno de los sueños de su vida, no tuve cojones a decirle que eso nunca pasaría conmigo.

No quería perderla, así que decidí ser egoísta. Pensé que, llegado el momento, cuando tuviese que elegir entre una cosa u otra, me escogería a mí.

Y echando la vista atrás me doy cuenta de que puede que eso no fuese un amor como debiera. Quizás estaba más enamorado de la idea del amor que de las mujeres que habían compartido la vida conmigo hasta ahora.

Y es que soy consciente de que casi nunca he estado solo. Siempre he tenido novias o rollos más o menos largos. Mi necesidad de ser el héroe, el hombre de alguien, es abrumadora a veces. Quiero que me necesiten, resultar imprescindible, sentirme importante.

Supongo que Jota tenía razón a fin de cuentas y yo no he aprendido, después de todo, a querer bien. Y es que ella siempre supo entenderme sin hablar.

Cuando se marchó de la fiesta de despedida que mi hermano se empeñó en organizarme, me quedé mucho más rato del que se consideraría normal apoyado en la mesa de la cocina.

Pensé en todo lo que me había dicho y llegué a la conclusión de que soy un experto engañándome a mí mismo, además de bastante hipócrita.

Siempre he tirado en cara a Jota que huye de sus problemas en vez de plantarles cara, pero yo escapé de Nueva York cuando Lucía me engañó y me marché a Barcelona en un nuevo intento de evitar enfrentarme a mis problemas cuando defraudé a Jimena.

No soy mejor que ella.

Supongo que la cobardía es otro punto que tenemos en común.

Ella está enamorada de Lucas. Eso puedo verlo hasta yo. Se respira cuando estás cerca de ellos, pero se niega a aceptarlo porque... bueno, porque la última vez que se entregó como ella lo hace, sin reservas y sin miedo, yo la fallé.

He querido dar de hostias al imbécil ese tatuado desde que aterricé en Madrid. Por tenerla a ella, por conseguir que se ría como solo lo hacía yo, por dormir a su lado cada noche... porque me muero de celos cada vez que los veo.

Sí. Tuvo razón. No supe querer a Jimena. La creí mía. La quise más débil

para poder ser yo su fuerza. La corté un poco las alas cuando lo que me enamoró de ella fue la forma en que te arrastra a volar. Sé que una parte de mí siempre comparará a las siguientes con ella, porque también tengo claro que no conseguiré que vuelva a mí. Igual que tengo claro que si eso pasase, volveríamos a fallar como pareja, porque para ninguno de los dos, el otro era su mundo.

Supongo que a ambos nos toca mirar hacia adelante.

Sé que debería decirle todo esto a ella, que lo merece, pero sigue forzándose a repetir una y mil veces que no hay nada real entre el rubito y ella, y no seré yo quien la anime a nada más. Quiero que sea feliz, pero supongo que mi parte ruin no quiere que lo sea al lado de otro.

Y yo... yo estoy con una mujer a la que no amo, porque su sentimiento de culpa hace que me dé la razón en todo lo que yo quiera, porque con Lucía ahora sí siento que soy importante, que me necesita para ser feliz. Y eso me hace sentir miserable.

Supongo que quizás ha llegado el momento de ser valiente, por muy duro que parezca cambiar tantas cosas que te hacen los días fáciles.

Pero ya no quiero una vida cómoda.

Esa no te defrauda, pero tampoco sacude tu mundo.

Lucas

Febrero llega más rápido de lo que esperaba.

Veo a Jimena casi a diario en el colegio, pero como Leire tiene el piso donde Cristo perdió el mechero, me veo obligado a gastar mucho más tiempo del normal en la carretera y los atascos y tengo excusa para escaparme en cuanto nuestra jornada termina y así evitar las cañas que tomábamos todos después del trabajo la mayoría de los días.

Esa también es una de las partes malas de estar así con Jota. No verla a ella implica no ver al resto de la pandilla.

Esto es una mierda lo mires por donde lo mires.

Le estoy intentando dar espacio porque creo que de verdad lo necesita para comprobar por sí misma si me echa de menos o si solo se ha acostumbrado a tenerme merodeando por el apartamento y esto que hemos empezado a dejar salir es solo un espejismo creado a base de compartir espacio y no intimidad.

Durante las últimas dos semanas he visto cómo avanzaba decidida hacia mí y se detenía a mitad de camino como una docena de veces. Yo finjo no darme cuenta pero, cada vez, rezo por dentro para que termine llegando a mi lado y me confiese qué le dijo Enzo aquella noche que ha hecho que retroceda tanto con respecto a nosotros.

Hay algo a lo que le está dando muchas vueltas y me mata no saber qué es. Se ha cerrado en banda y no creo que deje entrar a nadie de momento. Sé bien que Ana lo está intentando, aunque supongo que estará acostumbrada a que Jota de vez en cuando, la deje fuera.

No creo que sea algo que haga para hacer daño a los demás, sino más bien,

lo usa como escudo para protegerse ella. Mi chica vive con demasiado miedo en ocasiones.

Y sí, soy plenamente consciente de que he dicho mi chica. Yo la siento así. Puede que ella aún no haya aceptado que debemos estar juntos, pero a mí este tiempo separados me está dejando más que claro que mi destino pasaba por ella, porque reflejado en sus ojos verdes me veo como el hombre que siempre aspiré a ser.

Los días siguen pasando aburridos e insulsos. Lo único que hace que no me líe a golpes contra las puertas de la casa de mi hermana es que aún no tengo ninguna respuesta, ni para bien ni para mal. Mientras solo haya vacío, puedo soñar con que ella vuelve.

Edu, Álex, Javi y Gael han venido varias veces por mi nuevo barrio para verme y picar algo. Me aseguran que Jota es así, que necesita tiempo para asimilar las cosas que a otros nos parecen bobadas, pero me ruegan que no desespere. Supongo que no son conscientes de hasta qué punto me he enamorado de esta chica, porque si no, sabrían que no hace falta ni que insistan.

Dejarlo estar no es una opción a menos que ella me lo pida, pero no la voy a obligar a nada ni la voy a meter presión. Quiero que sea ella la que venga a mí cuando esté segura de lo que necesita. Y solo ruego que me deje ayudarla a conseguirlo.

—Podías decirle a Jimena que se pase uno de estos días a comer.

Mi madre es la mujer menos disimulada que conozco a la hora de sonsacar información a la gente.

Estamos en su casa preparando la comida familiar de los domingos.

Sé que ha estado preguntando a Leire y que ella ya le ha cascado que estoy en su casa y que me paso los días comiendo patatas fritas y fumando más de lo que lo he hecho en los últimos dos años.

Por eso levanto la ceja ante su insinuación y la miro con mi mejor cara de burla.

—No sé si eso va a poder ser, mamá.

—¿Habéis discutido? Si has hecho algo que haya podido molestarla igual deberías disculparte, cariño.

—Es encantador que te pongas de su parte antes de saber nada, teniendo en cuenta que tu hijo soy yo, pero no, mamá. No es nada de eso. —No me molesta que defienda así a Jota. Es más, de alguna manera me gusta que se preocupe por ella.

—¿Y qué ha pasado entonces?

—¿La verdad? No lo tengo claro ni yo. Estábamos bien, creo que mejor que bien. Estábamos...

—Enamorándoos.

—Puede. —Ahora la que me dedica una sonrisa condescendiente es ella—. Vale, creo que la quiero, sí. Pero ella ha pasado por un par de experiencias muy malas y está aterrada pensando que puedo hacerle daño, o que ella me puede herir a mí.

» ¡Yo que sé! Pero es exasperante, porque hay algo que le frena y se empeña en no soltar el lastre para que podamos tirar juntos de este barco. Y a mí me mata, mamá, porque me he dado cuenta de que estando a su lado me reía por cualquier cosa, porque todo lo que había a mi alrededor era bonito, tenía luz, y ahora me ahogo en días oscuros que parecen todos iguales, porque la

única persona que hacía que mi cuerpo temblase con solo palabras ha decidido silenciar lo que podría sentir por mí.

» Da igual lo mucho que le diga que nosotros podemos ser diferentes, que podemos ser mejores. Se niega a verlo.

—Pues entonces, cariño, no se lo digas. Demuéstraselo.

—¿Cómo?

—De una manera que ella lo entienda.

Me paro a pensar unos minutos mientras ella sigue cortando y cocinando. Pero, de pronto, pego un grito y le planto un enorme beso en la mejilla a mi asustada madre.

Acabo de darme cuenta de que sé cómo hacerlo.

Sé cómo hacer que ella me entienda.

Jota

Han pasado más de dos semanas desde que Lucas se marchó del piso.

Sé que era algo temporal y que da igual que esto haya pasado ahora en vez de dentro de un par de meses más, pero me resulta extraño darme cuenta de cuánto lo echo de menos.

Es ridículo, joder. Solo ha pasado aquí tres meses.

Ya. Pero ahora toda la casa tiene su marca.

Ayer rompí a llorar como la idiota que soy cuando me encontré uno de sus gorritos de lana tirado al lado de la cesta de la ropa.

¿Qué si estoy así de hecha polvo por qué no voy corriendo a pedirle que vuelva? Porque además de idiota soy una cobarde a la que le aterroriza pensar que Enzo tuviese razón.

Sé que trataba de justificarse, de no cargar solo con la culpa de lo que pasó. Y que conste que yo no se la echaba. Es cierto que él no luchó, pero yo tampoco. No quise conformarme con alguien que me juraba amor pero no sabía demostrármelo en cuanto venía algún problema.

Pero con Lucas... Dios, lo que daría porque insistiese, porque intentase convencerme.

Sé que me está dejando a mí la opción de escoger aquello que creo que me puede hacer feliz. Y lo quiero y lo odio por ello.

Una parte de mí espera que vuelva y me asegure que todo va a ir bien, que él no es como los demás, que nunca me hará daño ni yo se lo haré a él. Aunque sé que no va a prometerme algo que no sabe si podrá ser, porque él es así:

sincero y valiente. Me ofrece el espacio para buscar dentro de mí las respuestas que necesito y me deja ver las tuyas, esas que le gritan que ya no puede conformarse con lo que teníamos hasta ahora, porque quiere más. Lo quiere todo.

Pero es que no sé si a mí me queda nada por dar.

Estoy tan cansada de ser la que lucha, la que calla, la que siempre resulta herida...

He aprendido por las malas que se puede vivir te falte quien te falte en la vida, aunque esta se convierta en una sucesión de días en los que puedes llegar a sonreír, pero no a reírte hasta que te duela la tripa. Sin algunas personas a tu alrededor, la comida tiene menos sabor, la música suena más monótona y los colores pierden un poco el brillo, pero no desaparecen.

La cuestión es si quiero esa vida a medias o si me demuestro a mí misma una vez más que el miedo se puede vencer. A fin de cuentas, qué premio puede esperarme si el camino hasta conseguirlo no asusta un poco, ¿no?

La semana empieza con las dos últimas: silenciosa y muy aburrida.

Me levanto en una cama que de repente me parece gigante y fría.

Me preparo el café sin que Sobras se me lance encima en cuanto salgo de la habitación con Lucas sin poder quitarme las manos de encima.

Me ducho sin él detrás de la cortina tratando de meterse conmigo, e intentando convencerme de que no pasa nada porque lleguemos quince minutos tarde a trabajar.

Me dirijo a la escuelita con cara mustia, sin nadie que intente cogerme a caballito o robarme un auricular, de forma que tengamos que ir todo el camino

agarrados para no tirar de él y que se desprenda de su oído.

Estoy dándole vueltas por centésima vez a si hoy, por fin, me atreveré a pedirle a Lucas que hablemos cuando oigo mi nombre.

—¿Jimena? Tú tienes que ser Jimena, ¿verdad?

—Eh... sí, perdona, ¿nos conocemos?

—¡Claro que eres Jimena! Rubia, con rizos salvajes, bajita y con pinta de ir por el mundo como si fuese suyo. Te describió muy bien —sigue divagando el extraño que me ha parado.

Me detengo a mirarlo bien y me doy cuenta de que lleva una guitarra de la mano. Justo detrás de él hay otros dos chavales, más o menos de su edad, que me observan divertidos.

—Perdona, es que tocamos por aquí a menudo para sacar algo que nos ayude a pagar el alquiler y hoy tenemos una petición especial para ti. Menos mal que has aparecido, que si no, veo que el guaperas nos mata. Lo tienes loco.

—¿Cómo? —No entiendo nada. ¿Hablan de Lucas?

—Tú lee estoy y disfruta —me suelta, tendiéndome un papelito doblado.

Lo abro mientras ellos toman posiciones y se concentran en sus instrumentos.

Paso los ojos por esas líneas mientras el chico que me ha parado comienza a emular a Rulo.

*Ya te dije lo que soy,
un tirado, un cualquiera,
que malvive a su manera.*

*[...] No me creas mucho,
aunque no te mienta.
Vivo al día y a la noche,
tengo malas compañías,
porque son mis preferidas.*

*[...] Para siempre es mucho tiempo,
Una noche es poco rato.
Me jugaría la boca,
por morder tus labios.*

Sé que necesitas tiempo para pensar. También sé que estarás asustada. Y que me echas de menos. Sé que estás poniendo en una balanza lo que puedes ganar y lo que te arriesgas a perder. Y lo sé porque en este tiempo he aprendido a conocerte bien.

Voy a esperar lo que haga falta, Jota. Pero mientras lo hago, solo quería hacer algo para sentir que, de alguna manera, estoy más cerca de ti.

Necesito que entiendas lo que ha significado este camino para mí, lo que tú has cambiado mi vida. Y como no sé expresarme bien, he pensado en hacerlo de una forma que sé que tú comprenderás. He cogido prestadas las letras de otros que escribieron nuestra historia aún sin conocernos, sin saber que nos cantaban a nosotros.

Desde las primeras veces que te vi, supe que quería meterme en tu cama. Lo que no esperé es que tú te metieses así en mi corazón.

Qué tonto fui pensando que una noche era poco rato cuando lo que acabó pasando es que ‘para siempre’ resultó no ser suficiente.

Me doy cuenta de que me he quedado paralizada, leyendo aquella nota por tercera vez seguida, cuando los chicos que estaban cantando se ríen con disimulo.

Cierro la boca, les doy las gracias y sigo mi camino hacia el centro sin ser muy consciente de que he echado a andar de nuevo.

Al cruzar la puerta veo a Lucas y, sin que sea necesario ni acercarme a él, entiendo por cómo me sonrío que sabe que ya he recibido su regalo. Y que he dejado caer un poco los muros que he levantado con tanto cuidado desde hace años.

Intento concentrarme en las clases, pero me pongo como un tomate al ser descubierta por el Pelucas tarareando ‘Por morder tus labios’ en la sala de descanso.

Él no dice nada, pero siento que me roza un poco la cadera al pasar por mi lado.

El día pasa tranquilo, sin más novedades, pero cuando estoy a punto de dormirme, ya relajada en mi enorme y fría cama, me doy cuenta de que estoy impaciente por saber si mañana Lucas seguirá contándome nuestra historia por boca de otros.

Es casi la hora de salir de trabajar.

Nuria, Héctor y yo hemos terminado hoy un poco antes, así que estamos en la sala de profesores esperando a que terminen los demás para ir a tomar algo todos juntos.

Nit aparece por la puerta con una sonrisa gigante en la cara seguida de cerca por Edu.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

En serio, me está dando muy mal rollo esa especie de mueca. Parece una loca.

La estoy mirando tan concentrada que no me doy cuenta de que Edu me ha dejado enfrente un café con un platito y una nota.

Al percatarme, la sonrisa de mi amiga se me contagia al momento.

Empiezo a abrirla un poco nerviosa mientras Ana trastea con su móvil buscando algo. La pelirroja posa su smartphone sobre la mesa y veo que ha abierto una aplicación para poder escuchar la radio.

Paseo mis ojos por la pequeña letra de Lucas mientras suenan algunas canciones y todos me miran con mal disimulo.

Creo que nunca llegué a decírtelo, pero lo primero que me gustó de ti fue tu fuerza.

Te ríes alto y no te importa quién te mire por hacerlo, como si disfrutar para ti fuese mucho más importante que aparentar. Esa risa fue la que se agarró a mis tripas, haciendo que tu esencia se extendiese por todo mi cuerpo casi sin darme cuenta.

A tu lado la vida es más divertida, más de verdad.

Siempre fui ‘Fan de ti’, porque me retabas a diario, porque no te dejabas embaucar; porque me respondías y me estimulabas. Porque eres diferente a todas las personas que he conocido en mi vida.

Me mata esta despedida, Jota. Pero seguiré siendo fan, no lo puedo evitar...

Termino de leer la carta con el corazón latiéndome tan deprisa que lo noto por todos sitios, en las manos, en la sien y en el estómago.

Y cuando el locutor de la radio hace una pausa para anunciar que la siguiente canción de *Sidecars* va dedicada a la ‘rubia’ más impertinente de todo Madrid, se me escapa un suspiro divertido.

Juraría que acabo de oír caer otra de las paredes del muro.

*Soy fan de ti, de tus medidas de maniquí,
de imaginarte en un escaparate,
de que te dejes seducir.*

*No me dejas que de mi opinión, eso a ti no te importa.
Por tantas razones soy fan, no lo puedo evitar.*

*Porque sí, porque te pones tan presumida,
y es que me vas a arruinar la vida.
Y que sí lo digo yo, siempre me matan las despedidas.
Tan solo soy un espectador.*

*Soy fan de ti, de tus vestidos carmesí,
de tus excesos de equipaje,
de que te arregles para mí.*

Esa tarde, Lucas también rehúsa acompañarnos al bar al salir de clase, pero por primera vez en semanas, se acerca a mí antes de salir escopetado a por su coche y me deja un beso distraído en la cabeza.

Reconozco que estoy nerviosa.

No sé de qué forma me hará llegar hoy Lucas su regalo.

Él está en el centro trabajando como cada día, así que nos cruzamos a menudo y hablamos como lo solemos hacer a diario. Ninguno menciona las canciones, pero los dos nos miramos como si algo ya hubiese cambiado.

A Héctor y a mí nos toca clase con Gonzalo. Parece que está de muy buen

humor, así que Héctor me propone probar una nueva melodía con él incorporando los ejercicios motores que hemos estado ideando los últimos días para modificar su rutina e intentar que avance un poquito sintiéndose cómodo con la música y el baile.

Mi maestro se sienta al piano y me pide que coja las partituras que hay en una de las estanterías.

Abro la carpeta para pasarle la que pretende tocar, y ahí está. Las líneas que sé que conseguirán alegrarme el resto del día. Las que llevo esperando desde que me he despertado, aunque no quiera confesarlo en voz alta.

Buenos días, rubia. Hoy solo quería recordarte que te entiendo.

Entiendo tus dudas, y que vienes con maletas de las que te tienes que aprender a deshacer sola.

Entiendo que yo hace ya semanas que me di cuenta de lo que sentía por ti y he tenido tiempo de hacerme a la idea de que ‘juntos’ es más que una palabra si se trata de ti. Es una meta.

Y entiendo que cuando te acorralan, tiendes a escapar.

Así que déjame decirte que podemos hacer esto como tú quieras. Puede ser un ‘para siempre’ o un ‘por ahora’. Dime la forma en la que necesitas que me enamore de ti, y lo haré. Por ti, te prometo que lo haré, pero dime que sí ‘será suficiente’.

En cuanto levanto la cabeza de la hoja de papel que sostengo con dedos algo temblorosos y los ojos un poco empañados, Héctor empieza a cantar olvidándose de los pentagramas que él mismo había cogido de la carpeta que yo había dejado olvidada.

Ed Sheeran y su ‘Cold Coffee’ me recuerdan que Lucas sabe leer en mí.

Él es capaz de ahuyentar mis fantasmas sin que yo tenga que decirle en voz alta cuáles son, porque no necesitamos hablar para comprendernos, ni vernos para poder echarnos de menos.

*And stay with me forever
Or you could stay with me for now
And tell me if I'm wrong
And tell me if I'm right
Tell me if you need a loving hand
To help you fall asleep tonight
Tell me if I know
Tell me if I do
Tell me how to fall in love
The way you want me to*

*Because I love the way you wake me up
For goodness sake, will my love not be enough?*

*[Y quédate conmigo para siempre,
o puedes quedarte conmigo por ahora.
Y dime si me equivoco,
y dime si estoy en lo cierto.
Dime si necesitas una mano cariñosa,
para ayudarte a conciliar el sueño esta noche.
Dime si sé,
dime si lo hago,
dime cómo enamorarme,
de la forma en que tú quieres que lo haga.*

*Porque me encanta la forma en que me despiertas.
Por el amor de Dios, ¿no será suficiente mi amor?]*

Estoy un poco preocupada.

Casi se ha acabado el día y Lucas todavía no me ha sorprendido con alguna canción.

Ya sé que no tiene por qué hacerlo. Que no se va a pasar un mes mandándome notitas. En algún momento se acabarán, pero... no sé. Me gustaba. Me gusta vernos a través de sus ojos, que se abra así aunque sea difícil para él no obtener ninguna respuesta porque crea que es lo que yo necesito en este momento.

Voy un poco refunfuñona junto a Javi, que habla mucho más de lo normal para compensar que yo parloteo mucho menos que de costumbre.

Gael me ha convencido para salir a tomar una copa a un bar que llevan unos amigos suyos de los que no le he oído hablar en su puñetera vida, pero como no quiero que me tachen de siesa, pues voy. Ana está empeñada en que a una solo se le permite quedarse en casa y sufrir por amor si te han dejado o te han puteado, pero que si eliges tú estar sola por gilipollas, se te veta el derecho a helado, vodka y autocompasión.

Entramos en un bar de Jazz llamado 'El Plaza' que pilla bastante cerca de casa. Los mosaicos de la barra y los pequeños sofás repartidos por la sala nos invitan a relajarnos y escuchar un poco de buena música algo más tranquilos.

Pedimos unas copas y nos acomodamos cerca de un pequeño escenario preparado al fondo del local, donde descansa un piano con una preciosa mujer que canta a Ella Fitzgerald con tanto corazón que consigue erizarme la piel.

Termina su interpretación y su público aplaude con timidez. Yo, que no entiendo de medida, me levanto y la ovaciono como si acabase de escuchar al difunto Michael Jackson, porque esta mujer es magia.

Ella me mira y en su rostro me parece ver reconocimiento.

—Te estaba esperando, preciosa.

—¿Qué?

—Si lo dejas escapar, avísame, porque te juro que un hombre así no se encuentra todos los días.

Acaba de caerme un poco peor, fijate tú.

Pero al ver el papel doblado que me tiende y escuchar cómo pide perdón a los asistentes por el cambio de registro que va a tener la licencia de tomarse para la siguiente melodía, se me pasa el mal humor.

Tiene una voz tan profunda y grave que me permito disfrutar de su versión de M-Clan antes de lanzarme a devorar las palabras de Lucas.

Miedo.

*De volver a los infiernos,
miedo a que me tengas miedo,
a tenerte que olvidar.*

Miedo.

*De quererte sin quererlo,
de encontrarte de repente,
de no verte nunca más.*

Oigo tu voz

siempre antes de dormir.

*Me acuesto junto a ti
y aunque no estás aquí,
en esta oscuridad la claridad eres tú.*

No sé el momento exacto en el que te grabaste en mi piel, como un tatuaje más. Pero sé que así te siento.

Eres parte de mí, de quién soy ahora. De ese hombre que anhelaba ser sin ni siquiera saberlo. Ese que de repente se da cuenta de que además de amante, puede ser amigo y compañero. Que cuida y al que protegen. Que hace reír y al que ayudas a ser feliz.

Sé que crees que no, pero estamos en el mismo punto de esta relación. Ambos tenemos miedo.

Tú a arriesgarte una vez más y salir herida de nuevo.

Yo a que el inicio de esta canción no se equivoque y este resulte ser el final.

Por eso solo espero que las ganas acaben venciendo al miedo, porque, Jota, yo no sé si sería capaz de aprender a tenerte que olvidar:

Nos quedamos allí cerca de una hora más.

Ninguno de mis amigos menciona nada sobre Lucas, aunque me abrazan a menudo.

Y yo me relajo y dejo que otro pedacito de muro de desplome.

El viernes salgo de casa con una sonrisa dibujada en la cara.

Voy a hablar con él.

Sí, lo tengo decidido. Hablaré con él y le diré que yo también quiero que estemos juntos y que he sido una idiota. Entonces él me besará y volverá a casa y seremos una pareja de verdad y él no me engañará, ni me mentirá, ni desconfiaré de su palabra, ni me podrá el miedo, ni saldré huyendo, ni... ay Dios.

Respira, Jota, respira.

¿Y si veo algún mensaje de alguna de las chicas con las que ha estado antes

y empiezo a comerme la cabeza?

¿Y si salgo escopetada por alguna tontería sin dejar que se explique y lo destrozo?

No, no. No voy a hacer eso.

¿Verdad?

Joder, ya se me ha ido el buen humor por el desagüe.

Rebusco en mi bolso para sacar los cascos y llegar al colegio escuchando algo de música que pueda despejarme.

Los conecto al móvil y cuando voy a seleccionar la carpeta con los temas que más me gustan me doy cuenta de que hay un papelito enganchado en el cable con una pequeña pinza de madera.

La sonrisa vuelve desvergonzada a mi cara, haciendo que brille más.

Eso es lo que siempre consigue Lucas. Y alguien que te regala eso cada día merece que llegue a él sin dudas.

Hoy en tu móvil solo encontrarás una canción. Tú canción. Nuestra canción.

Perdona a Ana por borrarle el resto de las carpetas, juro que te las devolveremos, aunque también puedes coger las mías prestadas. Están llenas de letras que me recuerdan a ti. Es una lista larga, porque desde hace meses cada canción que escucho me habla de lo que somos, de lo que tenemos, y de lo que podemos llegar a ser.

Por favor, deja que el corazón gane esta vez. Permíteme ser la canción más bonita que jamás escribirás.

Busco el espacio donde suelo guardar toda mi música y, efectivamente, solo encuentro un título.

Elton John me susurra al oído una declaración de amor que Lucas ha robado para mí.

So excuse me forgetting but these things I do; You see I've forgotten if they're green or they're blue. Anyway the thing is what I really mean, yours are the sweetest eyes I've ever seen.

You can tell everybody this is your song. It may be quite simple but now that it's done. I hope you don't mind, I hope you don't mind that I put down in words. How wonderful life is now you're in the world.

[Así que perdóname por olvidarme, pero me pasan estas cosas; ya ves; he olvidado si son verdes o azules. En cualquier caso, lo que de verdad te quiero decir, es que los tuyos son los ojos más dulces que jamás he visto.

Le puedes contar a todo el mundo que esta es tu canción. Puede ser bastante simple, pero ahora que ya está hecha. Espero que no te importe, espero que no te importe si lo pongo en palabras. Qué maravillosa es la vida ahora que tú estás en el mundo.

Y yo no aguanto más y dejo que las lágrimas corran por mis mejillas sin intentar limpiarlas.

Deseo con toda mi alma corresponderle.

Yo misma empujo el último trocito de muro que queda en pie y me encamino decidida hacia la escuelita esperando ser capaz de rendirme y dejar que Lucas gane por los dos esta guerra que inicié conmigo misma hace ya demasiado tiempo.

Lucas

Es viernes por la tarde y ha sido una semana increíblemente larga.

Yo mismo he decidido hacer como si las notas y las canciones no existiesen delante de Jota, pero no saber qué opina sobre ello me está matando.

Recojo mis cosas y me encamino hacia el coche para subir a Sobras y atarle el dispositivo de seguridad al asiento. No me doy demasiada prisa. Total, solo me espera una velada tirado en el sofá de casa viendo al puñetero Noah escribir su puñetero diario por quinta vez este mes. Creo que Leire tiene un fetiche raro con ese actor, en serio. Y yo preguntándole si le van las tías... Si es que, qué ojo tengo, madre mía.

—Hola, Pelucas.

Pego tal salto que me doy una hostia contra el techo del vehículo. Giro medio cuerpo aún dentro del escaso espacio que hay en la parte trasera de mi coche y Sobras pasa por mi lado meneando el rabo y dándome con él en toda la cara para lanzarse a los brazos de Jimena. Afortunado y listísimo traidor...

—Eh... Hola, rubia.

Se mira las puntas de los zapatos y yo espero a que se anime a continuar, porque no sé si me saldrían demasiadas palabras ahora mismo.

Estoy de los putos nervios.

¿Habrá venido a decirme que no quiere complicarse la vida empezando algo serio conmigo?

¿O se lanzará a mis brazos y podremos olvidar ya estas semanas de hastío de una puta vez?

¿Le habrán gustado las canciones?

O a lo mejor quie...

—Había pensado que, a lo mejor, querías venir a casa para hablar.

No dice “mi casa”. Solo “a casa”.

Me permito pensar que su subconsciente ya la considera también un poco nuestra.

Asiento en silencio y vuelvo a bajar a Sobras para encaminarnos los tres hacia su piso dando un paseo.

Me pregunta por Leire, por Lía y por mi madre. Llegamos al acuerdo, sin necesidad de verbalizarlo, de no tocar el tema que realmente nos preocupa a ambos hasta que lleguemos a ese espacio en el que los dos nos sentimos seguros.

Al llegar a su portal estoy increíblemente nervioso.

Cuando al fin nos sentamos frente a frente en el salón, disparo la pregunta que me muero por hacerle desde hace días.

—¿Encontraste tus respuestas?

La veo tragar. Está nerviosa. Se frota las manos despacio y de vez en cuando se las seca en los pantalones.

—Creo que sí.

—¿Y cuáles son?

—Yo... Lucas, te voy a complicar la vida.

—Ojalá. —Intento bromear, aunque el deseo puede haberme quedado demasiado real.

—En serio. Soy una tía complicada. Me como mucho la cabeza y soy demasiado independiente. Me gusta tener mi espacio y me agobio fácilmente.

—Si estás intentando decirme cosas que puedan hacer que me gustes menos, no va a funcionar, Jota. Te lo dije, yo sí sé por qué quiero estar contigo. Porque eso es lo que quiero. Te lo dejo claro para que no puedas dudar ni por un momento que estoy loco por ti. Me gusta cada cosa que he descubierto a tu lado en este tiempo y nada de lo que puedas decirme cambiará eso. Si no quieres afrontar lo que sientes, vale, pero no me cuentes gilipolleces sobre ti porque te conozco y sé que eres divertida, fuerte, leal, dulce, pasional, sexy, inteligente y fascinantemente loca.

Suspira con resignación y chasquea la lengua con algo de disgusto.

—No me conoces Lucas. Solo te ha dado tiempo a ver lo bueno, a la Jota feliz, que se ríe y disfruta del día a día. Pero no siempre soy así. Soy un desastre afrontando las cosas malas que a veces la vida te pone inevitablemente en el camino. Me cierro y no dejo entrar a nadie. Huyo.

—Pero acabas volviendo.

—La última vez tardé más un de año y medio en hacerlo.

—Tengo paciencia.

Sonríe con tristeza, con esa especie de mueca que no consigue que se le formen arruguitas alrededor de los ojos. Odio esa sonrisa.

—Lucas han sido seis meses... No puedes saber si tendrías esa paciencia o si te largarías hastiado. No me conoces —repite... y yo estallo.

—¡Claro que te conozco!

La rabia que refleja mi respuesta hace que me mire con lástima.

Sé que he levantado la voz más de lo debido, pero supongo que la espera de esta última semana me ha afectado más de lo que creía.

No sé qué narices ha pasado de hace unos días para acá, o quién le ha llenado la cabeza con esas mierdas (aunque me hago una idea), pero no voy a

dejar que crea que es una mujer por la que no merece la pena luchar.

Bajo la cabeza con cansancio y supongo que ella se lo toma como una derrota. No sé qué más hacer. No sé cómo convencerla de que este tiempo con ella ha sido solo el inicio. Que, si queremos, esto no tiene que tener un final.

La veo dudar y sé que está pensando en cómo salir de esta habitación.

La desesperación se apodera de mí. Quiero que se quede conmigo. No, ¡qué coño! NECESITO que se quede conmigo.

—Odias las escenas de noche en las películas, porque nunca distingues qué está pasando.

Disparo las palabras sin atreverme si quiera a mirarla por si lo que estoy tratando de hacer, de mostrarle, le parece una tontería.

—Tu momento preferido por las mañanas es cuando tomas el primer sorbo de café del bar de la esquina de casa. Te empeñas en que sientes predilección por la novela policiaca, pero sólo lloras con las historias de amor. Te frustras cuando no consigues que algo te salga bien a la primera, pero nunca dejas de intentarlo hasta que consigues lo que quieres. No te gusta pedir ayuda ni sentir que la necesitas. Siempre tienes los pies fríos. La parte que menos te gusta de ti misma son tus rizos, y la que más, también.

He cogido carrerilla y no soy capaz de parar.

—Es más fácil que te abstraigas con un libro que con una serie. Piensas en tus padres cada día y te preguntas si tu madre habría estado orgullosa de la mujer en la que te has convertido. Dices que tu color preferido es el verde, pero siempre eliges el rojo. Necesitas fregar los cacharros de la cocina justo después de comer, si no, te pones nerviosa. Te apasiona tanto la música porque te hace sentir y te permite expresarte de una forma que no alcanzas de ninguna otra manera. Te gusta que te acaricie el pelo hasta que te quedas dormida en el

sofá. Te da miedo perder gente y por eso intentas no necesitar a casi nadie, aunque no serías capaz de alejarte de nuevo de Gael y de Ana. Eres fuerte e independiente, pero sin pretenderlo consigues que la gente que te rodea quiera protegerte, porque también eres inocente, pura y sensible... y una mujer increíble.

Cuando es incapaz de mantener las lágrimas y la primera rueda por su mejilla, suelto un pequeño suspiro y agacho la mirada con dolor. Me giro para salir de esa habitación. Necesito aire, necesito encontrar fuerzas para hacerle entender que no me voy a ningún sitio, porque ya encontré mi destino.

—Odias el café frío.

Cuando oigo su primera afirmación me detengo, aún de espaldas a ella.

—Da igual cuántas veces la hayas visto, si ponen una película de Rocky en la televisión, querrás dejarla. Cuando estás nervioso te muerdes la uña del pulgar, y cuando lo haces puedo ver cómo debiste ser de adolescente. Te partirías la cara con cualquiera por tus hermanas sin dudarlo un momento, aunque saltas más fácilmente cuando Lía está implicada. Te gusta colocar al menos dos servilletas junto a tu cena. Siempre elegirás tarta de queso si está entre las opciones de postre

Se ríe un poco al recordar eso y su risa conecta directamente con alguna parte de mi estómago, que se contrae.

— Sientes que debes encargarte de toda tu familia, ser quien los cuide desde que tu padre se marchó, y cargas con muchas cosas a tus espaldas para liberarles el peso a ellas, porque sigues sintiéndote culpable por no haberle dado a él la hostia que crees que se merecía. Dices que tu tatuaje favorito es el de la brújula que no señala ningún camino, pero en realidad es uno muy pequeño que tienes en el costado, algo escondido entre otros, con la silueta de tu primer perro... te lo tocas inconscientemente cuando estás triste. Arreglar

cosas con tus propias manos te hace sentir orgullo. Te gusta hacerme reír. Cuando estás muy concentrado se te forma una arruga muy graciosa en el ceño. Dormirte escuchando llover de fondo te relaja. Cuando juegas a algo es para ganar, aunque últimamente me he dado cuenta de que a veces no te importa perder si es contra mí. Eres un hombre increíblemente tierno y bueno, aunque pienses que la máscara de chulito y mujeriego que llevas puesta todo el tiempo aleja a quienes no tienen ganas de conocerte de verdad... y ellos se lo pierden porque ver cómo eres realmente es maravilloso.

Se me olvida cómo respirar durante unos momentos.

Al darme la vuelta veo que Jota no se ha movido de su sitio y las lágrimas siguen regando sus mejillas sin control. Me acerco para poder limpiárselas con mimo con los pulgares.

Ella cierra los ojos ante mi caricia y apoya su mejilla en una de mis palmas. Aspiro muy despacio, dejando que el aire recuerde cómo llegar a mis pulmones.

—Se te ha olvidado una cosa.

—¿Cuál? —Habla con los párpados aún cerrados, disfrutando del calor que desprende mi mano.

—A los 33 años me enamoré como un gilipollas de una mujer que me enseñó que la risa de una sola persona puede ahuyentar los miedos más profundos.

—Suenas a que era la hostia. —Se me escapa algo parecido a una risa al comprobar que mi Jota está de nuevo conmigo.

—Lo era. Además, tenía unas tetas de impresión. —Se le eleva la comisura del labio y una nueva bocanada de oxígeno me abre un poco más el pecho—. Con ella entendí que una vida puede quedarse muy corta para lo que quieres

compartir a su lado. Que los besos se sienten en más sitios que en el lugar donde te los están dando. Que el sexo sucio es increíble, pero los ratos que llegan después, desnudos siendo solo nosotros entre las sábanas, son incluso mejores. Que el miedo pesa un poco menos cuando ella te coge de la mano. Que una casa es solo un edificio, pero mi hogar solo se encuentra donde siento su olor.

Jota abre los ojos y me mira con una intensidad que me sobrepasa, aunque por primera vez en mi vida no siento que eso sea algo malo. Creo que solo tengo que aprender a gestionar estos sentimientos, porque para mí son nuevos y a veces me pellizcan en el centro del pecho y siento que no pueden caber todos allí, hasta que ella deja caer de nuevo la cabeza y la entierra justo en ese punto y me parece que no hay nada que no pueda hacer.

Estoy seguro de que puede oír cómo me late el corazón, pero no me avergüenza saberme vulnerable delante de Jimena. Estoy nervioso y asustado, pero solo porque por un momento he imaginado cómo sería de nuevo mi vida sin poder besarla nunca más.

—¿Qué pasó con ella?

—Era un poco como un cervatillo, ¿sabes? Si hacías movimientos muy bruscos de repente se asustaba y echaba a correr.

Me suelta un manotazo sin fuerza en el estómago que acompaña de una risita repentina que me llena la camiseta de babas. Y no podría importarme menos.

—Así que, ¿terminó largándose?

—No lo sé. Yo no escribo el final de este cuento, Jota. Solo te sé decir cómo querría que acabase.

—¿Comiendo perdices?

Le cojo la cara entre mis manos para separarla de mi pecho y poder mirarla a los ojos.

—Contigo entre mis brazos sintiéndote siempre tú. Sin miedo a enfadarte un día y provocar que yo me largue.

» Contigo entendiendo que una vida entera contigo cabreada sería más vida que una en la que no pudiese besarte al despertar por las mañanas.

» Contigo viendo al fin que me he enamorado de ti, de toda tú. Con lo bueno y con lo malo, porque sin aquello que a veces te hace débil, no serías mi rubia.

» Contigo dejándome poder repetirte una y otra vez, cuando solo seamos dos viejos desmemoriados que comen las perdices pasadas por la *turmix*, que tenía razón al decirte que fuiste el amor de mi vida.

» Así querría yo que acabara.

» No me apartes, Jota. No lo jodas todo por miedo, porque yo ya no sé vivir sin ti.

La sonrisa, esta vez, sí le ilumina los ojos.

Tres meses después

En una boda todo el mundo se empeña en mirar a la novia cuando esta hace su aparición estelar en el pasillo que la conduce al altar. Yo no. Yo siempre miro la cara del novio mientras la ve avanzar despacio hacia él.

Si nunca os habéis fijado, probad.

La sonrisa que pone Javi en cuanto Ana entra en su campo de visión, podría eclipsar al sol durante semanas. Se le humedecen los ojos y me doy cuenta, cuando trata de alejar las lágrimas con disimulo, de que le tiemblan las manos. Coge aire varias veces, llenándose el pecho, que parece a punto de estallarle cuando Nit se para a su lado y le sonrío. Ambos están tan nerviosos...

Yo ya he empezado a llorar y es muy posible que no pare hasta mañana. Pero es que me hace increíblemente feliz ver a mis amigos tan plenos.

A mi lado, Lucas se ríe de mí y me llama sensiblera, aunque cuando lo hace noto la emoción en su voz. Me rodea la cintura con el brazo y yo apoyo la cabeza en ese hombro en el que cada noche me quedo dormida con la felicidad recorriendo cada poro de mi piel.

Ana y Javi salen de aquella iglesia como marido y mujer, aunque yo creo que hace mucho que ya lo eran, aunque no hubiese un papel que lo dijese.

Todo aplaudimos, reímos, comemos, bebemos y bailamos hasta que el sol empieza a aparecer en el horizonte. No nos importa, queremos seguir celebrando esto que tenemos, que tan maravillosos hace nuestros días. Queremos quedarnos con esta familia que todos elegimos y sin la que la vida sería menos vida.

La sensación de plenitud es tan grande que la alegría me desborda. Ojalá pudiera parar el tiempo y quedarme aquí para siempre, rodeada de mi gente,

abrazada a mi chico, diciéndole que le quiero.

Últimamente se lo digo mucho, porque ya me lo callé demasiado tiempo durante los meses pasados. He dejado de tener miedo a darme a él, porque lo que recibo de Lucas es más de lo que podría haber soñado nunca.

Cada día me demuestra que le importo, que está enamorado de mí. Que ser felices juntos es muchísimo mejor que intentar serlo por separado. Y es que siendo simplemente nosotros, nos convertimos en la mejor casualidad que nunca podríamos haber encontrado.

Me quedo mirándolo embobada mientras nos balanceamos despacio al ritmo de la música que suena de fondo. Cuando se da cuenta, me regala una sonrisa que me acelera el corazón y me deja un reguero de besos que baja desde la frente hasta mis labios, que asalta con una calma tortuosa.

—Gracias —me suelta de repente.

—¿Por qué?

—Por quedarte. Por atreverte. Por existir y llegar a mí. Por derribar tus miedos para permitirte ser feliz y elegirme a mí para compartir esa felicidad contigo. —Creo que, por un momento, se me olvida cómo respirar. Es curioso la cantidad de veces que Lucas sigue teniendo ese efecto sobre mí—. Te quiero Jimena. Más de lo que sé explicar o demostrar.

—Y yo a nosotros, Lucas. Y yo a nosotros.

Se ríe bajito y me abraza tan fuerte que siento, una vez más a su lado, que es imposible que los pedazos rotos que un día fueron mi corazón puedan separarse jamás.

Epílogo

Seis años más tarde

Nunca he visto a Javi tan alterado.

Creo que, si no empieza a controlar la respiración, va a acabar hiperventilando. Pero lo entiendo. Ha sido una espera muy larga, muchas noches de llantos y demasiada desesperación por no poder llegar a ella aun sabiendo que los necesita.

Ana y él llevan esperando cinco años a que la adopción de Eva sea una realidad. Y hoy, por fin, llega a casa.

Jimena y yo hemos compartido con ellos todo el camino, siendo testigos del sufrimiento de quienes consideramos parte de nuestra familia. Hemos derramado lágrimas con ellos por la suerte de una niña que ni siquiera conocíamos, pero que tenía nuestro amor incondicional desde el momento en que Nit nos enseñó una foto, emocionada y nerviosa, una noche de verano de hace ya demasiados años.

Poco después de volver de su luna de miel, empezaron a informarse de los pasos que debían dar para convertirse en papás. A lo largo de todo este tiempo han ayudado a otros niños de la forma en la que se lo han permitido, dando un hogar a críos que necesitaban una casa de acogida y mucho amor.

Durante un tiempo me preocupó que las despedidas acabasen con ellos, pero no se rindieron.

La ayuda que pudieron ofrecer a Bea, una nenita de siete años, ciega de nacimiento, compensó las lágrimas al decirle adiós.

Roberto, un pequeño con síndrome de Asperger, se abrazó a ellos tan fuerte el día que tuvo que marcharse que pensé que no conseguirían sacarlo de la

casa de Javi y Ana.

Explicar a Berta que no podía quedarse con mis amigos fue horrible. La niña, con síndrome de Down, les acusó de no quererla, incapaz de comprender que no podía quedarse para siempre en un hogar de acogida. Estoy seguro de que esa noche ninguno de ellos durmió nada.

Después de ella, ambos convinieron que no eran capaces de pasar por algo así de nuevo, así que se centraron en adoptar definitivamente a alguien que pudiese necesitarlos desesperadamente. Así fue como el caso de Eva llegó a sus oídos. No era una niña con ninguna discapacidad física, pero sí arrastraba una enorme, de las que no se perciben a simple vista, de esas de las que intentas deshacerte a base de llantos que te limpien por dentro.

Eva traía una mochila emocional muy pesada a la espalda. Con solo cuatro años, había sufrido maltrato y abusos en casa desde que tenía dos.

No tengo ni idea de las carencias afectivas que tendrá, o si será siquiera consciente del horror real que ha vivido. Solo sé que sus nuevos padres van a desvivirse porque esa cría se sienta segura, protegida y feliz a partir de ahora.

Gael se acerca a Javi, le tiende un vaso de agua y le pide que se siente un poco. Ana le sonrío con cariño y Beto trata de inculcarle algo de calma asegurando que todo va a ir genial.

La pobre Nuria solo puede asentir desde el sillón en el que se ha acomodado al llegar, en la otra punta del salón, porque su enorme barriga no le deja casi moverse a estas alturas del embarazo. Álex le pone una mano sobre el hombro y ella se lo acaricia con mimo, mientras que Alba corretea alrededor de sus padres con Sobras siguiéndola de cerca, sin parar de preguntar cuándo llegará su nueva amiga para poder empezar a jugar.

La primera hija de esos dos es un calco de su madre, igual de tranquila y tímida. Verla así solo nos indica a todos que el ambiente es más nervioso de lo

que queremos reconocer.

Edu y su mujer aún no han llegado, pero nos han avisado hace cinco minutos para decir que estarán aquí en tres.

—¿Estás bien, colega?

Me agacho para quedar a la altura de Sergio. Nuestro hijo lleva todo el día enfadado, y se niega a decirnos a su madre y a mí por qué.

Asiente a mi pregunta, pero sigue sin decir una palabra.

Parece que se lo piensa durante unos minutos y, cuando me incorporo de nuevo, tira de mi camiseta para que vuelva a colocarme a su lado.

—Ahora que ya va a estar Eva en casa de lo tíos... ¿ellos me van a querer menos?

Se me parte el corazón pensando que eso es lo que lo ha tenido preocupado desde hace días.

—Pues claro que no, mi amor —interviene Jota para tranquilizarlo.

Lo coge en brazos, aunque ya le cuesta bastante, y lo besa con un amor que solo nos regala a él y a mí.

Verla con él así todavía despierta en mí un hormigueo que solo sé definir como plenitud. Ellos son mi mundo, todo mi universo.

Dios mío... sigo sin creerme que tuviese la suerte de que una mujer como Jimena me dejase compartir la vida con ella. Creo que nunca podría cansarme de sus besos, ni de sus contestaciones, ni de esa sonrisa que hace que me maree cuando la veo nada más despertarme.

Siempre me dice que supe ver más allá del ahora por los dos cuando ella se negó a aceptar que sí era la canción más bonita que jamás escribió. Yo solo creo que no tuve opción, porque un futuro sin Jota era demasiado sombrío para

siquiera poder imaginarme en él.

—Sabes que todos tus tíos te adoran. Nosotros también queremos mucho a Alba. Y al bebé que hay en la barriga de Nuria, y a ti eso te hace feliz, ¿verdad? —le pregunta a nuestro enano.

—Sí —confiesa muy seguro—. Me gusta jugar con Alba y que los tíos vengan a casa a traerla y a cenar.

—Pues con Eva va a ser lo mismo, cielo.

Sergio asiente poco convencido, pero en ese momento llaman al timbre y una trabajadora social aparece en el marco de la puerta con una preciosa niña de pelo rubio y ojos oscuros que nos mira a todos con una sonrisa desdentada y llena de esperanza.

Ver cómo Javi sujeta a Ana mientras esta observa a Eva es increíble. Hay tanta ilusión, tanto amor en sus miradas, que lo contagian sin querer.

La niña se acerca a ellos, invitada por la adulta que la acompaña, y de pronto, su voz de tiñe de vergüenza a la vez que agacha un poco la cabeza.

—¿Vosotros vais a ser mis nuevos papás? —El anhelo se refleja en su cara. Ana no puede evitar un sollozo y un Javi al que las palabras se le atraviesan en la garganta, le responde que sí—. Guay.

Eva nos mira desconcertada a todos los demás, sin entender muy bien quiénes somos, pero vuelve a centrar su atención en nuestros amigos casi enseguida.

—Os prometo que soy muy buena y que no voy a hacer ruido ni a enfadaros. —Esa frase nos rompe a todos un poco por dentro—. Me gustan mucho los helados, pero no quiero comer espinacas. No me gustan las espinacas.

—Es que son un asco.

Eva dirige su mirada a Sergio en cuanto las palabras salen de la boca de

nuestro hijo. Al ver a dos niños de su edad entre el extraño círculo de personas que la rodean, su sonrisa se ensancha hasta ocupar toda su cara.

Se acerca a ellos entre saltos alegres y empieza a hablar del asco que le dan las verduras.

Sergio nos mira a Jota y a mí y se encoge de hombros a la vez que asiente un poco.

Eva acaba de ser admitida en nuestra familia de forma oficial.

Al girarme hacia Jota noto que se contiene para no derramar unas lágrimas que luchan por escapar de sus ojos.

—¿Te has emocionado, rubia? —La abrazo fuerte y reparto pequeños besos por su sien y su cuello. Aunque pretendo aligerar el ambiente, cargado de demasiadas emociones, también necesito verla sonreír. Hacer que ella esté feliz ha sido el mejor trabajo que he elegido en mi vida.

La aprieto más contra mí, intentando que en ese gesto sienta todo lo que no sé decirle a veces con palabras. Creo que jamás seré capaz de explicarle cómo me afecta cualquier cosa que se refiera a ella. Cómo influye en mi felicidad que ella esté bien. O cómo me duele no ser capaz de alejar cualquier cosa que pueda hacerle daño. Cómo se me acelera el corazón todavía hoy cuando me susurra que me quiere antes de dormirse.

—Es solo que estaba pensando en lo mucho que habría disfrutado Yaya viéndolos así —confiesa con la voz tomada por algo que identifico en ella como orgullo.

Gael se coloca a la derecha de Jimena y le coge una mano en un gesto delicado, sin perder de vista a Eva y Sergio, que ahora discuten con Alba sobre si el chocolate con leche es mejor que el blanco.

Ana aparece entonces a la izquierda de mi chica y apoya la cabeza en su

hombro, ante lo que Jota responde automáticamente acariciándole el pelo.

Me retiro un poco para dejarles este momento a ellos, porque creo que es suyo. Porque se merecen disfrutar de él recordando a su abuela, esa a la que sin haber llegado a conocer, yo también siento ya un poco mía.

Agradecimientos

Casi no me creo que esté aquí de nuevo.

He de avisar que esta lista ha crecido bastante desde la última vez.

Me metí en esto sin tener ni idea de cómo funcionaba el mundo de las editoriales ni de la publicación. Después de darle muchas vueltas, me decidí a autopublicar este libro y probar en un campo que me es por completo desconocido. El camino que comencé con Jota meses atrás ha estado lleno de cosas bonitas y otras que lo han sido un poco menos.

Por eso quiero dar las gracias a aquellas personas que, desde la distancia, a través de redes, audios y ‘wasaps’ lo habéis convertido en algo maravilloso. Maru, Aileen, Anna Paula, Nieves, Pilar, Sandra, Eli, Sira... gracias por los ánimos y por querer saber más de ellos.

Gracias, especialmente, a Virginia y al equipo de La Casa del Libro de la calle Claudio Moyano de Valladolid. Este libro es un poco vuestro, porque sin vuestra ayuda y vuestro trabajo, puede que me hubiese dado por vencida antes de conseguir poner el punto y final.

Gracias a todos los que durante estos meses habéis estado a mi lado, preguntándome cómo podíais haceros con la primera parte de esta bilogía, sin rendiros, a pesar de que no os resultó fácil dar con ella. Gracias por querer vivir esto conmigo y por ser felices cuando me veis serlo a mí.

Gracias, millones de gracias, a mi familia. A la de sangre, a la política, y a la que siempre elijo. A mis padres, a mis hermanas, a mis tíos y tías, mis suegros, mis cuñados y cuñadas... No quiero dejarme a nadie porque todos habéis sido un pilar increíble en el que apoyarme y en el que encontrar fuerzas y ganas.

Y a él. Siempre gracias a él. Porque sin ti, Miguel, estoy segura de que habría millones de cosas que no sabría describir, porque solo tú las despiertas.

Sobre la autora

Me llamo Elsa García y soy una vallisoletana que se enamoró de los libros cuando descubrió, en la casa del pueblo de su abuela, un montón de novelas viejas y bastante usadas de *Los Cinco* de Enid Blyton.

Devoré durante años todo lo que caía en mis manos y, hace unos meses, me atreví a ponerle voz a una historia que llevaba dando vueltas por mi cabeza demasiado tiempo. Así nació Jota y su peculiar familia.

Soy licenciada en periodismo y me apasionan las letras en general, y la romántica y los thrillers policíacos en particular.

Soy una fan confesa de Marvel y de Juego de Tronos, además de una adicta al café y a los tacones, que luego casi nunca me pongo.

Soy despistada, algo compulsiva y siempre considero que cualquiera es una buena hora para cantar, bailar o escuchar música.

Si quieres saber un poco más sobre mí y seguir mis siguientes historias, puedes buscarme en las redes sociales. Me encontrarás como [elsa.garci](#) en Twitter e Instagram, y como [Elsa Garcia Garcia](#) en Facebook.